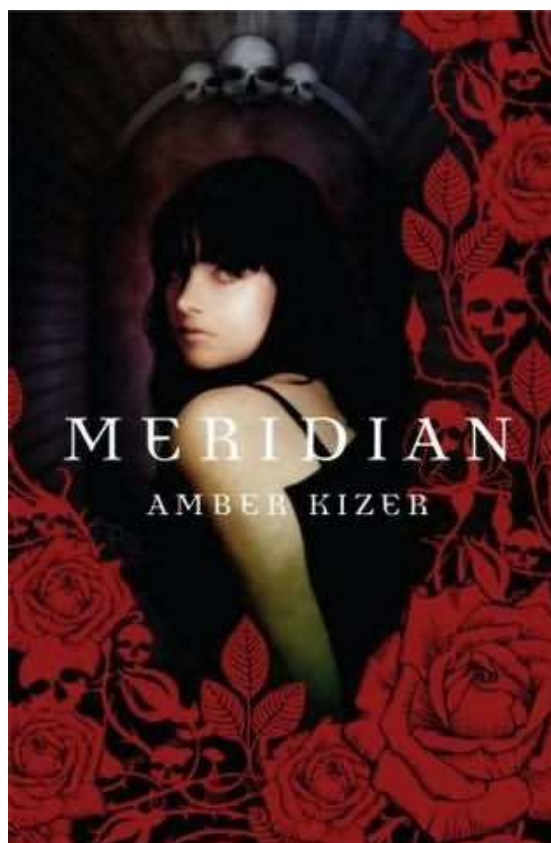




Sinopsis:

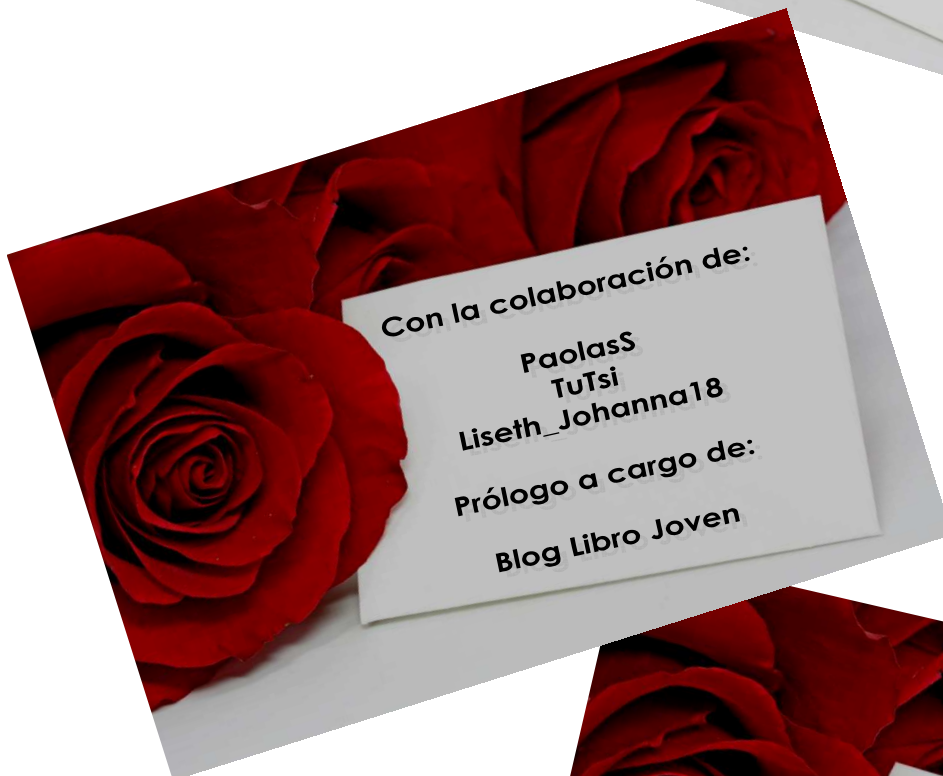
Vida. Muerte. Y lo que hay en medio.

Me llamo Meridian Sozu. Soy una Fenestra. Siempre he compartido mi mundo con los muertos y moribundos. Pero no entendí de verdad lo que eso significaba hasta que cumplí los dieciséis y vi mi propia mortalidad...

Meridian, una chica de dieciséis años, siempre ha estado rodeada de muerte. Cuando era pequeña, insectos, ratones y salamandras se acurrucaban entre sus sábanas para morir. A medida que se fue haciendo mayor, los animales fueron haciéndose más grandes, y enseguida empezaron a buscarla en el colegio para morir en su presencia. Meridian se convirtió en una marginada, etiquetada por sus compañeros como cosechadora, cava tumbas y bruja. Cada muerte que presencia debilita su cuerpo, y la soledad debilita su espíritu.

En su decimosexto cumpleaños, es testigo de un accidente de coche mortal. Aunque ella sale ilesa, el cuerpo de Meridian explota con el dolor de las víctimas.

Antes de que pueda recuperarse totalmente, Meridian descubre que es un peligro para su familia y se va a casa de su tía abuela en Revelation, Colorado. Es allí donde descubre el secreto que su madre le ha estado ocultando toda su vida: es una Fenestra, el enlace mitad ángel y mitad humano entre los vivos y los muertos. Es crucial que aprenda cómo hacer que las almas humanas lleguen al Más Allá para preservar el equilibrio entre el bien y el mal sobre la tierra. Pero Meridian y su protector jurado y amor, Tens, se enfrentan a un peligro mayor por parte de los Aternoci, una banda de fuerzas oscuras que capturan almas vulnerables al borde de la muerte y causan el caos...



Prólogo

Las primeras criaturas en buscarme fueron los insectos; mis padres limpiaron el capacho de hormigas muertas la mañana siguiente a traerme a casa desde el hospital. Mi primera palabra fue —muerto.

A la edad de cuatro años, cuando salí de la cama e hice explotar un sapo gigante como un globo de agua, ya nunca más volví a apagar las luces.

Durante todo mi sexto año de vida dormí sentada pensando que así vería a los moribundos que vinieran hacia mí.

Había veces en que parecía que mis entrañas estaban llenas de cristales rotos, veces en que las almas de los animales pasando a través de mí me resultaban demasiado grandes, demasiado todo. Abriría los ojos por la mañana y me encontraría con la mirada vidriosa de un ratón sobre la almohada. La muerte nunca se convirtió en mi cómoda compañera.

No tenía pesadillas sobre monstruos; no estaba asustada de una cosa en mi armario. De hecho, a menudo deseaba que ellos, los moribundos, se escondieran bajo mi cama en vez de acurrucarse entre el montón de animales de peluche junto a mi cabeza.

Mi madre me abrazaba, me decía que era especial. Me gustaría pensar que mis padres no se sentían asqueados de mí. Pero nunca olvidare los sentimientos aparentes en las miradas que intercambiaban sobre mi cabeza.

Inquietud. Miedo. Asco. Preocupación.

Mi primera tarea del día era retirar los cadáveres. Mi segunda tarea era hacer la cama. Me pondría guantes de goma y levantaría a los muertos. Mis manos se volvieron callosas por cavar tantas tumbas. Nos quedamos sin sitio en el jardín trasero cerca de mi decimocuarto cumpleaños. Cuando estaba demasiado enferma para hacerlo, mi padre se ofrecía y los sacaba, pero era con un asco mal disimulado.

Me pasaba los días temblando, constantemente privada de sueño, crónicamente enferma. Siempre me dolía el estomago. Jaquecas poco importantes latían siempre con tiempo lento. Los médicos me etiquetaron de hipocondríaca, pero aun así nunca encontraron causas para los síntomas. El dolor era real.

La causa era un misterio. Sugirieron psiquiatras. Dolores crecientes. Tal vez yo fuera uno de esos niños que requerían montones de atención. A veces pillaba a mi madre mirándome, a menudo empezaba conversaciones, solo para quedarse callada de repente y dejar la habitación.

Con cada fase lunar, los animales se hacían más grandes. En poco tiempo empezaron a venir también durante el día. En el colegio, los niños me susurraban apodos: cosechadora, cava tumbas, bruja y otros que fingía no oír.

Los adultos también me marginaban. Eso dolía.

A medida que me fui haciendo mayor y deje de intentar encajar, llegue a la misma conclusión que todos los demás. Era rara. Un bicho raro. Un espectáculo de feria. Cuando nació mi hermano Sam, mantuve vigilancia en su habitación. Decidida a limpiar las cosas muertas antes de que se despertara. Me concentre en hacerle sentir que no estaba solo, que yo entendía lo aterrador que esto podía resultar. No le dejaría sufrir mis miedos; sería normal ante mis ojos. Pero cuando cumplió un mes de vida y los únicos muertos que se acercaban a él eran por mi causa, me aparte.

Mis padres fingían que no importaba. Que nada moría jamás a mí alrededor. Que nuestro jardín no era un cementerio. Como mucho, actuaban como si tuviera un talento. Un don.

Si teníamos una familia extensa, yo no los conocía. La única excepción era mi tocaya, una tía abuela que me enviaba edredones de cumpleaños una vez al año. Mi mundo era, y es, la muerte y yo. Es un lugar solitario en que vivir, pero pensaba que las cosas estaban mejorando. Me llamo Meridian Sozu, y estaba equivocada.

Capítulo 1

Me levanté por la mañana, el 21 de Diciembre anticipándome cuatro días para las vacaciones de Navidad.

Estaba en una escuela privada, en la que la gente iba al dentista solo cuando realmente tenía que hacerlo.

Por qué tenía que estar en la escuela el día 21, en mi décimo sexto cumpleaños. Mis padres no me dejaron quedar. Fue un típico día normal. Para mí —normal— significaba tener mi estómago revuelto por lo que tomé Activia, y nunca iba a ninguna parte sin el Advil. Usaba Visine para mantener mis ojos claros. Mirarme en el espejo, significaba ver los ojos de toda una vida sin alcohol. Llevaba unas vendas elásticas y las llaves del casillero de la escuela.

Hice frente a todo. Estudié. Mantuve el tipo, pero ya necesitaba desesperadamente un descanso.

Era hora de ir a dormir tarde, hora de comer mucho y ponerme al día con el brillo de uñas. Hora de dejar de fingir y ser yo, aunque nadie lo note. Tiempo para teñirme el pelo de nuevo. Actualmente es de un rojo desagradable como el del jugo de tomate, pensé en que el negro sería una buena manera de comenzar el año nuevo. Se ajustaba a mi estado de ánimo. También había un montón de DVD's que quería ver. Películas sobre chicas de mi edad que se enamoran, tienen amigos, y que son absolutamente y completamente normales.

Me puse mi blusa blanca de algodón, necesaria para mi falda escocesa perfectamente plegada. Apliqué delineador grueso y tres capas de rimel, como si pudiera hacer que las sombras bajo mis ojos fuera un accesorio, después, pinté mis labios con un brillo claro. Deslicé las medias opacas que llevaba, acatando el código de vestimenta hasta el límite. No me incomodaba el uniforme, al menos era parte de un grupo por una vez en mi vida. Pero odiaba parecerme a Lolita. Miré mi reflejo, con la esperanza de buscar respuestas. Deseando ver la solución de mi vida.

El teléfono sonó: una vez. Dos veces. Tiré mi cepillo de dientes al lavabo, y avancé por el pasillo. Las llamadas nunca eran para mí, pero siempre contestaba, con la esperanza.

— ¿Hola?

Silencio. Respiración. Murmullos.

— ¿Hola?— repetí.

Mi madre se asomó desde la escalera.

— ¿Quién es?— Noté una preocupación profunda en las líneas de su rostro, arrugando su cara.

Me encogí, moviendo la cabeza.

— ¿Hola?

Arrancó de un tirón el cable del teléfono de la pared, respirando rápidamente y palideció. Sus ojos estaban desorbitados.

Mi padre subió corriendo las escaleras, claramente molesto.

— ¿Otro?

Mi madre tiró el cable y me arrastró violentamente a sus brazos.

— ¿Qué diablos? ¿Qué está pasando?— Dejé que me sostuviera, contuve la respiración. Mi padre no dejaba de acariciar mi pelo. Durante los últimos cinco años, no me había tocado, salvo por accidentes inevitables. Ahora no parecían querer dejarme ir.

—Ha empezado—. Mi padre dio el primer paso

— ¿Qué ha empezado?

Tiré el teléfono cuando sonó.

—Hablares después de la escuela. Tienes una gran prueba hoy— Reconocí la expresión en el rostro tenaz de mi madre. Papá le apretó los hombros y le frotó el cuello como hacía siempre cuando ella estaba molesta.

—Creo que deberíamos...

—No, no, todavía no. — Mamá pidió.

— ¿Qué está pasando?— Sentí miedo recorrer toda mi columna vertebral.

—Rosie, — papá acunó la mejilla de mamá con una mano y después me señaló.

—Después de la escuela, — dijo mamá con firmeza.

—Ten cuidado hoy, mucho cuidado.

— ¿Por qué no me dicen por qué?—, les pregunté.

— ¿Es por mis dieciséis? Puedo esperar para obtener la licencia por unos meses. Quiero decir. Me gusta conducir, pero si tienen miedo e a esto, podemos hablarlo.

Mi madre me peinaba el pelo, meneando la cabeza.

—Después de la escuela.

Yo me encogí de hombros y miré a mi padre para que me orientara. Su expresión me dio a entender que no diría nada.

— ¿Muchachos?, no estoy saliendo con nadie, no es que haya un chico.

Mi madre me para. — ¿Quieres una tortita?

—Nunca desayuno. No..., está bien. Voy a tomar el autobús o llegaré tarde.

¿Qué más puedo hacer? Mis calificaciones son excelentes.

—Mer-D, — Sammy se lanzó hacia mí. Usando el apodo que me había puesto y que incluso ahora que ya tenía 6 años, seguía usando. Yo era su —Mer-D.

— ¡Feliz cumpleaños! Te compré un regalo. Tengo un regalo. ¿Quieres saber? ¿Quieres saber? Bailo, cubriéndolo. Jackson Pollocking adhiriéndose a la superficie.

—Más tarde, Sammy. Después de la escuela. ¿De acuerdo? Con la tarta—Lo adoraba. Era un amor incondicional que nunca había recibido de nadie a excepción de él. No tenía miedo de mí. Fingiendo que no sabía sobre las cosas muertas con su hombre Lego, situándolos en pequeños frentes como caricaturas de la vida.

—Pastel, pastel, hizo pastel—. Brincó alrededor con una sonrisa en la cara. Volviendo a mi madre.

— ¿Por qué estás tan asustada? — Dije en voz baja para que Sammy no me oyera.

Mi padre contestó. —Hay algo que hay que discutir cuando llegues a casa. Puede esperar.

— ¿Estás seguro?— Exigí. Yo no había visto a ninguno de los dos tan ansiosos.

—No querrás perder el autobús—. Mamá dijo, ella estaba tomando la sobreprotección seriamente en los últimos meses. Había una distancia tangible entre nosotras. Me indagó examinándome, como si estuviera tratando de memorizar mi ADN.

— ¿Llevas todo lo que necesitas?— Me miró. Me acarició la mejilla y puso mis rizos detrás de mi oreja.

Me dieron ganas de sacudir mi cabeza y estropear aún más mis rizos. Mamá me dio una patética sonrisa triste.

No dijo nada.

—Bien, si, me voy—, caminé por la cocina con la sensación de estar en una fiesta de adultos, enojada de que no me dijera lo que estaba pasando. Los

secretos me hicieron sentir pequeña e insignificante. No tenía lugar en el ambiente. Me puse la mochila.

Papá salió de la cocina. —Meridian, espera, — me atrajo hacia él y me abrazó con tanta fuerza que respirar era un desafío.

— ¿Papá?— Me incliné hacia fuera, confundida.

Al menos Sammy no estaba actuando extraño. Estaba jugando con el Lego que le habían regalado el día anterior, en su cumpleaños.

Mi madre, mi hermano y yo nacimos con un día o dos de diferencia.

Oí el ruido metálico de autobuses por la calle y me puse a caminar hacia él, sin mirar atrás. El autobús hizo un ruido de traqueteo y me dieron ganas de hacer que se diera prisa, aunque estuviera en la parada esperando al autobús. Mi rodilla derecha se sentía rígida e hinchada.

Llegué a la parada, las puertas del autobús se abrieron, otros chicos de la preparatoria se subieron enfrente de mí. Ninguno de nosotros habló, más exactamente todo el mundo me ignoró. Otro día, otros pares de ojos.

Pasé la prueba de biología. Y mi examen de inglés pasó a ser de una serie de película a una serie geográfica, Dickens, en la cual decían doscientos países y sus capitales para un examen sorpresa en la historia del mundo, me salté el almuerzo como de costumbre, la cafetería era un reino que se tenía que evitar a toda costa. Cuando quise evadir al resto de la humanidad, que normalmente frecuentaba los vestidores. Además, eso hizo más fácil ocultar los cadáveres de las hormigas que venían a mí.

Volví a la parada del autobús a las cuatro y media. Pensando... En cuatro días, libre, no quería hacer nada inmediato. Primer orden del día, vestirme y sacarme este uniforme y las botas. Los chicos entraron en el autobús detrás mía, todos charlando sin cesar. Casi me rompí el tobillo bajando del autobús a mi casa. Un Mustang azul lleno de personas adultas disminuyó a la altura de las ventanas del autobús y coquetearon con mis compañeras. Me sentía invisible, los escuché, pero mi casa quedó a la vista.

Un blanco SUV con ventanas teñidas rugió acercándose desde la esquina. El conductor tuvo que ver el Mustang y el grupo de adolescentes en el medio del camino, yo juraría que él se apresuró, acelerando como si él corriera hacia mí. Dejé mi mochila caer, congelada por el Shock.

Mi madre debía estar viendo por la ventana. Ella corrió fuera de la casa gritando y moviendo sus brazos. Un escalofrío subió por encima de mi

espalda. Su voz rompió mi trance y me quité del camino de SUV, cayendo dentro de algunos arbustos, pero el grupo de niños detrás de mi no fueron tan afortunados.

Oí el impacto de metal contra metal. Vidrio impactándose y rompiéndose, gritos. Sentí como si mi brazo hubiera sido arrancado de su lugar, y como si no quedara más oxígeno en mis pulmones.

El accidente solo duró segundos, pero el mundo a mi alrededor redujo la marcha. El SUV dio marcha atrás y se fue, dejando al conductor del Mustang mitad adentro del vehículo y mitad afuera. El metal arrugado desarregló el camino como el papel de seda dispersado. Una compañera de clase de biología se encontraba inmóvil en el suelo con otros chicos que no reconocí. Muchos de sus miembros estaban en ángulos pocos naturales, gemidos y gemidos de más víctimas que querían decir que estaban vivos, me moví hacia la matanza para ayudar pero un dolor me dobló. Sentí como calientes piercing en mis ojos. Respirar se volvió casi imposible, caí en la carretera, mis lágrimas caían por mis mejillas como flashes de la vida de cada persona pasando como pedazos de películas, todos desunidos en mi mente.

Mamá me levantó y me arrastró lejos y más lejos. Sus palabras entrecortadas y su tono frenético. ¿Qué me estaba pasando? Luego, mi padre también estaba allí, colocándose en el asiento trasero del Sedán de la familia. Sostuve mi estómago, mis ojos cerrados con fuerza por el dolor, empapados de sudor.

—Sácala de aquí, recogeremos a Sam y te encontraremos. — Mí madre ordenó a mi padre, el coche ya moviéndose. Ella me gritó. —Te quiero Meridian, no lo olvides, — papá apretó el acelerador.

Se pasó hablándome. Palabras sin sentido, aseguramientos, oraciones, pero tenía tanto dolor que apenas podía escucharlo.

Mientras más nos alejábamos de la casa y la ruina, menos torturada me sentía. Mi respiración volvió, el dolor retrocedió como una marea saliendo. Finalmente fui capaz de sentarme y limpiarme las mejillas con un pañuelo que papá tejó en un pasado.

— ¿Mejor? — Papá me miró por el vidrio retrovisor.

Asentí, dándome un momento para recuperar mi voz. — ¿Qué sucedió?

—Es tarde. Tu madre debió habértelo dicho antes. Ella tenía que haberte explicado. Pero quería protegerte. Créeme, quería mantenerte a salvo. Y feliz. Poder ser una niña, por el mayor tiempo posible.

Lo que dijo no tenía sentido. — ¿De qué estás hablando?— Pregunté cuando hizo una pausa de aliento. No fue como si siempre hubiera estado segura, feliz, una niña normal.

—Tú no eres humana, no completamente humana, eres especial, el dolor que sentiste eran de las almas humanas, eso creo. Es complicado.

¿Huh? Tragué. — ¿Papá estás bien?

—Tienes que irte Meridian, tienes que ir a la casa de la Tía y aprender cómo hacer esa cosa.

— ¿Qué cosa?

Él apagó un enfado frustrado en el aire. —No lo sé. Tu madre se suponía que tenía que explicarte. Nunca lo he visto antes. Todos estos años ella sabía que el dolor era real y nunca me dijo porque fue hasta el día de acción de gracias cuando las llamadas empezaron....

Alcé mi voz para detenerlo. — ¡Ella no está aquí! ¡Tú sí! ¿Qué quieres decir con que no soy humana?

Hicimos contacto visual en el espejo retrovisor. —Eres un ángel, conocido como un Fenestra.

Claramente, me he quedado dormida en el bus y esto era una horrible pesadilla. —Por supuesto.

—No estoy loco, señorita. — Él me dio su mejor cara y voz severa.

Manejamos hasta el estacionamiento de Costco.

— ¿Puedes caminar?— Preguntó.

Me sentía aturdida, pero los dolores, eran como de una gripe y todavía apretaban mis músculos.

Papá ayudó a mis pies y medio me llevó, medio arrastró por los pasillos de mercancías de bulto. Seguía echando un vistazo sobre su hombro como si esperara que nos estuvieran siguiendo, el equipaje sobre su hombro. Pasamos por una puerta marcada como solo empleados, un viento energético alborotó mis cabellos y rozó mis mejillas.

— ¿Papá?

Un taxi se encontraba aparcado justo afuera de la puerta, un chico desaliñado no mucho más viejo que yo, comenzó a trasladar el equipaje, sin decir ni una palabra, de las manos de papá al taxi.

Los ojos de papá eran como una trampa de animales. —Tengo que volver a por tu madre y tu hermano. No vuelvas. No estaremos allá. Algún día nos volveremos a ver. Nunca estarás sola Meridian. Siempre te amaremos, pero el resto de este viaje deberás hacerlo tu misma.

— ¿Qué sucede? ¿Qué está pasando?— Las lágrimas amenazaron con ahogar mi voz.

Mi padre señaló al conductor del taxi. —Éste es Gabe. Va a conducirte a la estación de autobús. Tienes que ir con la Tía.

— ¿Voy Colorado?

Papá asintió. —Ella será capaz de ayudarte, pero tendrás que ser muy cuidadosa, muy muy cuidadosa. Mantente lejos de las personas que estén enfermas o muriéndose. ¿Me escuchaste? Corre lejos de ellos hacia el otro lado hasta que llegues a lo de la tía—. Sus manos magullaban mis brazos. Nada tenía sentido.

—Prométemelo Meridian, que estarás lejos de la muerte hasta que llegues con la tía, —me sacudió. —Prométemelo. — Yo nunca había visto tanta intensidad en la cara de mi padre. Me asustaba.

—Yo... Yo lo prometo. — Tartamudeé las palabras.

—Ellos han llegado, — la voz fumadora del conductor rompió el hechizo de la mirada fija de mi padre.

—Ahora tienes que irte. Hay una carta para ti en el equipaje.

Me balanceé dentro del taxi y de un parpadeo reconocí mi bolso y la mochila de campamento. —No quiero ir.

—Créeme. Tienes que irte. — Papá besó mi frente y me presiono dentro del taxi. —Mantén tu cabeza baja. Esto terminará pronto. Te lo prometo.

Antes de que pudiera responder, cerró la puerta y desapareció dentro del depósito. — ¡Papá! Papá, — grité.

—Será mejor que mantengas silencio y te recuestes o ellos te verán, — Dijo Gabe, sus ojos miraban por el espejo retrovisor.

— ¿Quiénes?

—Para dar la mejor explicación, los chicos malos.

— ¿Los chicos malos?

-Meridian-

— ¿Sabes en lo te convierte eso?— Gabe me dio una sonrisa torcida.

— ¿En loca?

—No, en uno de los buenos. — El taxi se dirigió fuera del estacionamiento y apoyé mi cabeza entre mis manos, esto tenía que ser un sueño, ¿verdad?

Capítulo 2

—Oye chica, llegamos— Gabe bajó la velocidad y paró el taxi.

— ¿Aquí?— Le pregunté, no conocía esta parte de la ciudad.

—La estación de autobuses. Probablemente estarás acostumbrada a los aeropuertos. Ponte esto para tapar tu pelo. — Me entregó una gorra de béisbol de los Portland Trail Blazers. — Tienes dinero en la mochila, para comprar el ticket.

— ¿Venta de tickets?— Apenas imitaba sus palabras correctamente. Por mucho que lo intentaba, no pude ajustar mi mente a todo esto.

— ¿A dónde vas?— Preguntó mientras descargaba todo mi equipaje.

— ¿Dónde?— Le pregunté. — ¿Papá dijo algo sobre Colorado?

—No lo sé. Ni quiero saberlo. Sólo estoy haciéndole un favor a un amigo.

— ¿Huh?

—Todo lo que sé es que ayudas a la gente a llegar al cielo. Aparte de eso, necesitas a alguien mejor informado.

¿Ayudo a la gente llegar al cielo? ¿Es una broma?

—Hay una carta de tu madre. Mantén tu cabeza hacia abajo, muchacha. — Cerró el baúl y dirigió una mirada hacia mí. —Entra en la estación. Toma el autobús. Presta atención. ¿Entendido?— Luego, aceleró el motor y se alejó, dejándome en el estacionamiento.

Mis brazos no soportaban el peso de mi mochila de lona, por lo que me detuve cada pocos pasos para recuperar el aliento en el camino hacia la terminal. Recorrí el vestíbulo vacío y tomé la esquina más lejana a la entrada y me quedé de espaldas a la pared. ¿Quién soy yo para ver? ¿Me conoces? ¿Quién está detrás de mí? ¿Y por qué?

Rebuscaba en los bolsillos de la chaqueta. Era un abrigo pesado que nunca había visto antes. Si mi madre no hubiera escrito mi nombre en el interior de la etiqueta, hubiera creído que pertenecía a un extraño.

La carta que encontré en mi búsqueda de las bolsas había sido escrita por mi madre en su guión lírico. Me encantaba su escritura a mano. Tan fluida, tan graciosa. Una punzada de nostalgia me sorprendió cuando empecé a leer.

Diciembre 21.

Cumpleaños 16 de mi bebé.

Querida Meridian:

Por difícil que es escribir esta carta, sé que es aún más difícil que se conserve, para leerla. Sé que el dolor en mi corazón sólo es comparable con el tuyo. Me gustaría decirte que no tengas miedo.

Te he protegido todos estos años, y ahora me pregunto si tu destino no será más difícil, por mi necesidad de aferrarme a ti el mayor tiempo posible, te he puesto en gran peligro. Nunca era un buen momento. Me quedé pensando, me preguntaba, la demanda de saber más, sino que simplemente aceptaste tu vida normal, sé que esto es aterrador e inesperado. Tenía la esperanza de viajar contigo en este verano. Para estar contigo. Para ayudarte. Pero se nos acabó el tiempo y espero que algún día me perdones. Mi querida niña, ahora eres una mujer, y es hora de tomar tu lugar como Ventana, un título con el que sé que no estás familiarizada.

Tú eres especial, Meridian. Tú siempre has sabido esto. Y yo también. Lo supe en el momento en que tú llanto sonó en la medianoche de este día, dieciséis años que fueron notables. El Creador te ha dado dones y talentos bendecidos. Pero con estos viene una inmensa responsabilidad, para la verdadera grandeza se necesita un gran sacrificio.

Los creadores te mantendrán segura en tu viaje. No sé en qué forma van a aparecer, pero sí sé que te ayudarán. Sabemos que vamos a volver a verte de nuevo. Si no es en esta vida, será en el otro lado. Quiero que sepas que estarás protegida. Que tu viaje es necesario y que otros han sentido lo que estás sintiendo. Aunque algunos no son lo suficientemente fuertes, sé que tienen la fuerza de un diamante perfecto y el valor nacido de la compasión indeleble.

Aprende todo lo que puedas. Se amable contigo misma. Escucha tu voz interior. Sabes que te quiero, siempre, también, tienes que huir a la seguridad. En ningún caso, volver a casa. Está vacía.

Ve a la Gran casa de la tía Merry, en el Apocalipsis, en Colorado. Sube en el autobús de las siete a.m. Bájate en la segunda parada después de Walsenburg y mira el Rover de color verde tierra, lo sabrás cuando lo veas. He incluido un dinero extra en caso de que tengas problemas o tengas hambre en el viaje. Metí todo lo que pienso que deseas. Hice lo que pude. Tú padre te envía su amor. Me temo que Sam se perderá más que el resto de nosotros juntos. Tú eres uno de los elegidos, Meridian. Por eso estoy agradecida y triste. Esto significa que debes seguir tu camino sin nosotros, pero sé que siempre estaré en tu corazón y siempre estarás en el mío.

Tu madre en esta vida, mamá.

Abracé mis maletas y leí la carta una y otra vez. Me la aprendí de memoria, lanzando miradas furtivas a cualquiera que entraba en el espacio sórdido. Todos ellos parecían normales y completamente desinteresados en mí. Doce horas para matar. Cuando mi estómago gruñó, comprobé las máquinas expendedoras.

Conecté un billete de dólar y presioné el botón de imitación a bizcochos. Me apoyé en el cristal. El paquete quedó atrapado en el borde de la máquina antes de que pudiera caer. Nada es fácil.

Empujé mi puño contra el vidrio. — ¡Vamos!— Grité y golpeé de nuevo. Por último, los bizcochos cayeron en el pozo y los tomé todos.

Traté de tararear algunos compases de —Feliz Cumpleaños—, pero no pude pasar de las primeras notas antes de que las lágrimas obstruyeran mi garganta y me impidieran respirar. Inútil.

—Feliz cumpleaños décimo sexto, Meridian. — Dije, mordí mi bizcocho rancio, de cera. Lo he masticado y tragado de memoria, me recosté en la silla de plástico duro y dejé caer la cabeza hacia atrás. Estudié las manchas de agua en el techo por encima de mí. Eran las pátinas y tonos sepia de los antiguos mapas continentales.

Cuando yo era pequeña, de la edad de Sam tal vez, yo estudié la única fotografía de Tía Merry que teníamos en la casa. Se rompió durante sus días como enfermera durante la Segunda Guerra Mundial. Yo estudiaba para ver si me parecía a ella. Mi tocaya. Pero mamá no había actuado como si Tía Merry fuera una persona real, más parecida a ella era un cuento de hadas o un mito.

En mi familia, la mayoría de nuestros cumpleaños eran con tres días de diferencia uno del otro, a excepción de papá. Pero yo compartía el mismo día con él.

Yo nunca la había conocido a la tía y, francamente, era escalofriante tener el nombre de alguien vivo. Al igual que estaba prestando atención, asegurándose de la altura de lo que sea que creen que son.

No tenía noticias de ella, excepto en mi, nuestro, cumpleaños. Por lo general enviaba una colcha. Crecían en tamaño conmigo a lo largo de los años. Creado a partir de intrincados cosidos, de colores brillantes de pedacitos de

tela, algunos son como cuadros impresionistas, otros, como fotografías de lugares, personas y acontecimientos que no conocía.

Cada vez que las tocaba, parecían transmitir una historia. Al igual que un tenedor de afinación de ser golpeada, un zumbido vibraba en mi brazo. Así que lo ponía en el armario del vestíbulo, y trataba de no entrar en contacto con ellos. No había nada reconfortante en la pila de mantas, hizo que el vello de mi cuerpo, se erizara, como si una tormenta eléctrica se cerniera sobre mí. Me enderecé. Nada había llegado este año. Ningún paquete para mí a primera hora de la mañana. ¿Sabrá ella que voy? ¿Es esto parte de un plan? Yo me resistí las ganas de llamar a mis padres y preguntar. Tomé respiraciones profundas y traté de relajarme. Era mi familia, ¿realmente no están en casa? La estación de autobuses olía a billetes sudorosos y a desesperación. Olía a soledad y viajes en solitario. Cargada por la adrenalina y sólo un poco de miedo, me resistí a caer hacia el borde del sueño.

Seguí girando la cabeza, pensando que si podía ver la amenaza podía hacer algo valiente y heroico. Había muy pocas personas en la estación así que empecé a relajarme. Sólo un poco.

Por último, el sol iluminaba el borde del horizonte. El fuerte sonido de unos tacones altos rompió el silencio. El pelo negro de la mujer, era de un color que nunca se podría encontrar en una caja de tinte, recogido hacia atrás en un moño. Tenía los labios de un fucsia brillante y su traje hubiera estado a la última en los años cincuenta. Estaba bien cuidado, pero en la tela de color azul claro había grises. Tenía un porte real, pero falso, estudié la bolsa tejida colgada del hombro. Podría llevar el mundo en esa bolsa.

La mujer corrió hacia el mostrador. Sus manos no dejaban de hablar como su boca, sin embargo, el vendedor de billetes, aburrido, apenas despegó la mirada de la televisión con una pantalla apagada granulada en el mostrador junto a él.

La mujer golpeó el mostrador y pisoteó los talones, pero su mezcla de español e inglés no habían suscitado una respuesta del secretario. Tal vez no la entendió. Cerré los ojos, incliné la cabeza en mi equipaje, e intenté desconectarme del problema.

¿Qué habría puesto mi madre en la mochila? ¿Cómo podía saber lo que necesitaba en esta situación?

La conversación en el mostrador de una escalada y gestos de la mujer se hizo más desesperada. No quería interferir. Había estudiado cinco idiomas, pero en realidad nunca había utilizado ninguno de ellos. La voz del secretario subió una octava. La mujer comenzó a ponerse histérica. Ella no tenía suficiente dinero para el billete.

Estupendo. Dejé que la sangre fluyera y empecé a caminar. Arrastré mis maletas detrás de mí, esperando que si caminaba lo suficientemente lento el enfrentamiento habría terminado, al tiempo que caminaba hasta el mostrador.

No hubo suerte. Pregunté si le podía ayudar.

El rostro del secretario floreció con alivio casi cómico. —Ella insiste en ir a algún lugar en Colorado, pero tiene cuarenta dólares. No puedo venderle un pasaje.

Expliqué a la mujer en mi español rudimentario. Su cara se iluminó como si alguien finalmente la hubiera oído. Contó un montón de historias demasiado rápido para que pudiera entenderlas. Su hija iba a tener gemelos. No tenía otro dinero. Algo sobre el trabajo y perder su trabajo. Siguió sonriendo, como si yo pudiera hacerlo mejor.

Esto podría ser un truco. Una historia que se inventó. Busqué en los bolsillos del abrigo.

Su nombre era Marcela Portalso. Cuarenta dólares era todo lo que tenía. Sin duda, mamá me había dado más de dos de veinte para las emergencias. Apreté el dinero bajo la mampara de cristal.

—No, no, — la señora Portalso protestó.

—Por favor—. Por favor.

Ella no quería caridad.

El empleado metió el billete debajo de la ventana. Una sonrisa hermosa apareció en la cara de la señora y ella agarró el billete como si fuera un regalo de Dios. De pie, era todo lo que podía hacer para no empezar a llorar por mi propia madre.

La Señora Portalso insistió en que me iba a pagar de vuelta en Colorado City o Denver, o Podunk. Regresé a mi rincón. Hasta que finalmente llamaron a nuestro número de autobús.

Escondí mi mochila de lona bajo el autobús. Otras diez personas rodearon, como un enjambre de mosquitos, tratando de ser el primero en abordar. Me

quede atrás, sintiendo la necesidad de mantener mi distancia. Recé para que nadie hablara conmigo.

Yo no quería entrar en el autobús como todos. Yo no era un gran viajero, mis padres sólo me llevaron de vacaciones en familia una vez y terminó muy mal. La Señora Portalso dio unas palmaditas en el asiento junto a ella con evidente entusiasmo cuando me vio. Como ya se instaló en la falta de espacio, golpeó mi mano. —Muy linda—, repetía.

Dejé de darle las gracias después de la hora décima. Yo no tenía mucho que decir. Estaba llena de preguntas, pero ella no podía responder a ninguna de ellas.

Dormí a ratos, el sol de invierno se elevó muy alto en el cielo, luego derivó detrás de las nubes de tormenta. Las luces de la autopista interestatal brillaron en ráfagas al pasar las paradas de camiones y áreas de descanso. El interior del autobús estaba a oscuras, más claustrofóbico que el de cualquier habitación en la que nunca había dormido, guardé mis rodillas, dobladas, apretadas contra el asiento de delante de mí, así que mis pies se quedaron en el piso.

Bits de la conversación se escuchaban por el interior oscuro. —Un trabajo... la familia... nunca he estado en Colorado... partida a Disney World... nada mejor que hacer... — Todos ellos tenían una razón, aunque no era buena, para dirigirse hacia fuera. ¿Y cuál era la mía? ¿Qué pasa si me quedo en el autobús? ¿Ir a Nueva York o Miami? ¿Alguien se dará cuenta? ¿Habrá alguien que preste atención?

Nos detuvimos un par de veces para hacer sus descansos y tomar un bocadillo rápido. Salí del cuarto de baño en un lugar y escuché una voz que sonaba como mi padre pidiendo más café. Azotaron en mi cabeza, pero no era él. Eché un ojo hacia fuera para cualquier persona en pos de mí.

A la luz de la mañana, compartí un sándwich con la señora, quien me dio una manzana harinosa y varias galletas caseras desmenuzadas a cambio. Las galletas me recordaron a mi madre. Me sequé las lágrimas que se me escaparon de las esquinas de los ojos. ¿Qué estarían haciendo mis padres ahora? ¿Estaban de acuerdo? ¿Sam tendría más miedo que yo?

Oregón desapareció en la distancia, Nevada y Utah, iban y venían. Por último, cruzamos la frontera del estado de Colorado. En Durango, me comí una Vía Láctea. Mamá no estaba aquí para decirme que no. Monte Vista fue

normal, la nieve se aceleró en Alamosa. En Walsenburg, se giró hacia el norte, rumbo a Pueblo, pero no he visto mi parada de acuerdo con las instrucciones. Mi pulso se aceleró.

Lo que pude ver eran carteles iluminados sobre la salvación, la Fe y todo sobre un estilo de vida que apareció cada pocos kilómetros. Raro, se sentía un poco como Las Vegas Strip.

Entramos en la revelación de un día después de que hubiera conseguido el autobús. ¿Apocalipsis? ¿Colorado? La idea de alguien de una broma, ¿verdad? Mi uniforme de la escuela estaba arrugado y manchado con Dios sabe qué. Me dolían las piernas de estar sentada tanto tiempo. Quería una ducha. Tenía sueño. Que alguien me diga que todo esto se trataba de un error. ¡Ja, ja! ¿Alguien?

Bajé del autobús y copos de nieve en forma de grasa se adherían a mi piel.

—La peor tormenta de nieve en un siglo. Por suerte, hemos llegado hasta aquí ahora. Algunos tontos se van a pasar la Navidad en pequeños pueblos que no quería volver a ver—. El tercer conductor de este viaje cacareó con alegría cuando descargó el equipaje. Me pregunté cómo podía encontrar placer, en la miseria de los demás. No le pregunté.

Recogí mis maletas: sopesando ello, me preguntaba si habrían aumentado de peso en el autobús.

Yo tenía que buscar un Land Rover verde. Uno, lo sabría cuando lo viera. Con la caída de copos más pequeños pero más rápido, apenas podía distinguir las siluetas de los autobuses en el lote. El blanco se arremolinaba por todas partes. No hay señales de nada verde.

En mi nariz y en mis dedos tenía una sensación irreal de entumecimiento. ¿Voy a reconocerlo en cuanto lo vea? ¿Una persona? ¿El Land Rover? ¿La misma tía Merry?

—Mejor entrar antes de congelarse. — El conductor golpeó la bandeja de equipaje cerrado y empeñado en escupir un montón de nieve antes de continuar su camino.

Todos los pasajeros corrieron al interior, en busca de luz y calor. Me quedé sola. Como siempre.

Capítulo 3

Estaba de pie en la sombría y sola terminal de Apocalipsis, en el estacionamiento de los autobuses, no vi respuestas, no sentía ninguna manifestación.

Caminé trabajosamente en la terminal que se desbordaba. Los viajeros gruñones varados parecieron sorprendidos de que nevase en Colorado justo antes de la Navidad. Vi a un anciano en silla de ruedas, estaba jugueteando con el tubo de oxígeno en su nariz, y los vellos de mi nuca de repente se erizaron. Yo sentía que no había podido aguantar demasiado mi aliento bajo el agua, era como si cada momento sin una inhalación se acerca hacia la salida de mi pánico.

Me había sentido así en el accidente de coche hace dos días. La voz de mi padre gritaba en mi cabeza: —Prométeme que correrás. Corre. Meridian, ¡Ve! Tuve que irme. Necesitaba crear una distancia entre el moribundo y yo. Alguien, alguna persona moriría, y eso me hacía daño. Di vueltas en círculos, en la búsqueda de un lugar seguro, pero no había nada. Jadeé, mis alientos me asfixiaban.

El anciano se dio vuelta y miró fijamente en mi dirección. Pero no en mí, junto a mí, como si yo realmente no estaba de pie allí. Sus ojos se ensancharon y sus manos se alargaron hacia mí.

Un punzando dolor agudo llenó mi cabeza y ondeaba por mi brazo. Comencé a tropezar hacia la salida. La familia del hombre se alborotaba a su alrededor, un niño hacia un berrinche, pero de todos modos tenía la mirada fija en mí hasta que sonrió.

Las puertas abiertas derramaban la nieve y tropecé. Pero podía respirar. Las punzadas disminuyeron y yo me seguí yendo, retrocediendo un paso a la vez. Cuando se me hicieron varios bloques, me arrodillé y vomité en una basura en la acera. Probé el sabor de la sangre. Tomé un puñado de nieve que esperaba que fuera limpia y dejé que se derritiera en mi boca hasta que pude escupir el sabor. Gotas de sudor recorrían mi cara y mis brazos.

Colocaba mis pies uno delante del otro, empujándome hasta que encontré un banco en frente de la cabina del cajero automático. Me senté allí para reunir fuerzas, y cerrar mis ojos frente a las olas de náusea y dolor. Una

ambulancia corría delante de mí con sus luces intermitentes. Se detuvo en la estación de autobuses. Esperé hasta que se hubieran cargado una camilla y luego me dirigí a la estación. No tenía otra opción.

—Meridian. Meridian. — Al escuchar que alguien gritaba mi nombre, me volví. Una mujer embarazada gateaba detrás de la señora Portalso, agitando sus manos. Me detuve. Yo había olvidado la señora.

—Soy la doctora Portalso Márquez. Muchas gracias por ayudar a mi madre—. Ella sacudió mi mano y besó mi mejilla.

—De nada. — Me aclaré la garganta, incómoda con el escrutinio de la señora.

—Ella quiere que usted tenga esto. — Portalso Márquez hizo un gesto a la señora, que asintió con la cabeza y me entregó un billete de cincuenta dólares.

—Yo sólo le di cuarenta dólares, — dije, tratando de darle el dinero.

—Sí, pero compartiste la comida y ella quiere asegurarse que tienes bastante para comer esta noche. ¿Estás bien? No te ves bien.

¿Qué deben pensar de mí? ¿Qué deben ellos asumir?

—Oh, yo estoy bien, gracias. No puedo...

—Por favor. Guárdelo. Tenemos que llegar al hospital mis contracciones han comenzado. Creo. — Eso explicaba el dolor grabado alrededor de su boca y ojos. —Aquí está mi tarjeta. Si necesitas algo, por favor llámeme. Mi madre simplemente no recibió la transferencia antes de que ella se marchara. Y ella rechaza aprender el inglés. — Con un gesto de la mano y un suspiro la Doctora Portalso Márquez se volvió hacia su madre.

—Gracias. — Puse la tarjeta en el bolsillo, junto con el dinero. —Estoy esperando a alguien.

Tenía que explicar que yo no estaba sola.

La Señora Portalso se inclinó hacia su hija y habló con rapidez. La joven se volvió hacia a mi y tradujo. —Ella quiere que usted sepa que ella la verá otra vez. — Ella se encogió de hombros. — ¿Estás segura de que estás bien?

—Bella, bella Luz. — (Ella lo dijo en español.) La señora tocó mi mejilla y luego ambas se dirigieron a la salida.

Quería preguntarle que sabía ella de la luz. ¿Qué vio ella? Pero mantuve mi boca cerrada y las vi alejarse.

Yo me quedé apoyada en un muro mientras las personas sacudían la nieve de sus abrigo y de sus zapatos. Nadie examinó la estación de autobuses como si estuvieran buscando a una chica de dieciséis años que nunca hubieran conocido. Claramente, nadie me esperó.

Me senté durante horas, comí Vías Lácteas y bebí cervezas de jengibre. Saqué el papel en que mi madre había escrito la dirección de la Tía:

Desde el este hasta el oeste. Carretera 115 norte sur.

Me debatía entre seguir las instrucciones de mamá, pensando que no había ningún camino con la nevada y que ni en una centuria me llevarían, ni siquiera en un Land Rover.

Un imponente hombre de negro vino hacia a mí. Estudió mi equipaje. Negándome a hacer contacto visual. Su vibra era peligrosa, contenida, de manera que se sentía protección e intimidación.

— ¿Necesita un taxi, señorita?— Su grueso acento africano marcaba a través de mí su poder.

— ¿Eh?— pregunté, con mi mirada fija en la suya.

— ¿Va a algún sitio?— Dijo él.

Miré detenidamente mi reloj. Cinco horas, ocho Vías Lácteas, diez paquetes de Doritos, y tres cervezas de Jengibre. Cambié contra el pilar que me había estado sosteniendo tiempo atrás.

—Tal vez. — Yo no sabía si sería él.

—Usted sabrá. — Como en, le preguntaran categóricamente, o si esto era cosa del destino que quería darme un empujón. Puedo sentarme aquí y esperar, o puedo conseguir ir a la casa de la tía a exigir respuestas.

Él se rascó la barbilla y metió sus manos en sus bolsillos, pero sin quitar sus fascinantes ojos de mí. —Yo he hecho seis viajes de allá a este lugar. Y usted ha estado aquí todo el tiempo. — Me tendió una fotografía y la puso sobre mi nariz. —Mi hija Sofí, está en Boston. Viene por las pascuas. Espero que ella no esté tan sola como usted. Soy Josías. ¿Dónde está su familia? ¿A dónde debes ir?

Qué pregunta. ¿Dónde está mi familia?

Nunca había aprendido a confiar en mis instintos. ¿Acaso yo poseo instintos? No sabía si podía confiar en este hombre con la piel de medianoche y ojos de oro.

Quise una cama, una ducha, y brócoli, una cosa extraña de ansiar. Gorroneé en mi bolsillo para agarrar el papel.

En el peor de los casos, era un asesino en serie que se alimentaba de viajeros varados con la ayuda de ventiscas. Al menos mi muerte terminaría esto.

—Bien. Seguro. 115 Norte Sur.

— ¿El lugar grande de Sesenta y nueve?— preguntó.

—Supongo.

Su frente se arrugó. — ¿Tienes familia allí?

—Mi tía. — Tragué.

—La llevaré hasta allí, pero la nieve es muy espesa allí para que mi pequeño coche pueda llegar a la cima de la colina.

— ¿No conduces un Land Rover?— Pregunté, seguro que este hombre era para mí.

Su risa me derribó cuando él se levantó y recogió mis maletas. —No, señorita. Un viejo Subaru. Con viejas cadenas.

—Oh. — Luego le seguí. Él era muy hablador. Me habló de su familia, su hija que estudia la ley de inmigración en Boston. Me senté atrás y escuché. Asentía con la cabeza y gruñía cuando era necesario. No hizo muchas preguntas, pero su voz pareció ahuyentar la oscuridad. Pasamos los montones de nieve y los arados nos pasaron en ambas direcciones, yo no podría decir donde estábamos nosotros si mi vida dependiera de eso. Y estuve demasiado cansada para realmente preocuparme.

—Aquí vamos. — Detuvo el coche en una parada y abrió el maletero.

En la distancia lejana, si usara mi imaginación, yo casi podría ver el brillo de luces. El camino de entrada estaba cubierto de nieve y placas de hielo.

— ¿Está seguro?— pregunté, poco dispuesta a dejar el calor del coche.

—Estoy seguro. —Salió hacia fuera.

Me puse mi bufanda alrededor de la boca y metí las manos en un par de guantes. Eché un vistazo abajo a mis botas muy lindas y lamentaba que yo no llevara ropa de esquí. No es que en realidad la tuviera. Pero no estaba vestida para una larga caminata en la nieve. —No tengo muchas opciones ¿verdad? Josías vaciló en el tronco. — ¿Estás segura? Puedo dejarte en un motel de la ciudad y podría llamar a su tía por teléfono. — Pareció poco dispuesto de vararme en el páramo, en la oscuridad de lo desconocido.

Puse una sonrisa valiente. —Voy a estar bien. Gracias. — Ofrecí los cincuenta dólares que la Señora me había dado.

—Demasiado. Un regalo. — Me dio una reverencia y no tocó el dinero.

—Gracias, pero por favor tómelo. — Yo insistí. —Envíelo a su hija para un paseo en taxi. Ella podría necesitarlo.

—Kay, — Anotó en un pedazo de papel y lo puso en mi mano. —Si necesitas socorro, o ayuda, me llamas.

—Gracias. — Metí su tarjeta en mi bolsillo y empecé a subir el camino de entrada.

No podía ver la casa. No había nada que me hiciera pensar que esto era una buena idea. Escuché los engranajes del viejo, y oxidado Subaru y sentí sus luces traseras desvanecerse. No tenía ningún sentido mirar hacia atrás. Pero, Dios mío, era necesario correr tras él y pedirle que me llevase todo el camino.

Capítulo 4

He estado atascada por años. Una vida entera. Hasta que finalmente tuve que descansar, o derrumbarme donde estaba.

Ninguna estrella iluminaba el cielo, y no había suficiente luz en el ambiente para ver más allá de las borrosas sombras que estaban frente a mí. ¿Era así como se sentía la ceguera? Este poder lento, y sin existencia.

—Aaaaaa-ooowwww.

Un lobo aulló en mi oído. Me levante de un salto, arrojando nieve por todas partes, mi corazón se sacudía rápidamente y mi respiración era dificultosa. La adrenalina bombeaba a través de mí.

—Excelente. Meridian. Dormirse en la nieve. Todo lo que necesitas es un maldito libro, y tu estás es un cuento de hadas con un mal final—. Empecé a caminar de nuevo, colgué mi equipaje detrás de mí. La nieve dejó de caer y tuve mejor visibilidad.

—Tú en realidad no escuchaste un lobo. Estás cansada. Delirando. Y congelada hasta la muerte. Pero no has oído aullar a un lobo—. Caminaba, levantando las rodillas hasta el pecho. Tenía los pulmones ardiendo por el esfuerzo. El sonido intermitente de agua corriendo, me obligó a prestar atención a mis pies. Un puente de piedra se alzaba delante de mí. Se levantó, curvándose sobre la tierra, como si se cerniera sobre la influencia de la gravedad. Un arroyo trató de correr a través de los témpanos de hielo y peinar hacia las rocas. Sólo un poco de agua sin congelar fluyó.

Me imaginé este lugar exuberante y verde, con pájaros y ardillas en los árboles que me rodeaban. Mi estómago gruñó y el sonido me tiró hacia atrás.

Me sacudió, pero entonces oí el rugido de nuevo, y no era mi estómago.

Me volví en círculos, tratando de ver al animal gruñendo.

—Yo no soy la única con hambre ¿verdad? — Dije en voz baja y tragué saliva.

—Arrrrwwwllll.

El sonido era terrible y feroz, tan bestial que me estremeció, un escalofrío recorrió mi espalda. Yo era el conejo para el lobo. Yo era la moderna Caperucita Roja. Cogí mis maletas, esperando que pudieran protegerme de un ataque, y tropecé en el camino. Detrás de mí, los arbustos crujían. Mis piernas se rehusaban a sostenerme, estaban tan congeladas. Me caí, echando las manos por delante de mí. Mi rodilla golpeó el suelo helado

raspándose a través de las rocas ocultas por la nieve. Sentía el calor goteando bajo mi pierna y vi la sombra del charco de sangre de mi herida.

—Ggggrrrrreeeeeerrrr.

Miré fijamente dentro de la noche, incapaz de detectar a la bestia. Me arrastré con mis pies, abandonando mi bolsa. Corrí y tropecé, medio tambaleándome. Me detuve, jadeando. Con mis manos en las rodillas, traté de oír por encima del chirrido de mi respiración. Paso a Paso crujía. Levanté la cabeza. En la distancia, vi el brillo de las luces. Oí voces que flotaban en el viento. Me acerqué, las sombras y formas se convirtieron en cosas: un montón de leña, un coche, una casa y edificios.

La casa era monstruosa, con sus torres y tejados y grandes chimeneas. La luz se derramaba desde el porche y las ventanas en las escaleras, convirtiendo la nieve en mantequilla. Un Land Rover verde languidecía por al lado de la casa.

— ¡Ayuda!— Grité, soné como un ratón con laringitis.

—Ella lleva esperando horas... —Si me dejara comprar cuatro piezas de repuesto, en lugar de tener que repararlos.

— ¿Quién compra las cuatro piezas de repuesto?— Las notas de una melodiosa voz salió de detrás de la SUV.

Un murmullo contestó. —Alguien que ha estado recibiendo los neumáticos pinchados da mucho que pensar.

—Simplemente inflan los nuevos. Pero tienes razón. Obtén las piezas lo más pronto posible. ¿Qué debe estar pensando?

Doblé en la esquina del Land Rover y me desplomé contra su lado. —Discu...

— No podía pronunciar las palabras, así que traté golpear en lateral del vehículo para atraer su atención. La poca energía que me quedaba se filtraba a través de mis pies en la nieve. Mis ojos no se mantenían abiertos durante un par de segundos.

No me escucharon.

Luego vino un ruido en el bosque detrás de mí, y me volví para ver a un lobo gigante lanzarse a mí. Yo grité, me parece. No estoy segura. El lobo cogió una bota pegada a una pierna que sobresalía por debajo de la SUV, y comenzó a tirar. Un cuerpo se empujó a sí mismo desde debajo del coche. Un chico se desplegó a una altura de más de seis pies. Vislumbré el pelo negro de tinta,

los pómulos, como navajas de afeitar, las manos del tamaño de platos de la cena. Era tan alto que mi cuello se quejó.

—Ves, te dije que aparecería—. Su voz de barítono resonaba casi como el gruñido del lobo.

Y se volteó con más fuerza hacia el lado de la camioneta. —Yo...

— ¡Dios mío, ella está medio congelada!—. Los colores brillantes revoloteaban hacia mí. —Ella podía haberse puesto más ropa. Tú dijiste que su mamá iba a empacar maletas con lo que ella necesitaba. ¿Dónde están?

Tragué, traté de ver un punto detrás de mí, pero era como si el mundo estuviera inclinado y con tonos oscuros en los bordes. Abrí la boca para hablar, pero el mundo se volvió negro.

Capítulo 5

Soñé en detalles tan reales que podía olerlo, saborearlo, y tocarlo. Mis padres se sentaron en el anfiteatro mirándome con miles de otros. Yo estaba en el centro. Luces brillantes apuntándome. Parpadeaba con fuerza suficiente, podía ver la silueta individual de las personas en la audiencia. Sentía que su aliento colectivo se contenía con fuerza mientras esperaban mi actuación. Pero yo no sabía lo que supuestamente tenía que hacer.

Sostuve un arpa, luego una aguja, luego un arma. Con cada parpadeo, el contenido en mis manos cambiaba. Alguien trató de alejarme del escenario, pero yo no quería irme. Peleé. Luego oí aplausos y caí dentro de un hoyo de orquesta, continué cayendo. Caí a través de un espacio tan infinito y negro y tan lleno de nada que me sentí pesada como líquido de acero.

Jadeé y abrí mis ojos. Miré arriba a un pabellón de seda de color azul lujoso e intenté levantarme, mi aliento era desigual como si hubiera sido perseguida por el diablo en persona.

—Despacio, chiquilla. — Unos brillantes ojos azules y pelo platino ocupó mi visión. —Soy tu tía. Vas a estar bien.

Parpadeé y traté de sentir mi cuerpo bajo las mantas. Mi piel sintió ardor y picor.

—A no ser que amputemos tu pie izquierdo debido a la congelación...— El gigante desmadejado llevaba una bandeja. Él pareció reservado. No es que lo culpara, nosotros no nos conocíamos el uno al otro, pero de algún modo lo sentía cercano a mí. El aroma de sopa de pollo fresca con el perejil y el apio llenó el pequeño espacio.

Mi rostro debió mostrar el pánico, porque la tía lo regañó, —Tens, no bromees. Ella rozó su mano contra mi pierna. —Tu pie está simplemente un poco mordida.

Él resopló, sin la menor señal de preocupación —Ella lo merece, después de hacer dos millas en la nieve con una minifalda.

No me había dado cuenta de que había agarrado la piel del lobo con mi mano izquierda hasta que éste empujó contra mi brazo. Tiré mi mano lejos.

—No te preocupes cariño, él te ha adoptado. Exigente, nuestro Custos; a él normalmente no le gustan los extraños.

—Normalmente se los come, algo bueno que hayas llegado tarde—. La indirecta fue desvelada con una sonrisa en los labios de Tens. Su sentido del humor definitivamente necesitaba pulirse.

—Tens—. La tía lo regañó y yo me empujé para sentarme. —Custos no te morderá, — me dijo. —Probablemente. — La tía acomodó las almohadas detrás de mí, Creando una nube, aclarando el aire.

Un fuego rugió en el hogar, su chasquido y el crujido me hizo sentir como si hubiera sido succionada en una máquina del tiempo. La tía preparó una silla e hizo señas a Tens para que se acercara. —Este es Tens, Meridian, mi chico de los viernes y cómico durante los fines de semana.

Él me desconcierta. Me hace querer tartamudear y tartamudear. Acercó la bandeja a mi regazo y se alejó como si fuera contagiosa. —Aquí, Come.

Me di cuenta de que estaba vestida solo con una franela, ninguna que yo haya reconocido. El pensar que este chico tan guapo al que parecía no caerle bien, quizás me haya visto desnuda envió una corriente de sangre hacia mis mejillas. Mi mano tembló y yo bajé la cuchara antes de que derramara la sopa. — ¿Que estoy haciendo aquí?

Custos lloriqueó y se movió furtivamente más cerca de la cama, como si quisiera el permiso de arrimarse. Me sentía más segura con él que con Tens.

—No muerde. — Sonrió con satisfacción mientras se inclinaba a acariciar a Custos, mi vergüenza se hizo aun más salvaje.

— ¿Cómo?— Pregunté.

—Custos, él no muerde a personas que le agradan—. Dándome la espalda, se acercó al fuego.

—Genial, ¿pero que está pasando?

—Pareces gustarle. — Lo dijo de tal forma que me hizo sentir como si no estuviera de acuerdo con el lobo. O a alguien más en realidad.

—Gracias, lo entendí, ¿vas a responder?— Dejé y levanté la cuchara con un traqueteo.

La tía murmuró. —Tens, deja de tomarle el pelo. No le prestes atención, pequeña. Come tu sopa antes que se ponga tan fría como tú lo estabas. Luego podrás contarnos tu aventura. Perdona que no estuviéramos allí para recogerte. Yo quería estar allí.

Tens gruñó. Y dijo algo bajo su aliento que sonó algo como. —Intento de suicidio.

—Tens —.La tía lo amonestó otra vez. Sentí el hierro en sus palabras. En este momento saltó sobre sus pies caminando por la habitación, cerrando la puerta detrás de él de un golpe. Él me asustó, de modo que yo derramé un poco de sopa bajo el frente de mi camisa.

—Mierda. — Dije cuando la tía limpiaba mi camisa. Ella me dio otra camisa para cambiarme. ¿Cuánto tiempo pasó desde que había comido comida real? — ¿Por qué no estaban ustedes allí? ¿Qué soy yo?

Ella ignoró mis preguntas y mantuvo una corriente estable de charla sobre nada y todo, como si yo hubiera presionado play en mi ipod. No tomé la mayor parte de ese momento porque estaba demasiado ocupada tratando de no derramar más sopa. Nunca probé nada tan delicioso como esa sopa, pero sin importar cuanto quisiera hacerlo, como no, pregunté. — ¿Qué es un fenestra? ¿Dónde están mis padres?— Dejé de hacer preguntas después de que ella las esquivara alegremente.

Era tan difícil estar irritada, me sentía tan calmada, con una hipnótica paz en su presencia. Ella sólo necesitó unos gruñidos ocasionales de parte mía para seguir hablando. Pronto. Perdí terreno en aquel olvido negro.

Desperté con la sensación de que había dormido demasiado y me había perdido un importante evento. El fuego se consumió bajo la rejilla, pero era lo suficientemente brillante para ver dos montones de ropa apilados en la silla. Miré alrededor de la habitación. El papel floral de la pared podría haber venido directamente de la casa de George Washintong. La casa y los manteles eran brillantemente blancos. Muebles antiguos en formas variables y marrones estaban dispersos en la habitación. La enorme cama de cuatro columnas se sentía como un lago. El terciopelo y los brocados dieron vueltas por la habitación, y un olor añejo, raramente el olor se adhería a las sábanas. Me estiré, lánguida y contenta, hasta que encontré a mi conejo favorito de mi niñez apoyado en las almohadas. Y varias fotos de mi familia enmarcadas, colocadas sobre la mesita de noche a mi lado.

La sonrisa de mi madre me trajo de regreso a la trágica realidad. Quería apretarla bajo las sábanas y desear que esto fuera solo una pesadilla, pero ese no era mi estilo de huir, eso espero. ¿Tenía yo algún estilo?

Reconocí mi ropa en las pilas y comprendí que ahora le debía dar las gracias a Tens por otro rescate. No podía imaginar a la tía bajar por la nieve para rescatar todas mis cosas. No quería deberle nada. Me deslicé por la cama y toqué el suelo con mis dedos, estaban todos doloridos y magullados, como si tuviera un esguince.

Me puse mis bragas y mí más confiado sostén, mi par favorito de jeans, un henley termal, un suéter de cashemire rojo que mis padres me dieron en la última Navidad. No es el más fashion de los conjuntos. Soy inusualmente pequeña para mi edad. A diferencia de mi alta y robusta familia. Podría pasar por un elfo. O un niño de tercer grado con pechos. Por un momento me estaba cambiando, hasta que me encontré a mi misma pensando en impresionar a Tens y me estremecí. ¡Perfecto! Tengo un enamoramiento con un chico que me odia. Eso es infligirme dolor. Si a él no le gustó lo que vio... Bueno, ya sabía que a él no le había gustado. A él probablemente le gustaban excepcionalmente altas, rubias, atléticas y con un bronceado espectacular. No había ningún reloj en la habitación, y mi reloj no estaba en mi muñeca. El hocico del lobo resopló cuando presionó en la apertura, abriéndola de tal manera que pudiera entrar en la habitación. Saltó a la cama y meneó su cola. Su cara floreció con una sonrisa casi humana y me miró con un signo de interrogación en sus ojos.

—No voy a volver a la cama, — le digo.

Se sentó, plantando su trasero directo en mi almohada.

—Agradable, ¡gracias!— Agarré un par de calcetines gruesos de lana y me detuve, no muy segura de saber si estaba permitido salir de la habitación, me incitó a preguntarme si podía.

El silencio de la casa era una presencia física. Como si miles de historias fueran susurradas al mismo tiempo, para hacer una palabra individual. Pero sentía la emoción en ellas. Miles de conversaciones individuales todas fuera de alcance. Temblé.

— ¿Vienes o no?— Apunté hacia la puerta y me moví delante de Custos, que no se movía. Sabiendo que él vio más de lo que quisiera que alguien viera.

Capítulo 6

Los diseños del pasillo eran sombríos. Mi pie se arrastró como si estuviera tratando de alejarse de las sombras. Una gruesa alfombra de flores bien gastada se extendía hasta el centro del pasillo a lo largo del dibujo. Caminaba de puntillas, por ninguna razón, como un intruso. Tenía la sensación de estar estudiando todo, comprobando que no hubiera nadie detrás de mí. El sombrío bosque se escondía tras las esquinas y paneles de las paredes. Edredones de todas las formas y tamaños estaban colgados a lo largo del corredor. Las arañas bailaban en las arrugas y el polvo oscureció de la moldura formando surcos. No había relojes. Había pinturas que adornaban las paredes, parcialmente cubierto por edredones, se sentía el frío invierno.

Seguía viendo el movimiento con mi visión periférica, una sombra giraba de un lado a otro, aunque no alcance a verla bien. Fuera lo que fuese, no pude volver la cabeza lo suficientemente rápido para conseguir una buena visión. Tal vez, mi mente me estaba traicionando.

Custos se acercó a mi lado, silencioso y vigilante. No me asustó. Su pelaje era espeso de color caramelo con puntas de color negro, y una banda de color negra lo dividía en dos mitades a lo largo de su espalda, desde la nariz hasta la punta de la cola. Llevaba un antifaz negro como un bandido y tenía los ojos de oro que parecían brillar. Su lengua tenía un punto negro en el centro. Cuanto más lejos avanzaba por el pasillo, más edredones encontraba. Montones de ellos, así como fundas de almohada y sillas con asientos acolchados. Me sentía como si estuviera en movimiento a través de uno de esos caleidoscopios con cuentas de vidrio que había tenido cuando era niña. Me encontré en la parte superior de una gran escalera curva. Veía como parpadeaban las luces de abajo a través del pasamanos, saltando la creación de ciervos, los ojos redondos de los búhos de las paredes. Custos me dio un empujón y revoloteó por las escaleras. Me asomé por una esquina hacia una amplia sala de estar. Los edredones sólo aquí se plegaban a lo largo de la parte de atrás de un sofá de crin de antigüedades. Además de las sillas de un color esmeralda vibrante, en uno y otro lado de la chimenea de mármol. Junto a un abeto enorme, iluminado con velas reales, que reflejaban en el vidrio todos los colores del arco iris.

— ¿Ya es Navidad?

— Bueno, si, tú no eres la bella durmiente.

Me tragué mi sensación de desagrado. Me gustaría saber lo que había hecho para que me odiara. —Supongo que te hace la bestia, ¿eh?

—Es curioso. ¿Tienes hambre?— Se volvió y se dirigió por un pasillo. Custos trotaba junto a él.

—Traidor—. Murmuré.

El aroma de canela, vainilla y pan recién horneado hizo que mi estómago gruñera.

—Por lo menos tiene hambre. —Dijo, al entrar en la cocina. —Espero que te guste la comida Bambi. — Extrajo una jarra de zumo de naranja de la nevera y bebió de ella con avidez mientras yo me apoyaba en el marco de la puerta.

—Es suficiente—. Se escuchó la voz de la Tía. —Hola, pequeña. ¿Te sientes más cómoda?— Ella rápidamente tomó mi cara entre sus manos, mirándome a los ojos. Antes no me había dado cuenta de lo baja que era. —Supongo—. No tenía la primera pista de cómo responder a esa pregunta.

—Estarás hambrienta. Siéntate. — Mi mente se dirigió a las velas encendidas sin supervisión en el árbol en la sala. Mi madre insistía en que las velas eran sólo para emergencias, para no quedar sin vigilancia. Yo no podía manejar el fuego casualmente porque no conocía a nadie que lo hiciera. — ¿Estás segura de que no debemos apagar las velas?— La tradición. — ¡Bah, eso es un árbol fresco! No se quemará esta casa esta noche. Es la víspera de Navidad—. Mi tía sonrió y me retiró el pelo hacia atrás. —Oh—. Nochebuena. ¿Cuántas cosas cambiaron rápidamente? Me pregunté de dónde eran mis padres y lo que Sam estaría haciendo esta noche. Solía colarse en mi habitación para tratar de mantenerse despierto para ver a Santa. ¿Qué iba a hacer esta noche? ¿Iba a tratar de estar arriba? ¿Me extrañaría? Yo no sabía lo que le había pedido a Santa. ¿No me lo había dicho o simplemente no había escuchado?

La tía me sentó en un asiento de una mesa vieja de caoba de granja y colocó una gruesa capa de pan en frente de mí. Ella untó mantequilla como si yo fuera una inválida. —Yo puedo hacerlo—. Cogí el cuchillo. Ella me lo dio. —Por supuesto, por supuesto. Nos diste un susto.

—Lo siento—. Me sentí como se esperaba la disculpa. —Tienes preguntas, lo sé. — La tía metió una cuchara de color marrón en un guiso que tenía dentro

de una loza. —Sí, se parece a un refugiado de guerra, — dijo Tens, desde el fondo. Yo le lancé una mirada que esperaba le sentara como una bofetada.

—Habrá galletas de Navidad para el postre, si quieres. Tens, ponme un té, por favor, y agarra un refresco de uva para Meridian. — Me miró con una mirada inquisitiva. ¿Cómo sabía que me gustaba el refresco de uva?

—A todos nos gusta, querida. — Me acarició la mano y agitó cuatro cucharadas colmadas de azúcar en una taza que contenía una mezcla que parece más como un budín de regaliz que el té. —Tens, siéntate con nosotros. Se montó a horcajadas sobre una silla hacia atrás, como si quisiera poner el respaldo de la silla entre nosotros. Yo puse el guiso en mi boca, negándome a considerar la posibilidad de que Tens comentara algo acerca de Bambi. Continué con un bocado de pan del mejor sabor que jamás había tenido en mi vida. Yo estaba terminando, rodando hasta el último de los caldos cuando me di cuenta que me estaban mirando como si nunca hubieran visto a nadie comer. Yo no podía recordar la última vez que había pasado hambre, ni comer sin modales. —Lo siento—. Me detuve abruptamente e inhalé.

—Me alegro de que te supiera bien. Has tenido un largo viaje, que será más largo todavía. — La tía tomó un sorbo de té, pero no ofreció ninguna explicación. No podía aguantar más. — ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Quién eres? Me refiero. Sé que eres mi tía-abuela, mi tocaya, pero yo nunca te he conocido. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué mi padre me tiró en un taxi y viajé por todo el país a algún castillo olvidado de Dios en medio de ninguna parte y entonces... —me detuve el tiempo suficiente para ver como Tens señalaba con el dedo, — la tía dice: —actúa como si solo estuvieras aquí de visita en vacaciones y, — se centró en Custos, que había estado dormido en el suelo del fregadero de la cocina, —casi me mata en la tormenta de nieve y ahora decidimos que somos amigos. Definitivamente somos amigos.

Capítulo 7

Seguí, incapaz de evitar el flujo de preguntas. — ¿Dónde están mis padres y cuándo llegaré a verlos? ¿Y qué diablos es un fenestra? No quiero ser uno. No quiero tener nada que ver con eso. — Aparté mi silla, me apoyé en la mesa, luego me lancé de nuevo a Tens. —Y si no eres más amable conmigo voy a mover las cejas, los labios o el bolso o cómo diablos hago para matar a todo a mí alrededor, y entonces estarás muerto. Y entonces veremos quién ríe el último. — Desinflada, me dejé caer hacia abajo en mi silla, agotada, y sólo un poco mortificada. Tens tuvo la osadía de sonreírme como si yo le hubiera dicho que era el príncipe de Egipto, gruñí. En realidad gruñí como un maldito perro.

—Te dije que deberíamos haber ido a Portland a buscarla—, le dijo a la tía. — Nosotros los jóvenes nunca hacemos lo que se nos dice.

La tía asintió con la cabeza hacia él, sin inmutarse. —Tal vez. Bueno, veo que tenemos trabajo que hacer. Lo que hace el amor en esta época del año. Tens, obtén algunos dulces de cacao y trae otra taza de té para mí al salón, por favor. Será una noche larga. Vamos, querida niña, y vamos a ver si puedo descifrar algo del hilo que te hizo un nudo en el cerebro.

La tía tenía un agarre sorprendentemente fuerte al tirar de mi codo.

Custos estaba rayando la puerta de la cocina y la tía la abrió distraída mientras murmuraba, —¿por dónde empezar, por dónde empezar? ¿Enviarte a mí totalmente inconsciente? ¿Por el legado de Gabriel en que estaban pensando? ¿No te han dicho nada? Esta es la era de la información, por el amor del Creador.

Ella me colocó junto a la chimenea y me metió un innumerable número de mantas sobre los hombros. Me dieron alimentos, me sentí más como un ser humano y menos como un zombi malévolo.

— ¿Por dónde empiezo? Yo nunca he hecho esto antes. No tenía que hacerlo. — Parecía frágil. Por un momento era como si toda su vida se fuera a la izquierda sólo por una pregunta.

No me sentía bien, pero estaba cansada de estar enojada. — ¿Por qué no empezar por el principio?

La tía se sentó en una silla mecedora y fue un calmante, el ritmo lento con los pies. — ¿Qué sabes de tu historia? ¿Religión? ¿Política?

Qué pregunta. ¿La escuela? ¿Qué tiene que ver con esto la escuela? —Soy una buena estudiante. He prestado atención, supongo, lo entiendo.

—Hmmm. ¿Y tú nunca te preguntas por qué las cosas muertas se acumulan en tu presencia?

—Ella piensa que es un fenómeno.— Tens me dio una taza. Era demasiado perspicaz para mi comodidad. — ¿Correcto?

Me hundí más en el sofá y la manta. —No puedo... —Tragué, pero obligada a no abandonar la cuestión. —... ¿Los mato?

— ¡No! ¡No!— La tía se levantó de un salto, casi derramando su bebida. — Podría azotar a tu madre. ¿Cómo podría ella dejarte pensar esto?

—Yo nunca pregunté. — Pero sí, yo me había preguntado eso. ¿Mis habilidades con la muerte eran un enorme elefante para no dejarlos pasar por alto?

— ¿Conoces la ley de conservación de energía?— Ella preguntó.

— ¿La energía no puede ser creada o destruida, pero puede cambiar su forma?

—Exacto. — Yo la había complacido con mi respuesta. — ¿Comprendes que el aire caliente sube y mantienen los sumideros frescos?

—Supongo.— Coloréenme de loca, pero esto pareció un infierno de mucho como un par de conferencias de ciencia que yo ya había oído.

Ella frunció los labios. — ¿Alguna vez has examinado una cosa muerta?

—He visto en abundancia.

—Sí, ¿pero los has estudiado? ¿Realmente examinado? Lo que hace la vida, respira la sustancia en una forma que es la energía. Cuando aquel cuerpo— el animal o el humano— cuando aquella cáscara, aquel cadáver muere, la energía en eso sube como el calor.

Hizo una pausa como esperando que yo hiciese un reconocimiento.

—Tú no eres la muerte. Tú no traes la muerte, tú no la controlas, tú no puedes cambiar el destino de ese destino. Tú puedes administrar medios para salvar vidas como la RCP*, pero si esa alma está lista para elevarse, entonces, ni tú, ni yo, ni nadie puede hacer que se detenga.

—Si no soy la muerte, ¿qué es lo que soy?

—Tú eres una fenestra, una ventana. Una ventana abierta del ático, en el más alto de las casas, para la transición de la energía de la vida al más puro y mejor mundo posible.

—Eres una puerta al paraíso—la vida después de la muerte.

—Super chica. — Tens lanzó un puñado de frutos secos a su boca y los mordió. Odié lo tranquilo que parecía.

—Derecha. — Pensando que estaba bromeando conmigo, dejé al sarcasmo colorear mi tono.

La tía me sonrió. —Tú no me crees.

Me encogí de hombros. —Es la mejor definición que has recibido hasta ahora, pero a lo que me refiero realmente es, ¿te lo crees?

—Probablemente no. — Tens se encogió de hombros.

— ¿Por qué no he oído hablar de fenestras?— Pregunté.

— ¿Debido a que la gente no vive para hablar de ellos?— Tens agarró otro puñado de frutos secos.

Hice rodar mis ojos a él.

La tía escogió entre los frutos de cáscaras y recogió un puñado de castañas.

—Estamos protegidas. Por el creador. Por un grupo especial llamados Protectores.

—Uh-huh. ¿Y soy humana, o de Marte?

La tía se rió tontamente como una colegiala. — ¿Marte?

—Tú eres de Venus, super chica, ¿o no te has enterado?— Tens soltó.

—Cállate. — Le solté. —Simplemente dejen de reírse de mí.

Él arqueó una ceja ante mí, pero guardó silencio.

—La vida comienza en el mismo lugar, con el mismo Creador.

— ¿Dios?

La tía me sonrió. —Hay muchos nombres, de muchas culturas y tradiciones. Aunque los nombres sean casi infinitos en el número, ninguno de ellos realmente llama al Creador o Creadores por su derecho.

Froté mis sienes. —Ahora sueñas como una galleta de la fortuna.

—La religión trata sobre lo que somos. Es más grande que la idea humana de rituales. Somos creados para ayudar a almas a seguir adelante a lo que los budistas llaman la aclaración, lo que los cristianos llaman el cielo, y así sucesivamente.

—Todo es sobre la religión. — Esto lo sabía por la historia del mundo. Guerras, genocidios— todos ellos condujeron atrás a la creencia y la intolerancia del hombre para su propia religión organizada.

—Puede ser, pero los fenestras no están relacionados en una rama específica de la Fe. Tampoco los protectores, aunque los artículos humanos hagan a la gente a menudo muy espiritual. Tampoco los Aternociti, para el caso, pero ellos vienen del lado de los Destruidores.

—Pero la gente les odiará de todos modos. — Dijo Tens con el ceño fruncido. Quise preguntarle que quería decir, pero su rostro estaba tan cerrado, tan cerrado, que no me atrevería. — ¿De dónde vienen?

—Venimos de una mezcla de ángel y el ADN humano.— Dijo Auntie.

— ¿Huh?

—La Sangre de los Ángeles solía hacer el trabajo, se utiliza para estar allí para cada transición, pero como la población de humanos creció no había suficientes para mantener el ritmo. Además, se necesitan para otras cosas. — Para mantener el equilibrio.

—Pero tú dijiste que la energía no se cambiaba.

—Estas cambian de forma, pero nunca desaparece o aparece.

—Si un ser muere sin un Fenestra o la presencia de un Aternociti, gira una y otra vez.

— ¿Reencarnación?

—Sí.

— ¿Cuáles son los Ater-no-se-qué?— Estaba empezando a sentir como que estaba en una película de Star Wars.

—Esa es otra discusión, pero ellos llevan a las almas al lugar oscuro.

—Infierno. — Soltó Tens.

Auntie se encogió de hombros en acuerdo. —Para un alma en transición, tú apareces como la luz. Un túnel de color blanco brillante.

—No me digan que el 'Van a la luz' cuando la gente muere en las películas es real. — Estaba atrapada en una Vida Especial.

—En cierto modo. En el mundo de los vivos tú pareces un humano. Excepto por algunas pequeñas cosas, vivimos nuestras vidas como la mayoría de la humanidad.

— ¿Qué pequeñas cosas?

—Empezarás por ver luz hacia afuera por tu visión periférica se alargará, y hay gente que también puede verlo.

— ¿Ahora soy una luciérnaga?— Sacudí mi cabeza. — ¿Qué más?

— ¿Tienes alguna fotografía de tu infancia?— Aun cuando Auntie había hecho esa pregunta, ella claramente conocía la respuesta.

Pensé en ello. Yo no. Algo siempre le sucedía al rollo, o tenía proyecto de clase cuando las fotos se estaban tomando. Yo no podía recordar ni una sola fotografía en la que estuviera presente. —No.

—Esa es otra de las pequeñas cosas.

—Hablando de las fotos de la familia, ¿Por qué viaje con capa y espada a la mitad de la nada? ¿Dónde están mis padres?— Eché un vistazo a Auntie y a Tens, estudiando sus caras llenas de secretos y obstinación.

El silencio se prolongó.

Repetí mi pregunta. — ¿Dónde están mis padres? ¿Quién está detrás de nosotros?

—Ellos no van a por tus padres. — Replicó Tens. —Sólo a por ti. Los Aternoci tienen una caza de Fenestras antes de que hayan llegado a su máximo poder.

— ¿Recuerdas que os mudabais mucho cuando eras niña?

—Si, papá iba cambiando de puestos de trabajo constantemente.

Tens sacudió la cabeza. —Tal vez, pero fue sobre todo por el echo de que te tenían que mantener viva hasta que cumplieras dieciséis años.

— ¿Estás bromeando?

—No, lo siento. Se trasladaron inmediatamente luego de haber salido de casa. El accidente del coche no fue un accidente. Meridian. El mejor modo de matar a un Fenestra es tratar de hacer pasar a un alma humana por ella antes de que esté lista.

¿Los chicos del accidente murieron por mi causa? — ¿Qué pasa?— ¿Yo quería saber?

Auntie dio un salto. —Hay cosas que debes saber. Los métodos de solución de problemas que solo se pueden aprender de otro Fenestra. Cuando tú cumpliste dieciséis, la ventana se abrió totalmente. —En aquellas almas humanas en el momento que empezaron a pasar comenzaste a sentirles. Antes, la ventana era sólo una grieta por la cual los insectos y pequeños animales pasaban.

— ¿Qué pasa si no quiero ser uno? — Pregunté.

—Tú eres uno.

— ¿Pero qué pasa si cierro la ventana y pongo un cartel que diga 'ir a otra parte'?

—Te mueres.

— ¿Perdón?

—Te mueres. Realmente es muy simple. De cualquier forma debes aprender a hacer para lo que has nacido o serás absorbida a través del derecho cuando un alma pase a través de ti. Hay una tercera opción...

Dejé de respirar durante un segundo tartamudo. Yo posiblemente lo haya escuchado mal. — ¿Morir?

—Auntie. — Tens tenía la voz fuerte y dominante.

— ¿Cuál es la tercera opción?— Pregunté.

Auntie dejó la respuesta a Tens. —Averiguar cómo ser una Fenestra o ser remolcado. — Él miraba hacia abajo y hacia mí.

—Sí, querida, es bastante simple. — Auntie acarició mi mano como si no aguantara y dijo que no podía tener más dulce. —Tengo bastante sueño de repente.

Tens se levantó de un salto, corriendo a cubrir a Auntie con una de sus colchas y poner a sus pies una otomana. La preocupación en su rostro parecía desproporcionada en relación con la sensación de cansancio de una anciana.

—Shoo. — Ella pestañeó. —Toma a Meridian y llévala de paseo. Vayan a caminar. Estaré bien. Tens. No es tiempo todavía.

— ¿Tiempo?— Le pregunté, pero nadie me respondió. No podía pasar —te vas a morir.

*RCP: originalmente es CRP (cardio pulmonary resuscitation) que quiere decir reanimación cardiopulmonar, que se practica como último recurso.

Capítulo 8

Tens actuaba como un loco mientras caminábamos por las habitaciones. Entrecerré los ojos, trataría de investigar a que se dedicaba.

—Así que...— dije, tratando de llenar el espacio incómodo. — ¿Tú eres?

—No.

Yo asentí. — ¿Un primo?

—No.

— ¿Y no estás loco?

—No.

— ¿Tienes algo contra mí?

—No.

Ok, terminé, agarrando su brazo para detenerlo. Miré a Tens, tratando de descifrar si era amigo o enemigo. Luego un pensamiento se movió detrás de mis ojos. — ¿Cómo supiste del accidente automovilístico que ocurrió justo antes de venir yo aquí? ¿Llamaron mis padres?

Suspiró. —Solo puedo decirte que tus padres llamaron para avisar que estabas de camino.

— ¿Pero?—, mi instinto me gritaba que no me iba a gustar la respuesta, pero necesitaba conocerla.

— ¡Qué fuerte eres! ¿Una super chica?— No mucho.

—Basta, — le contesté.

—Yo sé las cosas. Antes de que sucedan. Aun cuando sucedan en algún lugar muy lejano. Sólo sé de ellos.

— ¿Cómo?

Se lamió los labios y se cruzó de brazos. Me di cuenta de que estaba tratando mucho más de lo que debía.

— ¿Tú lees la mente? ¿Sabes lo que estoy pensando?— Llegó un calor a mi cara.

Él me sonrió. —Sería divertido decirte que podría, pero no. No es así—. Una enorme onda de alivio me recorrió.

—Oh, entonces, ¿qué?

—Imaginé. Emociones—. Él abrió las puertas francesas y señaló un pasillo largo. —En esa sala por lo general se mantiene el calor con las puertas cerradas gracias a la calefacción.

Probablemente habrá criaturas que viven dentro, mejor quedo afuera.

—Está bien, ¿y tú? Tuve que correr para mantenerme a su paso, con sus piernas largas. Evidentemente quería terminar con esto lo más rápido posible.

—Hasta las escaleras hay muchas habitaciones. Por una vez más no vamos a ir allí. — No me vas a responder por completo ¿Verdad?

—Aquí hay una galería, que es la biblioteca/estudio, al girar está la cocina— fue por arriba y abajo por todos los pasillos tan rápido, pasé más tiempo viendo mis pies, que en pensar en toda su explicación. —Por esta escalera, por el pasillo es tu dormitorio. Su tía esta directamente debajo de la suya exactamente en el segundo piso. El mío es de de allá—. Señaló en una dirección general, como si no quisiera que supiera cómo encontrarlo. —Por lo tanto...

De repente estábamos de regreso en la cocina.

Tenía sudor en mi frente y me dolían las piernas. Tens se apartó de mí. —Hay muchas cosa que tengo que hacer. ¿Ok?

—Te ayudaré—. Quería una explicación de él.

— ¿Lavas los platos?

—Claro— pensé que quizás uno los lavaba y otro los secaba y tendríamos tiempo para hablar estas cosas. Pero en menos de diez minutos, me encontré sola, con unos guantes de goma amarillos, mirando muchísimas ollas y sartenes cubiertos de alimentos.

Custos gimió a mi lado.

—No creo que él quiera hablar ¿verdad?— le pregunté mientras se sentaba y se inclinaba hacia mí. En el momento en que la cocina estaba limpia, me dolía la espalda y la cabeza me palpitaba. Conseguí un plato con galletas y un vaso con leche para llevar a mi habitación. Le tiré una galleta a Custos, y ella lo cogió en el aire agradecida. A pesar del paseo anterior, me perdí tratando de encontrar mi habitación hasta que por fin la encontré. Recogí toda la ropa, con una sensación de nostalgia, echaba de menos a mi familia. Sostuve un suéter en mi nariz e inhalé, pero sabía que nunca más iba a oler a casa.

¿Qué demonios me estaba pasando?

¿Cómo los encontraría otra vez?

¿Me lo permitirá?

Dormí sin soñar por primera vez en años. —Feliz navidad. ¿Dónde está Austie?— Bostecé, yendo a la cocina. Finalmente me sentí humana. ¿Aunque fuera humana?

— ¿Dormiste bien, super chica? Estás contenta para una Navidad sin Papá Noel. — Tens utilizaba unas pinzas para voltear el tocino de la plancha. Parecía casero. Esperaba que la cocina estuviera muy debajo de él, pero parecía saber muy bien lo que él estaba haciendo. —Entonces, ¿dónde esta la tía?—, le pregunté.

—Fuera.

Me senté en la mesa y lo estudié. No prestó atención en mí. Podría haber sido invisible.

— ¿Te gusta estar aquí?

—Está bien, — murmuró.

Dejé que el silencio se expandiera entre nosotros hasta que no lo pude tolerar más. — ¿Por qué no me miras?

— ¿Mucho ego?— Preguntó sin voltearse.

—No quiero decir que soy hermosa, pero evitarme. No es contagioso, — me detuve, temporalmente desconcertada por la idea. —Oh, dios mío, ¿Es contagioso?— El choque en mi voz angustio a Tens, por que vino y se sentó junto a mí. Vaciló. Como si él no supiera como consolarme. Al final, no me tocó.

—Uno no nace infectado—, dijo. —Tengo mis razones. Ninguna es por lo que eres.

— ¿Alguna bebida?, está recién exprimida. —Se puso lejos de mí para servirme en un vaso. — Resoplé ¿Fresca? ¿Qué hombre prefiere un jugo fresco?

—No me digas que compras esa mierda estereotípica, donde comen, la comida fría de una lata.

—Sólo a veces — sonreí, pero no salió nada más de mis dientes. Él no respondió. —Recién exprimido ¿Eh?— Bebí.

—Bien.

Tens sirvió unos huevos revueltos, un panecillo inglés, un par de salchichas y tocino.

—Come. Austie dijo, como la lección número uno.

El olor de la comida hizo que se me revolviera el estómago.

—No quiero desayunar.

—Tienes que comer.

—Yo nunca desayuno. En serio, nunca. Si me lo como probablemente terminé vomitando sobre ti

— Incluso si tuviera hambre. —Sé que soy un desconocido para ti—, su tono le hizo insociable.

Vi un destello de dolor se cruzaba en su cara.

Corrió el agua de lavabo y empezó a lavar la sartén.

Cerré mis ojos pensando en cuando me había transformado en una arpía total. —Mira. Yo lo siento.

—Ya entiendo—, gruñó.

— ¿En serio? Porque yo no. Yo no soy una mala persona, pero tú me vuelves loca.

Dejo de lavar la sartén. Tenía que estar limpia ahora. —Estás atrapada.

— No he sido exactamente una buena persona contigo.

Tomé más jugo, disfrutando de su dulzura y su picadura.

—No, no, no. ¿Por qué no te gusto?

Hizo una pausa, pero siguió mirando por la ventana en lugar de mirarme a mí—. Tú no me gustas.

—Correcto...

—Mira, yo, — se interrumpió y tragó una respiración profunda —Yo, si tú no puedes... si no...

Espera. Apenas inhalaba, manteniendo la boca cerrada para no asustarlo. Tens sacudió la cabeza como si perdiera una discusión. Yo no te obligaré a comer. Cuando termine con el jugo, tengo algo que Austie me pidió que le diera. No es un regalo ni nada.

—Lo que sea.

Algo resonante, como un hombre de hojalata que hubiera caído en un montón de ollas y sartenes.

Brinqué. — ¿Qué es eso?

Tens se rió entre dientes, entrado en el pasillo. —El teléfono—. Austie me pidió que lo reparara para que se pudiera escuchar en cualquier lugar de la casa.

—Creo que lo escucharon hasta Alaska, — lo seguí.

— ¿Hola?— una tensión sacudió su cuerpo más recto, y se ocupó de receptor en su oreja.

Casi podría ver sus músculos como un alambre enrollado para atacar.

— ¡Contéstame!— Dejó su voz en un susurro, de modo que se acercó.

—Escucha, pedazo de mierda. Basta ya—. Tens colgó el teléfono en el soporte y se frotó las manos en la cara.

— ¿Qué fue eso?— Le dije.

—Un operador de la telefonía para vender.

—Mm... ¿De verdad?

—No, Austie ha estado recibiendo llamadas y se escucha respiraciones extrañas en la línea. A veces una voz robótica recita versículos de la Biblia. Las llamadas son más a menudo.

—Es probable que sean niños.

—Tal vez.

— ¿No lo crees?

—No, no lo creo.

—Oh—. Yo no esperaba que él realmente contestara la pregunta, —entonces ¿qué es?

— ¿Qué es? Es hora de que tú trabajes en la lección número uno.

— ¿Dónde está Austie de todos modos?

—Ella fue a la ciudad a comprar comida y el filete antes de que las tiendas cierren hasta después de principios del año.

— ¿Por qué no vamos con ella? ¿Por qué no vas? El tiempo está mucho mejor para conducir de lo que era cuando llegue aquí.

—Ella me dio instrucciones de permanecer aquí. Contigo.

Yo asentí.

Suspiró. —Oye, hay cosas que no sé.

—Así que dime—. Supliqué.

—Hice una promesa que yo no diría nada hasta que Austie piense que tú estás lista. Pero creo que debes de estar preparada.

— ¿Preparada? Los haces parecer como que vamos a la guerra.

—Las cosas han aumentado desde hace varios meses con un culto local que simula ser una congregación legítima, Aquí hay un ministro que es bueno para convencer a la gente que haga cosas. Él no quiere dentro aquel que no vea el mundo a su manera, — Tens se detuvo y frunció el ceño. —O podría ser algo completamente diferente.

— ¿Qué más?

—Cuando estabas en casa. ¿Alguna llamada telefónica?— Pidió, ya sabía la respuesta.

—No, oh Dios mío. Sí. Una semana antes de mi cumpleaños. Mi madre se asustó por completo. Se sintió el curso de mi vida.

—Los Arternociti te están cazando. Ellos saben dónde está la tía.

—Así que saben dónde estoy, — cerré los ojos.

—Eso es lo que estoy pensando. Y no tengo una maldita pista para evitar que nos hagan daño.

—Oh.

Se frotó las manos en el pelo. —No le digas que te lo dije. Ten cuidado, ¿De acuerdo? Mantén los ojos abiertos.

Un culto de la iglesia. Elementos del diablo.

— ¿Alguien más? Le pregunté, sólo medio en broma.

— No, sonrió. —No lo sé con seguridad—. Me sostuvo la mirada y sentí una extraña vibración excesiva en el estómago. Yo no quería apartar la mirada, pero yo sabía que ya no era invisible para Tens. Parecía saber todo de mí, y el pensamiento me puso nerviosa.

El Land Rover entró por la puerta.

—Ella está atrás, — le dije.

Tens metió los brazos en una capa y cerró la puerta para ayudar a la tía. Me preguntaba si me reservó algo. Desempaqueté como Tens traía de tres a cuatro bolsas a la vez.

—Deja la cecina y las frutas en una bolsa o dos. ¿De acuerdo?—, dijo.

—Bien—. Sea lo que sea. Yo no iba a robar carne de venado en polvo o chips de banana en medio de la noche. —Hola pequeña—. ¿Has dormido bien?— Mi tía rozó mi mejilla con sus labios y tomé una bocanada de hierba recién cortada y flores de manzana.

—Sí, gracias.

Se volvió a Tens. — Peggy y Ruth, Winnie, ella es un vecino, tiene neumonía. Voy a visitarla, a ver si hay algo que pueda hacer para su familia. Es tan difícil en la vida cuando llega la muerte.

—Muy bien, — Tens la estudió durante un minuto.

No podría descifrar su silencio.

Austie movió la cabeza con cuidado, como si lo llamara. — ¿Has encontrado lo que te pedí?

—Sí, está listo para usted, — se apoyó en el mostrador y se cruza de brazos. Una aprensión irradiaba de él.

—Perfecto, entonces, ven, — me dio una palmadita en la mejilla y me llevó a lo largo de la sala.

Capítulo 9

—Tienes que practicar conscientemente la apertura de tu ventana. La visualización es tu principal herramienta de supervivencia. Si crees que el alma puede fluir fácilmente a través de ti, entonces probablemente lo harás. Tienes que vivirlo con atención. Siéntate, —Auntie me ordenó dando señas a un sillón.

Me senté en el borde del asiento, nerviosa por esta primera lección. — ¿Qué pasa si no soy buena en eso? ¿Los animales mueren a mí alrededor todo el tiempo? ¿Cuál es el problema?

—Estás enferma porque te abriste paso en tu energía. Tienes que dar salida a las almas, o te van a seguir haciendo daño. Se trata de dar rendimiento en la vía correcta. Ahora que tienes dieciséis, todas las almas, de cualquier tamaño, pueden sentir, sobre todo los seres humanos. Y hasta que no seas capaz de controlar tu propia energía, para abrir y cerrar la ventana, estarás en peligro—. Auntie cepillaba mis rizos.

Tens se quedó en la puerta, mirando.

—Cierra los ojos. ¿Cuál es tu estación favorita?— Preguntó ella.

—Verano.

—Está bien, quiero que visualices una ventana abierta. Sopla una brisa, se siente frío, el calor del sol. Quieres sentir la brisa lo que hace que la energía se disperse lo más rápido posible. ¿Está bien? ¿De qué color son las cortinas? — Auntie pregunta.

— ¿Cortinas?— Mantuve un ojo abierto.

—Coloca las cortinas en la ventana. Lo haces más real. La realidad está en los detalles. Recuérdalo—. Me puso la mano sobre los ojos.

—Está bien. Son de encaje blanco.

—Bien. Las cortinas susurran por la brisa. Es una gran ventana. ¿Con el fin de...? — Dejó la cuestión.

—Oh. ¿Una puesta de sol?

—Una puesta de sol. Imagina que estás en la habitación con la ventana, pero has avanzado lo suficiente detrás de la ventana que no sientes la brisa. Amas esta sala, que estás situada en esta sala, no quieres salir de este cuarto. ¿Qué pasa del otro lado de la ventana, el punto de vista, será determinado por el alma que pasará por ti? Sólo tienes que ir y veremos lo qué pasa. No luches contra él.

Me imaginé mi habitación de casa. Me sentía segura allí.

—Muy bien.

—Ahora vamos a enfocar la ventana y quédate de este lado, ¿no? No hay suficiente espacio para pasar por ella- esto es una gran ventana, pero me gusta ver la puesta de sol desde aquí.

Todo esto se sintió en un canal de Sci Fi para mí. —Muy bien.

—Ahora abrí un ojo de nuevo sólo para comprobar que estaban sus manos sobre ellos.

—No, no estás lista todavía. Tenemos que comenzar pequeña. Creo que Winnie podría apoderarse de ti y seguir adelante. Vuelvo para la cena.

—Estoy bien—. Tuve la sensación de que estaría sentada aquí, hasta que regresara si la escuchaba.

Oí marcharse el Land Rover. Conté hasta diez. Luego, a diez de nuevo. Abrí los ojos y encuentro a Tens mirándome. La expresión de sus ojos me hizo subir la sangre a mi cara y se me iluminó las puntas de las orejas con el calor.

—Muy bien, estoy bien—. Me puse de pie y estiré mis músculos doloridos.

— ¿Estás segura?

—Estoy segura que me mantendrá hasta que Tens me diga que pare. No puedo quedarme aquí, mi propio poder interfiere con el tuyo. Tengo que ir a presentar mis respetos a mi vecino. Winnie era un buen amigo desde hace muchos años. Ella no estará viva mañana.

— ¿Puedo ir, he terminado de visualizar una ventana? Sí, esto ha finalizado.

—Está bien, entonces, espera aquí.

— ¿Qué?

—No hay más que hacer. Estaré detrás.

Me alejó, lo escuchaba quejarse y con cabeza fuera.

Estaba sentada en el sofá, hojeando un álbum de fotos antiguo cuando volvió con un montón de trapos. — ¿Qué es eso?

—Lección número dos. Bebés Conejitos. Ayuda a hacer la limpieza—. Dijo este asunto de manera con toda naturalidad que me preguntaba si había oído mal.

— ¿Qué?— Me puse rígida.

—Son de Custos, los encontré esta mañana. Su madre ya había muerto.

— ¿Y quieres qué...? — Tenía que estar haciéndome una broma. De ninguna manera Auntie lo había sugerido que en mis manos se quedaran los conejos huérfanos por haber muerto su madre.

—Visualicé la ventana.

Me acerqué de nuevo al rincón más alejado de la camilla. El hedor de orina y las heces de conejo comenzó a flotar alrededor de la habitación.

—Estás hablando en serio, ¿no? Realmente hay conejos allí.

— ¿Esto te hace pensar que estoy bromeando?— Desprendió unas cuantas capas de tela para revelar cuatro conejitos bebés perfectamente formados de color marrón con las patas blancas y llamas blancas en sus frentes.

Mi corazón se rompió. Se parecía a mi animal de peluche favorito.

—Están enfermos. No lo estoy haciendo—. Me levanté de un salto, queriendo espacio entre nosotros.

Tens situó el bulto de trapos en frente de mí. —No tienes que hacer nada.

—Tengo que dejarlos morir. Yo no. No es así como puedo practicar—. ¿Por qué esto no te molesta más?

—Los animales mueren a tu alrededor todo el tiempo. Se van a morir de todos modos.

—No si puedo evitarlo. No, observan impasibles. No les ayudaré a morir—. Caminé por el pasillo a la cocina con Tens detrás de mi trasero.

— ¿Qué estás haciendo?

—Estoy buscando leche. Leche condensada, o crema, o algo así. — Tiré de los armarios para abrirllos y empuje latas alrededor.

—Meridian. Para. — Tens se detuvo en la puerta, manteniendo su distancia.

—No, yo no voy a dejarlos solos y verlos morir. — Encontré una lata de leche condensada en los confines de un armario y arranqué la tapa. Tomarán con una cuchara.

—No importa.

—No lo sé. ¡No!

Se puso en mi camino, bloqueando la puerta. —Yo.

— ¡Fuera de mi camino!— Traté de empujarlo más allá, pero las lágrimas me hicieron borrosa mi visión.

Me agarró los hombros. Era la primera vez que voluntariamente me había tocado desde la noche de mi llegada.

—Meridian—. Su voz se quebró, y por un momento pareció como si fuera a llorar.

— ¿Qué?— Yo sabía que sonaba como un niño petulante, pero no podía evitarlo.

—Necesito un gotero. Segundo cajón abajo, junto a la estufa—. Me susurró, suavemente girando en torno a mí. No sé lo que le hizo dejar de luchar contra mí, pero no iba a discutir.

Cogí el gotero y lo puse debajo de mi brazo. En la sala, intenté, sin éxito, recoger la lata abierta de leche y el gotero.

Tens estaba a mi lado, — ¿Dónde los quieres?

—Ponlos en el fuego.

Me di cuenta de qué con delicadeza acunaba a los conejitos, amorosamente poniéndolos en la alfombra frente al fuego. Me dejé caer al suelo y levanté uno. Su pequeño cuerpo hizo parecer que mis manos eran enormes. Un pequeño bulto de pieles y el más leve latido de un corazón.

—Come, bebe, come. Tienes que comer—. Le puse un gotero de leche contra su boca, pero no se abrió. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y corrieron por mis mejillas. Seguí tratando de forzarlo con la leche en su boca cerrada. Me arrodillé en el suelo, me coloqué sobre ella, como si por mi posición pudiera convencer al conejito a vivir.

Tens se sentó detrás de mí y se apoyó en una silla.

Entonces me tiró para apoyarme en él. —Pasó mucho tiempo, Meridian. Su madre estaba muy fría. No ha sido enterrada todavía.

Cerré los ojos mientras estaba sentada y acariciaba a los bebés, con la esperanza de que pudieran sentir mi deseo de que ellos vivieran. Pero mi instinto me dijo que ninguno de ellos comería.

Tens era sólido y caliente. El fuego calentaba mi rostro y mis mejillas se iluminaron. Con cada respiración inhalaba el pino, la tierra, y la especia varonil que componía el aroma de Tens. Si prestara atención. Podría incluso enredarme en el olor de Custos.El fuego se extinguió. Las llamas descendieron y las brasas brillaban. Pero Tens no se alejaba de mi lado o sugería que ya lo había intentado el tiempo suficiente.

Sentí el más leve estremecimiento, el cambio más pequeño de la energía. Hice lo que me encargó Auntie, la apertura de una ventana en mi mente y me imaginaba a este lado terrenal a mí misma.

Me quedé allí sosteniendo al bebé hasta que se enfrió, y luego tomé el siguiente y el siguiente. Finalmente, todos estaban fríos.

—Se han ido.— Tens me quitó el pelo de los ojos. —Lo siento—.

Los puse abajo, colocados en los trapos. — ¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Lo sentí encogerse de hombros. —Sé lo que se siente por luchar contra algo que no se puede ganar.

— ¿Qué?

Él no contestó. En lugar, me preguntó: — ¿Te sientes mal? ¿Tienes dolor de cabeza? ¿Náuseas?

Cerré los ojos y traté de respirar mientras que la bilis se levantaba en la parte posterior de mi garganta.

Mentí, y dije: —Estoy bien. Triste, supongo, pero bien.

— ¿Estás segura? Estás un poco verde. Más pálida de lo normal y definitivamente verde.

—No, estoy bien. — Mi reflejo de náuseas me amenazó.

Lanzó un suspiro como si mi respuesta fuera de vital importancia.

—Eso es bueno entonces. ¿No?

Yo estaba a punto de vomitar. Yo no quería vomitar. Yo realmente no quería vomitar. Traté de inhalar.

Tens continuaba, aceptando mi respuesta a su valor nominal.

— ¿No te enfermas? ¿Tiene un dolor y esas cosas? Eso es lo que dijo Auntie.

Había una conexión entre el dolor, enfermedad, y abrir una Ventana. Esto no es simplemente una enfermedad. Me levanté, rápidamente, tratando de llegar a tiempo al baño.

—Meri.

Fui corriendo al baño, me incliné y vomité las galletas de la noche anterior. Lo eche todo hasta que no me quedó nada.

—Aquí—. Tens me ayudó a acostarme y volvió del baño con un paño húmedo para mi cara. —Creo que tenemos que practicar en esto, ¿eh?

Se deslizó en un sillón al lado del sofá y se sentó sobre él.

Todo lo que sentí en ese momento era una sensación parecida a cuando el ascensor se suelta, y entra en caída libre, la ingravidez durante un segundo o menos.

—Estoy bien—. Dije, sintiendo que me estaba estudiando.

—Eso lo dijiste antes.

—Lo sé, pero necesito espacio.

—Muy bien—. Tens iba a reunirse arriba con los conejitos.

— ¿Adónde vas?— Le pregunté.

—Yo voy a enterrar... A Custos.... Luego tengo una siguiente lección para ti.

— ¿Qué?

—Esta noche la cena no es Custos es pollo. Voy a matar a las gallinas, le ayudarás a cruzar. Custos se las comía.

—De ninguna manera.

— ¿Eres vegetariana?

Sonaba más y más atractivo. -No, pero...

—Ni es ella. Necesitas practicar con los animales, Meridian. Antes de que...

—Lo sé, pero...

—Estaré afuera en un minuto, ¿de acuerdo?

Yo sabía que él tenía razón. Tenía que comer pollo. Lo menos que sería capaz era mirar cómo la mataba.

— ¿Cómo?

— ¿Cómo qué?

— ¿Cómo vas a, tú sabes...

—Le romperé el cuello. ¡Es rápido, así que tendrás que tener las manos en su piel!

Yo asentí. —Dame unos minutos, ¿de acuerdo?

—No mucho. Esto debe ser fácil.

¿Fácil? ¿Era broma?

Capítulo 10

Tens se limpió y echó fuera a Custos mientras comía los pollos. Nada se desperdiciaba. Yo estaba cansada, pero no me dolía el cuello, que era una mejora con respecto a los conejos. Y las dos gallinas que estaban ahora de forma segura en la hermosa pradera de enfrente. La tía aún estaba con los vecinos, y yo estaba ansiosa de darle mi informe de progresos con ella. La necesidad de Custos por la carne fresca era diferente a la mía. Después de coger un vaso de jugo, entré en la casa.

El terrible sonido del teléfono me hizo saltar de mi piel. Yo lo ignoré, con la esperanza de que Tens volviera pronto. Dejó de sonar.

Cogí un pesado marco de plata con una fotografía de la tía y un hombre que no conocía, ambos estaban sonriendo.

El teléfono sonó de nuevo. Quince veces. Conté cada timbre mientras miraba por la ventana esperando a Tens. Por último, dejó de sonar.

Transcurrieron cinco minutos antes de que empezara de nuevo.

—Mierda—. Por el decimosegundo timbre, no podía soportarlo más y me paré junto al teléfono. El teléfono dejó de sonar. Me volví de vuelta y empezó de nuevo. Inhalé y cogí el teléfono. — ¿Hola?

—Meridian.

No reconocí la voz electrónica metálica. ¿De un hombre?

— ¿Quién es? — Sentí que el miedo ahogaba mi garganta.

—Estamos observándote. Tick Tock.

— ¿Quién es?

—Estamos esperando por ti en la oscuridad. Tick Tock.

Me colgó el teléfono, traté de calmar los latidos de mi corazón y mi respiración. Tens entró y dejó caer sus guantes y el abrigo en el suelo, mientras se apresuraba para llegar a mi lado. — ¿Qué pasó?

—El teléfono.

— ¿Quién llamó?

—No sé—. Todavía estaba respondiendo a las preguntas de Tens cuando la tía llegó a casa. —No sé—, me repetía.

La tía se frotó las manos entre las suyas, mientras Tens llenó la tetera. Ella asintió. —Ya veo. Eso encaja con los chismes que la hija de Winnie ha transmitido. Meridian, has llegado en un momento muy inestable en esta

comunidad. Esta iglesia. —Es un culto, — Tens interrumpió. —No es una iglesia—. La tía agitó sus manos. —El líder, el reverendo Pérmo, es muy carismático y convincente. Él lo llama la Iglesia de la Forja de Pureza. Utiliza el Antiguo Testamento para hacer retroceder el reloj sobre los avances y para ayudar a la gente a encontrar culpables de su penosa situación.

—Sonidos Peachy—, dije.

— ¿Has visto los carteles próximos a la ciudad?

— ¿Ése es él?—. Le pregunté. —Es toda una estrella de cine lleno de cirugía plástica. — ¿Es un pastor?

Tens frunció el ceño. —El usa el término libremente, sí. — Mi tía suspiró. —Su sermón para la Navidad era sobre la limpieza de la ciudad. Predijo que la ira de Dios visitaría a los forasteros y a los no creyentes. Habló de deshacerse de los injustos, los impuros de la Epifanía. Dice que los últimos días se iniciarán en el Apocalipsis, a reclamar hasta con signos de que misteriosamente predice antes de tiempo. La Epifanía es la fecha más reciente que ha recibido desde arriba.

— ¿Qué es eso, el seis de enero? No está muy lejos. ¿Están hablando en serio? La tía se sentó y tomó su costura. Ella empezó a hablar, haciendo caso omiso de mí, sus dedos en la costura como si pertenecieran a un robot. —El seis de Enero es el bautismo de Cristo, se supone que se combinan con el Año Nuevo y es un momento de gran alcance. El ganado de los Hanson fue envenenado la semana pasada. Se perdió la mitad de la manada, y eso es sólo el caso más reciente.

—Pérmo ha instituido una oración la lista de personas cuyas almas están en mayor peligro. Adivina, ¿quién está en la parte superior de la lista de prácticas paganas y la brujería?

—No lo hizo. — Tens apuñaló su cuchillo en el suelo.

— ¿Tú?— Le pregunté.

Ella asintió. —Hay muchos que nos quieren muertos. Humanos y no humanos.

— ¿Estamos mal?

—Cielos, no niña. Pero la gente teme a la muerte, y los seres queridos nos ven a menudo en la cabecera de los moribundos. Es fácil en el dolor dar una mala explicación a las cosas.

— ¿La culpa por asociación?—, le pregunté.

—Especialmente en este momento en la historia. Hubo un tiempo cuando la muerte era esperada y celebrada.

— ¿Por qué?— ¿Quién quiere la muerte? ¿Quién anhela un final?

—La vida era más difícil. La gente se cansó del dolor. La antigua llama abrió sus propias ventanas con un propósito. El alma enferma alrededor hasta que también, encuentra un camino. El alma estaba lista y dispuesta para el descanso, para volver a intentarlo más tarde. La muerte no era más que un nuevo comienzo. Pero ahora... — su voz se fue apagando.

— ¿Ahora? — Me acerqué a ella.

—Ahora hay quienes temen a la muerte más que a nada. Otras almas tienen todo lo que quieren aquí. Suficiente para comer. Salud. Riqueza. Ellos se vuelven codiciosos. Hay quienes piensan que al deshacerse de nosotros, van a deshacerse de la propia muerte.

—Pero, ¿realmente podrían librarse de la muerte?—, Le pregunté.

La tía sacudió la cabeza. —No, por supuesto que no. La muerte no es con nosotros. No somos portadores de ella, ni tampoco la aceleramos. Somos las almohadas, las mantas, los abrazos que acompañan el sueño de la muerte. Sí, eso es todo, somos la comodidad. Nuestra presencia ayuda a un alma a encontrar la paz eterna—. Hizo una pausa. —Luego están los que no trabajan para los creadores sino para los Destructores, tratando de inclinar la balanza lejos de la luz.

—El Aternociti está a la caza de nosotros, ¿no?—, le pregunté.

Ella asintió. — ¿Tens?

Palidecí. —Lo siento—, le dije a él.

Tens resopló, pero no apartó la vista de las piezas de madera que estaba tallando.

—Tens, ¿cuánto le has contado a ella?— La tía le preguntó en un tono amenazador.

Dejó sus herramientas y se quedó inmóvil, mirándome primero a mí, y luego a la tía. Sacudió la cabeza. —Ella no lo sabe todo.

— ¿Hay más?— Le pregunté, mi cabeza ya se estaba tambaleando.

La tía asintió con la cabeza. —Sí, la muerte no es la única opción que tenemos que enfrentar.

Tens se puso de pie y comenzó a caminar. —No es viable. Ni siquiera deberías decírselo.

La tía dejó la costura y con calma dijo: —No es de ti. No se puede forzar Meridian.

Gruñó en frustración. —Lo sé, pero...

Mi mirada se recuperó y giró hacia atrás, mirando a uno y luego otro. —Cierto. — La tía se interrumpió cuando unos faros se acercaron a la casa y se oyó cerrar las puertas del vehículo.

Tens se acercó a la ventana y miró hacia fuera. —Es el sheriff. — Fue a abrir la puerta.

La tía se tambaleó cuando se puso de pie. —Oh.

— ¿Estás bien?— Le pregunté, en busca de su codo para sostenerla.

—Vamos a ver lo que el sheriff Michaels tiene que decir.

Tens abrió la puerta y el sheriff asintió con la cabeza a cada uno de nosotros.

—Es tarde. Señora Fulbright. Tens. Señorita. — Él no se molestó en entrar en la casa. — ¿Han visto a Celia Smithson vagando a través de su propiedad esta noche?

—No. ¿Qué está pasando?

—Parece que la chica ha desaparecido. Estaba con su hermano mayor y se alejó. Pensó que había llegado a casa, así que no sé cuánto tiempo ha estado desaparecida. Estaban alrededor de las afueras de su propiedad donde se une con la suya. Pensé que tal vez podría saber algo. La niña no pasará de la noche, si no la encuentran pronto.

—Tens, consigue una silla. — Sujeté a mi tía, ella apoyó en mí su peso, parecía derrumbarse con esta noticia.

El sheriff me ayudó a detenerla en la entrada mientras que Tens trajo una silla.

—Estoy bien. Dejen de quejarse. — La tía nos alejó.

— ¡Casi te caíste!— Me hizo callar.

—Estoy bien. Tienes que ir a buscar a Celia. Ella es una chica preciosa. Adorable. Tan llena de vida—. La tía apartó las manos. —Estoy bien. Cansada, tal vez.

— ¿Te quedarás aquí?— Tens se arrodilló delante de ella. Sus ojos brillaban con preocupación.

Ella le acarició el cabello. —Lo prometo. Acompaña a Meridian y vayan a ver la propiedad.

—Tener cuidado ahí fuera. No quiero poner también otro equipo en su busca. Tome un descanso Señora Fulbright—. El sheriff Michaels se quitó el sombrero y cerró la puerta al salir.

—Estoy bien. Vete, — la tía le dijo a Tens.

—Está bien. ¿Estás lista para esto?— Tens me preguntó, y tiró de sus botas de suela gruesa y pantalones para la nieve.

Yo asentí, tratando al menos, de proyectar confianza, aunque no sentí nada.

—Tu madre ha enviado equipos de esquí en el otoño. Todo debe encajar—. La tía señaló un armario.

Busqué a través de una variedad de equipos que había comprado para la línea antes de empezar las clases. Mamá me había dicho que quería planificar unas vacaciones de esquí en familia para las vacaciones de invierno. Ese viaje nunca se materializó. ¿Cuánto tiempo había estado planeando esto mamá?

Tens vaciló y compartió una mirada con la tía. — ¿Y si nos encontramos con Celia y ella está muerta?

—No va a ser así—, le interrumpí. Yo no estaba dispuesta a ir por ahí y creer que era demasiado tarde para la niña.

—Sería muy peligroso si ese es el caso. — La tía luchó por ponerse de pie. — Tienes razón, tengo que ir en su lugar.

— ¡No!—, Grité. —Voy a estar bien. Y también ella. Vas a ver. A todos nos irá bien.

La tía asintió con la cabeza. A pesar de que aún parecía que quería hacerlo, no discutió. Yo vi en Tens una mirada oscura. A pesar del peligro, una diminuta anciana frágil no era más fuerte para salir al desierto cubierto de nieve que yo.

— ¿Si estás lista?— Tens abrió la puerta de atrás.

—Lista—. Me puse el último de los aretes de color negro y esmeralda. — ¿Cómo andas en esto?

—Uno se acostumbra a ello. — Tens me sonrió, sentí las piernas tiesas. — Vamos.

Nos sumergimos en los ventisqueros en la parte trasera de la propiedad. El aire apretaba mis pulmones con su frescura. Llamamos — ¡Celia!— cada diez metros o menos, mientras caminábamos en paralelo al puente de piedra,

escuchando la burbuja del arroyo y el crack del hielo en la distancia. El mundo era tan bello, una brillante capa de nieve cubría todo. Había pájaros en toda la tarde, cantando y volando, un coro de ángeles con alas. Yo quería fingir que paseaba por la belleza en lugar de buscar una pérdida y probablemente aterrorizada niña. Tenía la esperanza de que estuviera viva. Aspiré el aire fresco, soportando el complemento familiar en mis pulmones. Una luz se abrió a lo largo de mi frente. Seguido de pistas, decenas de ciervos y más en el bosque.

— ¡Celia! — Tens gritó.

— ¿Celia? — Llamé.

Me detuve a escuchar. He oído algo. Un quejido. — ¿Has oído eso, Tens?

—No. Hey me voy a la cabeza hacia la izquierda aquí. Hay cuevas Anasazi en donde puede haberse metido. Sigue a la vista en todo momento, ¿vale?— Él salió fuera, fácilmente pudo cortar a través de la nieve cuando no tenía que preocuparse por mí y que no me quedara atrás.

Me empujé a través de la quema y dolores musculares. Mi cuerpo no estaba acostumbrado a hacer ejercicio. Concentrándose en escuchar y observar, además de vadear a través de la nieve, era casi más de lo que podía manejar. Un sonido que me congelaba en su lugar. Estaba segura de que había oído algo. Yo no me moví, hasta que fue seguro que no era Celia.

— ¿Hola?— Me silbaron, también. — ¿Hay alguien ahí fuera? Soy un amigo.

Tens apareció en la distancia, — ¿la oyes?—, gritó, pero yo apenas era capaz de entender sus palabras. Su silueta estaba fuertemente en contra de la nieve y el oscurecimiento de los bosques que nos rodeaban.

Las aves desaparecieron con la caída de la noche. Encendí mi linterna, balanceando el arco de la luz sobre el camino de los animales en frente de mí. Algo de color en mis pies enganchó mi atención.

Me agaché. Un guante de color rosa.

— ¿Celia? — Grité su nombre hasta que mi voz por completo cedió y ni siquiera podía oírme a mí misma. Había llegado de esta manera es seguro.

Tens gritó, pero no pude oír las palabras.

Entonces, un gran lamento llegó. Levanté la linterna. — ¿Hola?— La sangre corrió en mis oídos.

— ¿Mami? — Una pequeña voz sonaba cansada y muy lejos.

— ¿Celia? ¿Eres tú? Mi nombre es Meridian. Soy una amiga. ¿Dónde estás?—
Frenéticamente iluminé con mi linterna pero no veía nada, eran demasiados árboles cubiertos de nieve.

—Aquí... veo la luz.... me lastimé la pierna.

—Esa es mi linterna. Sigue hablándome, Celia. Está tan oscuro que no te veo.
¿Alguna vez has jugado ese juego llamado Marco Polo?

—Sí—. Parecía más tranquila.

—Yo voy a seguir llamando a —Marco— y gritas —Polo— tan fuerte como puedas, ¿vale?

—Vale.

— ¿Marco?

—Polo.

Me moví tres pasos a mi izquierda, cada célula de mi cuerpo afinado para escuchar a una niña. — ¡Marco!—, Grité.

—Po...

No entendí la última sílaba. Mi corazón latía en un frenesí. No había otros sonidos en el bosque, ni luces lejanas, ni sonidos de las motos de nieve del alguacil que había dicho estaban buscando.

— ¡Marco!— Volví a llamar. Y esperé. Y esperé. — ¡Marco!— Lo intenté de nuevo. Por favor, por favor, por favor, respóndeme.

No había murmullos detrás de mí. Me volví a mi linterna para destacar el movimiento. —Custos—. Yo nunca había estado tan feliz de ver a nadie en mi vida. Sacudí el guante bajo la nariz de Custos. —Encuentra a Celia, Custos, encuentra a la niña.

Vi una luz en la distancia que venía hacia mí, pero yo no tenía tiempo para esperar a que Tens llegara a mí. Esperaba que lo guiara a mí la luz de mi linterna. Custos corrió delante de mí a unos seis metros, pero se detuvo y me esperó para ponerse al día antes de correr delante de nuevo. Corrió hacia el borde de mi visión limitada, y luego desapareció detrás de los árboles.

La oí quejarse gimiendo y arañando la nieve. Me acerque y me incline en las ramas bajas que estaban pesadas de nieve. Sentí un olor a cobre que reconocí como carne colgada en el aire. — ¿Celia?— Tenía la esperanza de Custos no me había llevado a la cueva del oso para la cena. Empujé las ramas de mi camino.

— ¿Mami?— Una pequeña morena, estaba acostada temblando, contra el tronco de un árbol de abedul. Su rostro estaba pálido como la nieve que nos rodeaba, los ojos demasiado grandes para su delicado rostro. La cola de caballo se deslizó hacia el lado bajo un gorro de lana, tenía su abrigo rosa cubierto por un líquido oscuro. Llevaba sólo un guante, y levantó sus manos hacia mí, sus dientes rechinaban.

—Soy Meridian. Vamos a sacarte de aquí—. Me incliné para transportarla a su posición vertical y luego se detuvo y se calmó. Seguí el círculo oscuro con la profundización de la luz.

—Me duele el pie.

Yo amordacé su pequeño pie, en su bota color rosa de Dora la Exploradora, que había sido capturado en una trampa, el tipo de trampa con mandíbulas que sólo había visto en los libros acerca de los pioneros del Lejano Oeste.

— ¿Qué diablos? — Exclamé. ¿Qué estaba haciendo una trampa como está en la propiedad de la Tía? No había forma de que Tens o la Tía hubieran hecho uso de un dispositivo tan cruel.

Quería correr. Yo no soy valiente. No estoy ni remotamente bien en una crisis.

La niña empezó a llorar. —Me duele.

Yo no tenía la menor idea de cómo conseguir quitarla de la trampa. — Respira, Meridian, respira—. Susurré. Levanté la cabeza, con la esperanza de que Tens estuviera ganando terreno. No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido o el tiempo que teníamos antes del choque y cuanto la hubiera afectado la pérdida de sangre. Tenía que actuar. Tenía que salvarla o las dos estaríamos en problemas.

Custos estaba a mi lado, observando, como ella me estaba esperando, para continuar con la parte que no podía hacer.

—Muy bien, Celia, ¿sabes cómo funciona esto?

— ¿Usted sabe que no hay que dejar los caminos?—, sollozó.

¿De veras? Me enfrenté a un mar de liberación. — ¿Hay un camino?

—Me he perdido, así que llegué aquí, esperaba que papá me encontrara, cuando llegó usted.

—Vas a estar bien. Voy a llevarte de vuelta a casa con tu mamá y papá, ¿de acuerdo?

—Usted puede separarlo. Mi papá tiene algunos, pero nunca se usan en la gente.

Contemplando el pie destrozado, yo quería preguntar por qué se usaría en absoluto.

—Esto va a doler, pero tengo que conseguir que salga tu pie, ¿vale?

—Lo sé.

—Quiero que grites y grites tan fuerte como puedas, ¿vale? Voy a gritar contigo. A la cuenta de tres, comienzas a gritar, ¿vale?

—Vale.

—Uno —. Me preparé y tragué saliva.

Capítulo 11

—Dos —. Apreté los dientes.

—Tres.

Ella abrió la boca y consiguió el primer grito antes de que el dolor golpeará su cerebro y se desmayó.

—Déjame ayudarte—. Tens apareció me agarró del codo y estabilizó mis manos.

— ¿Dónde estabas?— Yo quería chillar.

—He encontrado huellas de sus pies, pero va en círculos y regresa de nuevo aquí. Y te perdí en la oscuridad. Perdóname. — Tens finalmente abrió la trampa, avanzando lentamente y sacando la pierna de Celia fuera de ella.

Sostuve los dientes de la trampa, rezando para que la maldita cosa no se cerrara y que hiciera la herida de Celia aún peor. Nos fuimos antes de que ella recuperara la conciencia. Tenía la esperanza de que ella hubiera revivido. La sangre manaba alrededor del hueso, la carne desgarrada y destrozada. ¿Podría sobrevivir a la lesión? Ella tenía que hacerlo. Me he negado a contemplar la alternativa. Es egoísta, pero si ella moría había otra buena oportunidad de que yo también.

— ¡Maldita sea, se me cayó la bufanda!— Tens me miró. —Dame la tuya. Tenemos que parar la hemorragia. — Yo le di mi bufanda para atar alrededor de las piernas de Celia.

—Está bien. Custos, es mejor encontrar gente que nos ayude. Busca ayuda. — Tens mandó. Aún envuelta en capas, Celia no podía haber pesado cuarenta libras. —Su rancho es más que la cresta siguiente. Es más rápido seguir adelante y cumplir con el grupo de búsqueda en lugar de volver a la tía. Espero que tengan una ambulancia.

— ¿Pero no es la tía la que acaba de volver allí?— Señalé detrás de nosotros, viendo hacia la nada rodando en blanco.

—Meridian, hemos estado aquí durante cuatro horas. Estamos muy lejos de la Tía—. Tens levantó a Celia tiernamente, acunando su forma inerte.

Sostuve las linternas para poder ver delante, y seguir ciegamente en sus pistas. Lo hizo vadeando a través de la densa nieve.

Custos delimitando por delante, nos esperaba, entonces pasaba. Yo esperaba que ella no tuviera la sensación de caminar hacia otra de las trampas, y recé porque mi pie no la encontrara tampoco con una. Celia tenía la respiración superficial e irregular.

— ¡Date prisa!—, le solté, sintiendo la urgencia, segura de que no se estaban moviendo lo suficientemente rápido. Si no presionan lo suficiente.

—No puedo ir más rápido—. Tens aceleró más.

—Oh. Lo sé. Lo siento. — Por supuesto que él estaba haciendo su mejor intento. Él también sabía lo que estaba en juego.

—Estoy mareada—. Una pequeña voz nos interrumpió.

Tens se detuvo un segundo. —Hola. Celia. Te estamos llevando a casa, ¿vale? Vi las luces en la distancia dirigidas en diagonal por el campo. Si se quedó de esa manera, nosotros la echaríamos de menos. — ¿Tens? Mira.

Me entregó a Celia. —Agárrala. Mantenla tan caliente como puedas. Tengo que conseguir su atención. — Cogió una luz y se lanzó hacia adelante, gritando y agitando los brazos, — ¡Custos, ayúdanos!— Supliqué. Abrí la cremallera de mi abrigo y envolví a Celia. El frío húmedo se filtró en mi piel y me hizo apretar los dientes. —Vas a estar bien. Te lo prometo.

Celia estaba mirándome en el haz de la linterna. —Eres guapa.

—Gracias.

—Va a estar bien, ya sabes, — dije.

—Yo debería tranquilizarte, no al revés. — Me arrodillé en la nieve, me preocupaba su caída.

—No, no lo sé, pero lo harás.

—Muy bien—. Se abrazó a mí con más fuerza.

Su respiración era lenta, pero ella abrió los ojos y miró hacia mí. — ¿Por qué el hombre me dijo que fuera bajo el árbol?— dijo Celia. —Eso es malo.

— ¿Que hombre, Celia? ¿Quién?— Mi pierna izquierda comenzó a palpar y sentía que la presión se acumulaba dentro de mí. Miré a nuestro alrededor, preguntándome si ella sabía lo que estaba diciendo. Yo no había visto evidencia de ninguna otra persona. Entonces oí el ladrido de los perros en la distancia y el zumbido suave de motos de nieve, — ¡Por aquí!— Tens explotó. Una intensa actividad dirigida en nuestra dirección.

Celia no podía morir. Ahora no. Nunca. Pero definitivamente, no mientras esté en mis brazos.

—Espera. Celia, que están casi aquí. — La sacudí tan suavemente como pude, tratando de mantenerla despierta. Un nuevo dolor desconocido irradió hasta mi pierna. El miedo aceleró mi respiración y el latido de mi corazón. Tens corrió hacia nosotros, echando polvo. Acuné la forma pequeña de Celia contra mí.

—Es hermoso —, dijo ella, apretándose contra mí con un suspiro. —Gracias por encontrarme y la fijación de la pierna. No me duele más.

—Oh, yo no... — Tuve que salir de ella. Tenía que llegar en su ayuda. Había muchas razones porque esta chica preciosa no podía morir.

Custos aulló. Rápidamente se acercó y Tens recortaba la nieve contra los faros. Debía verme tan terrible como me sentía, porque cuando llegó Tens, agarró a Celia de los brazos y se volvió hacia la nieve. — ¡Vete, vete! ¡Abre la ventana! — gritó, rompiendo el estupor doloroso en que me deslizaba.

El pelo en la parte de atrás de mi cuello se erizó. Mis oídos sentían como que necesitaban para el pop, y la presión construida en mi pecho, como si el aire era arrastrado fuera de mí. El dolor en la boca del estómago se intensificó. — ¡No, Celia, no!— Tropecé a la distancia, tratando de visualizar la ventana, pero una parte irracional de mí se quería resistir, como si yo pudiera obligarla a permanecer con vida por lo que era más difícil. Olas de un insoportable dolor punzante cayeron sobre mí, obligando a respirar a mis pulmones. No me podía mover lo suficientemente rápido. O alejarme lo suficiente. Ella se estaba muriendo. Conocía este sentimiento. Mi pierna izquierda no cedió por completo. Irradiaba dolor a través de mí. Caí en un banco de nieve.

—No, no, no. — Lágrimas corrían por mis mejillas. Podía sentir que estaba dejando su cuerpo. Traté de ponerme pie, pero yo no podía poner ningún peso en mi pierna. Se sentía como si los huesos se asomaran a través de la piel. Custos me tiró de la chaqueta y yo arrastré mi pierna detrás de mí, me arrastré hasta donde pude. No importaba ya, en ese momento ya no quedaba nada en mí para luchar. Me apoyé en un árbol y me centré en la respiración a través del dolor abrasador. Mi tobillo me dolía y luchaba por cada respiración mientras observaba la escena que se desplegaban en torno a mí.

— ¿Celia? ¿Celia? ¿Dónde está mi bebé?— Una mujer mayor frenéticamente tropezó a través de la nieve hacia Tens, cayendo al suelo con dolor. A medida que arrancó a la niña de sus brazos, me volví hacia el lado y vomité sangre. Me soltó hasta que no se acercó. La presión disminuyó una fracción, y el dolor soltó lastre suficiente como para que yo pudiera levantar la cabeza. En la distancia. Observé al grupo vagamente familiar con un hombre alto y rubio, dijo una oración e hizo la señal de la cruz sobre Celia y su madre. Parecía ser una especie de predicador, pero su ambiente era intimidante y aceitoso. Donde sus características deberían haber sido iluminado por las luces, sólo se produjo el vacío negro y vacío de una forma humana. Me miró pero no podía echar un vistazo a su cara. Como si alguien hubiera oprimido un botón, el sentimiento del alma de Celia que presionaba en mí, por mi conducto, desapareció. El dolor comenzó a disiparse, como la niebla en el sol. Me llegó aliento a mis pulmones. Me sentí como si hubiera sido liberada de mi propia trampa inhumana. Mis dientes rechinaban y temblores sacudían mi cuerpo. A Celia le gustaban las galletas, My Little Pony, y ayudar a su mamá a la elaboración de galletas con chispas de chocolate. Yo no sabía cómo lo sabía. Tens vino a ver como estaba mientras la conversación que nos rodeaba seguía. — ¿Estás bien?

Sacudí la cabeza. —No lo sé. Mi pierna está entumecida—. El dolor se fue poco a poco como una tormenta pasajera, pero el esfuerzo me había dejado débil y enferma.

Oí a la madre de Celia lamentarse, su padre dijo: —Se ha ido. Cariño, ella se ha ido. — Llamó a su esposa y cogió a Celia.

Tens rozó suavemente mi cabello apartándolo de mi cara. —Voy a pedir prestada una moto de nieve para llegar a casa. Espera aquí un minuto, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza sin abrir los ojos.

— ¿Qué cosa es esto que has hecho?— Preguntó la voz rica de un extraño.

Abrí los ojos parpadeando vi el hombre más guapo con más edad que yo había visto de cerca. El hombre rubio. Una estrella de cine. Un magnate de Wall Street. Sin duda, la revista People Sexiest Man Alive. Se resumaba confianza, clase y carisma. Tenía esas características perfectamente simétricas que estaban hechizándome hasta que siguió hablando. — ¡Maldito sea el que toma la recompensa de matar a una persona inocente. Y todo el

pueblo dirá. ¡Amén!—. Él no quitaba los ojos de mercurio de encima. Ojos que parecían como un agujero negro. Ningún brillo en blanco, sólo remolinos, huecos aceitosos. Traté infructuosamente de que mis ojos se centraran en la extraña luz. —Y Dios vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón era sólo del mal. Estamos viendo, ya sabes. Espera...

Tens manejó de regreso antes de que tuviera tiempo para armar este extraño monólogo.

—Tens, hijo, yo sólo quería presentarme con la señorita. Sozu. Soy el reverendo Périmo. Es un gusto conocerte, señorita. Su tía me ha hablado mucho de ti. — Era como si una transformación completa de lo que había ocurrido. —Yo le ofrecí un viaje de vuelta a casa de su tía, pero creo que delira por el frío.

—Estamos bien, gracias. Pedí prestado este Transporte—. Dijo Tens su voz era suave y modulada, pero la tensión radiaba de todos los nervios de su cuerpo.

— ¿Estás seguro? Parece que ella tiene mala una pierna—. El tono del reverendo nunca bajó de amistad. Casi llegué a creer que había alucinado su lenguaje extraño.

—Estamos bien, gracias. — Tens me ayudó a ponerme de pie. Casi podía poner peso sobre la pierna. Me subí a horcajadas sobre el asiento y mantuve la boca cerrada. Envolví mis brazos alrededor de la cintura de Tens. Apoyé mi mejilla contra su espalda. Custos corrió junto a nosotros. Debo haberme dormido, porque no recuerdo el viaje a casa.

La Tía nos recibió en la puerta de entrada, la preocupación grabada como líneas en su cara. Tens me levantó de la parte trasera de la moto de nieve. Cuando registré que tenía la intención de llevarme, le grité. — ¡Alto! Puedo caminar. — Yo era una inútil completa alrededor de él y eso tenía que cambiar.

—Claro que sí. Mañana—. No se detuvo. —Eres una cobarde, no es una dificultad—. Juro que se burlaba de mí, pero no sonreía, así que no se rió.

—Gracias—. Pasó mi brazo alrededor de su cuello, no se dio cuenta de cómo su cabello recto y sedoso caía contra su cuello. O lo bien que olía. ¿Cómo me sentía tan segura siendo él quien me sostenía?

—Dios mío, ¿qué pasó?— Mi Tía le preguntó, vociferando. —Déjala. Tens, que no es una damisela en apuros.

-Meridian-

—Ella está herida—. Él no me dejó hasta que llegó al sofá.

—Está bien, Meridian, ¿qué pasó?

Capítulo 12

—Sentí como si se rompiera mi pierna. Me sentía destrozada. — Me caí sobre las almohadas y las mantas. —Pensé que me la había roto, pero ahora estaba cada vez mejor.

—Ok—. Tens intercambio miradas con mi tía. Empujó el sofá cerca del fuego y envolvió una colcha a mí alrededor como si estuviera enrollando un cigarro. Me fijé en sus manos temblorosas.

—Estás gruñendo como un maldito pardo con un dolor de estómago. Retrocede. — La tía se espantó y se sentó en el borde del sofá a tocar mi frente.

—Me siento mejor. En serio. Tiene que haber sido una torcedura—. Yo estaba tratando de tranquilizar a los dos, pero era cierto. Mi respiración parecía absurda alrededor de la tía. Me sentía más despierta, menos frágil, menos mal.

Tens cargó troncos para el fuego, que ardía y crujía.

Él caminó, poniendo las manos en los bolsillos y luego tirando hacia fuera.

—Fácil, tratando de calentarla, — la tía lo rechazó. —Ve a buscar su ropa limpia. Ahora, vamos a ver esa pierna. — Mientras Tens corrió escaleras arriba, ella me quitó mi calcetín y enrolló mi pantalón mojado.

Me miró a la cara.

El fuego se sintió tan bien que apenas podía forzar mis ojos para mantenerlos abiertos. El aire fresco, el esfuerzo, y la adrenalina me hicieron entrar. — ¿Me torcí el pie?.

La tía acarició suavemente mi pierna, frotando la piel con suaves trazos en voz baja. — ¿Pequeña, que pasó ahí? ¿Has visto a Celia?

Mis ojos se abrieron. Por un momento me había sentido tan feliz de estar de vuelta en esta casa, me había olvidado lo que pasó allí.

—Celia, ella... — Mi voz se quebró y se derramó una lágrima por mi mejilla.

Mi tía asintió con la cabeza, —Ella murió, ¿no?

Confirmé esto con una leve inclinación de cabeza.

— ¿No tienes ninguna lesión de algún tipo?— Mi tía me frotó el otro pie y el cosquilleo de calor se convirtió en pinchazos como la sangre corría hacia atrás, tragó difícilmente en la garganta y asiento. Tens se apresuró a regresar

a la sala con mi pijama. Mi cara ardía en el pensamiento de que él hubiera visto mis cosas.

— ¿Qué pasa con el tobillo?— Tens colocó mi pijama en la mesa de café y se cruzó de brazos, manteniendo una distancia.

La tía le miró a los ojos. —Nada.

Me senté y miré mi tobillo, pálido e hinchado. Hace una hora, se sentía como si fuera el tamaño de una sandía.

—Pero...

— ¿Qué pasó con la pierna de Celia?— Mi tía preguntó, sabiendo sin embargo, con su expresión suave.

Cerré los ojos. —Una trampa. Uno de esos con garras.

— ¿Y tú estabas con ella cuando murió?

—Sí—. Miré a Tens. Que se encogió de hombros.

— ¿Tu representaste la ventana?— Mi tía preguntó.

— ¡No!— Grité, empujando las manos fuera de la tía. —Ella no debería haber muerto. Era un bebé. Podría haber hecho algo. Yo debería haber hecho más. Si hubiera sabido de primeros auxilios o si hubiéramos llegado allí más rápido.

—Meridian, todas tus enfermedades, enfermedades físicas, son las almas que se enredan en tu energía. Si no dejas ir a Celia, me refiero a la ventana una imagen activa se puede romper fácilmente y sin dolor, entonces tú dolor cederá. Si tú consideras la gran parte de su dolor, deberías haber muerto. Yo no entiendo cómo todavía estás viva—. La tía estaba perpleja y pensando mucho.

—Yo no estaba allí.

— ¿Sientes su dolor?

—Ya no. Pero se requiere práctica. Una vez que tengas control de la ventana, nunca está de más. Se siente, verlos pasar.

— ¿Así que mi tobillo está bien?— giró el pie y no me dolía nada.

Muy extraño. Entonces se me ocurrió que siempre parecía sentirme mejor cuando la tía estaba en la sala. —Es usted, ¿no?

— ¿Yo qué?

—Me siento mejor a tu alrededor. ¿O también me lo estoy imaginando?

—No te engañes. El dolor es real. Pero sí, probablemente te sientas mejor a mí alrededor. Nunca he pensado en ello, pero las almas me buscarían. Soy más fácil pasar a través, de modo que no he sido bombardeada. Tan pronto

como sientas confianza en tu capacidad, tú cuerpo se volverá más fuerte que podrás incluso crecer unos pocos pies (altura).

Yo solía ser casi cinco a diez. — ¿Creería que usted reduce por la edad por la columna vertebral?

— ¿Así que siempre han sido pequeñas almas las que pasan por mí?

—Todos los síntomas son las perforaciones, son agujeros con una salida de energía en ti, tratando de pasar. Cuando estoy cerca, toman la ruta más fácil: Yo.

Hablé acerca de un dolor de cabeza. —Pero...

—Una vez que aprendas a permanecer en este lado tú puedes tener la ventana abierta todo el tiempo, como yo. Llegarás a un punto en el que no te dolerá, es fácil, será tú segunda naturaleza. Tú sabrás cuando el alma está pasando porque verás el cielo y conocerás un poco de su vida, pero será como ver pequeño resumen, simplemente un momento de su vida en común contigo.

—Oh—. Estaba demasiado cansada para todo este proceso.

El fuego bailaba mientras que Tens cernía.

La tía de repente se puso de pie y dijo: — ¿Quieres un poco de chocolate? Espera. — Y ya estaba saliendo de la habitación, murmurando para sí misma.

—Gracias. Chocolate suena realmente bien.

Cerré los ojos, recostado en el abrazo de la almohada. Esto era muy confuso.

Tens se quedó allí, quieto y en silencio.

— ¿Qué?— Le pregunté, manteniendo los ojos cerrados.

—Nada—. Se acercó. Se aclaró la garganta. — ¿Quieres, un, necesitas... ayuda con tú ropa? Puedo pedirle a tu tía que te ayude a ponértela. — Parecía vulnerable e inseguro.

Un rubor se apoderó de mi cara. Pero el agotamiento se esparció en mis extremidades, lo que resultaba casi imposible moverse.

—Por favor.

Él con ternura quitó la manta y se apoderó de la parte inferior de la camisa y suéter.

Debo de haber palidecido en la intimidad porque dijo. —He visto todo, pero voy a cerrar los ojos si prefieres. Por supuesto, sería más propenso a poner mis manos en los lugares equivocados con los ojos cerrados.

Parpadeé para verlo sonreír tímidamente. Levanté los brazos para poder tirar de la ropa sobre mi cabeza.

Me entregó el pijama desabrochado y por primera vez en mi vida quería que fuera satén o encaje, algo más sofisticado y no mundano como Bob-Esponja. Sammy me había dado éste pijama la Navidad pasada, como una broma, pero era el más suave de franela que tenía. Me desabroché mis jeans y bajó la cremallera. Tens se mudó a mis pies. —Levanta la cadera.

Lo hice y empujé el nylon por mis piernas. Con cuidado y lentamente sacó los jeans de mis piernas, sustituyéndolos por el pijama de Bob-Esponja y me dejó terminar deslizándomelo hacia arriba. Registré en una parte de mi corazón que él era el primer chico que veía gran parte de mi piel.

Tens se quedó en el borde de la cama, con sus dedos recorriendo mis tobillos, como si lo necesitara para asegurarse a sí mismo que estuviera bien.

La tía llegó corriendo en unos segundos con una bandeja de leche y bizcochos, y Tens se levantó del sofá.

Me comí un panque; su sabor era delicioso. Mi tía se acomodó en una silla junto al fuego y Tens se terminó tres grandes panques antes de examinar alrededor de una cesta llena de herramientas y trozos de madera.

Tal vez había visto demasiada televisión, pero no podía dejar de preguntarme. — ¿Tía?— Yo no sabía cómo hacer esta pregunta y no estaba segura de que realmente quería una respuesta.

Se sentó en su mecedora y sacó su regazo del tamaño de un marco. — ¿Qué es? ¿Un fenestras...? ¿Somos brujas?

— ¡Por Dios Gabriel, no!

— ¿Son los Aterthingies?

— ¿Aternocti? No en el sentido tradicional, no—. La tía partió unos trozos de algodón, descartando unos, y aceptando otros. —Ellos son los DarkNights. En lugar de permitir que las almas de transición estén de regreso con el Creador, se encargan de destruir el alma.

— ¿El infierno?— Visiones de fuego y azufre, pasaron por mi mente.

Ella asintió. —Tiene muchos nombres.

— ¿Los Aternocti quieren herir a las fenestras?

— ¿Quieres decir, matarnos? Por supuesto.

La tía lo pronunció, de una forma, que pareciera que estuviera dándome una receta de cómo hacer galletas. Pero ella miró al fuego, con el ceño fruncido. Un pensamiento horrible entró en mi cabeza. — ¿Nosotras no queremos matarlos?

—No, ese no es nuestro trabajo. Hay ángeles con Sangre Guerrera que se encargan de hacer eso, pero si tienes suerte nunca te encontrarás con un Nocti, ni te encontrarás con un Sangre Guerrera.

Se estremeció y se quedó mirando el fuego, olvidando su costura. Incluso Tens se detuvo y esperó.

—Oh—. Visiones de Buffy bailaban en mi cabeza no podía imaginarme en un lindo equipo, luchando contra los demonios. No estaba en mi lista de cosas que hacer antes de graduarme de secundaria. ¿Podría volver a la secundaria?

— ¿Qué pasa con los fantasmas?

La tía empezó a coser de nuevo como si su trance se hubiera roto. —Ellos no existen. Por lo general, su energía está atrapada en este plano. Se aferraron a este mundo en lugar de seguir adelante.

— ¿Por qué?

—Depende, pero podría ser para ver crecer a sus hijos o para proteger a sus seres queridos. A veces se quedan a ver más de un lugar o una casa. Tal vez tienen miedo de ir, lo cual es una tontería ya que es simplemente un cambio, no un fin.

— ¿Ellos son, uh, que significa? Al igual que a nosotros, ¿están tratando de matarlos también? Porque yo podría jurar que estaba siendo vigilada.

La tía movió la cabeza y se encogió de hombros. —La energía que tiene la persona en la que vivió puede cambiar de forma, pero no aparecen o desaparecen. Así que si fueran malos en una vida, no cambia simplemente porque sus cuerpos se han vuelto a la tierra. Cuanto más tiempo están aquí, más difícil es conseguir seguir adelante.

— ¿Pueden utilizar nuestros servicios?

—Pueden ser muy peligrosos. Meridian. No comiences la caza de almas perdidas.

— ¿Por qué son peligrosos?

—Su energía ya no está bien empaquetada. Es mucho más fácil enredarse en ellos, especialmente si tienes alguna razón para querer estar con ellos. Puede ser completamente accidental, no malicioso en lo más mínimo. Ten cuidado. Mostró una arruga de preocupación.

— ¿Cualquiera puede vernos? Quiero decir, como luz y no sólo como humanos— Mi mente volvió a cuando la señora Portalso me llamo Luz. ¿Debía mencionarlo? Yo mantuve la boca cerrada. No sabía todavía si eso estaba bien.

—Hay pocos seres humanos que hayan evolucionado con el tiempo para poder vernos.

— ¿Cómo?— Tal vez la señora Portalso me había visto. Me gustaba la idea de tener a alguien más, era extraño saber la verdad.

—No todas las familias dan a luz a fenestras. Pero si a descendientes de fenestras, pero sin el poder en sí todavía tienen la capacidad de sentir y darse cuenta. Piensa en los curanderos y adivinos, gente que puede ver el aura chi o mover todo el cuerpo con sus manos.

Y yo que siempre había pensado que me habían engañado. Mi memoria voló de nuevo a la feria estatal del verano pasado y la adivina a la que había visitado en una alondra con Sam. Ella había dicho que me marcharía en un viaje muy largo y me presentó un futuro de vida de luz, oscuridad, y la muerte. Sammy le dijo que estaba llena de mierda. Si alguna vez la volvía a ver le debía una disculpa enorme.

La tía se rió de sí misma. —Suficiente para esta noche. Pero tengo algo para ti. Me preparé. Hasta ahora sus regalos no habían sido terriblemente divertidos. Mi expresión debe haber mostrado mi renuencia.

—Mi diario. En realidad, es nuestra revista. Durante siglos, fenestras de nuestra familia se han sumado a escribir y vigilar la sabiduría que hemos ganado. No va a morder. Te lo prometo. He mantenido notas a través de los años, esperaba que vinieras. No hay tiempo suficiente para decirte todo eso, por eso lo necesitamos—. Me entregó un tomo encuadernado en cuero con rebordes de oro y una corbata de lazo. Usada y mutilada, el aceite de los dedos había dejado muchas rayas en las páginas, las marcas, donde la tinta se había quedado, y las manchas en la portada.

—Gracias—. La maldita cosa estaba tan pesada que tuve que usar ambas manos para sostenerlo.

—Es desde hace muchos años desde que mis ojos estaban suficientemente buenos como para leerlo de principio a fin. Tal vez haya una manera de luchar contra la Nocti que yo no recuerdo. Pensaré en ello, debemos estar preparados. Vete a dormir—. La tía me dio un beso en la frente y luego volvió a su asiento junto al fuego.

Me puse de pie y cambié el peso sobre mi pie. Era completamente normal, como si nunca hubiera sentido dolor.

—Voy a caminar un poco—. Tens parecía mi sombra. Custos ya estaba roncando en mi cama. Yo me reí.

Tens se asomó sobre mi hombro y se rió. — ¿Cama caliente?

-Sí. Supongo.

Custos parpadeó un ojo hacia nosotros y se volvió a dormir. Tens se movió a mí alrededor y se volvió al calefactor.

Me metí en la cama y tomé una fotografía de mis padres y Sam, de la mesita de noche. Cómo ha cambiado mi vida. No por primera vez, he querido estar en una fotografía de la familia. Ahora, al menos sabía por qué era siempre la que estaba detrás de la cámara.

Tens metió las manos en los bolsillos y se detuvo en la puerta, me observaba con una expresión inquietante que me hizo estremecer. Me hizo sentir picazón y calor, sin tocar mi piel.

— ¿Qué?— Yo rompí el silencio con un gruñido.

—Es tarde—. Se volvió y salió por la puerta.

— ¡Espera!— Llamé.

Se asomó la cabeza por la esquina. — ¿Qué?

— ¿Qué quiso decir la tía con eso de que no hay suficiente tiempo?

Esquivo mi mirada. —Tienes que aprender a dejar pasar las almas antes de que...

Me pareció ver pasar el miedo y el dolor en su rostro. Insistí, sin saber aún si quería la respuesta. — ¿Antes de qué?

Tragó saliva. —Tu tía está muriendo. Tiene que pasar a través de ti o el mundo perderá otro fenestra. Si no puedes hacerlo... pues bien, te vas también. — Sus ojos se cruzaron con los míos.

— ¿Qué? ¡No!— Algo se arrugo dentro de mí.

—Yo no iba a decírtelo todavía, pero...

—Te pregunté. Está bien. Yo quería saber. Necesitaba saberlo. — ¿No? No es de extrañar.

Cerré los ojos y traté de inhalar con inmensas respiraciones.

Tens dio un paso adelante y luego se detuvo, frotándose las manos por la cara —Yo lo... — Se salió de la habitación y cerró la puerta.

No podía dormir. La tía se estaba muriendo. Me volví a una lámpara alta y tiré el enorme volumen en mi regazo, hojeando las páginas.

23 de marzo 1921.

No siempre llevo a ver a las almas que pasan a través de mí. Sólo siento el calor de la luz y veo un atisbo de su otra vida, desde mi punto de vista de este lado. Pero conozco ese sentimiento. Sé cuándo viene y sé cuándo un alma hace uso de mí. Estoy empezando a acostumbrarme a ello, pero me pregunto si, ¿alguna vez se siente natural?

2 de enero 1972.

Comida favorita, una canción, su primer amor, sé estas cosas, al momento en que el alma pasa a través de mí, pero yo no puedo compartir mis conocimientos con sus familias, odio no ser capaz de llevar consuelo a los vivos, sólo la muerte, Otras personas pueden ser puentes y pasar mensajes y tal. Yo no soy escéptica de su capacidad para hacerlo, pero no puedo. No puedo sacar las palabras de mi garganta, sin importar lo mucho que lo intente, he llegado a pensar que no es mi lugar, yo no soy un medio. Yo soy una fenestra.

18 de octubre 1931.

Hay uno que me está persiguiendo. Tengo que acordarme de la Atlántida, aztecas, druidas, Gede. Isla de Pascua, todos ellos fueron tragados por el Aternocís, su energía y su gente se ha ido, porque había muy pocas fenestras para cubrir el mundo. Es una batalla entre el bien y el mal que juega en los breves momentos de transición. Si pueden recoger la energía, la oscuridad crece y el mundo gira menos. He oído rumores de que la Aternocí ha ganado un poder terrible en Europa. Tengo que estar en todas partes porque me necesitan, tal vez voy a viajar a Europa por mi cuenta. Tengo que salvar las almas que pueda.

Me gustaría tener una hermana fenestra para compartir mi carga.

Si la tía se sintió así, ¿de verdad hay alguna esperanza para mí? —Tengo que salvar a las almas que pueda—. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Antes de morir? Nunca me había sentido tan sola.

Capítulo 13

La mejor manera de saber si es una Fenestra es saber su fecha de nacimiento. Si es la primera en gritar en el golpe de media noche el 21 de diciembre. Nuestros parientes han nacido sobre el 20 ó 22. Pero una Fenestra siempre y por siempre verá su primera luz como un alma humana durante el día de solsticio de invierno, la mañana más oscura del año dan vida las luces más brillantes.
Cassie Ailey, 8 de enero de 1876

Me desperté con una completa lavada de cara, lambiéndome seguido, una y otra. —Custos— Abrí mis ojos, me había dejado unas mascarilla de babas sobre mi cara. Me reí tontamente, dejando que de un codazo le empujara hasta el borde de la cama. El frío pegó en mis pies desnudos. El enchufe del radiador se había caído del contacto. Froté mis brazos, temblé, y me puse un suéter sobre mi pijama. La casa estaba en silencio. No escuchaba ni a la tía ni a Tens en ninguna parte. Mi aliento me agarraba y la tristeza me encogió mientras recordaba la confesión de Tens la noche anterior. La tía estaba muriendo, y yo la tenía que ayudar a sobre pasar. Pasar. Morir. ¿Podría ser capaz de hacerlo?

Salí con Custos a mi lado, bajé a la cocina a por un vaso de jugo. Las habilidades culinarias de Tens me sorprendían. Bastante bien se veía una jarra de jugo recién exprimido junto a mi vaso. Él había renunciado a obligarme a comer, pero esta mañana realmente estaba con hambre. Agarré una tortita de arándano, y decidí explorar la casa un poco más mientras aun estuviera en calma. No sabía qué hora era, pensé que era temprano, ya que la luz todavía era suave. Una sombra pasó a través de mi visión periférica, pero cuando me di la vuelta no había nada allí. Abrí una puerta bajo las escaleras que crujió bajo las yemas de mis dedos, su anticuada llave no cuadraba en la cerradura. En el otro extremo de la habitación, la imagen de una ventana miraba hacia el campo nevado. El cuarto fue decorado en magníficos tonos en caoba, con estantes a lo largo de una pared llena de libros y otro atestado por pinturas y fotografías. Recogí un aterciopelado edredón y lo puse alrededor de mis hombros. Un aire frío se filtró a través de los cristales y me destempló. Enormes y simples marcos dorados de madera abrazaban a una muchedumbre de personas. Sobresaltada. Yo vi a mi madre de niña junto

a la Tía. Al lado colgada, una foto de la boda de mis padres en tonos sepia. La coloqué bajo una luz para verla mejor.

—Ese era el día de mi boda— Salté mientras Tía entraba en la habitación.

— ¿En serio? Lucías tan feliz— Hice gesto hacia el resto de las fotos. — ¿Quiénes son todas estas personas?—

—Familia, y algunos amigos— Ella camino hacia mí y tomó mi hombro.

—El retrato de mi boda es la única foto que se desarrolló bien— Tía tocó con dedo la fotografía.

— ¿Cuál es la razón? ¿Es también una cosa de Fenestra?— Me dio una mirada divertida —Si, lo es, es algo acerca de la película o el proceso digital, que captura la luz en nosotros—.

— ¿Pero es posible?—

— ¿Has oído de personas decir que los fantasmas dejan en las fotografías huellas de luz o reflejos?

—Supongo— Estaba aprendiendo de lo poco que sabía del mundo. En las fotografías, mi cara aparecía siempre borrosa, como un eclipse lunar. Siempre parecía como si el sol estuviera detrás de mí, arrojando mi cara a la oscuridad. Era como si yo no tuviera identidad.

—Nosotros hacemos eso. Hasta que sepas como cerrar y abrir tu entrada de espíritus, las personas no podrán captar la luz si está más allá de ti—.

Estoy eclipsada por mi papel en el mundo. — ¿Pero tú puedes controlarlo?—.

—Si. Y tú puedes aprenderlo. Así como controlas no enredarte con otras energías. ¿No era mi esposo apuesto?— Su sonrisa floreció aun cuando sus ojos entristecieron.

—Si, mucho. ¿Cuál era su nombre?

—Él era mi Charles. Mi piloto sin miedo. Fue uno de los primeros en volar en los aviones experimentales.

— ¿Eso no era peligroso?

—Por supuesto. Pero él no le temía a la muerte. Él me decía cada vez que se iba que mientras viera mi cara mientras moría no le temería a la muerte—.

— ¿Él lo sabía?

—Oh sí. Nos conocimos en un hospital, en Francia durante la guerra. Yo estaba muy pasada de la edad de matrimonio en esa época, pero era una enfermera. Iba a donde me necesitaran, y los chicos que peleaban por nosotros necesitaban un pacifico final si no regresaban a sus hogares.

— ¿Entonces los atendías?

La tristeza cruzó sus ojos. —A algunos, principalmente yo iba en patrullas y con la resistencia hacia el frente. Me hice a mi misma disponible para quien me necesitara. Mis habilidades como enfermera no eran tan altas como las habilidades de una Fenestra. Los Aternotic construyeron un imperio en Europa con la ayuda de Hitler. O viceversa.

—Los chicos empezaron a llamarme ángel porque todos los gritos se detenían cuando yo estaba en los alrededores. Charles prestó atención. Él oyó unas historias de su abuela acerca de personas iluminadas que son ángeles en la tierra. Se ofreció a escoltarme.

Antes de que la guerra terminara encontramos un campamento Alemán. Un infierno en la tierra.

— ¿Los Nazis?

—Hmmm. Fui con las tropas ese primer día. Sin miedo, pero no estábamos preparados. Nadie podría haber estado preparado. Eran tantos. Tan cerca. Mis ojos heridos por la luz; yo casi no podía verme a mí misma. Mi piel brilló, me enfoqué en la respiración permitiéndoles pasar, uno detrás del otro.

— ¿Que sucedió?

—Muchos soldados sabían que yo no era como los demás. Pero en tiempos de guerra, es fácil creer cosas que no tienen sentido, como milagros, o lo supernatural. Ellos se alternaban para ayudarme a pasar a través de los campos, para estar con las personas que me necesitaban, aquellos quienes no se podían sobreponer. Pero Charles nunca se alejó de mi lado. Luego de horas de eso, estaba tan exhausta que apenas podía mantenerme de pie. Me desmaye y Charles me agarró. Cargándome de vuelta hacía el campamento y dándome whiskey hasta que sacaba el dolor, le dije cosas que nunca le había dicho a un humano. Pero él escuchaba en silencio y mantenía la calma.

— ¿No estaba asustado?

—Oh, niña, tu ves suficiente y vives suficiente. La muerte no es la peor parte. La guerra pone nuestros miedos en perspectiva. Además, él veía lo que me costaba. No podía levantarme de cama por semanas. Los doctores me diagnosticaban algo sin sentido como histeria femenina o vapores. Me reí de lo insultante que ella todavía sonaba.

—Charles siguió trayéndome pan y queso fresco de las granjas locales. Se enteró de que tenía debilidad por los dulces, así que hacía trueques por caramelos, que eran muy difíciles de encontrar en aquellos días. Me trajo rosas y ramos de flores silvestres. Vida. Él me cuidó hasta que pude volver a ponerme en pie. Era diez años mas joven que yo. Eso era todo un escándalo en aquella época, pero la guerra es la guerra, tú formabas un vínculo después de vivir todo eso, que daba la falsa impresión de propiedad. Él me dijo que me quería y me pidió que pasara el resto de mi vida con él, soportarle hasta que su tiempo llegara, dejar que me protegiera y ayudara de cualquier manera que pudiera.

Me preguntaba si yo alguna vez sentiría esa clase de amor y devoción. O si yo podría caminar por el equivalente actual de un campo de exterminio nazi porque eso era lo correcto para las almas atrapadas allí.

— ¿Has estudiado alguna vez un cuerpo humano muerto?—, me preguntó Auntie.

— ¿En persona? No—. Celia era el más cercano.

—Su...— Ella se movió sobre la línea de marcos y cogió uno de un retrato de una niña, un óleo maravilloso.

—Yo tenía cinco años cuando lo pintaron. Aún lo recuerdo como el peor momento. — La pintura capturaba a una niña joven con la expresión más sincera del mundo. Seria y concentrada. Sus ojos eran como brocas, casi sentía el calor de su mirada en mi rostro. Era extraña la forma en la que la pintura parecía viva, radiando con un propósito. Oscuros y brillantes rizos enmarcaban un rostro de marfil con los ojos del azul insondable del crepúsculo en verano.

Auntie pasó la punta de los dedos sobre la pintura en miniatura. —Tú bisabuela era siete años mayor que yo. Ella es esta de aquí—. Tenía un resplandor a su alrededor, deseaba que mi madre hubiera pensado en tener mi retrato pintado.

— ¿Eres realmente mi tatarata tatarata tía?

—Sí.

— ¿Qué edad tienes entonces?

—Ciento seis años. Todas las Fenestras viven mucho tiempo si pasamos la transición. Mi padre pintó esta, también

— ¿Lo sabía?

—Sabía que había algo diferente en mí, por supuesto. Él lo supo cuando mi madre me llamó a su lado en medio del parto de mi hermana menor. Ella sabía lo que era. Su madre había sido una Fenestra. Pero ella mantuvo esto alejado de mi padre, pensando que ella podría protegerme de los susurros y temores de la brujería.

— ¿Qué pasó?

—A los niños no se les permitía estar en las salas de parto por aquel entonces. Pero mi padre no podía negarle nada.

Sentí como si ya conociera la conclusión de esta historia. — ¿Ella murió?

—Hmm, sí, fue la primera persona que conocí que intentó pasar a través de mí. Yo tenía seis años, pero si el alma encuentra una ventana es más fácil para ellos. No podía hacerlo sin matarme a mí, sin embargo, ella sintió que era demasiado y se retiró. No me puedo imaginar lo difícil que fue para ella. Para mí, bueno, fue difícil recuperarme. Tuve el peor dolor de estómago durante las siguientes semanas. El médico fue llamado desde tres municipios lejanos y él me quería operar, pero mi papá no le dejó tocarme.

— ¿Tu hermana murió también?

—No. Mamá la empujó fuera limpia y rápidamente. Pero algo se rompió dentro de ella y la sangre no se detenía. Tomó mi mano y no la soltó. Me pidió que le cantara una canción de cuna que ella siempre me cantaba. Me olvidé de la segunda estrofa. Pero entonces ya no importaba que cantara como si mi vida dependiera de eso, una y otra vez yo cantaba la canción de cuna. La celadora limpió a mi hermana y se fue a la ciudad en busca de una niñera para ella. En mi padre algo se rompió esa noche. Algo en él nunca sanó.

—Lo siento.

Ella continuó como si no me hubiera oído. —Escuché la voz de mi madre en mi cabeza, diciéndome que me quería y que no le importaba la verdad sobre mí. Entonces su mano se relajó. Sus ojos se volvieron hacia mí, pero yo sabía que se había ido. De la misma forma que la ropa de cama aún sigue caliente después de salir de la cama por la mañana—como si estuvieras ahí, pero sin estarlo. Mamá le dio a mi hermana la revista, pero yo era la única Fenestra de la familia, así que eso vino a mí.

—Lo siento—, yo no sabía que decir. Al menos mis padres vivían en otra ciudad o estado. Tan lejos como yo sabía.

—No lo sientas. La muerte es lo que hace posible la vida. Es el equilibrio. Aprenderás. Podrás sentir que las almas te necesitan, antes de saber para qué, así puedes prepararte para el viaje, antes de que te pille por sorpresa.

— ¿Eso se convierte en una segunda naturaleza?

—Al igual que respirar y tragar. Tú tomas conciencia y puedes elegir al respecto, pero también puedes descansar y simplemente serlo.

— ¿Por qué necesito aprender a abrir ventanas entonces?

—Eso es parte del aprendizaje. Saber cómo se siente, cómo funciona. Habrá momentos en los que querrás cerrar la ventana. Necesitarás protegerte cuando estés enferma o vulnerable.

— ¿Si me escudo podría ser completamente normal?, ¿Volver con mi familia?, ¿Hay alguna forma de protegerme completamente y así ser normal?

—Es posible aparentar tener una vida normal. Sí, pero tú siempre serás una Fenestra. Es lo que eres. — Pasó una mano por mi cabello. — ¿Tú cabello es naturalmente rojo?

— ¿Qué?— No, es marrón—. Un color marrón sucio completamente insípido.

— ¿Te lo tiñes? ¿Das la apariencia de ser pelirroja o rubia, verdad?

—Sí.

—Eso es lo que hace nuestro escudo— es un camuflaje temporal.

— ¿Volveré a ver a mi familia?

—Espero que sí, pequeña, pero no puedo prometerte nada. Yo sé lo que es perder a la gente que quieres. Aún lo hago. Me gustaría poder ahorrarte esto.

— Su expresión estaba llena de nostalgia y pérdida. Ella pasó un dedo por la fotografía de Charles.

— ¿Qué pasó con él?

Su rostro se nubló, y su barbilla tembló. —Murió.

Había más, pero dudé en empujarla. — ¿Estabas tú?

—No estaba. Había ido al baño. Le dejé por un momento. Solo un momento. Ella agarró mi mano.

—Estoy segura—Me sentía fatal porque no había nada que pudiera decir.

— ¿Hay alguna posibilidad?

Apenas la oí susurrar, —No lo sé.

¿Charles llegó al cielo o fue reciclado en una nueva vida? ¿O peor aún fue al infierno?

—Ponte tu abrigo—, dijo ella.

- ¿Por qué?
- ¿Puedes conducir?
- Todavía estoy aprendiendo.
- Bueno así también puedes practicar.
- ¿A dónde vamos?
- A visitar a mí amiga Winnie.
- Pensé que ella había muerto.
- Lo hizo.

Capítulo 14

Estaba segura que un caracol podría habernos ganado a llegar a la puerta de Winnie, pero al menos llegamos en una sola pieza.

— ¿Qué hacemos aquí exactamente?— Mi corazón dio un vuelco mientras mi tía llamaba a la puerta.

—Es el velatorio de Winnie.

— ¿Porqué no está ella en una funeraria?

La puerta se abrió y una mujer de mediana edad nos dio la bienvenida. Su cabello era tan grande y ondulado como el resto de ella. —Adelante. Adelante. Esta debe de ser Meridian. Soy Sheila, una de las hijas de Winnie. ¿Espero que estés aquí para pagar tus respetos?— Ella nos ayudó a quitarnos nuestros abrigos mientras parloteaba. Yo había imaginado que habría mucha gente llorando, vestida de negro y la música de un órgano. Al final resultó, que hubo una animada conversación, el olor a jamón de pavo impregnaba el aire. —Mamá está a la derecha a través de esas puertas, al lado del árbol de Navidad, justo como ella pidió.

Mi tía agarró mi codo y me dijo en voz baja, —Winnie murió en su cama, pero ella no quería perderse las fiestas de Navidad por lo que ellos se comprometieron a lavarla, vestirla y colocarla allí.

Si esta era mi primera persona muerta, este también era mi primer cadáver junto a un árbol de Navidad. El árbol resplandecía con las luces, y bastones de caramelo colgaban de cada rama. Había un olor en el aire que yo no podía identificar, y me pregunté si un muerto olería tan rápidamente.

—Mamá será enterrada mañana, atrás bajo el roble, junto a papá. Las dejaré tener su tiempo. — Sheila cerró las puertas detrás de ella y aquí nos quedamos mi tía, yo y la cáscara de Winnie.

— ¿Qué estamos haciendo exactamente?—, traté de no mirar a Winnie, ya que no me parecía cortés.

—Estudiarla, Meridian. Examina su cara.

Incómodamente estudié con mi mirada fija las mejillas descarnadas de Winnie. Ella estaba amarillenta y gris. No había maquillaje en su cara y estaba vestida con lo que parecía un nuevo camión de franela, pasado de moda.

— ¿Bien?

— ¿Qué ves?

—Umm...

—Echa un vistazo a las fotografías que están sobre el piano. — La Tía señaló el piano de cola en la esquina. —escoge una de las que están por ahí.

Recogí la foto y se la llevé. — ¿Es ella?— La mujer de la fotografía no era nada parecida a la mujer que yacía enfrente de nosotras.

—Sí. No se parece en nada a ella, ¿verdad?

—No realmente.

—Winnie no está allí. Ella no está en el cuerpo más. La parte que la hizo brillar, reír y llorar en los animados ratos de emoción, su talento con el piano, su sentido del humor: esas cosas se han ido, lo que queda es una cáscara. Cuando se conoce a la persona antes de morir, rara vez parecen las mismas después.

—Oh, ¿pero eso no lo hace el maquillaje y esas cosas?

—Hay un gran trabajo en la transformación de cadáveres, se parecen a la gente que ellos eran sin importar como murieron. No creerías el número de entierros a los que he ido donde la gente murmura sobre como de grande parecía el cuerpo incluso cuando esto no era así. Siempre me dan ganas de gritar y sacudir a la vida por hacer una cosa así.

La Tía presionó una palma contra la mejilla de Winnie. —Tócala.

Dí un paso atrás. Eso se sentía mal. —Yo no.

—Muchas personas muertas van a llegar a ti. Tú necesitas saber cómo se siente la muerte, —Tócala. — Mi tía puso mi mano gentilmente sobre la mano de Winnie, mirando mi cara mientras hacía eso. — ¿Cómo se siente?

— ¿Muerta?

—Exactamente. No queda nada. Esto es lo que hacemos Meridian. Yo la ayudé a cruzar. Ella fue recibida por su marido y sus padres, además de una tonelada de animales de granja y mascotas, porque ella siempre recogió a animales extraviados. No queda nada de ella porque agotó su cuerpo mientras ella vivía. Éste es el final que todos esperamos y rezamos. La mayoría no son tan afortunados.

Tuve la inquietud. Winnie se sentía como una persona, aunque algo diferente.

—Tú te encontraras sosteniendo a la gente mientras muere. Esto es un regalo para ellos, pero también es un regalo para ti. Como Fenestras tenemos recordatorios diarios de lo que es importante en este mundo.

—Lo entiendo.

— ¿Estas segura?

—Sí. Lo entiendo mejor.

—Bien. Vamos a coger un trozo de pastel antes de irnos. Sheila hace cosas asombrosas con la corteza casera y la fruta congelada. — Me abrazó y se rió.

—Soy parcial a su crema de ruibarbo.

—Yo nunca probé el ruibarbo.

—Entonces, tendrás que probar el suyo. Lo estas haciendo bien, pequeña. Sé que esto puede ser difícil.

A la mañana siguiente. Hice un desayuno ligero para nosotros, pensando que Tens aparecería en cualquier momento. Cuando no lo hizo. Comencé a preocuparme. La tía alternativamente cosía y dormía, sus parpados se cerraban entre puntada y puntada. Su barbilla golpeó su pecho y ella se recuperó.

— ¿Dónde está Tens?—, pregunté.

—Tenía un par de cosas que hacer. Volverá pronto.

Yo dejé la revista y la observé coser. Sus dedos volaban a través de hilos y telas.

— ¿Me enseñas a hacer mantas?—, pregunté.

Ella sonrió con alegría. —Me encantaría—. Dio unas palmaditas en el sofá y puso una cesta de sobras sobre mi regazo. —Escoge dos piezas—. Hurgó en otra cesta por aguja e hilo. —Yo hago mantas para poder limpiar mi memoria. Cada Fenestra tiene que encontrar su manera de hacerle frente, algunas cocinan, otras pintan. Yo hago mantas.

— ¿Memorias?

—Cada alma deja trozos de información en nosotras. Cosas que son importantes para ellas.

— ¡Es por eso!—, exclamé dejando caer la tela.

— ¿De qué hablas, querida?

—Celia amaba las Oreos y a su Barbie animadora, y su conejillo de indias se llamaba Sherk. ¡Yo pensaba que había hecho todo eso!

—No querida. Ha puesto a que si tú pensaras en ellos también te darías cuenta de las cosas. De los animales. El sonido eléctrico de los mosquitos. El olor de la primavera. El sabor del agua potable.

Yo asentí. Tenía recuerdos y experiencias que no parecían tener ningún sentido. Traté de enhebrar la aguja, pero al quinto fallo, ella lo hizo por mí.

—Esto es abrumador. Demasiado. Yo hago historias de tela de cada vida que se muere a través de mí.

Miré a mí alrededor a los montones de mantas que estaban por todas partes.

— ¿Todos estos?— Tenía que haber cientos, miles de historias representadas.

— ¿Ellos encajan, o no?

Yo intenté atar un nudo al final del hilo, pero fue inútil. La Tía me dio unas palmaditas en mi pierna. —Lo conseguirás tarde o temprano. Esto implica práctica.

— ¿Cómo todo lo demás?

—Sí. — Su rostro palideció súbitamente al color de la tiza, y su cabeza se giró hacia la puerta.

Custos emitió un gruñido desde el fondo de su garganta.

Me quedé helada — ¿Qué?

Ella movió la cabeza mínimamente.

Yo esperé, mi corazón latía con fuerza. Sentí el miedo en el aire y algo más.

Custos fue a hurtadillas hasta la puerta y esperó, con la cabeza y la cola bajas.

Nos quedamos ahí, congeladas como presas atrapadas, quizá segundos, quizá horas, hasta que dijo: —Esta bien.

— ¿Qué? ¿Qué esta pasando?—, le pregunté, lamiendo mis labios secos.

Dejó sus mantas a un lado y sacó una pistola de un gancho en la pared.

— ¿Qué diablos?—, exclamé horrorizada. Una pequeña anciana sosteniendo una pistola era incongruente, en el mejor de los casos.

—Quédate aquí—, ordenó.

Yo la seguí. —No.

Se asomó por la ventana de la puerta principal.

— ¿Dónde están todos?— Gritó de repente Tens, golpeando la puerta trasera, cerrándola y pisoteando a través de la cocina.

Nosotras nos deslizamos y dimos la vuelta, él venía por el pasillo.

— ¿Qué pasó?—, se precipitó a la tía y le quitó la pistola de sus manos temblorosas.

—No lo sé—, dije.

— ¿Viste algo?—, le preguntó ella.

—No. He venido por el bosque de atrás. ¿Qué está pasando?

—Alguien estuvo aquí—, le respondió mi tía.

— ¿Quién?

—Se sentía como una Fenestra, pero maléfica.

— ¿El Nocti?

— ¿Qué?—, exclamé. Yo no había odio nada.

—No lo sé. Yo nunca he estado en la misma habitación que uno. No sé como se siente su energía.

— ¿Cuándo?— Tens nos movió de la puerta. La abrió un poco y le dijo a Custos que se quedara. Sus hombros bloquearon mi visión, pero su reacción lo hizo alejarse para que yo pudiera ver.

Una flecha, con el final en llamas, estaba alojada al frente de la puerta. Un gato atigrado decapitado y destripado yacía en las escaleras de la puerta. La sangre coagulada y oscura rodeaba su cadáver. Su estómago contenía los restos de lo que instintivamente yo sabía que eran sus gatitos.

Me amordacé mientras escaneaba el cadáver. Me moví fuera y tropecé por las escaleras. Mi desayuno dio una sacudida cuando me arrodillé en la nieve junto a la casa.

—Mierda— Tens caminó debajo de la escalera e inspeccionó el desastre.

—Mierda— Dio una patada a la escalera y a la rueda de la Land Rover. La Tía se apoyó en él. —Oh, querido. Otra vez no.

Me giré hacia la nieve limpia y cogí puñados de nieve para pasármelos por la cara, deleitándome con la sensación fría y limpia.

La Tía se acercó a mí, y me dio un pañuelo. —Vamos, entra. Nosotras haremos té.

—Pero...

—Yo lo limpiaré. Vamos. — Tens me miró y nos metió de nuevo en la casa.

— ¿Por qué?—, le pregunte mientras la ayudaba en la cocina. No había ninguna razón en el mundo que fuera suficiente. Todas sus fuerzas parecieron haberse ido de ella.

—Una advertencia. Una promesa— Ella parecía atormentada.

— ¿Desde cuando?

— ¿Sentiste algo, cuándo estábamos cosiendo?— Metió las hojas del té en un bote, pero sus movimientos era bruscos y lentos.

Le tendí una silla para ella pero siguió preparando el té. — ¿Miedo? Mi corazón se aceleró. Mi boca se secó.

—Bien, bien

— ¿Por qué?

—Tú también lo sentiste. El Nocti estuvo aquí pequeña. Siempre hay que recordar el sentimiento porque es la única advertencia que tendrás. Yo había oído que dejan detrás las flechas y cadáveres profanados. Pero nunca lo había experimentado.

— ¿Ha pasado esto alguna otra vez antes?

—Tonterías—papel de baño, huevos, pintura—pero nada que no se pudiera atribuir al aburrimiento de los niños.

— ¿Desde la Iglesia?

—Quizás.

— ¿Están los Nocti en la iglesia?

—Para mezclarse, tal vez, ¿pero con tanta gente moviéndose, y viviendo aquí? ¿Cómo sabemos quien podría ser?

La tetera silbó. Vertí el agua hirviendo en la tetera y miré como aumentaba el vapor por el pitorro mientras se preparaba el té.

—Debes confiar en ti misma. Estar alerta en todo momento, o te capturarán. Ellos no te matarán, sino que más bien te harían uno de ellos, que pierden su energía al otro lado. Si ellos pueden, te convertirán.

— ¿Cómo?

Retorció sus manos. —No lo sé, nunca me he enfrentado a un Nocti. Yo he oído que una Fenestra debe matarse en presencia de uno, y entonces en vez de enviar su alma por alguna razón la guardan dentro del cuerpo.

—Bien, yo no estoy matándome, así que estamos bien.

Su expresión fue de tormento. —Lo siento Meridian. Yo debería de haberte preparado mejor para el Nocti. Debí de haber hecho más, para...

—Para— La interrumpió Tens cuando entró en la cocina. —Nunca has hecho eso antes, ¿no?

—No.

—Así que no tienes nada de que disculparte. Nosotros podemos manejar la situación. ¿Verdad, Meridian?

Yo no estaba segura, pero la Tía estaba más allá del problema por lo que parecía creer que eran sus deficiencias. En ese momento, parecía como si un fuerte viento pudiese soplar a través de ella. —Correcto. Tens y yo podemos entenderlo.

—Gracias—, susurró él.

La Tía frunció sus labios, y luego suspiró. —Tengo que ir a acostarme. Parece que no puedo permanecer despierta en estos días. ¿Estaréis bien?— Ella arrastró los pies fuera de la cocina antes de que terminara de hablar.

— ¿Estas segura? ¿Necesitas ayuda?—, la seguí, pero ella subió la escalera, no me respondió.

—Lo siento—, dijo Tens, de pie en la puerta.

— ¿Por qué?—, le miré momentáneamente sorprendida por la intensidad de su expresión.

—Yo debería de haber estado aquí. Debí...

— ¿Qué? ¿Usar la escopeta?— Traté de animarlo, pero mi broma no funcionó.

Tens golpeó el marco de la puerta, agitado. Evidentemente se sentía responsable de nosotras. —Es importante. Se supone que yo tengo que...

—Tens tú no hiciste nada mal, ¿por qué te disculpas?

Se encogió de hombros dentro de la chaqueta y cruzó sus largas piernas en una silla. Le serví una taza de té, sin saber que otra cosa hacer.

—Yo deberá haber estado aquí. Eso es todo. — Bebió el té a grandes tragos, casi como si se estuviera escaldando la garganta a modo de castigo merecido.

—Estamos bien. Olvídalo.

— ¿Cómo esta ella?

—Hasta que pasó todo esto, bien, supongo. — Me mordí el labio inferior, sin saber si yo quería hacer mi siguiente pregunta, pero necesitaba saber la respuesta. — ¿Cuánto tiempo? Ya sabes, ¿para la Tía? Antes de que ella...— Yo no podía terminar.

—No mucho.

— ¿Años? ¿Meses?

Tens frunció el ceño y terminó su té sin contestar.

—Vamos—. Extendí la mano y cogí su antebrazo. —En serio, ¿cuánto tiempo?

—Días. Una semana más o menos, si tenemos suerte.

— ¿Qué pasa con la atención médica? ¿No debería estar en un hospital o algo así?—, odiaba la sensación de impotencia.

—Ella me hizo prometer que no moriría en un hospital. Meridian, ella tiene ciento seis años. ¿Cuánto tiempo crees que podría mantenerse viva de todas

maneras?

— ¡Eso es duro!

— ¿Me equivoco?

Tragué. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y una se deslizó por mi mejilla. — Me estas pidiendo.

—No, no lo hago—. Tens se arrodillo delante de mí y limpió la lágrima de mi cara. —Si se pudiera lograr que vaya y sea examinada por un medico, tal vez podría estar más cómoda. Pero las Fenestras simplemente no viven más de ciento seis años. Y ella quiere morir aquí, en esta casa. Nosotros podemos darle eso. Es la última cosa que podemos hacer por ella. Puede que esto sea en algunos aspectos difícil para ti, yo lo haré. — Tens paró, al parecer conmovido por su largo discurso. — ¿Podríamos hacer eso bien ahora?

Asentí, sin querer añadirle mas pena.

— ¿Quieres que te haga un sándwich?— Le pregunté, mi apetito había desaparecido por completo.

—No. Gracias. Tal vez más tarde.

Cogí mi suéter y me di cuenta que yo estaba todavía en pijama. —Yo, ummm...voy a vestirme

El gruñó. Su atención estaba en el diario. Me había olvidado de eso.

—Estuve buscando sobre los Aternociti, esperando

—Si la tía no lo sabe, probablemente no existe.

—Oh.

—Voy a comprobarlo. Vete

—Puedo quedarme

— ¡Vete!— Solo dijo una palabra, pero el enfado vibraba en cada letra.

Corrí por las escaleras, pero podía haber jurado que sentí unos ojos que me observaban.

Capítulo 15

Galchichas ahumadas y unos alegres ingredientes. Cerveza y locura. Pechos volubles y peleas de bares. Esta es la suma de experiencias de mis almas juntadas desde sus vidas. ¿Por qué atraigo a todos los hombres que no son sofisticados? ¿Por una vez podría uno amar la ópera y a su madre?
-Lucinda Myer, nacida en 1702 – fallecida en 1808.

Un cuervo se paró afuera de la ventana de mi dormitorio y graznó sin cesar. Me acerqué y le miré a sus ojos pequeños y brillantes que estaban vueltos hacia mí. Esperaba que abandonara el árbol muerto en cualquier momento, pero éste solo gritó y saltó alrededor de las ramas. Un movimiento en el campo de abajo, llamó mi atención, y apreté la cara contra el cristal, tratando de obtener una mejor vista.

Era Tens, con raquetas de nieve y llevando una mochila de excursionista de gran tamaño. Esto tenía que pesar al menos sesenta y cinco o cien libras. Se fue caminando fuera de mi vista. Algo debería ser terriblemente importante para que él nos dejara en paz otra vez tan rápido, especialmente dado sus primeros sentimientos de culpa. Custos trotó a su lado hasta el borde de los árboles, moviendo su cola. Luego se volvió y corrió hacia la casa. ¿Adónde va? ¿Qué es todo eso que lleva en la espalda?

Elegí ropa limpia, tomé la pila de revistas de moda que mamá había preparado para mí, y anduve silenciosamente por el pasillo. Tenía la esperanza de empaparme de esta opresiva realidad en la bañera con patas de garras, de las que sólo había visto en las películas. Mi pecho se sentía tan apretado que era difícil conseguir una respiración completa. Las llamadas telefónicas eran espeluznantes, pero destripar un animal indefenso, cruzaba la línea de la locura. Suspiré, abriendo cajones en la cómoda antigua, con la esperanza de detectar sales o burbujas de baño. No hubo suerte.

Un golpe enérgico en la puerta me asustó. — ¿Meridian? Soy tú tía.

Abrí la puerta. — ¿Está bien si me baño aquí?

—Por supuesto. Yo también solía pasar horas sumergida en la bañera. Era como unas minivacaciones, casi tan bueno como las aguas termales de arriba del camino. — Ella sonrió y me tendió una cesta llena de botellas. — Sales y burbujas de baño, y no sé que más. Utiliza lo que quieras.

La culpa me inundó. — ¿Me necesitas para algo?

Ella sonrió. —No, diviértete.

—Ok.

Cerró la puerta.

Tiré de nuevo abriéndola. —Tía, ¿Adónde fue Tens?

Ella se paró, pero no se giró. —Él fue a hacerme un mandado. — Y desapareció a través de una esquina.

— ¿A pie?— Le pregunté al pasillo vacío. Me encogí de hombros.

Evidentemente, yo no lo iba a saber. Eso me molestó. Se supone que debo aprender y confiar, y hacer lo que me dicen, y sin embargo no me confían toda la verdad. Soy parte de esto o no.

Pronto el cuarto de baño se llenó de olores. Me quité mi pijama y zambullí un dedo del pie, luego el pie, la pierna, hasta que entré entera y quedé sumergida hasta la barbilla. Las burbujas me hacían cosquillas en la nariz como mariposas.

Recorrí mi cuerpo con las manos, tratando de imaginar lo que sería ser el destinatario de caricias rápidas, descuidadas. Sam era la única persona en mi familia que siempre me ha tocado sin vacilar. Las lágrimas se filtraron por debajo de mis párpados. ¿Qué pensará Samy? ¿Qué le habrán dicho? ¿Qué su hermana simplemente desapareció? ¿Pensará él que ya no lo quiero? ¿Dónde estarán ellos?

Agarré la revista superior del montón. Había arrastrado 20 libras de revistas a través del país, pero sabía que mamá pensó que enviaba lo que más quería en el mundo. Ella siempre pensó que yo quería ser escritora o editora de una revista. Nunca entendió que en esas páginas brillantes veía el mundo material de la normalidad. No importó cuantos números leyera, pero ese difícil mundo de los demás, nunca se parecía al mío. Allí no había escenas felices de Navidad fotografiadas con el reno muerto bajo el árbol o el perro de la familia siendo enterrado en el patio trasero, bajo luces de colores y la nieve cayendo. Nunca había tenido un amigo. No desde que había cometido el error de contarle toda la verdad a Jillian después de que su hámster muriera en mis manos durante un juego de citas. Le conté todos los que habían muerto a mí alrededor. Ella debió de decírselo a su madre, porque desde entonces Jillian estaba siempre ocupada. Finalmente me dijo que no quería que también la matara.

Lancé revista tras revista hacia la pared. Ninguna de ellas conseguía distraerme. Cerré mis ojos y un montaje de Tens centelleó a través de mis

parpados. Recordé la sensación de él llevándome. Él era seguro y peligroso a la vez. Me hizo querer confesarle la verdad sobre cada secreto oscuro, pero también me hacía querer irme tan rápido como pudiera. Mis labios cosquillearon cuando me imaginé cómo sería el besarlo. Lo que daría para que él me mirara a mí con el mismo calor y amor que mostraba por Custos.

¿Se preguntaría él como serían mis besos? ¿Acaso él me vería como algo más que la maldita sobrina de la tía enferma? La muerte inminente de la Tía se cernió sobre mí. Frustrada, sumergí la cabeza bajo el agua y contuve la respiración. Y la contuve. Y permanecí aguantando así hasta que estuve a punto de estallar. Entonces salí a la superficie, jadeando grandes bocanadas de aire a mis pulmones en llamas.

La bañera de repente se sentía como un ataúd. Agarré una pastilla de jabón y una navaja y afeité mis piernas por primera vez en semanas. Usé un puñado de champú en mi cabello. Mi magnífica pelo largo, que mi madre se negó a dejarme cortar, siempre tomaba mucho tiempo lavarlo y aún más secarlo. El color rojo se decoloraba de nuevo a su normal marrón oscuro. Levanté el tapón de la bañera para poder enjuagarme con agua limpia.

Tardé casi un año en quitar todo el jabón de mi pelo. De repente, mis ojos se abrieron de golpe. Tuve una idea. Necesitaba unas tijeras. Unas tijeras afiladas. No había nadie para decirme que no. El mundo no se derrumbaría si yo hacía esto. Nadie iba a preocuparse. Froté la toalla sobre el enorme espejo antiguo, así podría verme. Mi pelo golpeaba la curva de mi espalda, justo encima de mi coxis. Me vestí con una vieja camisa y unos vaqueros.

Me deshice de mi pijama en mi cama y rebusqué en los cajones del escritorio. Encontré un juego de llaves maestras. La mayor parte eran de las puertas de los largos pasillos de la casa, que estaban cerradas. La tentación era irresistible. Mi misión de las tijeras motivó mi curiosidad por dar lo mejor de mí. Me sentí como un pirata en busca de un tesoro. Detrás de una de estas puertas estaba la herramienta que necesitaba. Vagué por el pasillo probando las llaves en las cerraduras hasta que una funcionó.

La puerta crujió al abrirse, una nube de aire frío y húmedo me golpeó en la cara y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Las telarañas colgaban como guirnaldas en el techo y una gruesa capa de polvo hizo que mi nariz se moviera. Probé el interruptor de la luz. Una lámpara emitió un brillo suave, un hecho aún más sombrío debido a la densa capa de polvo en la sombra.

Capté un olor a tabaco de pipa. Pesadas sillas masculinas rodeaban la chimenea y caballetes cubiertos con lienzos de paisajes a medio terminar, daban a las ventanas. Pero la Joya de la Corona de la habitación era un enorme y complejo escritorio. La parte superior estaba vacía pero cuando abrí los cajones encontré pedazos de tesoros. Viejas fotografías de un joven en uniforme. Una postal con un hospital en la parte frontal y una nota en escritura parecida a una araña, en la parte de atrás.

*Estaré aquí al menos seis meses más -es terrible y agotador.
Te quiero mucho, M.*

Una rosa seca se desmenuzó cuando la cogí. Las plumas y los botes de tinta se ocultaban detrás de puertas talladas con perillas hechas de ónix y marfil. Fajos de cartas flanqueaban la mesa. La mayoría eran amarillentas y frágiles por la edad, atados con gruesas cintas, pero otros eran claramente mas recientes. Cogí el montón de arriba, los sobres estaban más blancos y lisos. Todos estaban dirigidos a la enfermera M. Laine Fulbright. Eché un vistazo a la puerta y me senté en una silla, haciendo caso omiso a la nube de polvo que me envolvió. Desaté la cinta y abrí la primera carta.

Querida amiga:

Nuestro querido profeta se hace más fuerte cada día. Sin embargo esos agotados huesos están desapareciendo y será llamado a casa pronto. Le he dado clases de caza y rastreo, lo hace bien para ser un joven de once años, gracias a Dios. Lo pondré en un avión cuando sepa que he terminado y te lo haré saber para que lo recojas. No se lo confiaría a nadie salvo a ti. Será un buen hombre del que estaremos orgullosas. Su madre lo hubiera adorado. Tiene sus ojos y su lealtad. Él ha memorizado tu dirección para que pueda encontrarte por su cuenta si debe hacerlo. El futuro no es claro y eso me frustra. No puedo ver visiones como antes solía hacerlo. Pero yo sé que él te necesita y tú a él. Yo confío en eso.

Tu amigo, Tyee.

Agarré la siguiente carta. Estaban separadas por unos tres meses de diferencia. Hojeé rápidamente otros montones. Ninguna era más reciente que ese fajo de hace siete años. Exploré todas ellas –el profeta Tyee escribió sobre alguien que tenía que ser Tens.

Amiga,

He visto seres -no en una visión-, sino que siguieron mis pasos durante la semana pasada. Temo que ellos hayan venido por Tens. Siento que su destino está ligado al de tu sobrina nieta, he pedido a un amigo policía vaya a verlo esta semana. Debo tratar de alejarlos de él. Rezo para que él te encuentre -el tejido de mi vida se está deshaciendo.

Tyee.

Era como si Tyee se hubiera parado antes de terminar la historia. Su caligrafía era descuidada y apresurada, como si él hubiera estado escribiendo bajo una gran coacción. ¿Qué sabe Tens? ¿Cómo es que estamos unidos?

Encontré cartas de mi madre, haciendo la crónica de los acontecimientos de mi vida y preguntando a la tía acerca de lo que decirme. Me pregunté si ella había seguido los consejos de la tía, ya que yo no sabía nada de Fenestras antes de venir aquí. Había postales de todo el mundo, firmadas por gente de la que nunca había oído hablar. Abrí el cajón y encontré unas tijeras perfectas que servían para cortar cartulina. Y también servirían para cortar mi pelo. Agarré el montón de cartas de Tyee, de mamá y las tijeras. No cerré la puerta detrás de mí, ciertamente nadie se daría cuenta.

De regreso a mi habitación, extendí periódicos viejos en el suelo y coloqué espejos para poder ver la parte de atrás de mi cabeza. Inhalé profundamente y comencé a cortar.

Capítulo 16

Mi cabeza se sintió instantáneamente ligera, con cada mechón de cabello que caía al suelo. Estuve de pie y me sentí vieja. Mi nuevo corte de cabello rozó y ahuecó mi barbilla e hizo que mis ojos parecieran más grandes. Lo emparejé lo mejor que pude mientras opinaba que no tenía ningún talento cortar el pelo, pero funcionó.

Me sonreí a mí misma.

— Soy guapa— La certeza hizo que mis ojos brillaran. Nunca había dejado de llevar la muerte a mí alrededor, demasiado como para considerar mi propio atractivo. Pero los círculos bajo mis ojos eran ahora más bien de color malva que su habitual ciruelo oscuro, y un ligero rosado teñía en mis mejillas donde antes solo hubo color gris o verde. Incluso para mi mayor crítica, no parecía como atormentada. Quería mostrarle a Tens y a la Tía. Salí de mi habitación y bajé las escaleras, apresurada hasta que me detuve, preocupada de que ellos no apreciaran el cambio, en cambio decidí jugar a estar calmada hasta que alguno de ellos lo notara. Perseguí el olor a ajo y cebollas dentro de la cocina. Glenn Miller encendido en una vieja cinta. Tens de espaldas hacia mí, su pie inquieto mientras revolvía. Me detuve, vacilando, me sentí como una intrusa. Mi nueva recién descubierta confianza y alegría se dispersaba como el humo. Este es el verdadero mundo y yo soy una forastera.

— ¿Puedo ayudar? — le pregunté a la espalda de Tens.

Él no se percató. — Tendremos lasaña. ¿Te gusta la comida italiana?

Cabeceé. — Me gusta probar cosas nuevas

— ¿Por qué no untas el pan? — Sin mirar Tens empujó un pedazo de pan grueso y redondo a través de la mesada.

—Ok— me rendí y me deslicé en una silla. Él no lo iba a notar por ahora.

El silencio se sentía como un pie en la fresca nieve. Miré los músculos bajo el suéter de lana delgado de Tens. Sus hombros eran amplios, y directos como un escudo. Me gustó el modo con que alejó su pelo de sus ojos con un encogimiento y una inclinación. Necesita un corte de pelo, porque siguió entrando en su camino. Me acordé el enredar mis dedos en su pelo cuando él me llevó arriba. Se sintió tan brillante y sedoso como lucía.

Yo luchaba con la quietud, las palabras atravesadas en el fondo de mi garganta. — ¿Entonces? — terminé de untar el pan y lo puse en un envase. Estuve de pie y caminé hacia Tens, que había terminado de llenar un tazón de ricotta, albahaca, y mozzarella.

— ¿Ahora qué? — Me moví furtivamente más cerca. Él olía a sabia de pino y a jabón.

El dio un paso lejos, no supe si el rechazo fue intencionado.

— Agrega la salsa, fideos, y el queso. Salsa del cucharón de la cazuela para comenzar. — Todo dicho sin una mirada hacia mí. Nada. Recogí el cucharón y lo bañé en el pote como fui instruida.

— ¿De dónde eres?

—De los alrededores — Tens extendió la salsa con el final de un fideo, luego acomodó a más fideos sobre la cima. Aún sin mirarme. Decidí impresionarlo para al menos el reconocimiento de mi presencia.

— ¿Eres el amor infantil de la tía?

Si hubiera estado bebiendo, el líquido saldría de su nariz, él parpadeó y me mostró una mirada dura. — Estás bromeando, ¿verdad?

—No lo sé, tú estas aquí, ella está aquí. Es como si hubieras estado aquí siempre y pertenecieras aquí— No le dije que encajaba mucho mejor que yo.

— ¿Estás seguro de que no eres un Fenestra?

— ¿Qué demonios le hiciste a tu cabello? — Soltó.

El dolor me golpeó, pero levanté mi barbilla. —Me gusta— Derramé la mezcla de queso sobre la cima de los fideos y la salsa.

Tens casi me empujó del camino. — Uh-Uh. ¿Por qué?

— ¿Qué?

— ¿Por qué cortaste tu cabello?

—Porque quise. ¿Eres un Fenestra?

—No me gusta. — El dio vuelta lejos.

—No lo hice por ti— Por dios, pero deseaba que le gustara. Gruñí mostrando mis dientes y mordedura. — Entonces, ¿quién eres?

—Nadie

—Si claro, y yo soy Ophra.

— ¿Quién? — Tens puso la lasaña en el horno y el cronometro.

— ¿Vas a contestarme mi pregunta?

— No— y empezó a caminar lejos.

— ¿Eso es todo? ¿Un 'Alrededores' y un 'No'? — Quise sellar mis pies como un niño. Me hizo retroceder. Y que parezca una mujer adulta, ambos al mismo tiempo. ¿Cómo era posible?

—Eso es todo

—Tienes que contar. Tienes que decirme más que eso

—No. No tengo que...

—Estas de un mal humor

El gruñó. No desacreditándose pero tampoco disculpándose.

De todas maneras.

— ¿Quien quiere pizza para cenar? — Tía entró en la cocina completamente inadvertida de la situación. Ella miró hacia los dos y se detuvo.

— Oh discúlpenme. ¿Qué está pasando?

— No supe que decir.

Tens agarró y se limpió las manos con una toalla. Pero no dijo nada.

La tía cruzó los brazos y mantuvo su razón. Ella trató de mantenernos tranquilos

— ¿Qué es? Tens puedo ver el palo encima de su arce desde aquí. Estoy muriendo, ¿recuerdas? La gente que se está muriendo no tiene tiempo para el mal humor.

Palidecí. ¿Cómo puede ella ser tan despreocupada sobre ello?

—Chiquilla. ¿Qué le pasó a tu pelo? — Ella bromeó de ello con sus manos. — Me gusta. — Tens gruñó.

Tens la ves.

Levanté mi ceja a él.

—Oh. Ya veo. — Sus ojos estaban arrugados en las esquinas. Tens lo captó,

— ¿Qué es lo que pasa? Siéntate. Siéntate. —Subí los pies a la mesa.

—No era mi intención decir eso. — Extendió la mano como si fuera a tocar mi mano, pero se contuvo. —Lo siento.

No estaba segura de si se disculpaba por sus comentarios, o por casi tocarme.

—Gracias.

— ¿Y? — Tía le preguntó.

— ¿Cómo voy a hacer esto? Por mí mismo— Tens le preguntó.

— ¿Ser un protector, quieres decir? — Ella parecía saber exactamente de lo que estaba hablando. Se volvió hacia mí. —¿Ya te contó esa parte?

Tens sacudió la cabeza.

—Creo que no. — Lo vi frotar la mesa.

— ¿Lo hago? —Tía le preguntó

Él asintió con la cabeza.

—Los creadores vigilan a los fenestras con ángeles guerreros, de la Sangre, de la que ya hemos hablado un poco. Los creadores tienen humanos que están deseosos de ayudar por su fe o por una brújula moral interior. A veces las personas ni siquiera saben que están actuando en nombre de los Creadores. Y los creadores dan a la mayoría de los fenestras un Protector. A veces, estos son los ángeles, pero sobre todo son humanos, concedidos de regalos extra de valentía, inteligencia, valor, compasión. Pueden sentir la presencia de sus Fenestras, pueden conocer sus emociones empáticamente.

— ¿Está bien? — Le pregunté, deseando que continuara. Me di cuenta de un enrojecimiento en el cuello de Tens

—En términos de la metáfora de la ventana que hemos estado usando, ellos son las paredes que sostienen la ventana, la estructura que ayuda a la ventana a hacer su trabajo.

—Oh, Dios mío, eres Protector de la Tía, ¿no? — Me quedé sin aliento. Los celos, por irracional que fuera, cantaban en mi sangre.

— ¿La suya? — Tens rompió la mirada de la mía.

—No, hija, él es tuyo. — Tía me acarició la mano

— ¿El, mío? — Tragué, estupefacta

Tens asintió.

—Tú puedes leer mi mente, ¿no?

La tía se rió. —No, no puede. Puede detectar tu estado de ánimo, tus sentimientos, pero él no siempre comprende lo que estás detectando. Eso requiere práctica. Y tiempo.

— ¿Quién es tuyo, entonces? — Mi mente no podía procesar esto. Su rostro cambió. —Charles estaba tan cerca de un protector cuando llegué. Yo nunca había tenido uno destinado a mí. Ellos son aún más raros que los fenestras en estos días. Aún más raro son los que tienen el poder para luchar contra la oscuridad por sí mismos.

—Oh

—Estoy hambrienta de pepperoni. Tens, cariño ¿la lasaña puede ser congelada?

—Claro— murmuró.

—Voy a buscar mi abrigo. Dame un minuto. —La tía llevó los dedos por mi pelo de nuevo. —Tan bonita. — Ella sonrió y salió de la habitación.

—Probablemente querías a alguien mejor, ¿no? ¿Alguien más digna? — Le pregunté a Tens. Estaba segura de que estaba molesto porque él esperaba un superhéroe real aparecer en mi lugar.

—No. ¡No! —Me agarró la mano. — Estabas tan triste. Y solitaria. Y estabas asustada. Y yo no podía hacer nada. Yo no podía ayudar. Pensé que cuando hubieras llegado hasta aquí, sería mejor. Y ahora estás aquí y sigues

— ¿Triste y sola y asustada? — Pregunté con el ceño fruncido

—Yo realmente no sé cómo hacer esto, estas cambiando y no puedo seguir.

—Yo tampoco puedo, supongo, que lo resolveremos juntos.

— ¡Estoy lista! —La tía dijo desde la puerta principal.

Él sonrió. —Lo siento, por todo. Tu pelo es bonito.

—No te disculpes. Estamos bien. — Apreté sus dedos y luego los deje caer. — Vamos a empezar de nuevo. — Extendí mi mano. —Es muy lindo conocerte Tenskatawa Valdés. Soy Meridian Sozu.

— ¿Cómo sabes eso?

— ¿Saber qué?

—Mi nombre completo.

Incliné mi barbilla y trate de actuar como si tuviera todo el derecho de husmear. —Encontré un montón de cartas viejas.

— ¿Cartas?

—De tu abuelo a la tía.

— ¿Dónde? ¿Dónde estas espiando?

—En una habitación de arriba. Yo estaba buscando unas tijeras. Te daré las cartas cuando lleguemos a casa, ¿vale?

Pero ya era demasiado tarde. Las nubes estaban de vuelta en sus ojos, y esta vez yo las había puesto allí.

Capítulo 17

Es lo que nos enseñan. Es lo que sabemos. Es nuestro más profundo secreto, para saber la verdad literalmente se necesita una muerte. La muerte del buscador, no la nuestra. Nunca la nuestra, hasta el final. Así que nunca lo decimos. Cuando nuestros seres queridos empiezan a marchitarse, y son capaces de vernos por primera vez, bueno, para entonces es demasiado tarde para explicarlo. Así que nos iluminamos y vamos hacia la puerta, el camino entre esta vida y el más allá.
Jocelyn Wynn, b. 1770-d. 1876

No había prestado atención al pueblo a mi llegada. Pero ahora, mientras las tierras de los ranchos y desiertos daban paso a las fabricas y granjas abandonadas, vi los restos de lo que una vez fue un vibrante lugar.

— ¿Qué pasó aquí? — pregunté.

La tía suspiró. — Me duele verlo, es horrible, absolutamente horrible

Tens habló. — Los trabajadores se fueron, las fábricas cerraron, la mina también. La industria decayó en unos años y la gente se fue.

La antigua arquitectura del viejo oeste se rozaba con el ladrillo desgastado por los estruendos. El edificio más nuevo lucía como una cinta cortada durante los años setenta. La pintura estaba repelida en las esquinas y las señales colgaban en ángulos desperfectos. Los hoyos cubrían el camino con una frecuencia que parecía ser la norma.

Cuando nos acercamos al pueblo, las carteleras con la sonriente cara del Reverendo Pérímo aparecieron a ambos lados de la carretera, después de la sexta aparición de su cara de Hollywood que nos invitaba a conocer al Omnipotente los domingos, me pregunte muy fuerte.

— ¿Es real?

— Hay algo acerca de él — me respondió Tía.

— Él me asusta

— ¿Cómo? — La tía se giró en su asiento y me miró fijamente.

— Él me recitó versos de la Biblia cuando encontramos a Celia. Luego, se puso amistoso cuando Tens vino.

— No me gusta — gruñó Tens.

— El supo mi nombre antes de que se lo dijera

— Esa podría ser la pequeña América en el trabajo — La tía no sonó tan convencida cuando lo dijo.

— Pero, ¿quién sabía que yo estaba aquí?

—No lo sé

—Sin embargo, esta haciendo cosas buenas por este pueblo— admitió Tía como si le doliera.

Gradualmente, las casas pintadas recientemente e iluminadas por luces de Navidad, excedieron el número de casa vacías, cada césped tenía una escena del nacimiento o una cruz encendida. No vi ningún símbolo de Hanukkah o Kwanzaa. No había decoraciones de Santa Claus tampoco.

— ¿Dónde está Santa?

— ¿El consejo del pueblo voto para poner a Cristo de nuevo en la Navidad

— ¿Sin Santa?

—No, el Reverendo Pérmo también se inmiscuye en la política, — Tens escupió las palabras como si fueran agrias.

Alrededor de nosotros las nuevas construcciones y remodelaciones eran evidentes. La pintura estaba tan fresca que parecía estar húmeda. Una tienda, una librería cristiana, un salón. Todo centellaba. Falsos adornos y guirnalda adornaban las fachadas, con los tres Reyes Magos y la estrella de Oriente.

Gigantesco complejo catedralicio brillaba bajo los enormes reflectores como un estadio de deportes profesional. Una cruz reflejaba la luz como si tuviera millones de diamantes empuñados.

—Wow— no estaba segura de si era una iglesia o un Casino de las Vegas.

— ¿No hay mucho para decir, huh? — Tens me sonrió por encima de su hombro.

— Al menos empleo gente del pueblo para reconstruirla— dijo la tía como si estuviese buscando algo bueno para decir.

Tens aparcó en frente de un pequeño local de Pizza.

—Es lindo— dije.

—La mejor Pizza del pueblo

Tens sólo me miró y habló con voz seca. Los olores a ajo y levadura de pan eran reconfortantes. En casa teníamos Pizza solo una vez por semana.

Cuando entramos al salón, las campanillas tintinearón, anunciándonos. Un hombre pequeño con una barba bien llena camino hacia nosotros con una enorme sonrisa. — Ah, Sra. Fullbright, que bueno verla de nuevo, llegó en buen momento—puso el menú abajo y se retiró a la caja.

— ¿Por qué? — pregunté cuando nos sentamos cerca de la parte trasera del restaurante. Tens puso su silla a mi lado.

—Hay prisa cuando el estudio de la Biblia toma el lugar por al menos una hora— Contestó Tens.

—Oh

—Todas las noches

— ¿Hay estudio de la Biblia todas las noches?

—Diferentes grupos, diferentes actividades, pero la iglesia se ha convertido en el centro del pueblo.

— ¿Lo usual? — preguntó el hombre cuando estuvo de vuelta con tres vasos de agua.

—Me conoce tan bien, Sr. Lombardo— dijo la tía riendo — déjeme presentarle a mi sobrina. Meridian. Nos visita desde Portland.

—Para las festividades, que chica tan adorable. Vamos a extrañarla, Sra. Fullbright

— ¿Por qué? — pregunté, cuestionándome si el también sabía que estaba muriendo.

El Sr. Lombardo dejó caer sus ojos como avergonzado. — Nos mudamos. A principio de año

—No diga eso, por favor— La tía tomó sus manos.

El meneó su cabeza. — Es un pasado incómodo. Somos demasiado viejos para lidiar con esto. Lo mejor es irnos

—Como los Mitchell, los Vanderbilt, los Johnson, y ¿los Smith? — preguntó con tristeza la tía.

—Vendimos el local, así que de todos modos habrá Pizza— el Sr. Lombardo trató de sonreír pero se vio más como una mueca.

—No será lo mismo, no del todo—La tía se limpió una lágrima.

Cuando el Sr. Lombardo se fue, busqué dentro de mi bolso y le extendí un Kleenex a mi tía. Después de uno o dos minutos, Tens se apoyó en mí.

— Todos han vendido o se han ido

— ¿Quiénes?

—Todos los que no están de acuerdo con Périmo y sus creencias. Nadie está exento. Incluso, ellos han elegido al consejo del pueblo, y al Sheriff, todos los que juraron levantar el amor de Dios sobre el hombre. Los hombres pueden

‘disciplinar’ a sus esposas e hijos; las escuelas locales enseñan sobre la creación y la oración, los impuestos van a la iglesia en vez de ir al gobierno — ¿Eso es legal, o no? — no podía imaginármelo.

—Legal o no, lo han hecho. La gente se está mudando por la iglesia, y Périmo es tan carismático que puede hacer el sonido de la persecución lógico y racional. Los viejos habitantes se están muriendo y se están yendo.

—Pero, ¿por qué no pelean?

—Pequeña, los seres humanos siempre toman el camino más fácil. Son muy pocos, los que quieren hacer algo— dijo la tía con severidad.

El Sr. Lombardo trajo nuestra pizza, pero me encontré con que mi apetito había desaparecido. — Sra. Fullbright, antes de que ellos vengan, debo advertirle algo, hay muchos rumores, cuchicheos acerca de usted

—Dígame

—Las muertes, Sra. Fullbright, los bebés. Ellos dicen que es por usted. Están enojados. El reverendo dice que la epifanía es un tiempo de nuevos comienzos y que los cambios drásticos tienen que ser hechos para darle la bienvenida a Dios en el nuevo año. Sacrificios.

—Estaré bien, Sr. Lombardo

—Hay serias amenazas, escalofrantes. Temo por usted. Yo no escucho nada, pero es suficiente, suficiente para preocuparme.

—Gracias, pero estaré bien.

El giro hacia mí. — Cuida de ella, ¿sí?

Las campanillas sobre la puerta tintinearón y varias familias empezaron a entrar, venían sonrosados e iluminados por sonrisas y alegría. El Sr. Lombardo se movió rápidamente lejos de nuestra mesa.

Yo no sabía que decir. Podía sentir la tensión de Tens. Él estaba listo para saltar, y eso me ponía nerviosa.

— ¿Deberíamos tomar esto e irnos? Pregunté cuando ninguno de nosotros se movió para coger su porción.

—Sí, es una buena idea— respondió la tía.

Caminé hasta la caja registradora para conseguir una caja y pagar. Mientras Tens se quedó con la Tía en nuestra mesa. Escuché los cuchicheos a mí alrededor cuando caminé a través del restaurante.

—Ella es la bruja de...

— ¿También es bruja?

—Mató a esos bebés...

—Dejó que las madres murieran...

—No los dejó ser bendecidos...

—Quemó...

Me volteé para encontrarme con sus miradas. Los chismosos se dieron la vuelta en rechazo, mientras apartaban sus ojos como si no hubiesen estado observándome. Me quedé de pie por un momento, ellos continuaron hablando, ignorándome por completo.

La tía mantuvo su cabeza en alto cuando nos fuimos. —Rebecca, que bueno verte, Evan, Emily, su hija Eva esta tan grande, es una hermosa bebé.

Como grupo, estaban inquietos y mascullaron sin mirarnos fijamente o devolver los saludos de Tía.

—Andrew, te has convertido en un hombre tan guapo, trabajar en el rancho te sienta bien— ella siguió intentando, mientras la gente nos ignoraba como si fuésemos invisibles.

—Ayudé a nacer a la mitad de ellos, la otra mitad se ha mudado de aquí por la iglesia— dijo ella cuando caminamos hacia el Land Rover.

Dos de nuestros neumáticos habían sido acuchillados. Tens camino alrededor, estudiando las sombras.

La tía se sentó en el asiento del pasajero. Lucía cansada y encogida, como si caminar mas allá de esas personas la hubiera envejecido de algún modo. — Se han ido, querido, ¿Piensas..?

—Compré cuatro pares cuando salí. Estaban bien— Tens se encogió de hombros.

—Puedo ayudar— dije, insegura de su respuesta.

—Gracias— me ofreció una linterna.

Dejé a la tía en el auto mientras Tens sacaba el gato. — ¿Qué fue todo eso?

—La tía fue la partera del pueblo por décadas. Antes que hubiera un doctor por aquí, antes de que el hospital que queda a dos horas fuera construido. Ella lo manejaba todo. Y todos querían su ayuda. Hace aproximadamente seis meses, los jefes de la iglesia se reunieron y decidieron que todas las mujeres embarazadas debían confinarse durante los últimos tres meses de su embarazo. Ellos lo tomaron en términos de maternidad extendida para

permitirles a las familias prepararse para la llegada del bebé. Prohibieron la partería no asociada con la iglesia.

—Raro— sostuve la linterna mientras Tens movía expertamente la llave y sacaba con un poco de esfuerzo la rueda pinchada.

—Después decidieron que las mujeres necesitaban ser bendecidas para el parto. Había un montón de reglas empezando a crearse. Sólo pan y jugo, comidas comunitarias, para las últimas dos semanas, nada de aire acondicionado, el cuarto debía estar a la temperatura corporal, ninguna medicación porque las mujeres habían sido creadas para soportar el dolor del parto...

— ¿Son hombres los que hacen esta lista? — resoplé.

—Si, pero de todas formas, la tía era todo y fue sacada del proceso

—Pero, esto es América, es el siglo veintiuno, esto no tiene ningún sentido

—Sé que suena loco, pero es como si todas las personas de la iglesia estuvieran magnetizadas. Y a los seguidores de Pérímo les enseñan como hacer sus ideas creíbles. Una pequeña cosa se convierte en varias cosas gigantescas. El puede hacer que las personas se sientan especiales, incluso de una forma que jamás vi. Tiene un gran poder sobre las personas.

— ¿Por qué piensan que la tía asesinó a los bebés?

—Había siete mujeres que estaban embarazadas con una diferencia de sólo semanas, y fueron el primer grupo al que le aplicaron las nuevas reglas. Rose Cannady fue la primera en empezar su trabajo de parto. Estaba muy débil por haber comido solo pan, y el trabajo se hizo largo. Empezó desmayándose y luego su marido llamó a la Tía, angustiado. Cuando ella y yo llegamos allí, Rose y el bebé estaban muertos. Te digo, su habitación parecía como salida de un libro de historia. Pérímo llegó pisándonos los talones y culpo las muertes por la falta de fe de Rose. El dijo que la Tía no era una creyente, y que quizás ella estaba trabajando en contra de la fe.

— ¡Por dios!

—La misma situación sucedió de diferentes formas durante el mes de octubre: un bebé prematuro logró vivir sólo por unas pocas horas, uno de los niños nació severamente desnutrido, y una de las madres rompió su placenta. Cada vez las familias esperaron sólo hasta el último momento para pedir ayuda. Pronto empezaron a culpar a la tía y a llamarla bruja. ¿Todas son coincidencias, no lo sé, mala suerte, un mal momento?, pero cuando las

personas están asustadas, es suficiente para que la duda asalté— Tens empujó la última tuerca en su lugar — Nosotros somos buenos Me estremecí. — Salgamos de aquí

El puso una mano en mi brazo. — Ten cuidado, hay algo con esa iglesia. Périmo nunca ha sido santo de mi devoción, pero no hay nada detrás de sus ojos. Este es un pequeño pueblo conservador que se apoya en las ideas de la Biblia, pero él ha empezado algo. Es como un tren sin frenos. Lo busqué en google, pero no pude encontrar nada de su pasado. Encontré los nombres de las iglesias en las que ha servido, pero todas están deshabilitadas o los números telefónicos desconectados, o en correo de voz. Es como si hubiera aparecido de la nada

Capítulo 18

Gritos, el ruido de las cacerolas y sartenes me despertó de un tirón. Me quedé en la cama, tratando de localizar las voces en la casa. La tía gritó algo y Tens contestó en un murmullo. Salí de la cama, dándome cuenta de que me sentía más fuerte que en años. Tal vez nunca. No tenía dolor, ni rigidez.

Oí cristales rotos mientras corría por las escaleras en dirección a la cocina.

— ¿Qué está pasando?

La tía tenía las mejillas enrojecidas. — Esto, está sucio, miento asqueroso. — Tiró el diario de la ciudad sobre la mesa se puso a andar. — Yo sabía que no dejarían las cosas como están, pero esto es demasiado. — Una tos sustancial arruinó su diminuta figura. Serví un vaso de agua para ella mientras que Tens frotó su espalda.

— ¿Quién mintió? — Dije, alcanzando el periódico.

— El Sr. reverendo Google.

— Creo que te refieres a Internet, — Tens agregó, tomando café en una taza que contenía un litro, si no más.

— Sea lo que sea. Seguro como la mierda de murciélago que no estudió la teología para conseguir sus credenciales. — Señaló a Tens como si no le gustara su corrección. No parecía sacudido al verla tan nerviosa.

— ¿Qué te dijo? — Pregunté. Custos puso su acolchada cabeza en mi regazo con un gemido. Acaricié sus orejas, disfrutando de su textura, tan suave. Ella me hizo pensar en Sammy, quien exigía atención y acaricias en cada oportunidad.

—Dio instrucciones a sus doce lacayos de escribir y publicar basura. ¡Lee! ¡Lee esta porquería! Lee en voz alta. Igual. Seguid. — Se espantó hasta que me alcanzó el periódico.

LOS REGALOS DE LOS FORASTEROS SON PECADOS, LA CODICIA, Y LA PEREZA ESCRITA POR EL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN, IGLESIA DE PUREZA FALSIFICADA.

Todos conocemos la historia de la Navidad. Los tres reyes magos que traen regalos al Niño Jesús. Sabemos que María y José buscaban refugio en un pueblo no muy diferente al nuestro, y que el milagro del nacimiento de Cristo fue presenciado por la gente sencilla como nosotros. Pero el mundo está cambiando, y ya no se ve en esta ciudad el puro y clásico Americano que fue por tantos años. Hemos sido invadidos por la labor laxa ética

de los consumidores. No tenemos que decirles a nuestros vecinos, lo mal que ha sentado el cierre a los empleados más mayores de nuestro pueblo, en el Horno de Fabricación de Acero, y el cierre de las minas de carbón, Cristos han afectado a nuestra ciudad. Ustedes han sentido el dolor personal. Los trabajadores, temen de los miembros de esta congregación, han sido avergonzados en la fila del banco de alimentos. Pero, ¿Se han parado a pensar por qué estaban cerradas?

Debido a los márgenes de beneficio; y los números. Los seres humanos no son números, y Dios no perdona a sus hijos que sufren en vano. Y esto es vanidad. Esta semana hemos perdido a un alma preciosa por atrapar ilegalmente animales extraños. Un forastero encontró a nuestra querida, pero no podemos dejar de pensar— si hubiera sido rescatada por un miembro de esta congregación, ¿seguiría con nosotros hoy? ¿Por qué tomó tanto tiempo para rescatar a la niña? ¿Quién la obligó a vagar hasta el campo?

Los lobos han comenzado a atacar el ganado ante la insistencia de Dios. Una plaga de peste otros rebaños para que se inclinen ante él. Para aquellos que son justos, que son ricos. Dios desprecia al pecador. Se degrada a los avaros, latigazos del lujo vendido de puerta en puerta por el Diablo a nuestro alrededor. Juntos, hermanos y hermanas. Se postrarán ante el Señor, que Él pueda herir al pecador y guardar a los puros. Expulsar al enemigo de Dios, purificaros a ustedes y sus hijos. Nuestros hijos nacerán sanos en vez de morir antes de abandonar el vientre de su madre. Hay maldad en el trabajo en esta ciudad, y es nuestro deber como soldados cristianos luchar. Luchar con nuestra fe, nuestras palabras y nuestros puños, si se trata de eso. El diablo pelea sucio. Debemos reevaluar los que están asociados. Tenemos que poner en cuarentena al mal y salvaguardar a los puros. Pero si no hacemos nada, si dejamos de lado los mandamientos, si abandonamos el pacto que hicimos con el renacimiento de nuestro espíritu, entonces nos merecemos lo que el buen Dios meta en nosotros. Debemos obligar a salir mal de nosotros, tenemos que conducir al enemigo del Señor fuera de nuestras fronteras, porque sólo así podremos encontrar la vida eterna con el Todopoderoso en el cielo.

Instituimos una lista de rezo que publicaremos en el semanal para ayudar a creyentes a salvar estas almas desesperadas entre nosotros. Los extranjeros, los que no siguen la fe, necesitan de un fuerte estímulo para buscar en sus corazones la verdad del Todopoderoso. Estos vecinos saben que oramos por ellos, por su felicidad eterna, y a los que a su vez lejos tiemblan de la ira sólo que sepan que él puede otorgar a los malvados. Vivimos en revelación por una razón— ha llegado el momento en donde la tierra verá la gloria de Dios y conocerá su sentencia.

Atónita, pregunté— ¿Este es el periódico de hoy? ¿La página principal?

—Si. —La tía tenía pocas palabras.

Levanté las cejas y le di una pequeña sonrisa, tratando de aliviar la tensión en la sala. — Suena como algo de un libro de historia. ¿Es otro 'golpe' contra ti? Ella me dio una mirada que ardía con 106 años de experiencia. — Mira más cerca. Meridian. Lee el otro ahora.

REVALANDO SU ESPIRITUD

LA LECCION DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

ESCRITO POR EL DIOS NUESTRO SEÑOR,

LE RECUERDA EL REVERENDO PERIMO

—...guardaré todos mis estatutos, y todos mis juicios, Y ellos: están en la tierra. Donde me llevará a morar en ella, te vomitaré no fuera. — El señor es claro. Los que son impuros serán echados fuera. Los que no siguen sus juicios y los estatutos, serán destruidos. El diablo hace todo para atraerles, a su cónyuge y a sus hijos. Deben estar siempre vigilantes. Siempre en guardia contra sus malas obras. —El hombre o la mujer que tiene un espíritu familiar, o que es un asistente, sin duda se someterá a la muerte hermanos y hermanas, he recibido noticias de que la Epifanía del Señor viene, y con él vendrá el juicio del Todopoderoso en nuestros corazones. Un gran mal caerá sobre los inocentes en breve, y ustedes sabrán que digo la verdad como el Todopoderoso manda. El diablo tiene a Celia Smithson; ¿También tendrá a los niños de sus familias?

Debemos juntarnos. Ninguno será salvado de la sentencia, todos vamos a estar ante el Todopoderoso y hará una crónica de nuestros pecados. Él cuenta que purificará este lugar en su nombre, ¿o vais a repetir a los que desobedecieron a sus mandamientos y sus leyes? El dijo, — No debes sufrir como una bruja para vivir.-...Como vive el señor, el hombre que ha hecho esto, ciertamente morirá...— ¿Se sorprenderán cuando los reciban en el infierno o vayan a presentarse ante al Todopoderoso en el paraíso? Tenemos que actuar ahora. Debemos trabajar juntos para preparar el camino de la pureza. El seis de enero viene. ¿Estaréis listos? Estaré. Únete a mí.

Amén.

Dejé de sonreír. Era evidente. Yo omitía el cuadro más grande. Se trataba de una editorial con cita de la Biblia en un periódico del pueblo, y eso era claramente un ataque. Nadie iba a prestar atención a sus teorías fantásticas. ¿Correcto? — ¿Cuál es el problema?

La tía se sentó frente a mí y se apoderó de mi muñeca. — Todos ellos dicen que has matado a Celia.

— ¡Qué! — Lo comprobé una vez más, pero las palabras eran borrosas en las páginas.

— No es cierto. — Susurré, apenas capaz de pronunciar las palabras. — Tú dijiste que no lo había hecho.

La tía asintió. — Ya no soy bienvenida en la sala de partos. Carson me pidió conseguir mis comestibles en la siguiente ciudad. Billie no ha tenido una cita libre para arreglar mi pelo en meses.

—Périme se dirigía a ti. — Tens se apartó del mostrador al ritmo que recorría la cocina. Yo estaba trabajando frenéticamente para procesar lo que estaba escuchando, pero yo no podía alcanzar la velocidad.

—Estoy trabajando con el diablo, de acuerdo con este profeta. —La tía me arrebató el papel y lo arrojó por la habitación. Nunca la había visto tan molesta. Sentí que necesitaba tranquilizarla.

— Eso es ridículo. Nadie creerá estas cosas.

Tens soltó una carcajada. — Entonces, ¿qué pasa con todos los neumáticos rajados, las llamadas telefónicas, cadáveres cubiertos de sangre, y las flechas en la puerta?

Levanté las cejas, retándome para objetar los puntos. Me encogí aún más en mí misma, como si me fuera a proteger. — ¿Quieres decir que si los Aternoci están aquí y la iglesia está haciendo cosas malas entonces, tal vez, están trabajando juntos?

La tía lo consideró por un momento. — Se supone que los Nocti son como nosotros — que no causan la muerte, se limitan a mover las almas a los destructores, se les da la oportunidad. Pero yo no lo sé. Nunca he conocido a una Fenestra que hubiera sobrevivido al contacto.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Custos arañaba la puerta de atrás y cabriolaba a distancia sonriendo para que Tens le dejara salir. La tía se levantó y miró por la ventana. El silencio se prolongó. — Vamos a la iglesia. Va a tener que decírmelo a la cara.

Sacudí mi cabeza. — No creo que esa sea una buena idea. — Aquello parecía como burlarse de una cobra; ¿no era mejor alejarse antes de ser mordido?

Tens se unió a mí. — Pienso lo mismo.

La tía agitó las manos como si nuestras opiniones no fueran parte de la discusión. —llegué a los ciento seis y no necesité el permiso de los jóvenes.

Vayan a prepararse y por el amor de Dios vístanse adecuadamente y parezcan temerosos de Dios. — Ella salió bruscamente.

— ¿Parecer temeroso de Dios? — Le pregunte a Tens.

— Probablemente nada de Bob Esponja. — Él respondió con una sonrisa y un saludo a mi pijama antes de tomar una manzana y salir de la cocina

Capítulo 19

Parezco una loca, lo sé. Pero no estoy loca. No puedo demostrarlo, por supuesto. La única manera de saber con seguridad que digo la verdad es por el alma que pasa a través de mí, y para ese momento, no van a conectar a sus amigos y familiares para decirles que no estoy lunática. Tienen otras cosas en qué pensar cuando ven la luz en vez de mí.

Meridian Faine, 13 de abril 1946

Recogí la falda de mi uniforme de la escuela, mortificada al saber que Tens había lavado y presionado cada pliegue. Pensé en el resto ropa que él me había entregado anoche. No me había mirado, no había ni siquiera gruñido cuando le balbucee un agradecimiento después de ver mi ropa interior de color rosa bordada con estrellas en la parte superior de la pila.

Evidentemente, mamá no había recibido la nota que iba a tener que parecer temerosa de Dios para una congregación radical que creía que yo era una especie de demonio-bruja. Mi falda escolar y una antigua blusa de encaje de color crudo que había escudriñado de un armario eran lo más cercano que pude llegar a encontrar de lo que creía podría parecer aceptable. Di vueltas a un par de medias pantys verde oscuro. Mis medias estaban arruinadas en siete maneras distintas, pero "temerosas de Dios", no incluía tener las rodillas desnudas.

Deambulaba por las escaleras apenas quince minutos antes de irnos. Fue bueno que mi mano estuviera fuertemente agarrada en la barandilla, porque apenas reconocí al hombre con traje, de espaldas a mí. ¡OH dios mío!, Tens se veía bien. Usaba un traje a rayas, Gris carbón que se extendía a lo largo de una tela negra brillante. Tal vez los pantalones le quedaban un poco cortos y las mangas un poco largas. Se peleaba con su corbata en el espejo del vestíbulo. Me debió haber visto reflejada en ella, porque se quedó paralizado como un conejo detectando peligro. A punto de huir.

También se había cortado el pelo. Ahora se le veía un poco arrugado detrás de las orejas. Me miraba en el espejo. No pude leer su expresión, fue cerrado, vigilante, tal vez con un poco de miedo.

—Guapo. — Me tragué las otras palabras pegajosas que querían salir de mi boca.

Él gruñó y volvió a destrozarse su corbata.

—Ven aquí, yo puedo hacerlo. — Le tendí la mano. —Tengo que hacer el nudo en mí misma, pero tú puedes ajustártelo luego.

Se detuvo y consideró mi oferta.

—De verdad. Dámela. Mi padre me enseñó. — Ese fue uno de los pocos momentos padre-hija que yo recordaba.

Tens de mala gana, me dio la corbata de seda gris, que olía a cedro. La envolví alrededor de mi cuello, tratando de ignorar el calor que sentía de él; cerré los ojos y visualice los pasos con la esperanza de no hacer un desastre y avergonzarme a mí misma.

Con un tirón final, até el nudo mas recto de toda mi vida. Levanté la corbata por mi cabeza y se la pasé a Tens. Él gruñó otra vez y se lo puso alrededor de su cuello, apretando el nudo, y enderezando los lados. Se alisó el almidonado cuello de la camisa blanca, pero se arrugo un poco en la espalda, donde nace su pelo. Me estiré hacia él y lo alise, note que el vello de mis dedos se erizaba y la quietud de su cuerpo a mi tacto.

—Vamos a dar este espectáculo. — La voz de Aunti se escucho por delante de ella bajando las escaleras.

Dí un salto para separarme de Tens, como si me hubieran pillado haciendo algo terriblemente malo.

—Gracias, — murmuró, y se alejó de mí. Creo que se sonrojó.

Me volví a Aunti, esperando un vestido que fuera tal vez un paso adelante respecto a su clásico e impecable estilo habitual. Mi quijada cayó.

Aunti estaba resplandeciente en un traje con falda de terciopelo púrpura. Ella se podía comparar a sí misma con la reina de Inglaterra, y el conjunto era uno que habría hecho a Elizabeth la victoriana orgullosa. Las capas de enaguas asomaban por debajo de una falda. Una chaqueta encorsetaba su torso pequeño y acentúa el busto, que no me había dado cuenta que ella tenía. Incluso Custos parecía sorprendido.

Aunti suavizaba un par de guantes blancos y me entregó un juego para mí. Se colocó un sombrero azul de marina, completando con un velo azul, puso uno en mi cabeza y la acarició. —Tú también usarás esto.

— ¿sí?

—Sí, tienes que hacerlo. No quiero a los creyentes diciendo que no seguimos sus costumbres.

— ¿Ellos usan guantes y sombreros?

Ella me dio una mirada dura y se envolvió en una gruesa bufanda alrededor del cuello. — ¿Has oído hablar de una religión que predicaba acerca de desnudarse? No respondas a eso. Ellos requieren que nos cubramos. Así que nos cubrimos.

Tuve la sensación de que iba a ser la única persona menor de ochenta años que llevaba un sombrero, velo y guantes, pero este era la actuación de Aunti.

—Lo que sea, — le dije, ignorando rotundamente el espejo cuando pasé junto a él.

Tens se deslizó en un abrigo negro de la piel suave, roto y desgastado por los años.

—Te ves casi tan guapo como mi Charles en eso. — Aunti abrió el armario y señaló una pila de cajas de sombreros en el estante superior. Ella era demasiado baja para llegar a ellos. —El segundo en la parte superior completará tu vestimenta.

Tens se acercó, levantó la caja de sombreros y la bajo. Aunti quitó la tapa y desprendió el papel de seda amarilla. Sacó un sombrero de fieltro color carbón con una banda de seda azul y dijo a Tens. —Ven aquí.

Se inclinó, flexionando las rodillas hasta que Aunti pudo llegar a su cabeza con facilidad. Ajusto el sombrero en un ángulo.

Mi corazón tartamudeó y me olvidé respirar. Tens lucía como uno de esas, estrellas de cine en blanco y negro- un gángster, peligroso, posesivo.

— ¿Te gusta? — Se volvió hacia mí.

No pude decir, yo sólo asentí con la cabeza.

—Elegante, — Aunti proclamó con un aplauso. Ella salió por delante de nosotros al Land Rover. —Vamos a llegar tarde si no nos damos prisa.

Traté de mirar a Tens mientras pasaba e intentar de no tropezar con mis pies. Yo no hice un planeo, pero no me avergoncé a mí misma.

— ¿Quieres cambiar? —me susurró.

Me ahogué de la risa. La visión de él con el tul antiguo de Aunti en la cabeza me envió risitas efervescentes en el estómago. —claro, — le dije sobre mi hombro, cuando cerró el seguro de la puerta principal.

Tens cruzó a la otra esquina. Había un montón de coches estacionados en frente de nosotros. En la distancia, con el trasfondo de la Montaña Sangre de Cristo, estaba la enorme estructura de cemento y cromo a la que había conducido la noche anterior. Era un edificio más adecuado para una población diez veces mayor a lo que la Revelación tenía. — ¿Es una iglesia o un aeropuerto?

—Sí. Siempre pensé que le faltaban los aviones. — Tens murmuró.

—Espera a ver dentro de esta monstruosidad. Aunti dijo, acariciando mi hombro. —Subí una vez para ver lo que era el alboroto.

Doblamos a la derecha y parecía que el mundo se había hecho mas brillante, como si el sol saliera y esta calle fuese la más animada.

—Voy a dejarte y voy a ir al parque. — Tens dijo, dirigiéndose a Aunti.

—Tú no tiene que

—Sí, yo tengo que. — se abrió camino entre los peatones sonrientes y risueños, como que se dirigían a una fiesta y no a la iglesia. Los sombreros de las mujeres, los velos, y los tacones complementaban los trajes de tres piezas y zapatos lustrados de los hombres.

Tens frenó en la zona de descenso y me desabrochó el cinturón de seguridad. —Haz el show, —me dijo, y luego desvió la mirada, como si quisiera decir más, pero no sabía cómo.

— ¡Vamos niña! Vamos a encarar esto con la frente en alto.

Abrí la puerta y agarre en el brazo de Aunti para evitar que ella pisara acumulaciones de nieve y las pilas de hielo a lo largo del bordillo. El pelo de la nuca se erizo.

Tens se encontró con mis ojos, pero no pude leer su expresión. —ya vuelvo.

Yo asentí y puse mi mano enguantada sobre Aunti.

—Vamos a esperar aquí por Tens. — dijo, acariciándome.

Una alegre conversación parecía terminar a nuestro alrededor. Un hombre que no conocía, con ropas resplandecientes de color blanco puro, estaba en la puerta y saludaba a cada persona. Se inclinó hacia otro hombre, que le susurró y nos señaló a nosotros.

— ¿Están hablando de nosotros? — Le pregunté avergonzada, ruborizando mis mejillas.

—Vamos a decir hola. — Aunti me dijo y se acercó.

— ¿Tenemos que hacerlo? — Murmuré.

—Jack, cómo me alegro de verte hoy. Permítame presentarle a mi sobrina, Meridian— se volvió a mi y dijo, dijo, —Jack y su esposa, Nicole, tienen seis hijos hermosos a los que ayudé a nacer. El mayor empieza la universidad el próximo año. ¿Cómo están los niños, Jack?

—Bien. Me alegro de que hayas venido. Merry. Oramos por su alma en la cena cada noche.

¿No es eso tierno? — Aunti le tocó el brazo he hizo caso omiso de su mueca de dolor. — ¿Has encontrado trabajo?

—El reverendo me ayudó a conseguir un puesto en la escuela secundaria. Yo pretendía no ver los susurros y miradas de la gente que se movía alrededor de nosotros, lo que nos daba un amplio margen.

—Si me disculpan, tengo que seguir dando la bienvenida a la gente. —Jack se volvió incluso antes de que terminara la frase.

— ¿Conoces a todas estas personas? — Le pregunté a Aunti.

Ella asintió con la cabeza, sin siquiera mirarme. —Yo solía. Decidieron que conocerme no valía la pena de arriesgarse. O se acercaron aquí para librar a la ciudad de la gente como yo. — dijo, en respuesta a mi pregunta no formulada. — ¡Oh, aquí viene tu chico! —Sonrió mirando a Tens

—Bueno él no es...

—Por supuesto que lo es. —Ella se rió.

Tens se dirigió a nosotros por la larga trinchera, con su sombrero elegante. Casi podía ver una sonrisa en sus ojos. Le ofreció su brazo a Aunti. — ¿Nos vamos?

—Sí, gracias. — Ella lo tomó del brazo y pude ver un destello de la joven que una vez había estado con su Charles.

Empecé a seguirlos y me dí cuenta que mis manos temblaban.

Tens alargó la mano y entrelazo sus dedos a través de los míos. —Estoy aquí, —dijo.

Yo asentí, sin saber por qué el miedo hizo tripas mi estómago. Tuve que cerrar la boca varias veces mientras caminábamos por los pasillos espaciosos. Ellos estaban llenos de vidrieras que presentaban escenas de la Biblia, y la música de un órgano enorme llenaba el espacio con los himnos. Este edificio, y esta gente, me hizo sentir muy pequeña.

Capítulo 20

El de la ventana de bienvenida de afuera no nos hizo caso a pesar de que la tía se dirigió a él directamente. —Me alegro de verte, Devlin. Confío en que tus hijos están sanos? — No nos detuvimos, sino que pasamos delante de él.

Mantuve la mirada hacia adelante, como la tía, que nos llevó por el centro del santuario. Era enorme, brillante, con tubos de órgano y un púlpito claro que flotaban por encima de la congregación. Yo sabía que mi cuello estaría dañado al final del servicio.

Una mosca voló cerca de mi oído un minuto y luego se quedó en silencio al golpear el suelo detrás de mí. Oré, no había personas sentenciadas a muerte en la iglesia con nosotros.

El zumbido de los murmullos y el crujido de las personas cambiando en sus bancos arrastrando detrás de nosotros, se sentía como si toda la ciudad estuviese presente.

—Creo que están esperando que me vaya en llamas. — la tía movió la cabeza en amonestación. —Casi todos los que conozco están aquí, salvo unos pocos.

Se detuvo en un banco medio lleno y gesticuló para que entrara. No quería dejar de sostener la mano de Tens, por lo que no lo hice. Se aferraba a ella como una madre con tres niños pequeños, Me escabullí hasta el otro extremo del banco, luego me trasladé varias filas atrás.

Las canciones familiares de domingo de la escuela crecieron a través de los altavoces camuflados que nos rodeaban. Con cada cambio de canción, la energía y el fervor se levantaban. La congregación cantó, aplaudió y bailó como una sola. El sudor esmaltó nuestras caras, pero el canto continuó.

Un rugido de entre la multitud me hizo darme la vuelta. Formando una V invertida, Pérímo y un grupo de hombres vestidos con túnicas de viaje y guardaespaldas, pasaban por el pasillo central.

La tía se inclinó sobre Tens para decirme, "sus doce casi discípulos".

Los tres últimos, incluido Pérímo, eran unas bellezas inhumanas. Eran la fotografía posterior de los mejores cirujanos plásticos.

El Reverendo Pérímo fue el punto de la V, claramente absorbiendo la energía de su alrededor. Hizo una pausa para saludar a la gente y tocar las manos de unos pocos afortunados en su marcha hacia el altar. Su paso no se detuvo

cuando llegó a nuestro banco, sino que bajó la cabeza a la tía y me dio una sonrisa que era a la vez siniestra y secreta. Yo no sabía si eso era bueno o un reto aceptado, pero yo tenía la sensación de que lo descubriría.

Habló por un micrófono pequeño de color carne cuando la música se detuvo. — Cantaré al Señor Dios de Israel.

Levantó las manos como si fuera la bendición del coro y movió un aparato que utilizaba para apagar el sonido. Todo el mundo quedó en silencio. Agarraba la mano de Tens y me la apretó de vuelta.

El Reverendo Pérímo se enfrentó entonces a la congregación. —En primer lugar, veo caras nuevas en los asientos hoy. Hemos orado, has escuchado la palabra del Todopoderoso en tu vida y te has unido a nosotros en este santo lugar. ¿Puedo conseguir un amen?

El pueblo respondió como uno solo. "Amén".

El Reverendo Pérímo continuó. — Cuando yo toque la trompeta, yo y todos los que están conmigo, tocaremos entonces las trompetas alrededor de cada lado... —Levantó las manos, y sonaron trompetas, como si fuera de todas partes a la vez.

—Amén.

—Amén. El Reverendo Pérímo se acercó al púlpito. Su pandilla se colocó en sillas grandes cubiertas de terciopelo detrás de él.

—Yo no soy elocuente... Y el Señor le dijo: ... Yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que dirás. Me han preguntado por qué utilizar la Biblia como fundamento de mi ministerio. Yo soy sólo un hombre, como tú, humano y falible. Pero la palabra del Señor nos fue dada en la creación. Es un gran regalo. La respuesta a cada pregunta está aquí. —Levantó una enorme Biblia fuera del podio delante de él—Su alma conoce la verdad. Sabes que Moisés hablo solamente con los comandos Todopoderosos. Te he probado esto una y otra vez. ¿Quién te dijo que vieras tu ganado?

— ¡Usted lo hizo! — gritó una mujer.

— ¿Quién os enseñó que los niños errantes son juguetes del diablo?

— ¡Usted lo hizo! — Un hombre levantó el puño.

Su voz era fascinante. Recitaba la Biblia como si fuera dictada desde el cielo. La acústica de la iglesia dio un timbre a su voz de riqueza a las palabras que continuó citando del Antiguo Testamento.

Tens me dio un codazo y examinamos a los otros hombres impecables del acompañamiento de Périmo. —Los seres más altos se quedaron en la ciudad después de llegar aquí.

Uno de los doce, se situó y se dirigió a todo el mundo sentado diciendo a continuación. — Cuidado con él, y obedezcan su voz, no sean rebeldes, porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él —.

Cabeceó con la cabeza y el tranquilo "Amén" en la audiencia me inquietó.

El Reverendo Périmo pisó fuerte. —Y el que blasfeme el nombre del Señor, seguramente se someterá a la muerte... — Estas son palabras fuertes, hermanos y hermanas, pero el Todopoderoso no peca en su significado. Hay un esfuerzo supremo que se enciende por tu alma. Debes asegurarte que tu familia, tus amigos y tus vecinos estén ayudando a seguir nuestro camino. Mejor que uno muera y vaya al infierno que todos nosotros. ¿Amén?

— ¡Amén! — la congregación gritó. Unas pocas personas se pusieron de pie y aplaudieron. La tía cambió su posición y murmuró para sí misma.

— Si vosotros andáis en mis estatutos, y guardáis mis mandamientos, y los cumplís, entonces os daré la lluvia a su debido tiempo, y la tierra dará su fruto.

... — ¿Dónde está Branson McAfee?

Un hombre se levantó. —Aquí.

—Branson, ¿Cómo fue su coseche de maíz en esta temporada?

—Hasta el doscientos por ciento desde el año pasado.

— ¿Que está diferente?

— Me salvé la última Navidad.

— Y el Todopoderoso te premió en abundancia.

— Sí, señor, lo hizo. Y mi espalda no me duele nada.

— ¡Y una cura! Alabanzas, ¡Amén!

— ¡Amén!

— Y si caminas al contrario que yo, y no me oyes, yo traeré siete veces más plagas por cada uno según sus pecados. Enviaré también las bestias salvajes entre vosotros, que os arrebatarán a vuestros hijos, y destruirán vuestro ganado. ... —El Señor lo sabe. — Périmo hizo señas a otro hombre de su pandilla.

El hombre se levantó. — Esta semana la pequeña Celia fue arrancada de nosotros y hubo dos abortos involuntarios. Antes de que nos salvaran, ¿Cómo se veía la ciudad de muerta cada día? La carretera estaba vacía, nadie se

detenía, nadie se movía aquí. Pero ahora, cuatro familias se mudaron en las últimas semanas, los Stones, Rogers, Greggs, y Patterson se pongan de pie.

Cuatro familias jóvenes se pusieron de pie y aplaudieron.

El Reverendo Pérmo dijo luego: — Y cuando la gente se quejó a Jehová, y el Señor lo oyó, su ira se encendió, y el fuego del Señor se encendió en ellos, y los consumió. ... — No sé si lo han escuchado hablar o no, pero la casa de los Lombardo se incendió ayer por la noche. Se escaparon, pero debemos orar por sus almas, que escuchen esta advertencia del Señor.

La tía jadeo.

—Hay gente que le dirá a Dios que no provoque incendios. El no aumentará los cultivos de los creyentes. Eso no le importa, quiénes son nuestros amigos o cómo tratamos a los no creyentes. — Pérmo sacudió la cabeza. — La Biblia nos dice de manera diferente: Y tú le tirarás piedras hasta que muera, porque él ha tratado de empujarte lejos del Señor, tu Dios. ... —Nunca quitaba los ojos de nosotros. Ni una sola vez. Yo estaba segura de que ni siquiera parpadeó.

—Una mujer en la audiencia se puso de pie y gritó: —Me arrepiento, me arrepiento. Sálvame, oh Señor, sálvame.

Tens murmuró: —La señora Devlin. Me pregunto cuántas veces tuvo que ensayar esa línea.

El Reverendo Pérmo levantó una mano para pedir silencio y la gente se callo. — Pero sois vosotros los que se unirán al Señor, tu Dios está vivo en cada uno de vosotros en este día.

—Ahora, los que quieran una bendición especial pueden colocarse delante de mí. ¿Quién necesita un toque del Señor? ¿Quién más se arrepiente? ¿Quién cree en el Señor nuestro Todopoderoso? — La banda comenzó a tocar un himno cristiano contemporáneo y Pérmo dijo, — ¿Quién está en el lado del Señor? Que venga a mí. —Filas de personas se pusieron de pie y fueron conducidas al archivo más allá del frente de la iglesia. Pérmo hizo la señal de la cruz y asintió. El órgano sonó y el coro cantó abajo de las vigas.

—Levántate. — La tía instruyo a Tens, pero cuando las mujeres llegaron a nuestra fila, nos dejaron. La multitud no se detuvo a permitir que nos uniéramos a la procesión.

La tía saludó a Pérmo. —Disculpe.

No tenía idea de que su voz podría llegar de manera clara o en voz alta. Oré para que no me desmayara de la vergüenza.

Las mujeres miraron hacia el púlpito para la enseñanza. El Reverendo Pérímo se acercó a nosotros a través de los rezagados de la despedida.

—Queremos una bendición. — La tía dijo y Pérímo se acercó, sobresaliendo por encima de nosotros.

—Las bendiciones son para los creyentes. ¿Usted cree en el Todopoderoso? ¿En su propósito para la vida? ¿En sus juicios y los mandamientos? — Se inclinó hacia abajo hasta que estuvo cara a cara con la tía, no parpadeaba ni una vez. La punta de su barbilla bien alta, y si su columna vertebral pudiera haberse enderezado por completo, ella se habría mantenido en toda su estatura y algo más. —Creo en el Creador— dijo con una voz rica, seguro de que no admitía réplica. —Le dio una media sonrisa, media sonrisa e inclinó la cabeza hacia un lado como si reflexionara sobre una impugnación de un niño malcriado.

— ¿Te arrepientes de tus malos caminos y exorcizar el demonio que habita tu alma? — Se inclinó sobre ella, su tono calmante.

—Soy hija del Creador. No estoy mal. Nunca he estado mal. Soy una hija de la luz. —Su voz se suavizó aún más, como si estuviera hablando con un niño pequeño y estúpido.

—El diablo tiene una fuerte incidencia en tu corazón, ¿no?

—El diablo no está en mi corazón, Sr. Pérímo. He vivido aquí la mayor parte de mi vida y conozco a la mayoría de estas personas. Le dirán que no he hecho nada malo. —Sabía incluso como la tía dijo, no encontraría a nadie aquí que estuviera junto a nosotros.

—A menos que se arrepientan, el Todopoderoso no puede trabajar con vosotros. No puedo hacer nada por vosotros. Puede tener la señal de la cruz hecha por ti, pero no será de la organización del poderoso hasta que se quite el demonio de tu alma. — Habló claramente por el micrófono de nuevo. — Porque en este día se hará expiación por vosotros, que lo limpie, para que podáis estar limpios de todos vuestros pecados delante del Señor.

—Estoy limpia. Y tú eres el diablo, ¿no? — La tía le susurró, pero el micrófono lo capturo. —La congregación se quedó sin aliento al unísono, y Tens se movió como para proteger a la tía.

—Voy a acompañarlos a fuera— Jack apareció en el codo de Périmo.

—No se quedan. Tal vez podamos trabajar en sus almas y salvarlas todavía. Antes de que nos dejen para siempre. — Périmo regresó al púlpito y continuó el servicio como si nada hubiera ocurrido. —Y vosotros, dijo: He aquí, el Señor nuestro Dios nos mostrara su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz en medio del fuego. ... Ve cerca, y escucha todo lo que el Señor nuestro Dios diga... y hazlo. —Sus doce secuaces se levantaron como un solo y dijo: "Amen al Señor." La congregación repitió las palabras mientras las trompetas sonaban en el fondo. Las miradas de soslayo estaban dirigidas a nosotros desde todas las direcciones.

—Vamos a largarnos de aquí. — Tens me estrechó la mano, llevándome a mí y a la tía por el pasillo. Creo que no dejamos de respirar hasta que estuvimos en el Land Rover y la iglesia no estuvo a la vista.

En el momento en que llegamos a casa, la tía se había dormido. Estaba pálida y su piel tenía un aspecto de papel delgado, como si se hubiera hundido en ella. El teléfono estaba sonando cuando llegamos a la puerta. Yo no estaba segura de que debíamos responder. Antes de que pudiera expresar mi preocupación, sin embargo, la tía cogió el teléfono. Ella empezó a estar más y más agitada, hasta que finalmente sustituyó el receptor.

— ¿Qué pasa? — Le pregunté, no estaba segura de que podría manejar una cosa más.

— ¿Cómo te sientes? — Ella ahuecó mi cara en sus manos y me miró a los ojos. — ¿Estas bien?

—Creo que es hora de que me acompañes.

— ¿Quién era ese?

—Un viejo amigo. No hay tiempo para que te cambies. No tienes tiempo.

— ¿Dónde vamos? Me encogí en mi abrigo de nuevo.

— A continuar con tu próxima lección.

— ¿Y cuál es?

—Cómo dejar que un alma dispuesta, pero fuerte a través de tu ventana.

— ¿Con quién?

—Con el amigo de mi mejor amigo, Charlie. Jasper Lodge. Su nieta, ha preguntado por mí. No le importará si estas allí también.

— ¿Para qué?

—Por su muerte, pequeña. Por su muerte.

Capítulo 21

Diciembre 21, 1974

No hay ningún género. Ni hombre ni mujer. No es lo singular. Ni plural. Los pocos humanos que utilizan más de tres por ciento de su cerebro saben esto. Pensé en Einstein, él sabía de las pocas cosas las personas pueden comprender incluso con ayudas visuales. Así, mientras la mayoría de la gente no puede envolver la cabeza alrededor de la idea de no tener sexo y nada de cantidad cuando se trata de los Creadores, como si los Fenestras tuviéramos que intentarlo. Así que lo intento. No siempre tuve éxito, pero ese es mi camino.

Línea M. Wynn, b. 1900-d. 1975 (Asesinada por un Aternoci, nunca demostrado, la muerte se le declaró ahogo accidental.) De su prima Meridian Fulbright, 3 de marzo 1975.

Nos detuvimos delante de un antiguo Rambler. Un par de gatos se acercaron a nosotros y un perro ladraba en la distancia. El heno estaba disperso en el espeso fango, pero me abrí paso con cuidado hasta el pasillo del gran Porche. Los gatos maullaron y nos acompañaron al interior cuando Auntie entro. Se dirigió directamente hacia el dormitorio, haciendo presentaciones por el camino. Ella había estado en esta casa muchas veces, — ¡Hola! Jasper, esta es mi sobrina, Meridian. Ella es una de nosotros.

Dudé en la puerta del dormitorio, deje que mi corazón se preparara para el miedo. ¿Por qué un hombre viejo habría de asustarme?

Salté con una voz que hablo detrás mía, — Mi abuelo Jasper es uno de los últimos veteranos que viven de la Segunda Guerra Mundial. Con un artillero B-17, allí en el día D asaltó las playas, con sus amigos. No podía pasar por introducciones sin mencionar esto.

Una mujer de trenzas largas y falda campesina se trasladó a la sala y tomó asiento frente a la Tía. —Hola, Auntie, es bueno volver a verte. — Ella sonrió. El aroma de pachulí y pino flotaba como una nube detrás de ella.

—Sarah, ha sido demasiado tiempo. — Auntie tocó el brazo bajo la colcha que lo cubría. La idea de un hombre del ejército reducido a este pequeño cuerpo era incongruente.

—El apenas se mantiene. Auntie. No queda mucho y él pidió en sus papeles que le llamásemos cuando llegara la hora.

—Tu abuelo y yo vinimos de regreso. Estaba orgulloso de ti. Quiso ir a New York y hacer algo por ti. —Sarah se rió y luego tomó un sorbo de su taza. — Incluso ahora le gusta presumir, ¿no?

— Auntie me hizo señas. Lentamente me acerque a un lado de la cama.

—Esta es mi nieta, Meridian. Hice esta colcha cuando su abuela murió. —Los parpados de Jasper no flameaban, y su respiración era rítmica. Cadencia automática, aunque no estaba conectado a nada. Auntie tomó mi mano. En ella se sentía como si estuviese sosteniendo el pleno sol ardiente en la palma de mi mano derecha. Tan caliente, y la mía tan fría. — ¿No tienes nada mas que decir Sarah?

Sarah se levanto y puso su jarra. — Lo sabe. Se lo he dicho.

—Bueno entonces. Meridian, Quiero que cierres los ojos y captures la imagen de la ventana. Vas a hacer esto por ti misma. Auntie se apoderó de mi mano. Estoy perdiendo mis fuerzas para protegerte. —Le lance una mirada a Sarah, no sabia como podía reaccionar ella.

—Soy Clarividente. —Dijo con un encogimiento de hombros. — No vas a sorprenderme.

Asentí, sin confiar en mi voz, y cerré mis ojos. Me apretó demasiado, vi manchas y círculos de colores debajo de mis parpados. — Relájate— La tía me advirtió. — Respira. —Traté de relajar mis hombros y la fuerza de oxígeno en mis pulmones no cooperaba. — Ahora la imagen de la ventana ¿Entendido? — ella pregunto. —Yo asentí. Y visualicé una gran ventana, cortinas de encaje blanco enmarcando el vidrio como la nieve. — Ahora ábrela. Que suene el rugido del viento a través. ¿Qué hay detrás de esa ventana? —Yo cerraba los ojos y me inclinaba hacia la ventana. — no muy lejos. Tú te quedas en este lado de ella, ¿me oyes? — La voz de la Tía me trajo de vuelta en la necesidad de pasar a través, la compulsión de seguir adelante. — Dime lo que ves Meridian.

—R-r-r — Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo. Rojo, un montón de flores color rojo.

— ¿Son las amapolas? — Sarah pregunto.

En ese momento supe que eran las amapolas rojas de los campos de Flandes, Aunque ¿Cómo lo sabía? No podría decirlo. — Si. — Sentí a alguien de pie a mi espalda.

— Eso es bueno. Ahora tienes que echarte a un lado. — Dijo Auntie. — Tienes que dejar salir a Jasper— posiciónate cerca de la ventana y déjale verla a él. Me di la vuelta, tratando de salir del camino. Me sentí enredada, como si estuviera jugando Twister con un montón de seres invisibles. — No puedo. — Comencé a caminar hacia la ventana. Mis brazos empezaron a doler y un dolor de cabeza lanceó mis sienes. En el fondo, oí la voz. Contenía la respiración y luego faltaba el aire. Estaba de vuelta en la bañera, conteniendo la respiración y luego faltándome el aire.

—Si. Tú puedes. — A un lado, como si estuvieras en la cola para ver una película y aun no hubieras comprado tu entrada. Hay gente que va a tu alrededor, pero todavía estás en la cola. ¿Correcto? ¿Puedes ver eso? Se debe contener la tierra. Eres fuerte.

—Si. Si. — Sentí que me movía a un lado. Pude ver las amapolas, pero ahora que veía la habitación, mi habitación era de color amarillo, con una margarita en la alfombra de color blanco y cuatro pósters sobre mi cama. Jasper se apartó de la ventana para quedar en frente mía.

—Gracias. Decidle a vuestra tía que le debo una. — Jasper toco mi pequeña mejilla y paso por el alfeizar de amapolas. No hubo movimiento en la pradera y pude ver a la gente que iba hacia él. Sentía como si estuviera nadando contra la resaca. Una parte de mí quería ir con él. Seguir adelante. Era tan hermoso y tan tranquilo. Tan brillante.

Yo no conocía a la gente, pero no era necesario — Sentí inmensa alegría. De pronto, una necesidad aplastante sacudió mi cuerpo con espasmos.

Capítulo 22

Hubo un fuerte crujido y salté, mis ojos se abrieron, de vuelta en el dormitorio de Jasper. Auntie me apretó la mano.

—Cerré la ventana por ti. Casi lo hiciste por tu cuenta. — Auntie me dio unas palmaditas en la mejilla. — ¿Cómo te sientes?

Yo miraba boquiabierta, sorprendida de estar de vuelta en mi cuerpo. Era raro sentir la sensación de pesadez de mis piernas y brazos de nuevo. El dolor de cabeza disminuyó, pero no desapareció. Mi estómago revuelto, pero no creía que fuera a vomitar. Me dolieron los huesos considerablemente, pero, también, fue un sentimiento pasajero.

— ¿Estás bien?

Sarah se movió alrededor de la cama.

—Creo que ... voy a estar bien. — No podía mantener la sorpresa de mi voz.

— Me dijo que le debía una. Auntie.

Sarah secó las lágrimas. — No voy a preguntarte cómo lo sabías, pero estoy segura de que vendrá a través de...

Me volví hacia ella, sintiendo una desesperada necesidad de compartirlo. — Había personas. Era feliz.

—Gracias. Me abrazó. — Estoy segura que la mayoría de las personas no están seguras de sus dones, pero gracias a usted. — Se me ha hecho fácil. — Supongo que esa es la cuestión, ¿no? La mayoría de las personas tienen miedo. Pero, ¿Se asustan por mí o por la propia muerte?

— No eres tú, es la muerte. Ni siquiera puedo ver claramente, están tan atrapados por el miedo a morir. — Dijo Sarah.

Me miró. — ¿Dije yo eso en voz alta?

— No. — Sonrió. — ¿Quieres té o chocolate caliente, antes de volver a salir?

—No, gracias, Sarah. Meridian necesitas una siesta. Eso creo— Auntie se rió. — ¡O lo necesito!

—Voy a estar aquí un par de semanas solucionando algunos asuntos, me llamas si necesitas algo— Sarah hurgó en el bolso y me entregó una tarjeta, — Llámenme si alguna vez están Nueva York y necesitan un lugar para quedarse. No es mucho, pero es mi hogar y es suyo.

— Gracias. — Me metí la tarjeta en mi bolsillo trasero y le devolví la sonrisa. Me veía como una amiga, a pesar de que ella estaba en los treinta y vestía como una neoyorquina a pesar de sus accesorios de diseños de hippie.

Auntie me entregó las llaves del coche. — Conduce lento y estaremos bien. —Yo quería discutir eso con ella. Pero sus mejillas se habían teñido de un color gris y un azul intenso sus labios. Cerré la boca y recé una oración para que llegáramos sanas a casa.

Conduje el camino de regreso a cinco millas por hora, no me apresuré y nos mantuvimos en la carretera. Los ronquidos de Auntie fueron el único sonido que se sintió en el camino. Una vez en casa, con los dedos en el volante me relajé y me quede sin aliento por primera vez desde que entráramos en el coche.

— ¿Tendremos alguna regaliz?

—Tal vez en la despensa. ¿Tienes ansias por ella? — Auntie dijo mientras se desabrochaba su cinturón de seguridad.

— Sí, en realidad un sándwich de regaliz negro y miel.

— ¿Es el favorito de Jasper?

Lo pensé y asintió. — Desde su infancia. Suena repugnante. Estoy totalmente intentándolo.

Agarré del codo a Auntie mientras caminábamos por las escaleras. Custos nos saludó con un quejido y lamiendo rápido la mano.

— Debes tener en cuenta que tú querrás muchas cosas tratando de obtener alguna vez la acumulación de recuerdos. —Recuerdo una noche en que bebía whisky directamente de la botella, porque un tipo dijo que probó diferentes en un vaso, no recuerdo su nombre, pero sé que salió de su vida.

Me reí mientras la suela de mis botas comenzaron a patear los copos.

— ¿Es diferente?

—No. — Mi tía se tambaleó y la sostuve.

— ¿Qué pasa?

—Cansancio, supongo.

— ¿Estás segura? ¿Necesitas un médico?

— Ahora no. Voy a tomar un par de aspirinas y a ver cómo me siento.

Me di cuenta de que había algo más que no estaba diciendo. — Pero ...

— No.

— Podría llamar

— Para. No te quejes. — Ella levantó una mano, y luego se restregó los ojos. No me empujo, pero yo no estaba feliz por eso.

Auntie se dirigió a la sala y se sentó en el sofá.

— Voy a hacer un té, ¿vale?

—Dos cucharadas y un poco de leche— dijo, con los ojos cerrados.

Busque en la despensa, mientras el agua hervía, pero no pude encontrar ninguna regaliz negro. ¿Qué pasa si llamó a una ambulancia? ¿Qué pasa si hablo con Tens para llevarla hasta el coche? ¿Puedo utilizar medicamentos? ¿Qué pasa si no esta bien y simplemente la dejo?

La puerta se cerró y se escucharon botas pesadas dirigiéndose hacia la puerta de la cocina. El viejo pórtico no servía mucho en el invierno.

Esperé en la puerta de la cocina y estude a Tens mientras él desataba las botas y sacaba los pies fuera. Me preguntaba si la sensación de mareo, fue alegría en la base de mi espina dorsal. ¿Me amas? ¿Me amas? ¿Qué otro nombre podría dar esta sensación de fiebre y picazón? Su rostro era como el de una estatua, todos sus ángulos planos, como si nunca hubiera tenido suficiente para comer. Sus manos ¿Cómo es posible estar tan cautivada por algo que yo veía todos los días? Yo nunca había prestado atención a sus manos antes, pero llamaron mi atención. Me pregunté qué sentiría si me sostuviera, si él sería tan amable conmigo como él lo hacia con Custos.

— ¿Ya esta hecho o necesitas unos minutos más? — Tens preguntó, sin mirar hacia arriba.

Me aclaré la garganta y se dirigió a la tetera. — ¡Oh, ahí estas! — Brillante.

— Aquí estoy. — Tens me sonrió y sacó una silla de la mesa de la cocina. Podía sentir el peso de su control sobre mi espalda.

— ¿Dónde estabas? — Le pregunté,

—Por ahí. ¿Lo haces bien?

—Sí, efectivamente. Yo no podía hacerlo por mí misma, pero estoy mejorando— La tetera silbó y entró en acción como si fuera más importante que acabar de hablar con él.

— ¿Algún dolor?

—No. — Le hice un chocolate caliente y lo puse delante de él.

—Gracias. — Rozó mi brazo y se enviaron punzadas hasta él.

Yo asentí, alejándome y mojando las bolsitas de té, ausente.

— Creo que sé hacer el té.

Miré hacía el té, con su propia bolsita. — Me gustaba así. — Eché dos terrones de azúcar salpicado en la leche para Auntie. — ¿Dónde dices que estabas?

— Alrededor.

Eché un vistazo a su expresión y la dejó caer. Tal vez estaba saliendo con alguien. Eso sería, como si me enamorara de un hombre que amaba a otra persona. — Debo llevar el té a Auntie. — Agarré la taza y un plato.

—Está durmiendo. — Tens extendió la mano y me detuvo.

Derrame el té en el suelo.

—Mierda. — Dejé la taza sobre la mesa y agarre una toalla. Siempre soy tan elegante.

—No te preocupes. Auntie esta teniendo dificultades para dormir, está caminando por la noche. Está muy preocupada por que no nos quiere dejar hacer frente solos a Nocti. Creo que no debemos despertarla. Eso es todo. — Evidentemente, Tens pensó que yo estaba molesta por su sugerencia, no se trata de hacer un desastre en frente de él.

— ¿Una vez que puede hacerlo, no nos dejan en paz? — Tiré la toalla en el cuarto de lavado y me senté.

— Yo no lo sé. ¿Realmente vas a tomar eso? — Tens asintió con la cabeza a mi té.

Fue un color marrón oscuro que parecía negro. — Por supuesto. — Bebí y traté de mantener mi expresión suave.

Se echó a reír, pero no dijo nada. Tenía este modo de responder a las preguntas sin decir nada. Siempre terminaba confundida acerca de lo que había pedido en primer lugar. ¿Fue su presencia o algo más?

Necesitaba cambiar de conversación. — Por cierto, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Caminé. Ustedes tenían el coche.

Tuve la sensación de que era deliberadamente la interpretación de la pregunta— Hoy, no. Quiero decir, al principio, ¿Cómo encontraste a Auntie? Tens dejó la taza y la hizo girar sobre la mesa. Me acababa de decidir que no iba a responder cuando me dijo:

— Mi abuelo.

— Él respiró dolor y continuó. — Yo tenía doce años cuando murió. Ellos me pusieron a su cuidado. Me escapé un par de veces antes de ser atrapado y enviado de vuelta. No era muy brillante para esconderme.

—Eras un niño.

—Tal vez. Tal vez no. A los catorce años, con un labio roto y un par de costillas rotas, finalmente fui inteligente acerca de lo que tomaba. —¿Fuiste golpeado en las calles?

—No, el monstruo estaba en casa muy agradable, seguro, no en la calle. A nadie le importaba. Nadie me preguntó por qué estaba siempre cubierto de contusiones. Acababan de ver a esta agradable familia blanca de clase media que aceptaba niños adoptivos que nadie quería.

Tragué. — Te fuiste, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza. — Robé algo de dinero. Comencé a caminar.

— ¿Dónde estabas?

—Seattle.

Mi quijada cayó. — Esa es una larga caminata. ¿Por qué llegaste hasta aquí?

—Tyee me había dicho. Me dijo que alguna vez estaba en problemas podía venir aquí y preguntar por Auntie o Carlos. Me dijo que mi destino estaba atado en una guerra de personas y a la luz.

Protegerlas. Hubo más, pero se nos acabó el tiempo.

—Así que llegaste aquí.

—Di varios paseos, robando billeteras, trabajando temporalmente donde podía. Llegué aquí unos dos años más tarde. Vivía de la tierra en la mayoría. Tyee me había enseñado bien. Me hizo memorizar que plantas se podían comer, y aprender a hacer un fuego con nada más que madera húmeda. Cómo mantener el calor. Habló conmigo en mis sueños. Me dijo lo que necesitaba saber para mantenerme oculto.

— ¿Aún lo ves?

Su voz se volvió triste. — No, él dejó de venir a mí el día que puse un pie aquí. Luego comencé a soñar... y se fue.

No quería que la conversación terminara. — ¿Lo extrañas? No importa, es una pregunta estúpida. Extraño a mi familia y ellos no están muertos.

Durante unos segundos, escuchamos los crujidos de la vieja casa y el viento en los árboles.

— ¿No tienes miedo de estar cerca de mí? — Le pregunté a Tens.

— ¿Por qué?

— La gente muere a mí alrededor. — Bueno, obvio aquí.

— No tengo miedo. A pesar de que solo eres una amenaza con una taza de té.

Crucé los brazos sobre el pecho. — Tú no tienes miedo de Auntie, ya lo sé

— Ella es muy enérgica. Tal vez fue un criminal en serie en su juventud. — Tens se levantó y se acercó a mí. Me miró.

— Hablo en serio. — Puse los ojos, esperando sólo una vez que me tomara en serio y no me hiciera sentir estúpida.

— Así soy yo — Se encogió de hombros, curioseando profundamente en mí con sus ojos, como si midiera mi capacidad para manejar una verdad. — Te vi cuando eras pequeña, antes de que mi abuelo muriera. Y después. Tú fuiste quien lo reemplazó. En mis sueños.

— ¿Huh? — Esto no era lo que yo esperaba oír.

— Me había dicho que pensara en mi vida como en un hombre. Siempre han tratado de hacerme crecer más rápido de lo que yo quería. Preparándome, poniéndome a prueba. Asegurándose de que yo estuviera listo para ti. Una parte de mí ha quedado atrapado en el sueño.

— ¿Tú me viste en tus sueños?

— Mmm-hmm. Estabas jugando en una fortaleza en tu patio trasero. Imitando los dientes de un león, empujando el pelo y te inventabas historias.

— Siempre me gustó hacer creer que el mundo era real porque no existía la muerte.

— Hubo una terrible conmoción, un aullido.

Yo sabía lo que venía después. — El gato de mamá, ¿no?

Él asintió con la cabeza. — Se metió en su fortaleza, dio a luz dos gatitos a tus pies, y murió.

Las lágrimas inundaron mis ojos. — Los gatitos también murieron. Había sido un gato callejero. Ella no pertenecía a nadie. Después su padre los enterró, y nunca volvió a la fortaleza. Pensé que estaba obsesionado.

— Yo no lo entendía en ese momento, pero cuando me desperté le pregunté a mi abuelo al respecto.

— ¿Y él dijo?

—Nada. Nada. Yo no podía explicar el sueño en absoluto. Sólo movió la cabeza y me sonrió.

—Oh. — Decepcionada. Me mordí los labios y parpadeé mirando las grietas de los cuadros del suelo de la cocina.

— ¿Dónde está el té, mi niña? — Auntie entraba en la cocina, pareciendo aún más frágil.

Tens tiró una silla para Auntie. — Parecía que iba a desmayarse.

— ¿Tu abuelo siempre hablaba sobre el ejército? — le preguntó con nostalgia antes de que una tos la sacudiera.

—Tenemos que llevarte a la cama. — Tens y yo intercambiamos una mirada.

— Hmm, el ejército, es donde nos conocimos — un fuerte golpe en el pórtico, nos sorprendió a todos, pero era el animal que siguió lloriqueando, Tens agarró la escopeta y abrió la puerta delantera.

Capítulo 23

Ten cuidado con los Aternocti—ellos cambiaron a mis hermanas para siempre. Yo no sé cómo, pero las dos Fenestras que yo conocía tan bien como a mí misma, están caminando con el Destructor, como Noctis.

-Luca Fenci. Nacida en 1750 – fallecida en 1858.

— ¡No, no, no, no, no! — Me resbalé en el hielo y en la nieve, Custos se había arrastrado a ella misma hasta el porche.

—Cuidado, Meridian. No sabemos si ella confía en nosotros ahora mismo. — Me incliné sobre la loba herida. — Confía en mí, ¿verdad, muchacha? Un ruido sordo en su vientre fue su única respuesta.

— Cuidado. — Tens mantuvo su voz cuando avanzó lenta y cuidadosamente hacia nosotras. — Tranquila.

Custos gimió y se acostó sobre su lado bueno, lo que nos dio una visión clara de su lesión. Una flecha, del mismo tipo de la que había acompañado al gato muerto, estaba en la parte carnosa de su hombro izquierdo. Jadeaba hacia mí, expectante. Me tragué un grito. No soy buena con la sangre, gracioso, uno pensaría que estar bien con la sangre sería una parte del trabajo descriptivo de las Fenestras.

—Esta bien, — Tens caminó a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie esperaba cerca.

Extendí la mano y puse la punta de mis dedos contra la flecha clavada. Lo suficiente para tocar, pero no mas de lo que ella podría soportar. — ¿Por qué? ¿Por qué te hicieron esto? — Ella levantó la cabeza y lamió mi mano, tratando de empujarse más cerca de mí.

Tens inspeccionó su lado, calmándola con las puntas de sus dedos. — No creo que sea una herida tan mala. La flecha se clavó en el pelo y en la piel, pero el resto de su cuerpo está bien, no le perforó ningún órgano. Vamos a ver, la llevaremos dentro y entonces la limpiaremos. Debería estar bien.

—No soy veterinario— ¿Tú lo eres?

— El único veterinario del Apocalipsis se fue cuando los creyentes se convirtieron en la mayoría, somos lo mejor que ella tiene.

— ¿Por qué no me sorprende?

Custos se apoyó en sus patas, manteniendo su peso sobre la pata delantera izquierda lo mejor que pudo. Jadeó duro, la lengua colgaba de su boca, entre suspiros sin límites. El petróleo de la coagulación de sangre enmarañaba su piel y goteaba cuando ella saltó hacia la puerta.

— ¡Ayúdala! — Las lágrimas nadaban por mi cara.

—No podemos, hasta que este dentro y consigamos lo que necesitamos para limpiarla. — Tens abrió la puerta y me indicó —Ve con ella. Aviva el fuego, ofrécela agua fresca. Yo traeré a la Tía y entonces le sacaremos la flecha.

Asentí.

Trabajé con furia, colocando una almohada debajo de la cabeza de Custos, y luego soplé en el fuego sobre las últimas brasas rojas, intentando avivarlas. Cuando la madera ardió en la chimenea corrí a la cocina y cogí un recipiente de agua.

Tens sentaba a la Tía en el sofá cuando volví.

—Tú deberías estar en la cama, — la dije, no pude hacer que mi voz sonara suave.

—Estoy bien, hija. Me siento mejor. Además en mi habitación estoy sola y tú necesitas una cabeza pensante para arreglar a esta chica. Años como enfermera me califican, te enseñaré. —La Tía había recuperado el color y sus ojos brillaban a la luz de la lámpara. — Tens, cierra esa puerta y vamos a poner más luz aquí. Tens salió de la habitación en silencio.—Meridian, mira a ver si Custos quiere beber. Ella ha perdido un poco de sangre.

Me arrodillé y mantuve la mirada de confianza en mi nueva amiga. Ella levantó la cabeza y trató de beber, pero me di cuenta que ella solo quería tranquilizarme.

—Vamos a tratar de hacer caldo de pollo mas tarde. — Dijo la Tía, rompiendo en una tos seca.

Tens volvió con el kit de primeros auxilios.

— ¿Encontraste la navaja, donde te dije que miraras? — Preguntó ella.

—Si, — Tens sacó una navaja del kit.

—Bien. Ahora, Meridian, encontrarás una aguja de coser e hilo de gran espesor en la cesta.

Mi estómago dio un vuelco. Morir era mas fácil que tener que manejar la sangre. — Lo harás.

—No, niña tú lo harás, — dijo ella con confianza. — Esteriliza la aguja en el fuego o en el aguardiente—no importa en qué.

Busqué por la canasta, y encontré una aguja, la quemé con una cerilla para limpiarla. Le entregué a Tens el hilo sumergido en alcohol.

La Tía tenía dificultades para sentarse y recuperar el aliento. — Tenemos que extraer la flecha sin hacerle más daño. La mejor manera de hacerlo es cortar la piel de alrededor, lo suficiente como para retirarla. Tenemos suerte de que se hundiera en su piel, quien disparó tenía mala puntería.

Me tragué la bilis, pero Tens no pareció inmutarse.

La Tía le paró cuando se estaba quitando su abrigo. — No te quites la chaqueta de cuero—esto te dará un poco de protección si ella no entiende que nosotros tratamos de ayudar. Tú sostén la cabeza de Custos. Vas a tener que agarrarla para que ella no muerda a Meridian.

Eso me dejaba haciendo a mí el corte y la sutura. — No puedo ni siquiera hacer un edredón. Tú misma dijiste que soy una costurera terrible, no tengo talento para esto.

Ella me hizo callar. — Esto puede ser feo y retorcido y a nadie le va a importar. Tienes que hacerlo. Ahora empieza eso.

Mis manos temblaban cuando me incliné sobre Custos. Los únicos sonidos de la habitación eran el fuego y su pesada respiración jadeante. Cerré los ojos y dije una oración por si Dios estuviera escuchándome en estos momentos. Yo no quería causarle a Custos ningún dolor.

—Tranquilízate, Meridian. Trabaja rápido, así le dolerá menos. Tendrás que limpiar la herida con alcohol, entonces la coserás.

Tens se sentó y puso la cabeza de Custos en su regazo. No quitaba sus ojos de mí. — Puedes hacer esto. Se lo debes.

Recordé cuando me quedé dormida en la cima de la colina, los sentimientos agradables de la calidez, el gruñido de Custos para que me moviera a la seguridad de la casa. Tenía razón, Le debía la vida a Custos. Incluso si mi costura era una mierda y fuera probable que la cortara con la navaja.

Tragué, tratando de canalizar todos los programas de médicos que había visto, a mis dedos.

Custos no se movió, aparte de contener su respiración en las partes duras. Los recortes eran mas fáciles de hacer de lo que yo esperaba, porque le flecha estaba superficialmente bajo la piel. Eché alcohol en la herida y ella gimió, pero no dio ningún paso lejos de mí o de Tens.

—Esta casi, — Tens asintió hacia mí. — Lo estas haciendo muy bien.

Preparé la aguja y sostuve los bordes dentados de la carne juntos. Cosí siete puntos de sutura, unté crema antibiótica en la parte superior de ellos, y coloqué un puñado de gasas sobre todo.

—Aquí. Yo la sujetaré y tú pondrás un vendaje alrededor para asegurarlo. — Tens se inclinó sobre Cutos y la levantó. Mi cabello rozó su cara y cayó en la mía. Él olía a pino, abeto y a perro mojado. Esto me hizo sonreír.

—Hecho. — Me senté de espaldas, apoyándome en las patas de la silla.

—Bien, bien. —La Tía sonrió. — Tu abuelo estaría orgulloso, Tens. Eres un buen medico.

— ¿Tú lo conocías bien?

La Tía rió. — Por supuesto que conocía a tu abuelo. ¿Crees que te dejaría venir a este lugar, estas de broma?

—Yo siempre pensé que esto era más profundo. Que me quería en este lugar, no con una persona en particular.

—Era sobre el lugar. Donde estabas destinado a venir en tu próximo viaje. Tú estas en una larga línea de protectores del lado de tu madre. Pero si recuerdo correctamente yo no me atrevo a decir que el podría conocer también sobre esa persona.

¿Estaba ella hablando de mí? ¿Estábamos destinados a estar juntos? Por mucho que yo sintiera por Tens, la idea de las relaciones predestinadas me molestó.

La cara de Tens enrojeció en un impresionante color carmesí y miró a la alfombra. — ¿Sabes algo acerca de mis padres? ¿Mi padre? ¿Mi madre?

—No, no mucho. Lo siento. A tu abuelo no le gustaba hablar sobre eso. Tu padre era un inmigrante ilegal de Cuba. Tu madre era muy joven y no sobrevivió al parto.

La Tía se giró hacia Custos. — Ella va a dormir aquí esta noche. Vamos a darle caldo en un rato a ver si podemos lograr que se lo tome. Tengo sed de chocolate caliente. ¿Alguien más? ¿Te he hablado acerca de los malvaviscos que mi abuela realizaba durante los inviernos? — La cara de la Tía se fundió en una expresión de felicidad infantil.

Tens se levantó de un salto, claramente listo para un cambio de tema. — Iré a por ello.

— ¿Lo quieres? — Me preguntó la Tía cuando él dejó la habitación, empujando el pelo de su cara y secando sus mejillas con el borde del edredón.

— ¿Cómo voy a saberlo? — Me mordí mi labio, con miedo a admitir unos sentimientos de los que no estaba completamente segura.

—Es diferente para cada uno. Para mí, con Charles, eran las pequeñas cosas. Tuve la oportunidad de vivir con mi potencial y no pedir siempre disculpas por ser una Fenestra. Él tomó mi destino con calma. Incluso cuando no pude mantener mi promesa con él.

— ¿Qué promesa? — Esa sombra familiar en mi visión periférica se cernió.

—Yo le prometí que estaría ahí cuando él muriera. Que iba a ver el cielo a través de mí.

—Tú no podías haberlo sabido.

—Lo debería haber hecho. Había un médico con él. Me dijo que fue muy pacífico. Pero él no estará esperando por mí, no después de esta vida. Yo sé eso.

El aroma a pipa se hizo más fuerte. — ¿Hules eso?

— ¿Qué hija?

Sacudí mi cabeza. — Nada, supongo.

—Si lo amas, si crees que lo amas, aférrate a él. Vuestros destinos están entrelazados. Sus opciones y sus decisiones están enredadas. Eso es lo que sé.

— ¿Qué te hace estar tan segura?

—Fe.

— ¿En Dios?

—El Creador tiene muchos nombres: singulares y plurales. Los nombres son mayores que los seres humanos y el tiempo del propio Creador.

Me pregunté si ella iba a drasgar fuera los cristales y empezar a cantar.

Se rió de mí. — Piensas que soy una vieja loca.

—No, — pero mi negativa fue a medias.

—Tú lo haces. Lo sé porque yo también pensé que mi abuela estaba loca.

— ¿Lo hiciste?

—Por supuesto. Pero luego comencé a escuchar y a ver, realmente observando el mundo que me rodeaba. Después de que muriera mi madre, mi abuela vivió con nosotras. Ella nos enseñó la historia para transmitirla. Los Dioses son hombres y mujeres porque eso lo convierten en humanos. Pero no hay sexo en la energía. ¿Tú llamas a tus baterías, él o ella? ¿Tiene nombre la bombilla, Fred o Ginger? No, eso es energía. Es atemporal, sin rostro, sin sexo. Asentí.

—Meridian tú eres especial. El Creador te ofreció el mejor regalo: la capacidad de ayudar a las almas a encontrar su nirvana, su iluminación, su cielo. Los seres humanos tienen muchos nombres para él, pero todos se asemejan. Ojalá tuviéramos más tiempo, pero se nos acaba.

— ¿Por qué? — Gruñí la palabra. Yo echaría de menos a la Tía más de lo que hubiese creído posible. Quería retrasar el tiempo.

—Chocolate caliente, — Tens llegó con una bandeja y la puso delante de la Tía.

Bebimos en silencio y eché un ojo a Custos.

—Tens, tú necesitas escuchar también esto. ¿Has oído hablar de la Atlántida? ¿Los Aztecas? ¿La isla de Pascua? ¿Gede en Kenia?" La voz de la Tía sonaba más fuerte.

Algunos de los nombres hicieron sonar la campana de su diario, así que me aventuré a responder. — ¿Se fueron?, —le pregunté.

—Todo es trabajo de los Aternociti. Todo porque había muy pocos de nosotros para reclamar la energía para el bien.

— ¿Qué voy a hacer al respecto?

—Nosotros, — Tens me revolvió el pelo, haciéndome sonreír.

Sin previo aviso la Tía pareció dormitar, su mentón golpeó su pecho. La taza se le escapó de las manos y el ruido de cuando se calló al suelo la sobresaltó, despertándola. — ¡Oh, dios mío!

—No te preocupes por eso.

— Terminaremos esto mañana, ¿vale? — La Tía se puso de pie. — Tens tráeme el bastón que está junto a la puerta, por favor. Creo que lo necesitaré esta noche.

—Déjame llevarte, — Tens la cogió y yo le seguí, por las escaleras hasta su dormitorio.

—Tiene fiebre, — susurré a Tens cuando un escalofrío sacudió a la Tía y a la cama. — No creo que la aspirina vaya a ser suficiente. Creo que deberíamos llamar a un medico. — No traté de ocultar mi preocupación.

—Hablaemos en el pasillo, Meridian. — Tens me indicó que fuera hacia la puerta y la Tía parpadeó los ojos abiertos.

—No tienes que hablar sobre mí, como si hubiera perdido la cabeza. Sé que me estoy muriendo, ¿recuerdas? No médicos—dormiré. Tengo más días todavía. — Una tos asoló su cuerpo.

Miré a Tens, que se inclinó para chequear uno de los calentadores de la habitación. Se encogió de hombros. — ¿Estas segura? Tal vez ellos podrían ayudar.

La Tía le dio unas palmaditas en la mano. — No te preocupes, tú no eres la luz aún. No es el momento. — Entonces ella me agarró con una fuerza sorprendente. — Prométeme que no voy a morir en un hospital. Prométemelo.

— Su piel estaba seca y escamosa, supercaliente.

—No creo que.....

— ¡Prométemelo! — Sus ojos se abrieron y entró en pánico.

Lamí mis labios. — Te lo prometo, — susurré, preguntándome si habría algo más difícil de enfrentar que esto.

Yo empecé a dar zarpazos a través de los montones de edredones, en busca de los más calidos y acogedores. Cada uno fue cosido precisamente con forma de diamantes, árboles, círculos o rayas. Algunos de ellos eran intrincados como tapices, como las escenas de las antiguas historias de retablos que colgaban en los museos. Diminutas caras hechas de retazos bronceados y grises pardos, marrones y cremas. Animales y paisajes. Costuras tan bien hechas cómo yo nunca había visto. Saris—parecidos a los patrones y batik, de sedas japonesas y oscuras ropas vaqueras. Copos de nieve y sol, arcoiris y ríos.

— Shoo. Necesito dormir. — Los ronquidos de la Tía nos acompañaron mientras terminábamos de arroparla y de asegurarnos de que había agua a su alcance. — Yo me quedaré con ella esta noche.

Miré a Tens. — No pareces estar bien. ¿Ten encuentras bien?

—Estoy bien. ¿Por qué no compruebas a Custos y luego golpeas un saco?

Asentí, mirándolo mientras se colocaba en el suelo junto a la cama de la Tía.

—Estas— ¿Seguro?

—Vete, — Tens se quitó sus botas y cerró los ojos.

Capítulo 24

Me acosté en el sofá junto a Custos, me había acostumbrado a sus ruidos en la noche. El sueño se me escapaba. Cuando finalmente me quedé dormida, sin embargo, soñé.

Soñé con las únicas vacaciones de familia a la que una vez fuimos, en Australia, en todos los lugares. Creo que mis padres esperaban que pudiera escapar de la muerte que me seguía como unos gemelos unidos. En nuestro primer día completo en Australia, viajamos en un taxi hasta el Zoológico. Papá quería ver la tortuga gigante más antigua de las que viven en el mar. Había mucha controversia sobre si o no Darwin las trajo de vuelta a Inglaterra realmente desde las Islas Galápagos. Yo tenía nueve años. No me importaba mucho, pero mi padre pensaba que deberíamos ver a la tortuga que podría haber estado en la presencia del gran Charles Darwin. El zoológico estaba lleno de grupos escolares y otros turistas. Esperamos en fila lo que parecieron horas. Mi padre no dejaba de hablarle a todo el mundo que nos rodeaba de la "recopilación de inteligencia", como le gustaba decirlo. El nombre de la tortuga era Harriet, "Etta" para abreviar. Había estado enferma con un problema respiratorio desde hacia un par de semanas, pero ese día se había recuperado lo suficiente como para salir a su hábitat. Las personas hacían fila para curiosear, y me pregunté si le importaba, de la misma manera que lo hacia la gente cuando me miraban fijamente.

Presione el vidrio, empujada por un grupo de personas. Vi arrastrarse la tortuga más cerca del vidrio y de mí. Todo el mundo pensó que era genial que viniera a saludarnos. Pero recuerdo el terror que sentí. Quise que fuera para otro lado porque era enorme y hermosa. Su concha me recordó las dunas gigantes de arena. Y sus ojos eran insondables. Sabía a lo que vendría, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Intenté cerrar los ojos, pero seguía avanzando hacia mí. El día había estado cubierto, pero las nubes de pronto se separaron. Hubo un rayo de sol y la tortuga se detuvo en él. Volvió su cabeza, por lo que pude verle un ojo. Perfecto, cavernoso, los ojos claros. Vi el principio de los tiempos en ese ojo. Cruce mi mirada con la de ella.

Ella bajó su cabeza en la arena y el sol y dejó escapar un suspiro. Todo el mundo pensó que se había ido a dormir. Pero me quedé allí durante unos quince minutos, congelados, mis padres tratando de hacerme salir de allí. Recuerdo que Etta dijo que había estado esperándome. Tenía algo que decirme.

En el sofá. Me desperté lo suficiente como para darme la vuelta. Entonces los ojos de Etta me atrajeron de nuevo a la tierra de los sueños. Los ojos se transformaron en unos que reconocí como del Reverendo Périmo. Los iris desaparecieron, girando como manchas solares, hasta que lo único que quedo fue una oscuridad tan negra, tan fundida que tuve miedo de caerme adentro. El me habló—No les creas, Meridian. Puedes tenerlo todo. Puedes tenerlo de vuelta. Puedes vivir para siempre. ¿Esta la niña muerta? Y ellos dijeron: ¡Está muerto! —Las manos de Celia me alcanzaron y me levante de un salto. Corrí. Corrí al lado de un tren viejo. Un hombre joven y sonriente con uniforme de soldado me alcanzo y gritó, pero fui sorprendida por detrás.

Me libere del abrazo ferreo y me encontré en el suelo junto al sofá, enredada en mis mantas. Custos levantó la cabeza y gimió.

—Estoy bien. Vuelve a dormir. — Me levanté y me envolví en una manta, a continuación, me dirigí a la cocina. Saqué un trozo de dulce moca con cuchara de una caja de helado.

Cuando Tens entró en la habitación, dijo, —La fiebre le bajo.

Salté. —Mierda, me asustaste.

—Lo siento. —Tens cogió otra cuchara del cajón y se sentó frente a mí.

—Me estoy perdiendo algo. Puedo sentirlo, — dije, frustrada conmigo misma.

Tens sólo espero y se comió el helado.

Apenas pude probar mi sabor favorito. —Es justo allí. Sé que es.

—Tal vez lo estés intentando demasiado — Siguió comiendo, mientras me miraba.

Miré por la ventana afuera en la noche. —Tuve un sueño loco. Dios, fue tan real.

—Debes averiguarlo. Deja de pensar en ello y vendrá a ti. Me quedaré contigo si quieres, — Se ofreció Tens.

—No, estoy bien.

—Entonces, vete a la cama. Voy a comprobar a Custos. Nadie podría dormir bien en ese sofá espinoso.

Sonreí. —Claro que sí. Gracias.

A la mañana siguiente. Puse agua a hervir para el té y mezclé la crema para los panqueques. Encontré un paquete sin abrir de tocino en la nevera y lo puse para cocinar.

Salté cuando la tía de repente me saludó desde atrás. —Buenos días, pequeña.

—Tenéis que dejar de hacer eso! Coloqué el té en frente de ella. — ¿Cómo estás?

—Mucho mejor. Bien como la lluvia de primavera en los campos de trigo.

No le creí, pero su expresión no me dejó espacio para preguntar en el futuro. Asentí, decidiendo estar junto a ella hasta que tuviera una oportunidad de sugerir un hospital de nuevo. — ¿Tienes hambre? — Le pregunté.

—Estoy muerta de hambre.

—Yo también. — Le sonreí mientras Tens entraba descalzo y vistiendo una camiseta raída y unos pantalones vaqueros con agujeros en las rodillas.

—Huele bien. —Se sentó en el mostrador, cogió una manzana y la mordió.

—Siempre tienes hambre. — La tía se rió. —Tengo una idea. Tenemos que ir a las aguas termales de la carretera y disfrutar.

— ¿Aguas termales? , Le pregunté.

—Son hermosas. Justo la temperatura adecuada. Son también una cura para el cuerpo y el alma. No he estado en muchos años. No sé por qué, es uno de mis lugares favoritos en la tierra. — La expresión de la tía creció en melancolía.

—Entonces deberíamos ir. — dijo Tens.

—Claro. — Moví un par de tortitas fuera de la sartén y añadí el tocino al plato, y luego lo deje delante de la tía. —Para adentro

—Yo no puedo comerme todo esto.

—Intenta. Estoy segura de que el vacío humano puede ayudar si hay sobras.

— Me reí de la falsa expresión ofendida de Tens.

Le serví a Tens y luego a mí. Comimos en un silencio sociable. Había paz en la cocina, una tranquilidad que no había sentido desde mi cumpleaños. Me di cuenta de golpe que esto era lo que se sentía por feliz.

Nos subimos a la camioneta después del desayuno y la tía nos dirigió a las aguas termales. Había cogido prestado uno de sus antiguos trajes de baño con pantalones cortos y un top de manga larga. Habría mostrado más piel en un traje de neopreno, pero no me importaba.

Ella parecía joven, libre y feliz. Me recordó al gallo que revoloteaba a nuestro alrededor, cada vez que cambiábamos con las estaciones, ahora el invierno blanco y en perfecta armonía con el mundo.

Nos salpicamos y empapamos y probamos cada piscina. Teníamos el lugar para nosotros.

—Estoy tan contenta de que hayamos venido. — La tía se abrazó contra mí y miró hacia el cielo. Lo miró fijamente, me pregunté si ella podría ver los anillos de Saturno con su ojo desnudo. —Todo cambia, Meridian. Todo es temporal, a excepción del cielo. Cuando te encuentres atrapada en los horrores o los héroes de la vida, mira hacia arriba. No mires hacia abajo. Lo que está bajo nuestros pies es líquido, pero el cielo, el cielo es sólido, constante, siempre dispuesto y siempre con esperanza de que el sol saldrá por la mañana y la luna saldrá por la noche. En realidad, no lo saben, sabes. Siempre están levantados, levantados para algún otro.

—Correcto. — Miré a mí alrededor por Tens, quien había vuelto del coche por las toallas. La tía y yo estábamos solas en este momento.

—Esto también pasará. Esta levantado para ti ahora. Sólo tengo que terminar la colcha. Los hilos amarillos del primer amor, azules inflexibles de las ramas de la familia. Creo que tú eres un rojo intenso de la pasión de la juventud. Se me olvidó. Parece que hace poco que cumplí dieciséis años.

Tragué. No me podía imaginar viendo las historias de los retazos de tela que la tía había encontrado y reconstruido con las manos de un cirujano. Decidí hacer la pregunta que me había estado asolando. —Tía, ¿qué pasa con las almas que no quieren irse?

—Ellos son llevados a través de esas reuniones en el otro lado, o se quedan aquí con quien tienen miedo de dejar atrás.

—Y si uno de nosotros no está allí, entonces, ¿qué?

—Reencarnación. Otro ciclo. No es tan sencillo como todo esto, pero ese es el quid de la cuestión. La muerte no es el final que la gente tiene miedo. Todo se levanta, niña.

Tens regresó, llevando las toallas. —Creo que vosotras dos son todo arrugas.

—Eso es la edad, querido. — La tía cacareó. —No es el agua.

—Hey! — Lloré en señal de protesta.

—Deberíamos irnos antes de la puesta de sol y las carreteras estén congeladas de nuevo.

—Levanta, — dije automáticamente.

—Exactamente. La tía besó mi mejilla y dejó que Tens la ayudara a salir de la piscina. Miré hacia el cielo, tratando de ver lo que ella vio, tratando de encontrar la paz que ella irradiaba con cada respiración. Suspiré.

— ¿Vienes, perezosa?

—Esa es la lenta señora que se metió contigo! — Chapoteé en la piscina y corrí hacia el coche, esperando que el calentador conduciría la charla de mis dientes ya que el agua se enfrió hasta la temperatura del aire que nos rodeaba.

En el momento que hicimos la vuelta encima de la colina, el sol estaba en su cuesta hacia abajo. — ¿Qué es eso tan brillante? ¿Nos dejamos muchas luces encendidas? , Le pregunté.

—Oh, no. — Las palabras de la Tía flotaban en el aire a medida que se acercaba

Capítulo 25

Si vives lo suficiente, aprenderás que el tiempo es una ilusión creada por los hombres que temen a la muerte. Los relojes son adorados por aquellos que niegan lo inevitable. Hay poder en admitir que no estamos en control.

Melynda Laine

Una flecha de madera gigante apestaba a gasolina quemada en el jardín delantero. La pintura de aerosol roja y negra cubrió el porche, con palabras y frases en un idioma que no conocía. La ventana del cuadro frontal se rompió.

—Esos cabrones! — Tens golpeó el volante con sus puños.

—No nos vamos a lastimar, vamos a estar bien, —le aseguró la tía.

Yo no estaba segura de creerla. — ¿Dónde está Custos?

—La dejé en el interior. — Tens y yo corrimos hasta los escalones. Mientras Tens manejaba las teclas yo me sentía observada. Miré a mí alrededor y vi formas negras que se movían más lejos de la cubierta de los árboles.

Agarré a Tens. — ¿Viste eso?

Él siguió mi dedo. — ¿Qué?

—Me pareció ver algo, supongo que no. — Tal vez había visto a los venados.

Custos nos saludó desde lo alto de la escalera.

—Buena chica. Buena chica. — Enterré mi cara en su piel.

La tía nos siguió adentro sonriendo con alivio. — ¿Ella está bien?

Tens salió a apagar la flecha. Empecé a limpiar el vidrio y avivar el fuego en el hogar.

—Tía, ¿qué pasa con el galimatías rociado en el portal? ¿Lo reconoces?

Ella asintió. —El Nocti. Hablan una lengua más antigua que el latín, más antigua que el arameo de Cristo, más antigua que la de los druidas o de los sumerios.

—Oh.

—Sólo sé un poco de su idioma, pero las palabras que reconocí se traducen como— observar y esperar.

Me estremecí. ¿Qué haríamos si vinieran? — ¿atacan? ¿Necesito un arma?

—El amor es tu mejor arma. Confía en tu corazón. Meridian. Escúchate a ti misma. Son insidiosos, se aprovechan de la incertidumbre y la inseguridad. Es poco lo que podemos hacer para derrotarlos, francamente sin la ayuda de un Sangre, me gustaría saber cómo solicitar su ayuda.

—Sí, ¿de dónde sacamos uno de esos?

La tía se retorció las manos. Yo nunca la había visto tan molesta e insegura. — No se le puede hacer una llamada telefónica. Yo no sé. No sé. — Ella luchó contra las lágrimas.

Me abrazó. —Va a estar bien— Yo no estaba segura de cómo ayudarla, pero necesitaba calmarse.

La tía continuó, —nunca he visto un Nocti. Espero que nunca lo haga. Necesitar una injerencia de Sangre significa que el mundo está fuera del equilibrio. Son los seres que susurran alrededor.

—Vamos a manejarlo. Te lo prometo. — Me besó en la frente.

—Custos, quédate aquí. —Ordene al lobo mientras se apoyaba contra las piernas de la tía y ponía la cabeza en su regazo.

Tens regresó adentro —Meridian. Necesito ayuda para sostener la madera de la ventana. Es lo mejor que podemos hacer hasta después de las vacaciones. Deje a la tía mirando el fuego. —Hoy ha sido demasiado para ella, —dije en voz baja a Tens.

—Tal vez.

— ¿Van a volver?

—Supongo.

— ¿Entonces qué es exactamente lo que quieren? ¿Quieren que la tía salga afuera también?

—No es sólo la Hermandad.

— ¿Cuándo empezaron los ataques?

—Poco después de que llegué aquí. La iglesia estaba en marcha, pero era normal. Luego hubo una sacudida, un escándalo, y Périno tomó el control. Al principio las cosas eran pocas. Un nuevo nombre. Una nueva junta directiva. Chismes que nadie podía atribuir, pero que la gente creía. Entonces, el desempleo aumentó vertiginosamente con los cierres. Périno atrajo a más personas con trabajo y alimentos. No sé. Si pudiera poner mi dedo en el.

— ¿Cuándo empezaron a verse los animales muertos y los neumáticos rajados?

—En octubre, comenzaron los rumores acerca de la tía y ella comenzó a recibir menos invitaciones para visitar a las personas. El teléfono dejó de sonar, con llamadas incluso de amigos.

— ¿En octubre?

—Las llamadas de teléfono. Alguien dejó salir el aire de los neumáticos cuando iba a la tienda de comestibles. El tendero dejó de llevar las marcas que compraba con regularidad. Nuestro privilegio se terminó.

—Podría estar equivocado, ¿pero y si el Nocti y la Iglesia están trabajando juntos?

—Pero ¿por qué? — Tens se sentó y golpeó la mesa.

— ¿Qué ha cambiado?, — Le pregunté.

—Eso es, eres tú. La tía dijo que podía percibir un Nocti, ¿verdad?

—Lo que significa que un Nocti puede sentirnos. — Exhale. —Y ella tiene ciento seis años.

—Ellos sabían que alguien de la familia vendría a ayudarlo a pasar. Sabían que aparecería una Fenestra joven. No sería difícil averiguar dónde estabas, verte, y esperar.

— ¿Trato de matarme en Portland antes de que llegara aquí?

—Exactamente. Tens asintió.

— ¿Por qué conducir a la tía afuera?

—Cuando la iglesia no pudo llevarla adentro

—Le retiraron la ayuda, de amigos.

—Apuesto a que ni siquiera saben que es el plan más grande.

— ¿Crees que Pérmo lo sabe? , — Le pregunté.

—Tiene que saberlo. No es cristiano en sus enseñanzas, él predica el derramamiento de sangre y la ira

— ¿Y los niños? ¿Las muertes? ¿Las trampas, Celia? — Pude ver las piezas al caer juntas.

—Todas las almas para el Nocti. ¿Pero a cambio de qué?

Toqué mis dedos. —Tienen que estar recibiendo algo de él. — Me dolía la cabeza de tanto pensar. —Pero yo no sé qué.

Tens se puso de pie. —Mira lo que puedas encontrar en el diario, ¿de acuerdo? Me gustaría que me hubiera dejado leerlo hace años.

— ¿La tía, no te dejo leerlo?

— Ojos de la Fenestra solamente. — Terminó de golpear los últimos clavos en la madera. —Vamos a colgar capas de mantas en el interior para protegernos del frío. Tendrás que trabajar.

Cerramos la parte delantera de la casa, dejando el graffiti que lo trataríamos mañana. Encontramos a la tía en la cocina. —Es hora. Metí la última de ella. —Ella asintió con la cabeza a Tens.

Yo nunca había visto una expresión sombría en su rostro. — ¿Estás segura? Parecía derrotado.

Su expresión se tornó grave cuando se calzó las botas de senderismo más pesadas y el abrigo.

— ¿Adónde vas?, — Le pregunté.

—Afuera. —El veneno en su voz me hizo parpadear.

Mi expresión debió haber demostrado el dolor que sentía porque se suavizó y dijo. —Lo siento. Tengo que ir a ver un par de cosas. Vuelvo para la cena. Vas a estar bien. No puedes saber nada acerca de lo que hablamos. — Él pasó junto a mí en su camino hacia el porche, deteniéndose el tiempo suficiente para plantar un beso en mi pelo.

—Estoy de humor para el pastel de chocolate. Déjame enseñarte las recetas de la familia, ¿de acuerdo? — La tía tiró de mi mano y me retrasé.

Tens tiró un paquete enorme sobre su espalda y abrió la puerta de atrás. Silbó y Custos apareció, saliendo de la puerta de al lado. —Volveré— Me guiñó el ojo, pero no he conseguido comodidad en el gesto.

— ¿Por qué se tiene que ir? — Le pregunté a la tía.

— ¿Me puedes alcanzar lo que está en el estante superior, por favor, querida? Ahí es donde guardo el cacao en polvo especial. ¿No te parece bien un pastel de chocolate? Vamos a hacer también macarrones con queso. De segundo. Mi abuela siempre ha tenido las mejores recetas para la comodidad de los alimentos. Escribe los pasos abajo, debes saber cómo hacer estos platos.

Puso la radio en una estación que tocaba música de bandas grandes y viejos discos rayados de los cantantes de los años treinta y cuarenta.

—Escucha. Fitzgerald. Te hará sentir mejor.

Escribí obedientemente las instrucciones para el Mac y el queso. Mi estómago rugía con los aromas de mantequilla y queso Cheddar que llenaba la cocina. Tenía hambre, pero estaba muy preocupada, al mismo tiempo. Sacamos la cazuela del horno y pusimos el pastel adentro. La oscuridad se estableció plenamente y salté con cada ruido, moviéndome a menudo hacia la ventana para buscar a Tens y a Custos.

— ¿Están mis padres seguros? , — Le pregunté.

—Suficientemente seguros. —La tía frunció los labios.

— ¿De mí? — No pude dejar de preguntar.

Ella me miró, sorprendida. —Cielos, no. Pequeña. Desde el Aternociti, desde el miedo. ¿Por qué crees que enviamos Fenestras lejos de tu familia inmediata? No va a ser malo.

— ¿Volveré a verlos?

—Con el tiempo, puedes ir con ellos. La tía me agarró la mano y la sostuvo con una fuerza que me sorprendió. —Tenemos que proteger a nuestros seres queridos. Cualquiera que esté con nosotros es vulnerable, está en peligro. En los viejos tiempos teníamos Protectores guerreros. No hay muchos de ellos. Tienes a Tens. Puede llegar a ser uno de los guerreros, pero sólo el tiempo lo dirá. No existe una prueba rápida para ver lo que va a ser su destino.

— ¿Por lo tanto, no puedo tener una familia?

—No, debes tener una familia, pero cada día de sus vidas estarán en peligro. Es la manera, Meridian.

—Entonces, ¿por qué no puedo tener a mis padres ahora?

—Si no haces el cambio y tomas tu elección, entonces arrebataras a cualquier persona de tu alrededor y también los forzaras. Sabes cómo abrir la ventana, pero no como cerrarla. Si no tienes cuidado, te enredaras en la vida de la energía.

— ¿Voy a matar a cualquier persona de mi alrededor?

—No directamente, querida. — La tía servía la pasta como si sólo me hubiera dicho que iba a llover mañana. —Vas a estar bien. Yo sé de estas cosas. Ahora, ten algunos de los mejores mac y queso del mundo.

No estaba segura de creerla, pero ella quería gravemente que no me preocupara, que no pasara pánico. Y cuando me puse el primer bocado en la boca, estaba perdida en un mundo de crema y natilla y queso.

—Oh, Dios mío, esto está bueno, — yo tarareaba.

—Lo sé. —La tía se rió como un niño.

Hemos terminado de comer. El pastel se enfrió, y Tens aún no había regresado. Por último, se cortó y tenía un pedazo de pastel con un vaso de leche fría.

— ¿Mi madre sabe cocinar o qué? Estas recetas son de antes de que yo tuviera seis años. ¿Te imaginas? Ella escribió estas con lápiz en el reverso de las páginas del catálogo. Mi padre las salvó, hizo que cada cocinero que hemos tenido las hicieran cada mes o así.

La abuela se aseguró de que las memorizara.

—Esta todo muy bien, dije. Traté de mirar por la ventana sin llamar su atención.

—Estará de regreso pronto. Te lo prometo. — La tía me dio unas palmaditas en la mano. —Ven a hacerme compañía mientras termino esta colcha.

— ¿De quién es el edredón? — Pregunte, sentándome en una silla delante de su percha, en el fuego de la biblioteca. No hemos podido mantener el calor en la sala a causa de la ventana rota. La tía revelo cariñosamente en el regazo un edredón, como si estuviera desenvolviendo el más rico de los regalos.

Ella sonrió, una inclinación de tristeza en sus labios. —Mio.

Mi estómago se cayó. —Pero dijiste que... Estos son todos ... Dijiste...

—Dije que hice los edredones en cada vida que pasaron a través de mí.

— ¿Correcto? Las lágrimas quemaban en la parte posterior de mi garganta. Quería taparme los oídos y el zumbido en la parte superior de mis pulmones.

—Éste refleja todo lo que he aprendido, ingerido. Es un reflejo indeleble de cada cara y la historia que me tocó el alma.

— ¿Por qué...? — Dije en voz baja más allá del nudo de mi garganta. ¿Por qué tengo que ser la elegida?

—Lo sé, hija. Sólo una Fenestra puede pasárselo a otra. Si morimos sin ayuda, la energía de la Fenestra cambia de forma. Perdemos nuestros números. Es por eso por lo que estamos tan pocos en este milenio. Por eso, la Aternociti intenta matarnos o transformarnos en uno de ellos. Es casi la hora de que tomes tu lugar. Es casi la hora para volver a levantarme. Quiero ver a Charles en mi próxima vida.

Empecé a caminar por el piso. —Pero yo no lo sé todo todavía. Yo no puedo, posiblemente.

—Podrás y querrás. — El acero de su voz me exigió que me calmara. —Tienes que ir a buscar a más de nosotros antes de que roben el último de nosotros. Estamos en vías de desaparición, Meridian, y más almas serán atrapadas en medio, más energía de la vida aspirada en la oscuridad para siempre por el Aternocti

— ¿Cómo voy a...? — Me ahogaba, apenas era capaz de recuperar el aliento. Yo. Fuera de aquí. Buscando y cazando.

—Si el Aternocti tiene éxito en eliminar a los Fenestras, entonces tendrá acceso directo a millones de almas inocentes. Pensemos en la energía. La destrucción que esto podría causar. Debes encontrarnos primero. Ayúdanos. Enséñanos. Mantén la tradición, la historia. Utiliza tu instinto y la ayuda de los Creadores se te enviará para guiarte.

—Pero ¿dónde están? ¿Los otros Fenestras? ¿Por qué no vienen aquí? ¿A ti?

—No todos son bendecidos como tu de tener una familia unida, fiel a las tradiciones y a las viejas maneras. Las personas de este siglo prefieren las cosas que pueden ver y tocar. No creen, pierden los cuentos, la magia. Ellos no saben lo que son.

Botas pesadas golpearon en el porche. Tens gritó. —Soy yo, — antes de abrir la puerta y entro adentro sin su mochila. —Lo siento, me llevó más tiempo de lo que pensaba. — No se molestó en quitarse las botas, dejando pedacitos de nieve y barro a lo largo del pasillo.

La tía me echó de la cocina. —Ve a darle de comer un poco de este pastel. Estaré aquí en el fuego.

El olor de humo de pipa y rosas llenaron el pasillo. — ¿Tens, fumas?

—Nunca. ¿Por qué?

— ¿Lo hace la tía?

—No delante de mí.

— ¿Hueles eso?

—No.

— Alguien esta aquí. Juraría que alguien fuma una pipa aquí todo el tiempo. Un estruendo sobre nuestras cabezas nos hizo mirar hacia el techo.

—Quédate aquí. — dijo Tens.

—No. Yo voy contigo.

Incluso su expresión más severa, no me hubiera permitido que lo dejara ir hasta allí solo. Llegamos a la parte superior de la escalera y todo parecía normal. La puerta de la habitación donde había encontrado las tijeras estaba abierta.

Señalé, avanzando hacia la puerta. Tens entró en la habitación. Al principio no vi nada. Entonces Custos gimió y dejó caer una tubería a mis pies.

Capítulo 26

—Eso es todo. — El entusiasmo se inundaba a través de mí.

— ¿Qué?

—Charles. El está aquí. Se quedó. Está esperando a la tía.

— ¿De qué estás hablando? Se ha ido.

—No. No lo creo. Creo que ha estado tratando de decirme que todavía está aquí. Pero, ¿Por qué no usó a mi tía? Eso no tiene ningún sentido.

Golpes en la puerta nos hizo ir luchando por las escaleras fuera del cuarto.

Tens maldijo. — ¡Es Périmo! ¿Qué está haciendo aquí?

— ¿Me protegerás?— pregunté, y cuando abrió la puerta el asintió.

—Buenas tardes. Escuche que había un par de problemas por aquí. Y pensé en venir a ofrecerles mis servicios. ¿Cómo lo lleva la mayor Meridian?

Tens se quedo tieso detrás de mí. Mis instintos gritaban, pero yo no podía decir lo que decían. —Ella está bien. — Le conteste.

— ¿Estás segura? He oído que se sentía mal. ¿Tal vez podría rezar por ella? Aún hay tiempo para salvar su alma. — Périmo dio un paso adelante con la intención de entrar.

Mantuve mi postura y no le deje pasar. — ¿Tiempo antes de qué?

—Ella ya no es joven. Señorita Sozu. El tiempo se acaba para ella.

Oí que la tía nos llamaba. Tens dudó hasta que fue a verla. — ¿Qué quieres decir con que el tiempo se acaba? Es casi año nuevo ¿No? Es el amanecer de un nuevo día.

—He venido a servir, como he servido a todos mis hermanos.

Me di cuenta cuando Tens dobló en la esquina detrás de mí, porque los ojos del Reverendo de inmediato se oscurecieron. Se incorporó a la campana sobre mí. El miedo me pareció estúpido.

La voz del Périmo creció baja y rasposa. —Ya casi es la hora. El fin esta cerca. No querrás ser grosera aquí.

— ¿Yo no?— Pregunte.

—Hijitos, esta es la última vez: Y como ustedes han oído que el anticristo vendrá, incluso ahora hay muchos anticristos; Por esto sabemos que es la última vez.

Le cerré la puerta en la cara. — ¡No vuelva!— Una vez que lo escuché por fin caminar por los escalones del porche, todo lo que podía hacer era descansar

mi frente contra la puerta y preguntarme si él tenía el poder de hacer que me arrepintiera de lo que acababa de hacer.

Descubrí en el dormitorio de la tía a Tens en una conversación murmurante con ella, la esencia de lo que parecía ser la Tía nos deja preparados para defendernos. Tens no podía convencerla que ella no era, así que interrumpí.

— ¿Puedo hacer algo por ti?

Tens no se encontraría con mis ojos. Mi tía sacudió ligeramente la cabeza y parecía asentarse de nuevo en un medio sueño.

Pregúntale a ella. Pregúntale a ella, pregúntale a ella. —Tía— Arrastré una silla y me incline hacia ella. —Necesito preguntarte algo.

Ella abrió sus ojos. — ¿Qué es?

—Creo que Charles es un fantasma. Pienso que él está aquí.

—Mi Charles se ha ido, pequeña. — Ella suspiró.

—Solo digo que tengo razón. ¿Por qué no se ha ido a través de ti?

—No podía... En el libro... los cambios de energía... Invitaciones...— Con cada palabra, el esfuerzo era mayor y su voz se tornó más tranquila.

— ¿Tía?— pregunté.

Tens se acercó más. —Ella está durmiendo Meridian. No creo que te pueda contestar.

— ¿Qué pasa si tengo razón?

— ¿Hay algo en el diario?— Tens preguntó.

—Esperemos que así sea. — Salí corriendo de la habitación para agarrar el libro. Yo sólo había leído cerca del ancho de un pulgar de las páginas. Gran parte de la letra era microscópica y en pluma y las secuencias de comandos de tinta. Fue como descifrar un código.

Arrastré el tomo en el estudio y encendí una lámpara, a hojear páginas hasta volverme bizca. Horas pasaron. Custos entró y se sentó a mis pies.

Tens trajo una taza de té y más pastel de chocolate. — ¿Puedo ayudar?

—Si yo pudiera dividir el libro de arriba, seguro. — Por supuesto eso no era posible. — ¿Y si solo me haces compañía?

—Por supuesto— Tens se acomodó cerca de mí y sacó su tallado. Cada pocos minutos se deslizaba para comprobar a la tía. Debimos dejar la tetera seca. Traté de no ver las manecillas del reloj.

Por último. Me dio un suspiro de frustración, dispuesto a dar toda la noche.

—Para lo que vale la pena. Creo que estas en algo.

— ¿De veras?— Me miró.

—Tienes buenos instintos cuando los escuchas— Parecía avergonzado. Y tuve un sueño acerca de esto. Es un pequeño deja vú. Yo no sabía lo que estábamos buscando.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

—Todavía estoy pensando cómo descifrar los sueños. Pensé que tal vez estábamos sentados juntos. Ya sabes, abrazados. — Se ruborizó.

Me reí de su expresión. Dolor empezó a llenar sus ojos, y empezó a alejarse.

— ¡Espera, no! No quería reírme. Yo no me estaba riendo de ti, te veías tan lindo diciendo 'Abrazados'. Solo que no— yo no lo esperaba. — El asintió, aunque siguió mirando sus manos.

Abrí una página al azar del diario. Necesitaba saber como se sentía el. —Tens, me gustas— Jadeé y las palabras debajo de mis dedos cogieron mi atención. — ¡Oh Dios mío! eso es todo. Él necesita una invitación.

—Muéstreme. — Tens se inclinó sobre el libro conmigo.

—La energía de un alma muerta se debilita— leí en voz alta. —Es necesario que se le pida pasar a través de la ventana. Hay que ser objeto de coacción, pero se puede extraer la energía de la vida para transportarlo. El Fenestra debe centrarse en el alma y el.

—También dice que es peligroso y sólo debe ser intentado por Fenestras en su mejor momento.

— ¿Estoy arriesgando demasiado? —Pero....

—Solo considéralo ¿de acuerdo?. Detente y piensa en ello. No puedo perder

—Mi tía lo haría por mí.

—Probablemente— Tens asintió. —Ella también tiene un infierno de una experiencia mucho mayor. Tú eres principiante. ¿Qué pasa si podemos esperar? ¿Y si llegamos a través de la tía y luego trabajamos con Charles?

— ¿Y si no va? ¿Y si yo muero ayudándola?

—Tu no.

—Yo podría. — Yo no quería contemplar esa realidad, pero me encontré atrapada en él, Tens invadió mi espacio. — ¡Tu no!

Asentí. Deseé que algunas de sus certezas se filtraran en mí. Nos sentamos en silencio por un momento y tomé otro aroma de rosas y de humo de la pipa. Yo sabía que tenía razón. —Tú dijiste que confiabas en mis instintos. Normalmente están bien, ¿no?

Tens tenía una oscura expresión. — ¿Lanzas mis propias palabras contra mí?
Me agarró la mano. —Tengo que hacerlo. ¿No lo ves? Mi tía lo necesita en el cielo esperando. El quiere ir. — Tens, te digo que yo puedo hacer esto. Tengo que hacer esto.

Tomo mi barbilla y me miro a los ojos. Sus ojos estaban llenos de una emoción que no podía empezar a comprender. —Estoy aquí ¿Está bien?

Asentí, confortada por su fuerza.

— ¿Ahora qué?

—Ahora llamaré a Charles.

Los detalles eran vagos. No era como seguir paso a paso las instrucciones de la receta. Recogí su retrato de bodas, las fotografías de Charles a través de los años, y su pipa. Cerré a Custos fuera del estudio porque tenía miedo de que la energía de Charles accidentalmente la lastimara si ella estaba demasiado cerca.

— ¿Qué quieres que haga?— Tens había construido una fogata que crujía y escupía hacía dentro.

— ¿Golpearme si me desmayo? — Como siempre mi broma cayó plana.

— ¿Como se llama?

—No lo sé. ¿Que sugiere el libro?

Tens sonrió.

— ¿Sal, sal, Dónde quiera que estés?

—Agradable.

—No sugiere nada. — Se encogió de hombros.

—Bien. Charles. La tía te necesita. Estoy aquí. Vamos a este espectáculo de la carretera. — Yo repetí una y otra vez. Mis ojos bien cerrados. Y a la imagen de mi ventana. Traté de imaginar lo que Charles parecía en la vida real. Mi respiración nivelada y me dejé ir más profundo.

—Por aquí pequeña. — Charles estaba de pie detrás de mí.

—Así es como me llama la tía.

— ¿De quién crees que ella lo adquirió?— Charles encendió su pipa. —Le tomó el tiempo suficiente. Pensé que iba a tener que pulsar las luces o golpear las puertas.

—Me imagine que fuera eso ¿no?

—Sólo en el último momento.

— ¿Estás listo?— Vi una habitación exactamente como la que se desarrolla detrás de mis párpados.

— ¿Le dijo ella que su padre construyó esta casa? ¿Qué creció aquí? He añadido en los últimos años, fija para arriba.

—No.

Su voz sonaba melancólica. —Va odiar lo que viene.

— ¿Qué viene?— Pregunte. Pero no me oyó.

—Tú le dirás que la esperaré. Dile que venga a mí y no mire hacia atrás. — Charles entró y me di cuenta que estaba tirando de mi brazo.

—Déjalo ir.

Él no me escuchó. Nuestros dedos entrelazados. Mi mano pasó el alféizar de la ventana. Mi muñeca. Mi codo. Mis pies clavados, buscando la compra, mientras me deslice más en la apertura.

Sentí un escalofrío de pánico por mi columna vertebral. Mi boca se secó.

—Suéltalo. Charles. ¡Déjame ir! Hay que dejar ir.

—Las cosas no son lo que parecen. — Charles me habló mientras él continuó luchando a través de mí. —Es seguro. Ven conmigo. Espera a Merry conmigo, aquí. — Su rostro tenía una expresión intensa que me asustó, como si él ni siquiera sabía lo que estaba diciendo.

Traté de gritar. Me preparé un pie contra la pared y oró. Di vueltas y vueltas, tirando y agitando. — ¡Suéltame! No puedo. Ella me necesita aquí. Charles, no la tendrás contigo si no me dejas ir.

—No está segura. Ya vienen. Te encontrarán. Ven conmigo. — Hizo una mueca, luchando por aferrarse a mí.

El sudor empapaba mis manos y brazos. Respiró profundamente queriendo separar las manos. En la distancia oí mi nombre. Tens sonaba molesto. Asustado. Charles parecía cerrarse de nuevo en sí mismo, luchando también para desenredarse de mí. En su expresión volvió a crecer la calma y cuidado.

—Dile que uno- cuatro- tres. Dile que la quiero, que estoy esperando.

— ¡Meridian!— Tens grito de nuevo. Me basé en su fuerza. Sentí que empujaba a Charles lejos a la distancia y me lance en la dirección opuesta.

Me gritó y estalló la ventana con una explosión. Abrí los ojos, con la sensación de las manos de Tens quitando el cabello de mi cara. El sudor empapó mi cuerpo y yo respiraba como si hubiera corrido unos cien metros.

—Estás bien. Te tengo. — Tens me acunó y me besó en la frente bajando a mi mandíbula.

Me aferraba a él. Más y más cerca, dejando que su calor me calentara y ahuyentase el miedo persistente.

—Te tengo. Estas a salvo. Lo hiciste. — Murmuró enterrado en mi cabello.

Yo estaba tan cansada que ni siquiera podía contestarle. Finalmente, agotada, me quede dormida.

Capítulo 27

El amor es el mayor acto de fe.
Lucinda Meyer.

Me desperté en los brazos de Tens. Tenía los lados de mi boca secos y recubiertos de baba y mis ojos se sentían con picazón. —Hola—, dijo él.

Parpadeé hacia él. — ¿Qué hora es?

—Temprano, muy temprano. ¿Estás bien? Me has asustado. — Me estiré. A parte de dormir en el suelo, me sentía bien. —Excelente—.

Tens sonrió. — ¿Excelente?

Me senté. —De verdad. Realmente maravillosa. — Todas mis antiguas penas y los dolores con los que había vivido durante tanto tiempo se habían ido. Las náuseas y la fatiga constante se habían desvanecido. —Me siento bien—.

Me encantó la forma en que los ojos de Tens se arrugaban cuando él estaba realmente feliz y relajado. Él iba a besarme. Él iba a besarme.

Me incliné hacia él, cerrando los ojos, aguantando la respiración. Esperé a que sus labios rozaran los míos, mientras el tiempo pasaba lentamente; sentía cada golpe de mi corazón. Justo cuando casi sentí su boca contra la mía, la tierra tembló y las puertas se sacudieron. Explosiones golpearon la casa. El metal crujió y el cristal se rompió.

Las fuerzas de las explosiones sacudieron la casa. Salí corriendo al porche con Tens a la derecha detrás de mí. Custos ladró desde su lugar en el fuego.

— ¿Qué está pasando?— llamó la Tía, con voz débil.

—No te muevas— le gritó Tens.

Derrapamos hasta parar, mirando hacía el valle abajo a nuestros pies. Pudimos ver las bolas de fuego ondeando hacia el cielo. Bocanadas de humo negro se elevaban en el viento como la vela de un barco pirata. El infierno había llegado a la tierra.

—El tren—respiré. Desde esta distancia, esto parecía el juego de trenes de un niño. Cenizas y escombros flotaban en el aire y soplaban contra nosotros. El olor—no puedo ni siquiera empezar a describir el olor. Metal caliente, gas, combustible y el olor nauseabundo de carne humana.

—Maldición— Tens se apoderó de mis hombros. Él miró su reloj. —Este es el de las cinco—.

— ¿De carga? ¿O de gente?— dejé la cuestión en el aire.

—No lo sé. Pregúntale a la Tía. Voy a revisar la casa. — El corrió por el pasillo a la parte trasera de la casa.

Corrí a la habitación de la Tía. —El tren—esta todo destartado, eso es malo.

La Tía abrió los ojos. — ¿Descarriló?

—No sé—, dije. —Es un tren de mercancías que se engancha a los vagones de pasajeros.

— ¿Hay gente en eso?

—Probablemente.

—Tenemos que ir—.

Luché para convencerla de que se quedara.

Tens corrió de regreso.

—No vamos a ninguna parte— Tens la empujó suavemente hacia abajo.

—La casa parece en buen estado.

—Soy enfermera—.Luchó contra él, pero eso era como una mariposa contra un oso.

—Eres un paciente—. Él tono de Tens no admitía replica.

Ella miró por encima de él, para cruzar una mirada conmigo.

—Allí hay moribundos—. La implicación oscilaba entre nosotras. — ¿Estoy lista? ¿Puedo manejar a múltiples?

Tragué. — ¿Te quedarás aquí?

—No está lista para tantos. No le has enseñado lo suficiente—. La voz de Tens ganó octavas y volumen. Sentí el miedo en eso, así que me apresuré a tranquilizarlo.

—Soy yo. Sé como cerrar una ventana—, dije tratando de parecer positiva y segura. Pero mis inseguridades me ganaron, ¿Cómo puedo escapar de los enredos de energía de tanta gente? ¿Cómo puedo evitar ser forzada?

—Ella no está lista— Tens se puso delante de mí y me cogió las manos. —Yo iré. Iré a ver cómo es de malo y volveré. Te llevaré más tarde.

Puse mi mano en su mejilla. Me encantó que él quisiera protegerme, pero yo sabía que no podía. Yo no se lo permitiría. Cuando esto llegó hasta él, supo que teníamos que hacer esto a mi manera. —Estaremos de vuelta, cuando estemos de vuelta. Tú puedes conducir. — Le dije a Tens, entonces rocé mis labios sobre la frente de la Tía.

Ella susurró. —Mientras mantengas la ventana abierta y a ti misma firmemente plantada en la habitación, estarás bien. No cierres la ventana hasta que sea seguro o un alma podría romperte tratando de conseguir esto. Utiliza tus instintos.

—Pero si yo la mantengo abierta todo el tiempo.

—Abrirla no es el problema. Quédate donde solo puedas sentir apenas la brisa, como si un ventilador te soplara, pero no llegara tan lejos en la habitación. Entonces, no te enredes. Mantén eso grande. Las almas en pena parecen cruzar rápido. Ellos serán una multitud. Tú mantente firme. Estarás orgullosa. Podrás hacer que tu familia sentirse orgullosa. — La Tía me palmeó el hombro. —Te quiero. Siente eso. Tenlo en cuenta. El amor te llegará a través de esto. Estás lista.

Yo asentí, agarrando el botiquín de primeros auxilios, mi abrigo y los guantes. El mundo se sentía inusualmente cálido. Tens me siguió.

No pudimos llegar muy cerca de la escena del accidente, debido al terreno y al calor, por lo que estacionamos y comenzamos a correr hacia el tren. Unos pocos bomberos voluntarios se detuvieron con un chirrido detrás de nosotros, y yo pude escuchar las sirenas en la distancia. Pero no era suficiente, ni cercanamente suficiente. Esto era muy grande, bajo el terreno poblado; esto llevaría varios minutos, sino incluso horas, antes de que los expertos llegaran.

Todo me rodeaba, oí una cacofonía de dolor. Sentí que esto tiraba de mí. Los vagones del tren estaban esparcidos delante de mí, en un camino casi interminable. Ellos se apoyaban en todas direcciones, como si hubieran sido pateados por un niño enfadado. Los raíles habían sido destrozados, y un cráter del tamaño de un vagón de lujo era todo lo que quedaba del motor y de la parte delantera del tren. Los incendios lo quemaron. El equipaje estaba diseminado en el fango.

El maíz se derramaba de un vagón, mientras que las cajas de correo rodaban hasta pararse debajo de la colina, y los sobres revoloteaban sobre los restos.

Tens intentó permanecer a mi lado, custodiándome. Me tomó un minuto darme cuenta de que estaba tratando de protegerme a medida que nos acercábamos. Lo que alguna vez había sido una vida plena, cuerpos llenos de vida, ahora estaban esparcidos en pedazos. Traté de identificarlos, pero no podía completamente. Contuve las ganas de vomitar, tratando de no perder el duelo con la mente. Justo entonces, un hombre gritó a Tens para

que le ayudara a levantar la puerta de acero que había caído sobre una mujer, yo le empujé a ir y seguí caminando hacia los vagones más afectados—los vagones de pasajeros.

El mundo parecía moverse a cámara lenta, como la función de fotograma a fotograma de los DVD's. Veía. Me acercaba. Me movía en fragmentos de momentos de tiempo. Tragué otra vez el miedo. Esto es como debe parecer la guerra, como huele. Inspeccioné la devastación. No podía imaginar que hubiera algún superviviente.

Los gritos se hicieron más fuertes cuando me acercaba a los vagones de pasajeros. Traté de mirar a través de una ventana. Tosiendo. Sentí una presencia maligna detrás de mí.

— Vosotros me habéis dejado, y servido a dioses ajenos; por tanto, yo no os libraré más. Vayan a invocar a los dioses que habéis elegido, que os libren ellos en el momento de la tribulación. —Me gusta esto, lo usaré con más frecuencia.

Yo conocí esa voz. Me volví para enfrentarme cara a cara con el reverendo Périmo riéndose. Él tuvo algo que ver con este desastre. No sé cómo lo sabía, pero sentía esto con cada respiración. — ¿Tú hiciste esto?

— Por otra parte todas esas maldiciones caerán sobre ti, y te perseguirán y te alcanzarán hasta que te hayan destruido porque tú corazón no sigue la vía del Señor nuestro Dios. —Es pegadiza, ¿verdad? El Todopoderoso entrega rápido el castigo a los que no hacen los que les dice. Más gente debería tener eso en mente.

— ¿Tú has hecho esto, no?— Sentí un tirón inexplicable de energía. Detrás de mí, en algún lugar del vagón de tren, había una persona moribunda. Más de una. La sensación de que alguien me necesitaba era cada vez más reconocible.

Périmo me agarró del brazo, y susurró febrilmente. — Los pensamientos de los malvados son una abominación del Señor, pero las palabras de los puros son palabras agradables... El Señor está lejos de los impíos. — ¿Crees que el Creador oirá cuando llores, Meridian?

—Déjame ir—, le empujé, tirando todo mi peso sobre él, y se alejó, sin detenerse hasta llegar a la entrada del vagón.

— ¡Todavía te tengo!— gritó él a la noche.

Varios voluntarios estaban rompiendo las ventanas de los vagones. Subí al lado de un vagón utilizando los desechos como escaleras para llegar a una entrada en la parte superior, ya que el vagón estaba sobre su costado. Vi formas en la profundidad abismal del fondo.

Usando la barra de sujeción como un bombero, me deslicé por la escalera en la oscuridad y el humo. La goma quemada y el olor a desechos humanos cortaron mi respiración.

Inmediatamente, olas y olas de nostalgia me golpearon. Más almas de las que podía contar me empujaron. Esto era como un concierto de rock y en la primera fila tratando de tocar a la estrella. Yo.

Cerré los ojos y me aseguré de que la ventana que yo había imaginado estaba abierta. El viento se elevaba a través de las cortinas con la fuerza de un huracán. El paisaje de la ventana era como un trompo con furia ya que cada alma trataba de hacer su propia cuenta. Abrí los ojos con rapidez, antes de que estuviera demasiado mareada para moverme.

Los gritos y alaridos fueron ahogados. —Ayúdame, por favor. — Una mano se levantó en la oscuridad y los dedos de una mujer se movieron como si los agitara.

Instintivamente, cogí su mano. Incapaz de ver el resto de ella que yacía debajo de los montones de escombros. El contacto me aspiraba como una corriente al fondo. Ella tenía miedo, temor a morir. No quería irse. No sabía qué hacer ni que decir. La Tía no me había dicho que hacer con las almas inciertas. Me sentía como si la mujer me quisiera empujar a mí en su lugar. Nosotras luchamos en mi habitación porque ella no quería irse. Seguí luchando por sacarla por un largo tiempo, el suficiente para recuperar el aliento, hasta que ella tiró fuertemente otra vez y yo me quebré.

Capítulo 28

La espanté y contuve mi respiración. Hablé calmadamente, luchando por mantener la cordura. Los otros voluntarios eran sobrevivientes envueltos en sabanas blancas tratando de curar sus heridas abiertas. Me enfoqué en la muerte desde que se supuso que esa sería mi especialidad. Otra persona herida mortalmente me agarró de la pierna, mi visión se nubló, y el vértigo me golpeó a la velocidad con la que un hombre salta por la ventana a su playa favorita en Hawai.

Líquidos viscosos goteaban sobre mí, el olor de la orina humana y el azufre se apoderó de mí. Me incliné, Me sentía mareada y desorientada. Visualicé la ventana y traté de sentir la fresca brisa en mi cara.

—Saquen a mi bebé— Me moví cuidadosamente porque no podía estar de pie en el vehículo volcado. Mis manos estaban empapadas con lo que yo estaba seguro que era una mezcla de sangre y otros líquidos que no quería pensar. Le arranqué una maleta a una mujer. Ella fue puesta en una cuña grande de metal que podría haber sido una puerta, pero ella estaba consciente y alerta, sostenía a un niño que parecía haber muerto desde hace tiempo, Ella trató de levantar el cuerpo del niño hacia mí y con su último aliento dijo. — Por favor...

Yo estaba en uno de esos vehículos blindados con cristales de vista panorámica, el vidrio estaba cuarteado pero no roto completamente, Me incliné hacia atrás y di patadas contra los cristales, el cristal inastillable gimió. Pateé de nuevo. El aire fresco y la ayuda estaba en el otro lado de la ventana. Mantuve mi visualización y otra alma paso a través de mí.

Por último. Hice un agujero. El humo y el calor derramado como el aire, el frío rugió, agarré un abrigo y lo envolví alrededor de mi brazo para ensanchar el agujero para que fuera lo suficientemente grande para que pase una persona, Agarré el bebé, mi mano tocando la mano de la madre.

—Gracias—, dijo, y se fue, dejándome con las impresiones fugaces de la canela y la música de Bob Marley.

La energía del bebé también había desaparecido, y me sentía en paz ya que la mujer se encontró con un hombre joven en uniforme en el otro lado. Tosí y salieron, fragmentos de vidrio y metal. Cuidadosamente envolví al bebé en

otra sábana y lo coloqué sobre la tierra, lejos del coche. Gritos y sirenas, gritos y el rugido de fuego llena mis oídos a rebosar. Traté de buscar con la mirada a Tens. Yo me preguntaba dónde estaba, qué estaba haciendo. Jadeé el aire limpio. Quería vagar hasta que me sintiera inmaculada y entera de nuevo, pero no lo hice.

Los bomberos y los vecinos estaban haciendo lo mismo en otros coches a mi alrededor, algunos, incluso trabajaron junto a mí. Había tanta necesidad inmediata y muy pocas para ayudar. No hay suficientes de nosotros para hacer una pausa durante mucho tiempo. Me di vuelta y regresé por el agujero que había hecho en la ventana. De las personas en ese coche, muchos fueron murieron, otros estaban gravemente heridos.

No sé cuántos viajes hice. Los suficientes como para que mi pila de capas y mantas que cubrían a los muertos comenzaran a tomar forma y vida propia. Una pequeña montaña que imitaban la montaña Sangre de Cristo que nos rodeaba. Hicieron a un lado el equipaje y los desechos, así que podía ver claramente a los pasajeros que aún necesitaban ayuda. El tren debió estar completo de viajeros que terminaban sus vacaciones.

—Mi pierna está rota. Sácame de aquí—. Un hombre me agarró, y por primera vez desde que había llegado hasta allí, sentí sólo su desesperación y miedo, no una necesidad de transición. Debía de pesar más de doscientas libras y más de seis pies de altura. Él continuó, —yo te ayudo. Puedo usar una pierna. Puedo empujar con ella. Soy claustrofóbico, no sé cuánto más podré aguantar. Está muy oscuro aquí dentro.

Yo asentí. —No sé cómo hacer que esto no duela.

Trató de sonreír. —El dolor significa que estoy vivo. Sólo ayúdame a salir de aquí.

Me abracé a él, mi pecho contra su espalda. —Está bien, al contar tres empuja y saldremos de aquí—.

Él asintió con la cabeza.

—Uno—. Yo encajé mis pies contra una superficie sólida que pude encontrar y me aseguré de que no hubiera nada en mi camino hacia el agujero que se había hecho cada vez más grande con cada viaje. —Dos—. Se preparó dando un gran respiro —Tres—. Lo dijimos juntos y nos caímos entre la nieve y el fango, mi espalda y mi cabeza absorbieron el impacto del aterrizaje. Fragmentos de vidrio se enredaron en mi cabello, como cristales de hielo y

sentí el calor chorreando por mi espalda. Yo no estaba segura de si era sudor o sangre. Probablemente ambas cosas. El hombre derramó un gemido de dolor a nuestro alrededor, pero era fuerte y lleno de vida.

Con la ayuda de la adrenalina, tiré de él hacia un lugar despejado, cogiendo sabanas que momentos antes habían estado cubriendo los ojos de los muertos. Hice una pelota con una y se la puse debajo de su cabeza, y luego envolví otra sobre su torso y las piernas. Deseé haber tenido formación médica. —Esto es todo lo que puedo hacer.

—Encuentra a mi esposa. Por favor.

Yo asentí. Mis piernas se sentían como fideos aguados. Tosí, me di la vuelta y me zambullí de nuevo en el caos.

En el transcurso de las siguientes horas se unieron más personas a ayudar. Ellos encontraron a la esposa del hombre, tres adolescentes y varios niños. Los paramédicos ponían en camillas a los vivos para lograr de salir de allí lo más rápido posible, pero los muertos superaban por mucho a los vivos. El Reverendo Pérímo se inclinó sobre varios de los heridos. Parecía estar rezando, pero el pelo en la parte de atrás de mi cuello se me erizo. No podía sentir la muerte, pero les cerró sus ojos y siguió adelante. Con la próxima víctima.

Un camión cisterna combatió solo las llamas que se hacían cada vez más grandes. Yo levanté mi cabeza para ver.

— ¿Estas herida?

Me tomó un momento darme cuenta que un rostro se acercaba a mí con preocupación. Un bombero con el rostro ennegrecido por el hollín y la sangre se inclinó sobre mí.

—No—, dije con voz ronca.

— ¿Puedes caminar? Tienes que salir de aquí. ¿Ves esos vehículos? Muévete hacia ellos. Y Señaló un campo de fútbol un poco más lejos.

—Hay más gente—. Dije. Sentía olas de calor, una tras otra, pulsando como un latido del corazón, de la cola del tren.

—Lo sé. Regresaremos de nuevo, por ahora, sin embargo, un par de tanques podría estallar en cualquier momento. Tienes que salir de aquí—. La cara del bombero reflejaba el dolor que sentía. Estaba seguro de que no estaba acostumbrado a alejarse de los más necesitados.

En la distancia, vi el reverendo Pérímo desaparecer en el humo. No fue detenido por nadie.

— ¡No podemos dejarlos!— Exclamé, luchando contra el fuerte dominio del bombero.

—Tenemos que hacerlo. — Me agarró y me tiró encima de su hombro, me llevó lejos de los escombros.

De cabeza, vi la tierra revuelta roja y oscura. Entonces el mundo se volvió negro y desaparecí con él.

— ¡Meridian! ¡Meridian! — La voz de Etta vino a mí como el telón de fondo del Armagedón. Estábamos en el infierno, y una tortuga marina me contaba sus secretos. Pero yo seguía oyendo mi nombre y me confundió.

Abrí los ojos para ver a Tens a pulgadas de mi cara.

Él sonrió. —Estás despierta

Yo asentí, arrastrando la máscara de oxígeno que me cubría la cara.

—Necesitas el oxígeno por todo el humo que inhalaste.

—Estoy bien. Vamos a casa—. Yo quería espacio para pensar acerca de lo que vi.

—Hay vidrio por todas partes. ¿Necesitas que yo te cargue?

—No. — Dije. La adrenalina del accidente me llevó a un abismo y empecé a temblar. —Tenemos que volver—.

No dejarán a nadie acercarse, hay un derrame de químicos. No vamos a hacer ningún bien a la espera de la periferia—. Tens me ayudó. —Quédate conmigo. Meridian. No sabemos cómo te van a afectar las muchas almas todavía. Quédate despierta. —Háblame—. Escuché a Tens deslizarse al lado del conductor de la camioneta y la arrancó. — ¡Háblame!—, me ordenó.

—Etta dijo que debía aprender la lección—, murmuré.

—Uh. ¿Qué más te dijo?— El aceleró en una curva tan rápido que me apretó contra la puerta. Yo no pude contener un gemido.

—Lo siento. ¿Qué ha dicho?

Luché por mantener los ojos abiertos, pero mi cerebro se sentía drogado y ofuscado.

—Un regalo. Se llevó el miedo.

— ¿En serio? ¿Qué más? —, Gritó. Tan fuerte.

— ¿Uh-huh?

—Hug—. Mis palabras no concordaban con mis pensamientos.

— ¿Hug?

—No

Me dio una palmada en la mejilla, bromeándome.

Si. Périmo es malo. Robó a Celia.

—Un momento, que estamos casi en casa. — Tens debe haber corrido a exceso de velocidad como un piloto de carreras.

Golpeó una señal de alto y se disculpó cuando me gritó. —Lo siento, lo siento.

— Me llevó a la casa. —Vamos a limpiarte—.

—Bien. Estoy bien. — Las palabras fluyeron en murmullos y gritos.

Sentí el dolor y unas manos suaves, pero el resto de la noche se deslizó por el olvido en agua caliente y resurrecciones.

Capítulo 29

Memento te mortalem esse sed vim in perpetuum durare. (Recuerde que eres mortal, más la energía vital es para siempre.)

Luca Fenci.

Me estiré como un pollo en el sol sin necesidad de abrir los ojos. Tenía la cabeza despejada y luz en mi corazón. La olí, olí el humo e hice una mueca con el hedor.

—Lo siento. No hay ducha todavía. — Tens aparto el cabello de mi cara. — Estas despierta.

Parpadeé. —Lo estoy. ¿Te quedaras conmigo?

—Has dormido más de un día completo.

— ¿Cómo está la tía? ¿Qué día es hoy?

—Esta dormida. Es la víspera de año nuevo. — Sentí que había más detrás de sus palabras.

— ¿Lo que me estás diciendo es? ¿Está viva no?

—Ella respira.

—Quiero verla, decirle algo al respecto.

—Por supuesto, en un minuto. Consigue un mejor aspecto.

Me frote los ojos y me limpié la baba de mi mejilla. Olfateé. — ¿Eso es miel?

— Si. Ella solía decir que funciona mejor que la crema antibiótica, además de que los osos te comerán primero. — Regresó cuando me senté, los botones nadaban de abajo a arriba en la camisa de un pijama. —Estas son los pijamas viejos de Charles. No pensé que te gustaría algo demasiado pegajoso. Aparte de un par de pequeños cortes en la espalda, el de la mejilla, y las rodillas heridas, no saliste gravemente afectada.

—Ok. — Sentí una extraña intimidad con él. Como si hubiésemos viajado más allá de donde quiera que empezásemos y ahora éramos dos personas unidas.

—Iré a ducharme ahora. No quería dejarlas solas al mismo tiempo a la vez. — Las ojeras que tenía me hacían preocuparme.

Asentí. Me sentía fuerte por haber entrado sin la tía y triste por la misma razón.

— ¿Y Custos?

—Mucho mejor. Ella pidió salir a correr esta mañana.

—Ok. — Tens abrió la puerta del dormitorio y salió.

— ¿Tens?— El empujo su cabeza hacia atrás.

—Gracias. — Era la palabra más inadecuada que sentía por él. Él era firme y sólido y siempre parecía estar allí para mí.

Me sonrió con una sonrisa traviesa y desequilibrada. —Sí. — Luego desapareció.

Levante de nuevo las almohadas, seguro que debo moverme, pero yo no quería disolver el calor de mi estómago. No estaba segura de por qué me sentía tan bien, pero no quería ponerlo en duda. Hasta que me acordé de los comentarios del reverendo Périno y lo imaginé arrebatando el alma de Celia al infierno.

Capítulo 30

La tía no estaba en su habitación cuando fui a verla. — ¿Tens?— Le grité en el pasillo, sin saber dónde podría estar. Fui corriendo a la escalera, mirando en cada habitación, mientras pasaba. — ¿Tía?—, Grité.

— ¡Meridian!— Tens me agarró cuando tropecé.

Una mirada a su cara y yo sabía que no estaba tomando el té en la cocina, sintiéndome como la lluvia sobre el trigo. —Dime—, le pregunté, inclinándome sobre la escalera.

—Cuando llegamos a casa se había ido.

— ¿Ido a dónde?

—A la torre del ático.

— ¿Por qué?— Una sensación de vacío acompañó a mi pregunta.

—Es hora. Pronto—.

Corrí a la torre, sin aliento y jadeando. No había recuperado la claridad totalmente desde mi trabajo en el accidente. Allí estaba ella, escondida bajo una pila de mantas, durmiendo. Su respiración era uniforme aún, pero no se despertaba, no importaba lo fuerte que le grité o le suplique. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas sin control.

—Meridian, aquí. — Tens me entregó una carta y un paquete envuelto en una rosa impresa de franela.

Yo no lo quería abrir. Yo sabía que era su edredón. Abriéndolo y llevando la historia de su vida en mis manos, me gustaría aceptar su muerte. Abrí la tarjeta, la letra de la tía se parecía a la escritura y bucles de mi madre. En unas pocas semanas, mi vida se había vuelto del revés.

—No puedo—. Le entregué la carta a Tens.

La tomó y la leyó en voz alta.

—Querida niña, has llegado tan lejos, tan rápido. Parece que fue ayer cuando yo tenía dieciséis años, el mundo tan grande y desconocido. Estoy aquí sentada con las manos, que ya no son capaces de marchitarse de forma legible, no queriendo más acolchar una puntada. Mi espíritu está cansado. He hecho lo que vine a hacer en esta tierra, así que lo dejo, y todas sus posibilidades, a ti. Tienes un fuerte aliado en Tens, confía en su alma. Aprende de tus errores y de tus logros. Subí aquí, a la sala que Charles diseñó para mí, para estar tan cerca como

sea posible del cielo. Estoy lista para una fiesta, sólo quisiera que Charles pudiera estar a mi lado. Te veré y te amaré desde dondequiera que esté. Este es mi edredón de cumpleaños final para tí. Por siempre, la tía.

Tens cerró la tarjeta y me apartó la franela para desplegar la manta. Jardines de rosas, llenó el frente con una réplica casi perfecta de la casa. Las fronteras estaban llenas de aviones y líneas generales de los países. Las palabras y las recetas fueron bordadas en la tela. Retratos de personas y pilas de libros se intercalaron con minis edredones hechos de pequeños trozos de tela. Fue la cosa más hermosa que jamás había visto.

—Ojala le hubiera dicho acerca de Charles.

—Así que díselo. Ella no se ha ido todavía

—Pero ¿puede oírme?

— ¿Acaso importa?

—Oh. Tía, Charles no te dejó. Él te está esperando. Él dijo que te dijera uno cuatro tres.

Nos quedamos con ella en la habitación del ático que había reclamado como su lugar de descanso final. Había esperado toda su vida por esa fiesta en el cielo. Así que nos sentamos en el parapeto de la parte superior de la casa grande y antigua. Tens planto un calefactor y nos envolvimos en pilas de mantas, tan viejas que estaban amarillentas y desgastadas. Podía oír su voz en mi cabeza:

— *¿De qué sirve un edredón si no se está utilizado? Al igual que una vida sin utilizar. Están destinados a ser exprimidos y deshilachados en los bordes. Esa es la forma de las cosas. Siempre ha sido así. Siempre lo será.*

Sostuve su mano. Sus dedos estaban torcidos y retorcidos como las raíces de los árboles más antiguos del pantano. Raíces, no quisquillosas, de los árboles que crecían en los parques bien cuidados y que no entienden del lío de la vida. Estas eran las raíces que obligaron a crecer alrededor y hacia abajo, y a través, para sobrevivir. Los árboles me recordaron a la tía. Se ponía de rodillas en el fango y gestionaba el no perder nunca la esperanza o su inocencia.

El tiempo de cada respiración se redujo. Su pecho subía y bajaba. Sus párpados se agitaron. El sol se elevaba en el cielo y cayó de nuevo en el horizonte. Esperé, lista para visualizar mi ventana, para ver a Charles en el otro

lado, para dejarla ir y asegurarme de no enredarme. Traté de mantener mis inseguridades apartadas. ¿Puedo dejarla ir? ¿Puedo quedarme en este lado? Pensé de nuevo en antes de mi cumpleaños. Yo no sabía si estaba empezando con tanta esperanza en la humanidad como la tía se estaba muriendo. ¿He prestado suficiente atención? ¿He aprendido las historias lo suficientemente bien como para recitarlas en detalle en vivo, con el vibrante detalle que ella hizo? Una parte de mí siempre había sabido que estaba allí. Detrás de mí. Estabilizándome. La protección contra el viento de las terribles tormentas.

¿Y ahora?

Ahora tengo que encontrar mi fuerza por mi cuenta. ¿Estaba lo suficientemente fuerte para esto? ¿Me gustaba serlo?

Tens me entregó un plato con un bocadillo y una manzana cortada. — Meridian, tienes que comer. Y no te has duchado desde el accidente de tren. No podía quitar los ojos de la boca de la tía. Abrir. Inhalar. Cerrar. Exhalar. Una respiración. Un latido del corazón. Esperé a la siguiente. —Tengo miedo de salir de la habitación. ¿Qué pasa si no estoy aquí? Tengo que estar aquí.

—Va a suceder como se supone que debe ser.

Yo parpadee. —Eso es muy Zen.

Tens pisoteó en mi espacio, se inclinó y aferro mi cara.

—Poniéndote enferma no vas a ayudar a nadie. Tienes que ser fuerte para que no...— se interrumpió, ahuecando mi cara con sus manos, así que tuve que mirarlo. Tuve que mirar en esos ojos infinitos y asombrosos y ver el reflejo de una niña que no sabía nada más. —El mundo te necesita. — Apoyó la frente contra la mía con lágrimas cayendo de sus mejillas en la mía. —Te necesito, Meridian.

Suspiré y me apoye en él.

— Te quiero. ¿No lo sabes? — El había cerrado sus ojos con su confesión.

Me soltó la mano de la tía y envolvió mis brazos alrededor de él. Enterré mi rostro en la curva de su cuello e inhale el jabón, los bosques y el lobo al que siempre olía. Tire y busque en su expresión. Cerré mis ojos y tome aire en torno a mis lágrimas.

El código secreto de Charles de —Te quiero— pasó por mi mente. Sonreí cuando me llegó, —uno cuatro tres también, — Lo sabía al oír esas palabras salir de mi boca. Yo sabía lo que había escuchado. Que aunque no hubiera

recibido todos los detalles, sabía lo suficiente de la sabiduría para seguir adelante. Yo sabía lo suficiente de la tía para hacer el edredón por mí misma. Tens alzó las cejas. —Wow, una ecuación matemática. Eso es romántico.

Yo me reí, dando un paso atrás. —Yo también te quiero.

Era como si la vida estuviera en equilibrio, tartamudeaba, y se trasladaba hacia delante de nuevo. Como un reloj de pared que frena un latido del corazón, y a continuación, marca como normal. Sin embargo, una parte de mí esperaba que la tía abriera sus ojos y aplaudiera nuestro joven amor.

— ¿Pequeña?

Cerré los ojos y los abrí. Yo estaba en mi habitación, de pie junto a la tía. A través de la ventana, vi una multitud de personas en pie, corriendo, saltando hacia nosotros, llenos de alegría. El cielo era el azul brillante de los ojos de la tía y el sol era cálido y suave, donde sus rayos caían sobre nosotros a medida que nos situamos en la ventana. Los pétalos carmesí llovieron del cielo como confeti, y Charles lideró el grupo con los brazos abiertos.

—Él te esperó.

—Te he oído. ¡Gracias, pequeña! Esa es tu familia en la distancia. Generaciones de nosotros. Excepto los pocos Fenestras que han renacido. Un día, espero que nos volvamos a encontrar. Es el momento.

Yo asentí, abrazándola, dispuesta a dejarla ir.

—Cuida de tu novio, ¿vale? No estás sola. Estaremos ahí contigo. Tienes la fuerza de la luz de tu lado, ¿me oyes? Me gustaría haber sabido decirte como luchar contra el Nocti. Pero la confianza del amor, la luz, la vida. Me has hecho estar orgullosa. Ahora termínalo — Se marchó de la ventana y alcance detrás mío algo para encenderla como cerrarla. Abrí los ojos. Estaba aferrada a la mano de Tens. Mis nudillos blancos y las uñas dibujando sangre en la parte superior de su mano.

— ¿Qué pasó?— Tens preguntó cuando mis piernas se derrumbaron. Él me bajó con suavidad en una silla.

Me volví a la tía. Su boca no se abría, no se cerraba, no se movía.

— ¿Se ha ido?— La pregunta de mi corazón reflejada en mi voz.

Tens buscó el pulso en su cuello. —Se ha ido.

Parte de mí no había pensado que podía resistir la atracción y la estancia en este mundo.

Tens me atrajo hacia él. —Lo hiciste. Sabía que podrías.

—Sé lo que hiciste. — Vi la luz de la lámpara de la mesilla saltar y bailar contra los pedacitos minúsculos de tela de color caramelo. —Eso es lo que ella estaba esperando, ¿no? No hubo asuntos pendientes. Estaba esperando a que yo me decidiera—. Y yo había escogido el amor. Había escogido la vida. —Tens Yo...

Un aullido subió desde el patio, asustándonos a los dos. Y luego otro, más allá de un campo. Entonces, un grupo parecía tomar el coro.

—Esa es Custos, ¿no?— El sonido de los automóviles se acercó, ahogando a los coyotes. — ¿Qué día es hoy?

Tens se convirtió en un frenesí de actividad, pero no me respondió.

—Es la víspera de Año Nuevo, ¿no?

—Meridian, ten tu bolsa. Tenemos que irnos.

— ¿Irnos? No podemos irnos. ¿A dónde vamos?

Capítulo 31

22 de diciembre de 1835. Divisé el rostro de una querida amiga Fenestra ayer. Ella ahora camina como uno de ellos. A su lado estaba su protector, su amante, él también se había vuelto oscuro. El Nocti crece más fuerte gracias a nuestras debilidades y yo no sé como batallar contra ellos. Jemo encontrarme frente a uno, cómo yo no temo nada en el mundo.
Jocelyn Wynn

— ¿Has oído eso?— Tens sacudió mis hombros. — ¿Lo hiciste?

—Es la gente. Ellos gritan. — Miré al techo. Este no estaba bailando alumbrado, eso eran llamas.

—Tenemos que irnos. ¡Ahora!— Tens pasó la mano sobre la frente de la Tía, como un último gesto de despedida.

—No podemos dejarla aquí. Estos son solamente gente de la iglesia. Ellos no nos harán nada. Solo quieren asustarnos. ¡No la dejaré con ellos!

—No, Meridian. La Tía me hizo prometérselo. Ella sabía que nunca dejaría esta habitación. Piensa sobre eso. ¿Ella dijo algo sobre los servicios o el entierro?

—Pero eso es porque ella sabía que yo no estaba dispuesta a escucharlo.

—No. Ella sabía que nunca dejarías esta habitación. Pero nosotros tenemos que hacerlo.

Un rugido del viento maldijo y sacudió las ventanas. —Esto es humo—, olí el aire. — ¿Han quemado otra flecha en el césped?

Tens me agarró del brazo. — ¿Confías en mí?

—Pero...

— ¿Confías en mí?—, preguntó de nuevo.

—Sí—. Agarré mi bolso y toqué la mano aun caliente de la Tía por última vez.

— ¿A dónde vamos?

—Sígueme—, ordenó Tens.

—Espera tengo que

—No tenemos tiempo.

Arrastré mis pies cuando vi danzar las llamas a lo largo de la galería debajo de nosotros. Un ruido de rotura y una ovación de violencia intensificaron el olor del fuego.

—Necesito tu cesta. Ahora también soy costurera. Y el diario. — Esta es la conexión más tangible que tenía con las Fenestras, lo único que conocía de las Fenestras.

—Seguro. Ya tengo la cesta. El diario esta en tu mochila—.

— ¿Qué?

—La Tía. Ella lo sabía, yo la escuché. Vamos. — Tens me sacudió para llamar mi atención.

Pasé mis brazos a través de las correas de la mochila y la enganché mientras Tens pasó sus manos por debajo de una pila de mantas que se amontonaban en los estantes del armario de la esquina.

—Hay una cerradura por aquí.

Comencé a empujar a un lado los edredones de los estantes. El fuego rugió hambriento y la gente de fuera cantaba himnos a todo pulmón. Alguien gritó:

— ¡Y las brujas se quemarán fuera de la tierra prometida!

—Aquí está. — Cuatro carretes vacíos de hilo decoraban la parte superior de la estantería como decorados con pan de jengibre, igualmente espaciados.

—Mierda. ¿Cual es el código? Ella me lo dijo. Meses atrás. ¿Qué demonios era?

— ¿Hay un código?

Se volvió hacia mí. — ¿Qué has dicho antes? Del te quiero, ¿Qué fue?

—Uno-cuatro-tres—.

—Eso es—. Tens presionó el primer rollo en la parte superior de la unidad hasta que desapareció. Luego apretó el cuarto, y el tercero y finalmente, escuchamos un estallido. Un olor a humedad explotó en la habitación.

— ¿Escaleras?

Tens encendió la linterna y me cogió de la mano. —Confía en mí.

Yo asentí. En la planta baja, otra ventana se rompió y los pasos sonaron en el primer piso. Tens cerró la unidad detrás de nosotros. Cuando oímos un click, supimos que estaba bloqueada. ¿Ellos pensarían en buscar nuestro pasadizo secreto?

Bajamos por las escaleras tan rápido como pudimos, descendiendo en una espiral de hierro y madera. Los ruidos se hicieron más fuertes y el humo comenzó a filtrarse a través de las grietas en la rampa. Esto requirió toda mi fortaleza para no toser, pero mis ojos se humedecieron.

Una voz gritó por mi hombro. —Mira en el refugio para las tormentas. Ellos están aquí en alguna parte. Encontrarlos.

Me volví a Tens presa del pánico. Él colocó suavemente un dedo sobre mis labios. Confianza. Confianza. Confianza. Con cada latido del corazón sentí esa palabra. Ralentizamos el paso, rogando no hacer ruido. Pasamos por el tercer y el segundo piso, por el primero y entramos en el sótano.

Yo no sabía donde estábamos, o cuanto tiempo tardaríamos en salir fuera. Apreté la mano de Tens y se volvió hacia mí. —Casi estamos.

Me apreté contra la espalda de Tens, imitando sus movimientos. Por un largo túnel.

—Ya llegamos. Ahora es seguro hablar, no nos pueden oír.

Miré a mí alrededor. — ¿Dónde estamos?

—En el viejo mantenedor. El curso de un riachuelo pasaba justo por delante.

— ¿Un riachuelo? Esto es parecido a un campo de fútbol fuera de la casa.

—Correcto

— ¿Cómo?

—Habrá más tiempo luego para explicaciones, pero ahora tenemos que seguir moviéndonos. Todavía no estamos seguros.

Escuchamos chapoteos en el agua delante de nosotros. Tens apagó la linterna y me la entregó. Se agachó y sacó un arma de una funda en su tobillo.

Los pasos se acercaban. Al igual que el jadeo. Y, finalmente, un gruñido de Custos a modo de saludo. Encendí la linterna y me arrodillé. Ella lamió mi cara.

Me volví a Tens mientras el enfundaba la pistola. — ¿Eso es un arma?

—Sí

— ¿Tienes que...?— Me interrumpí incapaz de decirlo en voz alta.

—Por supuesto. — Él me miraba de la misma forma en que todo guerrero mira a los más pequeños y desvalidos que han de proteger. No me gustó su expresión. Yo no podía ayudar en nada, y estaba en la necesidad de ser rescatada. Abrí mi boca, pero él me pegó contra él. —Sé como disparar. He cazado por años. Un arma es más eficiente que los arcos y las flechas, sobretodo cuando se tiene hambre.

— ¿Apretaría el gatillo para protegerte? Absolutamente. ¿Dejaría que apretaras tú el gatillo para protegerme? Claro que sí. Pero, ¿tú sabes disparar? ¿Alguna vez usaste un arma?

—No.

—Así que, si esto es algo que yo sé hacer y tú no, no hay nada sexista en esto—es inteligente.

Yo asentí. Él tenía razón, aunque yo odiara admitirlo. —Cuando esto termine, me enseñaras, ¿verdad?

—Claro. Incluso te dejaré despellejar y destripar la cena—. Él sonrió.

—Gracias—. Mi estomago rodó con el pensamiento.

Custos se puso a caminar con nosotros, de vez en cuando corría delante y luego nos esperaba. Sus orejas nunca dejaron de moverse y su nariz se inclinaba hacia arriba para capturar los aromas que flotaban en el aire. Llegamos al final del túnel y Tens empujó contra un manojo de ramas hasta apartarlos lo suficiente para que nosotros pasáramos a través.

— ¿Cómo cruzó Custos por ahí?— Le pregunté cuando nosotros salimos del lugar donde nos camuflábamos. Estábamos bajo el enorme puente de piedra curvado que yo había cruzado el primer día.

—No tengo ni idea. Vamos—. Tens agarró mi mochila y mi mano. — Tranquila—.

Él se movió por debajo del puente, que retumbó con las llamas frenéticas y los ecos de los gritos fanáticos en un idioma que yo no entendía.

La gente vestida con largas túnicas blancas, corría en la distancia. Me di cuenta que uno se mantenía al margen y dirigía a los demás. Cuando la luz del fuego se reflejó fuera de su ropa y su cara, éste desapareció en la oscuridad. Las piezas encajaban y supe que esto no se trataba de brujas, sino de Aternociti contra Fenestras. Pérmo se había posicionado en una comunidad que estaba desesperada buscando respuestas, y en lugar de esperanza él los había alimentado con culpa.

El puente nos ofrecía un poco de abrigo, pero el calor del fuego era tangible, incluso desde allí. Oímos el estruendo de un trueno, mientras el fuego arrasaba la madera y la piedra de la casa a la vez. Granizo y nieve se enfrentaban con el viento caliente, como si la tierra estuviera lidiando con un conflicto mayor.

Dejé que el frío de la piedra pasara a través de mi abrigo y de mi espalda, manteniéndome conectada a la tierra y en el ahora. Recordé como meses atrás yo me había tropezado y arrastrado a través de esta estructura, sin estar segura de lo que me esperaba en la casa. Ahora, me partía el corazón y el dolor me inundó—la casa, el amor, las historias. La Tía— todo reducido a un montón de cenizas.

Gracias a Dios, la estructura principal de la casa era de piedra, de lo contrario nosotros no habiéramos podido salir de allí. El humo negro salía, y la gente estaba muy cerca, el sudor y el hollín en nuestras caras nos hacía parecer como si hubiéramos escapado por una mina de carbón. A medida que nos alejábamos, mantuvimos nuestra cobertura en la línea de los árboles, reconocí las caras del servicio de la iglesia, pero también había otras, los que, como Pérímo, absorbían la luz alrededor de ellos. Versículos bíblicos eran intercalados con proclamaciones guturales y lo que solo puede adivinar que eran maldiciones.

La lluvia helada se evaporaba antes de llegar a pocos metros del fuego, pero esto cubría otros ruidos, mientras golpeaban los árboles y los coches de la carretera. El calor del fuego se profundizó por el clima inusualmente cálido que fundió una gran cantidad de nieve y elevó el nivel del arroyo, sus salpicaduras y goteos cubrían nuestros pasos y el aroma. Custos lideraba el camino.

Luché por mantener la misma voluntad racional y las grandes zancadas de Tens. Las sombras y la luz del fuego se oscurecían detrás de nosotros, los gritos y las altas temperaturas se desvanecieron.

Todavía caminábamos con dificultad. Nos dirigimos en la dirección opuesta a la que me había perdido tratando de encontrar a Celia, pero todos los bosques me parecían iguales. Grandes gotas de agua caían sobre nosotros desde los árboles de arriba, pero el granizo o bien había dejado de caer y no era el suficiente para pasar a través del follaje para hacernos daño. El frío que había congelado mis pulmones por días había desaparecido, reemplazándolo por una frescura que me despertó y me mantuvo de pie.

Tens se detuvo a examinar. Me choqué con su espalda, mis ojos bajados centrados en cada paso. —Lo siento—, susurré.

Él sacudió la cabeza, cortando mis disculpas.

Me quedé inmóvil detrás de él, preguntándome que estaba escuchando. El bosque no estaba tranquilo, pero tampoco era ruidoso. ¿Cómo diferenciaba los ruidos de los que preocuparse?

—Nosotros estamos bien—. Se volvió hacia mí. — ¿Correcto?

—Correcto.

—Ya casi llegamos. ¿Puedes continuar?

— ¿O tú me llevaras?—, pregunté con un asomo de una sonrisa.

Evidentemente, no sabía que estaba bromeando. —Saqué algo del tren, así que mi espalda estaba algo dolorida. No creo que pueda...

—Entonces dame mi mochila—. No necesitaba ser mimada. Sé que fui un desastre cuando llegué aquí, pero ya estaba cada vez mejor. Más fuerte. Saludable.

— ¿Estas segura?—, Tens preguntó, agitando la linterna sobre mi cara. Él me entregó mi mochila.

—Realmente no te ves muy bien—, le dije, estudiándolo con la poca luz de la linterna.

—No es nada—, desestimó. —Tendré chocolate caliente y ropa seca cuando llegue allí—.

—Eso es una motivación. Prosigamos—, le sonreí.

Caminamos. Tens de vez en cuando se detenía, apagaba la luz y escuchaba. Él tropezó una o dos veces, a diferencia de su agilidad normal, pero los dos estábamos agotados.

Finalmente, giramos en un profundo cañón lleno de abetos Douglas y helechos. Con el montón de nieve que se había deslizado por el lado de los acantilados, se había creado un túnel de hielo y nieve que nos rodeaba. Esta será una azul y fría mañana.

Custos gimió y nos esperó.

—Yo cavé este camino. Esto está resbaladizo pero es bastante estable. No esta muy lejos y hay una cueva en el otro lado.

— ¿Cuándo? ¿Durante todos los recorridos y mandatos?

Tens apretó mi mano. —Espera a ver. Esto será como el hotel Hilton de cuatro estrellas de tus sueños.

— ¿De veras?— Me reí. Mis estándares seguramente hubieran caído si una cueva y un complejo hotelero se podían comparar en la misma frase.

—Realmente—. Él se agachó, siguiendo a Custos. Levantó una rama al final del túnel, y luego empujó contra una puerta que parecía ser de roca, pero que era claramente más ligera. El dio un paso atrás. —Las damas primero. Me entregó la linterna, que brilló en el oscuro agujero, zambulléndose hacia abajo. Custos me sobrepasó y me ladró una bienvenida que nunca había oído en ella antes. Yo me quedé boquiabierta, sorprendida por lo que me daba la bienvenida.

Capítulo 32

— ¡Mierda Santa!— Dejé mi mochila y me quité el abrigo empapado. La temperatura en el interior era increíblemente acogedora.

Tens presionó un interruptor y varias lámparas colgadas del techo se iluminaron. Las señalé.

—Baterías arregladas—. Se encogió de hombros.

Las paredes de roca estaban decoradas con pinturas antiguas, como las que había visto sólo en los libros. Pinturas con las grandes lanzas, y animales. Una alfombra oriental, antigua y noble en color borgoña y tonos azules adornaban el suelo de roca. Los estantes hechos de ramas sostuvieron los libros, baratijas, y un montón de mantas de la tía, una vara echa de un árbol sostuvo una cortina que reconocí idénticas a las de la biblioteca. — ¡Esto es increíble!

— ¿Este lugar?

Me di cuenta que todas las gotas de agua estaban sobre un pedazo de linóleo.

—Por favor, quítate las botas en la sala—. Tens esbozó con una sonrisa, claramente complacido con mi alegría.

Me agaché y tire de los cordones mojados hasta que cedió, entonces yo me quité las botas.

—Su escondite, mi señora. — Tens también se quitó su abrigo y los guantes. — Sobrecalentada por la energía geotérmica y la batería en muy raras ocasiones con su gran potencia, pero tiene que estar muy por debajo de cero para que eso sea necesario. Las toallas están a tu izquierda. Quítate esa ropa mojada. No podemos darnos el lujo de agarrar una enfermedad— Tens sonaba cansado.

Me estremecí ante mi ropa mojada y fría y la substituí por una bata de baño de algodón caliente.

Tens divagó cerca de la cueva. —Es un establecimiento viejo de los Anasazi. Hace unos cincuenta años, mientras que Carlos lo encontró y comenzó a explorar y a hacer mejoras. Él lo llamó su residencia de vacaciones. Vamos, te voy a dar un paseo—. Asentí con la cabeza, de repente sintiéndome tímida.

—Has entrado al salón. Tengo un par de sillas inflables para un clima más cálido tengo un banco que está en proceso—. Almohadas se apilaban

desordenadamente sobre la alfombra, se sentían calientes contra mis pies descalzos.

Tens empujó la cortina a un lado. —La cocina y el comedor. No tenemos refrigeración durante el verano, y sí realmente no quieres atraer a los osos, así que la comida, la mayoría es de lata y se conserva en cajas de metal. Pero ahora estamos bien, y hay un par de hoyos que hacen una nevera perfecta. Estos quemadores funcionan con la energía de cartuchos de gas o incluso con energía solar, por si queremos utilizarlos en el verano.

— ¿Cómo? ¿Cuándo? Que...' sentí como si hubiera caído en el hoyo del conejo. Este era un palacio. Exploré la cocina equipada, los platos que no coincidían, el tubo de plástico que hizo un fregadero de clase.

—Charles ha hecho mucho en él. Limpié el lugar hasta, desalojarlo unos pocos arrendatarios, y los volví a surtir.

La Tía no había estado aquí en años, pero estaba muy bien.

Estaba bromeando acerca de los osos que se acercaban a este lugar, pero si es lo suficientemente grande para uno, y no he visto evidencia alguna en los años que he estado viniendo aquí.

—Esto era toda una misteriosa desaparición, ¿no?

Él asintió con la cabeza. —Detrás de la cortina está el cuarto de baño. Charles descubrió que tiene más de quinientos metros. Así que es también un conducto de basura.

Me asomé por detrás de la cortina. —Hay un asiento de inodoro. Me pregunto en que parte—. Tens tímidamente desvió la mirada.

—Gracias—. Le sonreí.

—El dormitorio—. Me indicó por delante.

—Hay colchones inflables, colchonetas, pero son gruesas y muchos ...

— ¿Edredones?— Lo interrumpí.

— Sí. También sacos de dormir y calentadores con baterías, por lo que estaremos tostados incluso si la temperatura desciende de nuevo. ¿Quieres ver la mejor parte?

— ¿Hay más?

—Por supuesto. Disponemos nuestras propias aguas termales para el baño, un viento climatizado de ventilación, cortesía de la Madre Tierra, para secar la ropa mojada en, y ...

—No puedo creer que este lugar...—. Me di la vuelta en un círculo completo como el alto techo alcanzando la altura de una catedral. Había murales sobre nosotros, y el aire era caliente y espeso con la humedad.

—Charles hizo las pinturas.

—Wow—. —Reconocí escenas de los cuentos de mi tía, que representaba su infancia y su matrimonio. El mural no estaba terminado.

—Él murió antes de poder terminarlo. — Tens señaló a las latas de la vieja pintura y pinceles en la esquina. —Yo no quería limpiarlos—. Asentí.

— ¿Tienes hambre? Podría hacer algo de comida.

— ¿Creo que he oído una promesa de chocolate caliente?

— ¿Quieres un bastón de caramelo con eso?— Tens levantó una linterna y nos mudamos de la forma en que habíamos llegado.

— ¡Oh, y a través de ese conducto es la salida al otro lado. Muy fácil de explorar, y tengo una moto en caso de que nos tengamos ir.

— ¿Has perdido algo?— Le pregunté, incrédula.

—Gracias a la Tía. Ella es la que me dijo que había necesidad de esto.

Bueno, la modestia sólo la tomó hasta este momento. Esto no estaba exactamente cerca de la casa y habíamos hecho muchos viajes.

—He traído mucha ropa, tu pijama de Bob esponja está colgada en la habitación. Si la quieres.

Bob Esponja. No me había dado cuenta de que no estaba en mi habitación. Me metí detrás del vestidor y me saqué el sujetador y las bragas mojadas. Me puse la franela seca y casi caliente sobre mi piel descongelándome, me sentí de maravilla.

—Los calcetines de lana están en la lata de galleta Ritz, — Tens gritó. Efectivamente, había un surtido de colores brillantes. Cogí un par y me los puse.

— ¿Te ayudo?— Le pregunté, uniéndome a Tens. Saqué un suéter marrón difuso sobre mi cabeza y me envolví en una manta sobre los hombros. Casi me sentí humana. Le quité la cuchara de madera y lo empujé hacia la ropa.

—Tu turno.

Moví la sopa enlatada hasta que hirvió y el olor de caldo de pollo llenó el espacio. Encendí velas, y Custos se acomodó a roncar en frente de un calentador.

Comimos en silencio, absorbiendo el calor y los fideos.

— ¿Y ahora qué?

—Estamos a salvo. No es una mala manera de comenzar el Año Nuevo. —
Tens pareció leer mi mente.

—Pero ¿y ahora qué?

—Vamos a tomarnos unos días, entonces voy a explorar. Podemos quedarnos aquí por un tiempo, pero ...

—Périmo es un Nocti. Lo vi en el fuego. Recuerdo que tomó a Celia. ¿Cómo podemos luchar contra él?

—La Tía te dijo que teníamos que buscar a Fenestras, ¿no? ¿Tal vez uno de ellos puede ayudar?

— ¿Eso significa una mala idea?

— ¿Por qué, quedarse aquí? Dejaremos que tomen su iglesia, al menos hasta que sepamos cómo tomar a Périmo abajo para siempre. Si él puede matar, lo hará.

—Lo sé. Me gustaría saber más acerca de la Sangre y la manera de llamar por teléfono.

—Podemos tratar de soñar y rezar. No tenemos que averiguarlo esta noche. Estoy agotado. ¿Estás lista para dormir? Podemos limpiar después—. Parecía a punto de caer, sus mejillas enrojecidas y rojas, sus ojos claros y brillantes.

Tens y yo desenrollamos temporalmente los sacos de dormir y los acomodamos en las alfombras gruesas para acolcharnos.

No sabía si estaba durmiendo cerca de él o a través de la cueva. Quería presionarme contra él, para saber que no estaba sola, incluso en el más profundo sueño. Pero no sabía cómo hacerlo. Apagué las velas y solo la linterna quedó prendida en frente. Tens se metió en su bolsa de dormir y el sueño lo reclamó de inmediato. Su respiración se emparejó y profundizó. Miré a la dirección de Custos.

Por último, me metí en mi saco de dormir me escabullí cerca de Tens. Se despertó lo suficiente como para tirar de mí más cerca, mi cabeza encaja perfectamente en el hueco entre su cabeza y el hombro. Apagué la linterna, hundiéndome en la cueva, en lo más profundo de la oscuridad. Tens se cambió aún más cerca y yo escuchaba su respiración y los ronquidos de Custos. Estaba tan caliente. Me quedé dormida de inmediato. Pero no soñaba.

Cuando me desperté, parpadeé en la oscuridad y hasta encontrar el interruptor de la lámpara. Miré el reloj que llevaba fielmente de Tens. Eran las dos, pero si era de día o de noche yo no tenía la menor idea. Salí en silencio de la bolsa de dormir. Tens no se movió.

Me vestí y llevé la ropa mojada a la habitación de la rejilla de ventilación, colocándola en la parrilla de hierro fundido.

Me lavé los dientes y hurgué. Sabiendo que había conseguido dormir más que Tens en los últimos días. Yo quería ponerme al día tanto como fuera posible.

Encontrada mi mochila, la abrí. En el interior, estaba un teléfono celular barato tenía batería y tenía la hora en el, pero no había señal. Encontré el diario de cuero de la Tía, la carta que me había escrito, uno de los pocos paquetes de dinero en efectivo, y los registros bancarios que estaban a mi nombre. También había un par de novelas gráficas que había alrededor desde el comienzo de esta aventura.

Pasé a la parte trasera de la revista, esperando que mi tía hubiera añadido una posdata, y sonreí.

Querida hija, déjame ir. Si estás leyendo esto, entonces tomaste la decisión correcta. Tens es de confianza. Y a la vez, cuida de él, el amor es un regalo precioso y uno sin condiciones, siempre querrás lo mejor para él, incluso cuando no estés de acuerdo, lo que él quiere es lo mejor para ti.

Vivir ciento seis años de píc nic. Es demasiado. Estoy lista para un descanso. No sé cuántos cambios en las estaciones del año podrás ver, pero espero que sea los plenos ciento seis. Mantén tus ojos abiertos y en el aumento de tus experiencias, estoy orgullosa de ti, mi hija, yo te estaré viendo.

Auntie

Me soné la nariz y me sequé los ojos. Esto ahora no era normal. Abrí una bolsa de frutos secos. Comprobé que la ropa estuviera seca y estudié el mural de Charles, contenta de que la Tía y yo nos encontráramos en el más allá.

Tens aún dormía, pero con una inquietud cada vez mayor.

Cuando lanzó sus mantas fuera. Me acerqué. Había traído la linterna conmigo y mirando hacia él y sin aliento vi las manchas rojas en su cara, brazos y manos.

— ¡Tens! ¡Tens! ¡Despierta!—. Me incliné sobre su rostro. Se estaba ardiendo, por lo caliente de su piel, era a la vez frágil y áspero.

—Hombres.

Trató de moverse. —Demasiada luz brillante. Enfermo—.

— ¿Qué pasa? ¿Sabes lo que te pasa?

—Estas enfermo. Estas mal—. Él volvió a sumirse en su febril agitación.

—Apenas verte...

— ¿Quería decir que vi la luz, la ventana? ¡No! Yo no lo dejaré morir. No podía dejarlo morir. Piensa. Piensa. Confiar en mis instintos. ¿Confiar en mis instintos? Custos estaba sobre mi bolsa, pateó en la parte frontal de mi mochila. Vi sus esfuerzos decidido a entrar en el compartimiento de la cremallera. Bien, ahora me voy a dejar a un lobo tomar las decisiones. Me agaché para ver lo que estaba buscando.

—Mierda. — Exclamé, sacando los papeles con el nombre del taxista y el número de teléfono en el y la tarjeta del doctor Portalso Márquez, con el número de su casa. La señora y su hija podrían ayudarme. Así que Josíha. Lo sabía. Pensé. Pensé.

—Confía en tus instintos. Confía en tus instintos—, me dije con los pelos de punta Custos se levantó y gruñó, enseñando los dientes. Se mudó a mí alrededor y se apoyó en Tens. Llegó a él para consolarlo, una sombra cayó sobre la entrada de la cueva. El olor de la colonia en mi cara y el incienso me dijo que era Pérímo ¡nos había encontrado!

—Oh, ¿no es bonito, las conversaciones de una brujita a sí misma?— Dio unas palmadas.

Me incorporé, dispuesta a proteger a Tens. — ¿Reverendo Pérímo? ¿Cuál es su verdadero nombre?

— ¡Oh, Klaus Pérímo es tan pegadizo. También me gusta ser un reverendo! La gente confía en mí. Y ¡Trabaja para mí!

—Eres un Aternocti. Tomaste a Celia, por lo que sentí un alivio tal que cuando llegó esa noche, ¿no? ¿Usted se la llevó? La empujaste contra mí.

—Felicidades. Llama a tu perro. Meridian. No dudaría en utilizarlo—. Apuntó con un arma a Custos. Puse mi mano sobre su cabeza, pero ella se negó a ceder. —Ella no es como tú.

—Llamé a su Ventana—. Señaló con la pistola.

Me incliné a su oído. —Si me puedes entender, necesito ayuda para salvar a Tens. Sal, ve. Busca ayuda.

Ella se alejó hacia la parte trasera de la cueva.

—Ve—. Grité. Custos corrió en la oscuridad.

—Envío a un perro. Así que es muy lista. Te encuentro divertida. Irritante, pero ampliamente entretenida—. Pérímo se quitó la chaqueta y guardó el arma otra vez. —Se están tostando aquí.

—Apuesto a que está acostumbrado al calor, ¿eh?— Le pregunté, tomando un trozo de tela y sumergiéndolo en la nieve derretida.

— ¿Es una referencia del infierno?— Se echó a reír. — Me has entendido muy mal. Te he traído un pequeño regalo. Tú primera fotografía—. Desplegó el diario de la ciudad y la arrojó en el suelo entre nosotros. No me moví a recogerlo. En su lugar, puse el trapo con amor en la frente de Tens. Mi corazón se rompió un poco mientras trataba de alejarse de mi tacto.

No seas así. Incluso diré lo que el título dice:

«La anarquista adolescente hace explotar el tren, figura en esta fotografía sosteniendo a un bebé muerto.

— ¿No es tu mejor día? Has matado a ciento cincuenta y siete personas, todos al regreso de sus casas para el Año Nuevo.

—Yo no maté a nadie.

— ¿No? Parece que hay testigos que la vieron en ese cruce durante el día y luego pasaste a ser una de las primeras personas en la escena.

Cuando su pastor en cuestión llegó a ofrecerle la dirección espiritual, que confesó y demostró en donde había escondido el último de los explosivos utilizados para volar las vías y el tren, parece que se quemó su casa y mataron a su tía para cubrir sus pistas. Usted incluso tiene antecedentes penales en Oregón. No somos nada si no se completa.

—Nadie te va a creer. Tú lo hiciste. ¿Dónde puedo conseguir explosivos? También estuviste allí.

—Pero yo soy una buena persona y tú no. ¿No recibiste ese memo? Además, puedes comprar algo de paraíso en Internet ¿No has oído que es la herramienta propia del diablo?

Se echó a reír.

Tens gimió.

—La fiebre es cada vez peor. Sus órganos se dejarán de mover en las próximas horas. Puedo sentir el debilitamiento de su corazón. ¿Por una mordedura de serpiente?

— ¿Serpiente? ¿Hay serpientes venenosas? —Estás equivocado.

— ¿Rara es la vez que se equivoca acerca de la muerte, niña, o que no lo has notado?

— ¿Qué quiere?

—Oh, definitivamente. ¿No vas a ofrecerme una bebida?

— No.

—Los modales no llegan a todas partes.

—Está loco—, murmuré. Abrí las latas y los armarios en busca de un botiquín de primeros auxilios, algo con una aspirina o Tylenol. Algo para bajar la fiebre de Tens.

—Al contrario. Yo soy un hombre de los más cuerdos que conozco.

— ¿Qué quiere?

—Un trueque.

—Usted no tiene nada que yo quiera.

— ¿Estas segura?— Tiró una fotografía de mis padres y Sammy. Había palmeras en el fondo y descansaban en una piscina. Nunca había visto esa fotografía.

Capítulo 33

*Lux tenebras Semper vincit -
La luz siempre vence a la oscuridad.
Luca Fenci*

—Mi familia está bien—. Mi pulso revoloteaba en mi garganta. Yo esperaba que él no pudiera verlo.

Tens anduvo alrededor y se quitó la toalla. Me di por vencida en la búsqueda de la medicina y vertí agua fría sobre su cabeza y el torso. Yo no sabía qué otra cosa hacer. Cuando traté de hacerle tragar un poco de agua, se ahogó con ella.

Périmo se sentó y me dijo. —Tick Tock. Tick Tock.

—Ok cállate.

—Deberías ser más agradable conmigo.

— ¿O qué? ¿Vas a matarme a mí? — Llegados a este punto, estaba cansada de jugar.

—No tengo que hacer eso. ¿Por qué no jugar a las veinte preguntas, versión de la Biblia? Yo recito un verso y tú me dices en qué libro de la Biblia esta.

—No. — ¿Qué quiso decir con que no tenía que matarme?

—Sólo estoy tratando de mantener tu compañía en las últimas horas. Sólo me queda sentarme aquí—. Él hizo un mohín, apoyado en la pared. Empecé a llenar de nieve alrededor de la cabeza y los brazos de Tens, pero por el tiempo que trabajé con ella alrededor de él, se había derretido.

—Si hay algo que quieras decirle antes de que ustedes dos vayan a mi lado del estadio por la eternidad, quisiera obtener fallos. Confiesa esas emociones enormes adolescentes. Hombre, me alegro de no ser un adolescente más. Shakespeare hizo todo romántico, pero apesta. No sabes lo bien que lo has tenido. Prometo que sus cuerpos serán encontrados y la nota que escribiste para confesar todas las cosas terribles que han estado sucediendo por aquí llegará a las autoridades. Tus padres nunca tendrán que saber lo que un demonio planteó. Cruz en mi corazón.

No lo hagas. No lo hagas

— ¿Qué estás hablando?

— ¿No te dijo Granny? Qué vergüenza. Él muere, lo hace. Se está muriendo. Demasiado pronto, como se dice en estos lugares.

Se rió socarronamente.

—Eso no es cierto—.

— ¿No? ¿En serio? Porque la última vez que me fijé, yo llevaba en esto mucho más tiempo que tú. El se está muriendo.

—Estás mintiendo.

—Bueno, bueno, me atrapaste. No es una mordedura de serpiente, nop- es veneno. Se lo di en el accidente de tren. Actúa lentamente, pero mata al cien por ciento dentro de las noventa y seis horas. Tick Tock.

—Estás mintiendo.

—Y me estás poniendo nervioso. ¿Qué parte de esto no entiendes?

Mi mente giraba, tratando de averiguar si había alguna verdad en lo que dijo o si todo fue una mentira. Pero ¿por qué?

—Ha tenido dolores musculares, ¿verdad? ¿Dolor de cabeza? Círculos oscuros bajo los ojos.

—Yo estaba con él en el tren.

—No todo el tiempo.

—Entonces, ¿qué quieres?

— ¿Ahora, tu preguntas? ¿Primero me niegas la hospitalidad? ¿Me dices nombres? ¿Me acusas de mentir? ¿Y, justo ahora llegamos a la parte buena? Tengo mucho que enseñarte.

— ¿Qué quieres?

—Quién.

Mi corazón se aceleró de nuevo.

— ¿Quién?

—Tú.

—Mira, estás mintiendo—. Salté a mis pies. —Lo sabía. Yo no moriré aunque Tens lo haga.

— ¿Cuántas veces tenemos que pasar por esto? No estoy mintiendo. Te estoy ofreciendo un negocio. Tú vives y te conviertes en mi aprendiz, dejaré que lleves tu chico juguete a tu lado y dejaré que tus padres vivan. No estoy seguro de que esté dispuesto a renunciar a Sammy, sin embargo, es tan lindo. Quiere a su dulce de azúcar, ¿no?

— ¿O?

—Tú mueres. Tens muere, y toda tu familia muere.

Eso no suena mucho como un negocio.

—Si Tens muere aquí, te vas también. Tu familia es un bonus por tener que soportar a tu abuela por los últimos años. La perra se negó a ver la luz.

Cuando Charles murió, la Tía no murió. Tal vez Périmo estaba mintiendo. Por supuesto que él estaba mintiendo.

—Te conviertes en un Nocti y aprendes de los mejores. Mi equipo es el mejor que hay. Estamos en todas partes.

— ¿Cómo?— Yo no estaba contemplando seriamente la oferta, pero necesitaba tiempo.

—Tienes que matarte a ti misma, más o menos. Apretar el gatillo, te pongo de vuelta en tu cuerpo, y luego tú llegarás siempre con Tens. Voy también lo salvaré a él.

— ¿Y mis padres?— Si él me entrega el arma, entonces yo tendría el control.

—Si insistes.... ¿Te he dicho que Celia era complaciente? Fue realmente muy fácil convencerla a dar un paso en la trampa. Luego de sacarla aparte de la fiesta del té que ella tenía en su cabeza. Deliciosa.

Mi estómago se revolvió.

— ¿Cómo sé que tienes a mis padres?

Sacó un teléfono.

—No hay cobertura aquí—. Le dije.

—Satélite. Tenemos los juguetes buenos de nuestro lado. Dinero. Poder. Belleza. La vida eterna—. Marcó un número y mantuvo el teléfono para mí. Lo agarré y lo escuche sonar. Mi respiración se enganchó cuando escuche.

— ¿Mer-D?

— ¿Sammy?

Entonces la voz de mi mamá entró en la línea.

— ¿Meridian? —Nuestro identificador de llamadas dice que eres Meridian. ¿Quién es?

—Mamá, soy yo—, grité cuando Périmo arrancó el teléfono de mis manos.

— ¿Ves? No miento.

Me dejé caer junto a Tens. Su pulso era rápido y errático. El pelo de la nuca se me levantó y me sentí un alma impulsar contra mí.

—Oh, se está muriendo. Mira eso. — Périmo golpeó los dedos en la pared de la cueva.

-Meridian-

Esta no fue una sensación falsa. Sabía que esto era real. Las lágrimas volvían mi visión borrosa mientras esperaba a que Tens abriera los ojos y me tranquilizara. Si iba a morir, yo tenía que vivir lo suficiente para ambos.

—Está bien, lo haré. Dame la pistola.

Capítulo 34

—Estoy impresionado. Pensé que tendrías que tener la sensación de que la muerte te arrastraba para que entendieras mi punto de vista.

La tenía. Vi a Tens que respiraba lentamente y tenía dificultad para tragar. —Tú ganas

Pérímo me entregó el arma. —Póntelo en la boca—. Esta posición no tampoco funciona.

—Permíteme decir adiós primero—. Me incline y bese los labios de Tens. —Te quiero tanto.

Tomé aire para tranquilizarme, levante el arma y apreté el gatillo. Una mancha roja floreció desde el estómago de Pérímo y se desplomó, pero luego poco a poco volvió a levantarse, mirándome.

—Oh, eso fue astuto. No lo vi venir. ¿No estuviste escuchando nada de lo que dije? Ya he terminado de ser amable contigo. Tu hermana, morirá ahora—. La ira emanaba de sus palabras.

Mis ojos se abrieron cuando lo vi sacudir la sangre de su camisa.

— ¿No oíste la parte de lo de la vida eterna? ¿Crees que eres el primer Fenestra que ha tratado de matarme?

—Pero...

— ¿Pero?— me imitaba.

—Voy a dejar a mi familia, a Tens, a todo el mundo. Todo por mi gran plan. —Entonces voy a morir con él.

—Él no tiene que morir, imbécil. ¿Es necesario que hable más despacio?

—Yo no quiero ser una...

— ¿Por qué no? Somos divertidos. ¿Tú crees que los destructores son menos que los creadores? Sin nosotros no habría nada para crear a partir de, o en, o con. Somos una parte integral para hacer que este mundo funcione. Deberías estar agradecida de obtener la invitación.

Tú trataste de matar a mi tía. Aterrorizaste a toda una ciudad. ¿Dónde está la justicia?

— ¿Justicia? Eres joven, ¿no? El mundo está lleno de imbéciles. Meridian. Es una elección entre ser de vainilla o el chocolate, no se puede ser ambas cosas.

Tens me golpeo en la cabeza. De repente, nos paramos junto a la ventana.

— ¿Qué está pasando?—, preguntó.

—Te estás muriendo—.

—No, yo—.

—Creo que sí—.

—No te dejaré, Superchica. No me iré. Esperaré, como Charles.

Tens cruza sus brazos y planto sus pies. Me entró el pánico.

— ¡No! Tienes que irte. Tienes que hacerlo. Necesito saber que estás a salvo. No importa lo que pase. Por favor.

Parpadee y analicé a Périmo.

—Tú me dejas llevarme a Tens y luego haré lo que tú quieras por la seguridad de mi familia.

—Eso es justo. Eres una buena negociadora—. Se encogió de hombros como si estuviéramos intercambiando tarjetas de béisbol.

Cerré los ojos y visualice mi habitación en casa. Tens se apoyó en el marco de la ventana y me miró. —No me gusta esto.

—No tenemos otra opción. Traté de matarlo. Pero no pude.

—No te voy a dejar con él.

—Tienes que hacerlo. Es o el infierno o ambos trabajamos para él, y uno es más que suficiente. Tens, voy a averiguarlo, pero si te estás muriendo, necesitas ir con la tía. Su familia te espera.

—Te quiero. Tengo que protegerte.

—Sí, puedo. Puedo hacer esto por ti. Tengo que salvar a mis padres y a Sammy.

Tens tristemente asintió con la cabeza, pasando a besarme, no sentí sus labios contra los míos, porque la luz cegadora inundó la cueva.

—No se puede actuar, ¿verdad, viejo?— Una rica voz rebotaba en las paredes, encontré familiar su acento. Me incliné sobre Tens y miré hacia arriba a un hombre corpulento, vestido con botas de combate, como de haber pertenecido al ejército, y una larga trinchera de cuero negro. Unas gafas de aviador cubrían sus ojos.

—Campanas del infierno—. Périmo palideció y miró el arma fuera de su alcance. Se le oscurecieron los ojos como pozos negros, y la luz en la sala de derramo hacia el negro azabache de su cuerpo.

El guerrero se rió. —Ya no creo que un arma me toque, ¿no?

Yo parpadee. — ¿Josías?

—Así es, Señorita. Siento llegar tarde—. Se quitó sus gafas de sol y la luz que irradiaba de sus ojos casi me cegó. —Póngase esto. Cubrí mis ojos rápidamente. Su familia estará bien. Los vera pronto, ¿ok?

Acomode las gafas en mi rostro, asentí con la cabeza, y puse el brazo cubriendo los ojos de Tens.

—Ja, ja, sólo quería ver si estabas prestando atención. Supongo que si lo haces.

Pérmo trató de escabullirse.

—No va a ninguna parte.

Pérmo volvió de cara a Josías, sin importar su altura.

—Voy a apagar la luz. Hay más de nosotros. Un ejército formado en el mundo moderno. Sólo estoy siguiendo órdenes. No sabes con quién está tratando.

—No, no. Has estado perdiendo a las almas durante demasiado tiempo. El libre albedrío es sagrado, Nocti, y has roto esa regla demasiadas veces.

—Mis amigos lo llevarán adelante con o sin mí. He comenzado una revolución. No sabes que trabajo para...

—Ya basta. ¿Qué demonios es esto Meridian?

—Uh, ¿la luz?— Le contesté.

—Tienes razón, ¡la luz se está encendiendo!

Josías levantó los brazos y bajó la cabeza, rayos de luz blanca y pura salieron de él.

Oí gritar a Pérmo y yo levanté la cabeza para echar un vistazo. El había sido aspirado por la luz, se veía su agonía, como si se quemara. Pero poco a poco la oscuridad fue alumbrada, grado por grado, hasta que su esquema comenzó a cambiar. Centímetro a centímetro, fue borrado. Me quedé agachada sobre Tens mucho tiempo después de los gritos de dolor y que la luz que parpadeaba volviera a la normalidad.

Levanté la cabeza a la suave caricia y los besos de perro en mi cara.

—Luz, Luz. ¿Está bien?— La Señora Portalso giro la cara.

— ¿Josías?— Miré a mí alrededor, pero lo único que se había dejado eran sus gafas de sol.

—No soy Josías— la señora respondió burlonamente.

—Hola, Meridian, déjame echar un vistazo aquí. — Reconocí a la hija de la señora. —Soy un médico. ¿Te acuerdas?

Le he dado tiempo para examinar a Tens. —Creo que fue envenenado. Creo que está muerto...

— ¿Ha estado en el bosque mucho? ¿Hace viajes hasta aquí?—Supongo que sí. — Vi a la señora a la Señora tomar una bolsa vacía de las bolsas que llevaba, mientras que su hija tomó la temperatura a Tens.

— ¿Cualquier dolor muscular o dolores? ¿Dolor de cabeza? ¿Ha tenido esta erupción mucho tiempo?

—Mencionó que le dolía la espalda, y definitivamente tiene una erupción. Se frotó mucho y la luz le lastimaba los ojos.

— ¿Sabe usted si él ha sido mordido por una garrapata?

— ¿Una garrapata?

—Ese es un no—.

— ¿Cómo voy a saber eso?— ¿Qué demonios hizo una mirada como la garrapata?

—Podría ser, pero es muy probable que estamos tratando con la fiebre maculosa de las Montañas Rocosas.

Que ni siquiera suena como una verdadera enfermedad. — ¿Va a...

—No. —La Señora Portalso se volvió hacia mí y movió la cabeza violentamente. —No, solo tiene fiebre.

—Él debería estar bien con antibióticos. — Vi los suministros que la Señora extendió sobre una toalla limpia. El médico insertó una aguja con destreza en el brazo de Tens, y le dio a su madre una bolsa para sostener la IV. La señora se volvió hacia mí y me mandó hacia las otras bolsas que había traído.

—Comida. Debes comer—. Señaló.

—Creo que haré lo que ella dice.

El médico le sacó sangre del brazo a Tens.

Me sumergí en la comida, no me había dado cuenta de lo hambrienta y agotada que estaba. Toda la adrenalina me dejó perdida. Arroz con azafrán, tortillas y huevos duros. Pollo en tres salsas distintas y tiras de carne. He masticado y tragado tan rápido como pude, apenas capaz de sacar la vista de Tens con el ceño fruncido.

—Meridian, Tens estará bien. Nos quedaremos con ustedes esta noche para asegurarnos. La tierra que rodea está plagada de agentes del FBI y de los equipos de búsqueda de exploración por ti.

—Oh, Dios mío. Lo siento mucho. Debe irse...

—Alto. Esto no es nada. Algún día tal vez yo te hablaré de todos los pacientes que vienen a llamar a la puerta de atrás en medio de la noche.

—Oh—. Yo no sabía qué decir a eso. ¿Los inmigrantes ilegales, tal vez? —
¿Cómo supo de nosotros?

La señora respondió con una avalancha rápida de español que no podía entender. Su hija se echó a reír.

—Mi madre, soñó con vosotros. Dijo que los ángeles le dijeron que debía conducir a las rocas de esta manera. Y traer mis suministros. Así que nos pusimos en el coche y condujimos hacía aquí.

— ¿Debido a un sueño?— Exclamé.

—Mamá te dirá que los sueños son el conducto entre los mundos y los espíritus. Son como Dios se comunica con nosotros.

— ¿Pero cómo...?

—Llegamos a la desviación. Habíamos estado cerca toda la noche, pero no pudimos encontrarla. Estábamos listas para volver a casa y volver a intentarlo después de alimentar a los bebés, cuando el lobo se acostó en la mitad del camino. No se movía, y cuando salí para ver si estaba bien, escupió mi tarjeta de visita. La seguimos hasta aquí.

Le sonreí a Custos y observé a la señora alimentarlo con su medio pollo. Tens parpadeó y se quejó. Se bebió medio vaso de agua.

— ¿Estás segura de que va a estar bien?

—Sí, su temperatura es normal, su pulso firme. Incluso la erupción parece estar desapareciendo.

—La medicina está haciendo efecto, entonces, ¿no?

—En realidad, no trabaja así de rápido en la mayoría de los casos. No lo entiendo.

—Los ángeles de Dios. — La señora me acarició la cabeza y le tocó el corazón.

— ¿Los ángeles de Dios? Tal vez. Mejor explicación no pude hallar. Me preguntaba si la luz de Josías también lo había curado.

Tens despertó brevemente en la noche y bebió agua hasta que pensé que iba de estallar, a continuación, volvió a caer en un sueño profundo. Yo daba vueltas y vueltas, hasta que finalmente caí rendida cuando el reloj dio las cuatro y nuestras visitantes siguieron a Custos de nuevo a su coche. Tens estaba fuera de peligro.

Saqué la revista de espesor. Seguí leyendo las palabras de mis antepasados, memorizando y repitiendo detalles como las fechas y las horas. Si perdiera este libro, también, se perderían. Me lancé en las historias, la escucha de lo no dicho, absorbiendo la sabiduría compartida.

— ¿Meridian?— la voz de Tens era áspera y seca.

—Aquí estoy—. Le respondí — ¿Cómo te sientes?

—Sediento pero mejor—. Trató de incorporarse y cayó hacia atrás con un gemido.

—El doctor dijo que tendrás que tomarte unos días de recuperación, y para entonces nuestra búsqueda habrá sido cancelada. Me quedé con instrucciones estrictas de llamar por teléfono vía satélite que Pérmo había dejado atrás en algún momento, si había algún cambio.

El número de teléfono de mi hermano ya no estaba en servicio.

— ¿Qué pasó?

—Voy a informarte más tarde. Tenemos tiempo.

Capítulo 35

Vivimos junto a ti y contigo. Somos tus amigos y tus vecinos. Puedes conocernos por nuestros apellidos: Forte, Tussen, Mittlere, Middle, Portello, Castor, Gannon, Lukus, Myer, Orly, Ailey, Wynn, entre otros. Nuestros nombres que podrás reconocer en la historia o en el que podrás tener a un amigo: Alison, Cassandra, Cynthia, Deirdre, Fleanor, Helena, Leann, Noamy, Lucy, Nelly, Ranesa, Leah, y más.
Somos visibles más allá de tu vista. Estaremos ahí cuando nos necesites y te elevarás.

Meridian Fenestra. 1903-2009

Escribí la fecha de la muerte de la Tía debajo de una de sus primeras hojas en el diario. No me parecía bien añadir de mi puño y letra como una docena de otros autores. No me sentía como si hubiera ganado el privilegio, sin embargo, al menos no realmente. Pero tal vez me acostumbre a ella con el tiempo. Yo quería añadir mi propia historia. Mi versión moderna de estas lecciones. Por si acaso. Esperaba que fuera aprender más y pudiera saber más.

—Una pluma elegante—. Era la voz de Tens que sonreía con sus bromas.

Estaba escribiendo con una pluma con incrustaciones de diamantes que me hacía reír cada vez que la usaba. —Mi regalo de cumpleaños de parte de Sammy. Josías lo dejó en mi mochila, cuando vino—. Lo había encontrado horas más tarde.

Le quité las tiras cómicas de papel en el que había sido envuelta con una etiqueta, en mis manos llevaba las únicas piezas de Sammy que podía llevar conmigo. Tens me encontró sorprendida y me sonrió.

— ¿Ves algo que te guste?— Se sentía lo suficientemente bien para coquetear de nuevo. Echaba de menos la burla suave. El calor en los ojos. Los besos que yo soñaba.

—Hmm. — Yo le devolví la sonrisa, dispuesta a abrir la boca y pedir un beso.

— ¿Y?—, preguntó.

—Mírame.

Él me dio vuelta hasta que nos mirábamos. Yo mantenía los ojos cerrados, sintiéndome como una cobarde, pero odiaba ver la posibilidad de lo que podría ver en mí.

—Mírame—, ordenó otra vez.

Levanté mis pestañas y perdí mi posición en el temor en un tiempo suficiente para enamorarme un poco más de él.

—Estamos bien. Te cuidé. Tú me cuidaste. Estoy protegido. Tú me protegiste. A partir de ahora, en este preciso momento, estaremos bien.

—Oh—. No entendía.

—No tengo obligaciones. No hay comandos de la tía insistiendo en que sea tu protector. Si quieres, tienes que decirme que lo quieres.

—Por supuesto que quiero—. Tiré mis brazos alrededor de su cuello y sentí un escalofrío a través de él. —Te quiero—.

Se tapó la cara en mi pelo. —Entonces, lo haremos bien. Uno al lado del otro. Nos cuidaremos.

— ¿No hay secretos?

—No hay secretos. Juntos. Tú y yo.

—Juntos—, repetí, encontrando sus labios con los míos. Suaves y firmes, el besó tiró y tiró todo mi cuerpo. Nos encajamos como si lo hubiéramos hecho antes en un millón de veces.

Probé el amanecer en sus labios.

Terminamos el beso y nos abrazamos hasta que nos dijeron:

—Vamos a conseguir este espectáculo en la carretera. — Casi al unísono.

Custos aullaba entre nosotros a medida que hacíamos las maletas con arte. Limpiamos la basura y pusimos las alfombras y mantas lejos. Yo sabía que si alguna vez nos encontráramos de nuevo aquí, veríamos como la naturaleza habría llenado los espacios. Palpé el libro y los registros bancarios, dejando la mayoría de mi ropa y mis libros, detrás de las ardillas y las arañas para disfrutarlos.

— ¿Tienes todo?— Tens dejó sus animales de madera, pero se guardó el jersey marrón que había puesto la primera noche en su bolsa.

Pensé en la cueva por última vez. —Tengo que decir adiós a la tía.

—Lo sé. Estaremos allí antes de la puesta del sol, si nos vamos ahora.

Tens se apoderó de mi mano y tiró de mí a lo largo.

El bosque estaba lleno de animales disfrutando del clima de primavera en invierno. Vimos ciervos y alces, muchas aves, conejos. Custos nunca fue muy lejos de nuestro lado, como si supiera que —Nuestro tiempo en estos bosques se acercaba a su fin.

Olí la casa mucho antes de que llegáramos a los árboles y vi su esqueleto quemado. Me derrumbe, como si ya hubiera pasado, deje escapar un suspiro y renuncié a su lucha. Fuimos a través de los escombros, en busca de cualquier cosa que pudiera ser salvada. He recogido algunas piezas de porcelana, de plata fundida y un deforme tenedor. Las pinturas de Charles habían desaparecido como las fotografías. Recordé que yo no tenía una foto de la tía, y mi corazón se rompió un poco.

El ruido de los neumáticos nos hizo agacharnos y escondernos detrás del casco fundido de lo que solía ser el Land Rover.

—Eso era la camioneta de Jasper, — Tens me susurró al oído. Reconocí a Sara, su nieta, mientras apagaba el motor y se deslizaba fuera del asiento del conductor. Me fui a saludarla. —Sarah.

—Meridian, estoy tan contenta de que estés bien.

— ¿Cómo supiste donde encontrarnos?— Tens salió.

—Probablemente no te lo creerías si te dijera—. Sarah se encogió de hombros.

—Pensé que podrías haber utilizado esta camioneta. Mi abuelo vino en mi sueño una última noche. Estaba leyendo el periódico con un cigarro y una taza de barro con café.

Su expresión se hizo como un recuerdo nostálgico.

—Esa era su rutina, cada día de su vida, en su mayoría sospechosa. Agarraba el periódico antes de que cantara el gallo y veía lo que se había perdido mientras dormía. — Sacudió la memoria de sus ojos, —De todos modos, fue lo que había leído hoy en New York Times, y señalaba la fecha. No hablaba, y durante un tiempo en el que me senté en la mesa con él mientras leía el periódico y bebía su café.

—Por último, terminó con el crucigrama. Fue uno de las pocas personas que lo hacían con la pluma y siempre terminaba. Sólo que esta vez no sólo una palabra, si no una línea de él, y me lo puso sobre la mesa. Leí su nombre en los bloques. Asintió con la cabeza y entonces el sueño se evaporó. Pensé que necesitabas ver el periódico de hoy, hay algo en él para ti—. Ella me tendió una copia cuidadosamente doblada del Times, junto con un llavero de Colorado.

—Aquí están las llaves de su camioneta. No es bonita pero tiene mucha vida, y después de ver el Rover, pensé que tal vez podrías usar las llantas. Dios sabe

que no es necesario para transportar el heno en Nueva York—. Sara se rió y los dos sonreímos con ella.

—Lláname si algún día necesitas ayuda. Tengo un lugar para alojarte y comer. —Tendió la mano a Tens y la sacudió.

Me abrazó. Yo sabía en ese momento que había gente buena en el mundo no sólo los Portalso. Las personas que sabían que había más en la vida de lo que podría explicarse fácilmente y que estaban dispuestas a confiar en sus corazones y sus instintos.

Sin una palabra más. Sarah comenzó a caminar de nuevo a su destino.

—Espera, ¿no necesitas que te lleve?— Llamé.

—No, caminar es bueno para mí. Son sólo un par de kilómetros, más o menos, si sabes cómo los cuervos lo hacen—. Saludó con la mano y siguió su camino.

Tens puso sus brazos alrededor de mí y me apoye en él.

— ¿Y ahora qué?—, Le pregunté.

—Creo que deberías leer el periódico. Ve lo que Jasper tenía en mente.

Busque en las páginas, pero no había nada hasta el otro lado de la sección.

— ¡Mira!

Me arrastre hacía Tens. —Uf, eso es un titular. — Leyó en voz alta.

—Una niña y un gato son los ángeles de la muerte en casa de ancianos.

— ¿Qué crees?

—Creo que es el mejor lugar para comenzar.

Yo asentí. — ¿Qué hacemos con Custos? No creo que quiera ir con nosotros.

No puede quedarse aquí sola. — Mi corazón se rompió con la idea de dejarla.

—Date la vuelta. Meridian. No creo que vaya a ser un problema.

Custos ya se había lanzado en el sillón de la camioneta y acomodado.

— ¿Un viaje por carretera?

— ¿Hacia dónde vamos?

— Esta casa de ancianos está en Indianápolis.

—Entonces creo que ahí es a donde nos dirigimos. ¿Qué tal eres viendo el mapa?

—Bien—. Me reí, por el sobrio olor de plástico quemado y carbón, que reconoció mi nariz. Observé los restos de la casa una vez más. — ¿Crees que volveremos?

—Tal vez. Me parece que tienes una casa para reconstruir algún día.

—Nosotros. Tenemos una casa para reconstruir. — Enlace mis dedos con los suyos.

—Nosotros.

El viento soplaba a través de mi pelo mientras nos dirigimos por la carretera. El sol calentó mis dedos de los pies descalzos sobre el salpicadero y mi corazón por fin parecía que era del tamaño adecuado para mi pecho.

Glenn Miller —No te sientes bajo el árbol de manzana— tocaba en la radio y casi pude ver a la tía sentada entre Tens y yo, sonriendo y tocando con los pies. El mundo se fue, y ha cambiado. La puesta de sol a la distancia me hizo cerrar los ojos. —Esto es un aumento en algún otro lugar.

— ¿Tal vez otra Ventana?— Tens preguntó.

—Tal vez sea otro protector—, le contesté.

Tal vez otra hermana. Sabiendo que no vería a mi familia pronto, mi corazón cantó una canción triste. Mientras que no sabía hasta qué punto los Nocti eran capaces de cazar. Yo no los pondría en peligro.

Los colores más gloriosos se desarrollaron en el cielo en un rosado y anaranjado mientras nos dirigimos hacia el este.

— ¿Qué fecha es?

— ¿Por qué?— Tens señaló y nos dirigimos de un estado a otro sin un rastro del FBI o un sheriff delante o detrás de nosotros.

— El sexto. Supongo.

— ¿Epifanía?— Este no es el nuevo comienzo para mí. Périmo lo previó, pero yo lo haría en un centenar de veces.

Saqué un frasco de esmalte de uñas verde azulado de la mochila a mis pies y mis ojos llegaron a mis pies desnudos.

—He estado pensando en ello durante semanas.

—Lo siguiente será teñir tu pelo otra vez.

—Tal vez—. Estaba pensando en rubio. ¿No tienes hambre? , Le pregunté.

— ¿No, Tú? —él respondió, riéndose de mí. Yo estaba ganando pulgadas y libras. Empezaba a parecerme a alguien de dieciséis años bien alimentado.

—Esa es la cuestión, de hecho...— Sus risas se unieron a las mías y subió el volumen de la música, tocando con él en el volante. En la parte posterior de la cabina Custos soltó un grito glorificado. Juraría que la tía y Charles se reían a lo largo de la brisa con sólo un toque de rosa.

Marzo 2009

Cada puntada es un latido de mi corazón, una respiración, cada día una experiencia, una lección aprendida. Cada pedazo de tela un sentimiento, un gusto, un disgusto, dolor, alegría, un cambio, que construye una vida, una imagen de una vida, en pedazos.

Los recuerdos, no tienen ninguna línea lógica, sino que resuenan. Puedes decir mucho acerca de una persona por la manta de la Tía hecha para ella después de su muerte. En algunos lugares tenía grandes bloques de colores brillantes, como si se marcaran los grandes momentos, pero me olvide de prestar atención a los impulsos del reloj. Algunos fueron un calidoscopio del bloc de notas, un derroche de formas y texturas, como si los que se inspiraron en la manta se llenaban de más vida en cada respiración que la mayoría de la gente en un año.

Mi tía hacía edredones. No sé lo que significa esto todavía, o que lo fuera a encontrar en mi viaje.

Yo sé esto: la idea de Hollywood de la muerte sin dolor y rápida es una mentira absolutamente total. Esos son los afortunados, las almas de éxito y la transición antes de que incluso sean conscientes de ello. Pero sobre todo, es un proceso. Largo, prolongado y difícil. Pueden ser años, meses, semanas, pero rara vez será la muerte de un interruptor ligero. Yo estoy al final de ese proceso. Si la muerte fuera fácil, el equilibrio en el universo significaría que nacer sería tan simple, y cualquier madre te dirá que el embarazo y el nacimiento son complicados y dolorosos. A excepción de los afortunados, unos pocos.

No atraen la muerte, al igual que los obstetras no atraen la vida. Simplemente, estamos alrededor de mucho más. Ellos la vida, yo la muerte.

No tienes idea de lo aterrador que es ver la expresión de alguien, y ver como sus ojos se abren, para ver los ecos de la vida en sus rostros. Para saber quién es tu compañero de alma, o para saber el segundo nombre de tu hijo.

Cada alma me deja una parte de sí mismo. Siento las emociones y los recuerdos de cada vida que acompaño.

Reconozco las llamadas de las ramas de árboles de ciertos amigos y familiares. Sé que el aullido de un coyote puede ser un hermano. Reconozco las direcciones y números de teléfono. Son sólo fragmentos de la emoción, pero las llevo.

Con cada día y cada alma, llevo más. Algún día voy a tener que encontrar una manera de dejarlos ir, pero yo no hago edredones.

Ninguna criatura viva nos ve como una luz pura hasta que estén listos para la transición de su energía. Luz, calor, vida, y el movimiento eso es todo de la energía. Cuando el cuerpo muere, la energía vive. La energía debe ir a alguna parte. Es una ley universal. Soy un conducto. Movemos la energía estando vivos, por estar cerca de la energía de transición. Al caminar por la calle o correr un maratón, o ir de viaje. Estaré viviendo la respiración de una ventana para el cielo. Para decirlo claramente, hemos nacido por lo que podemos morir bien y estar en paz.

Mi nombre es Meridian Sozu. Soy una Fenestra.

Siempre he compartido mi mundo con los muertos, y con los que pronto morirán. Pero realmente no entendía lo que quería decir hasta el primer día de mi decimosexto año, mi segundo año de escuela secundaria. Ya ves, si bien podemos ser hijos de madres humanas, se nos enseña también. Para comprender la gravedad y la gloria de nuestra existencia. Todavía estoy aprendiendo y buscando. Te deseo suerte con tu muerte, pero por si acaso, yo, o una de mis hermanas, estará en el puesto, observándote. Seré tu ventana. Y te levantarás.

Meridian Sozu. 1992



-Fin-



